

GMMTV

# รักครูเท่าโลกเลย

LOVE YOU TEACHER  
Volume 1



ดัด เรื่อง  
NOIX ภาพ

**Love You Teacher** no es de nuestra autoría.  
Todos los derechos pertenecen al autor original.

Esta es solo una traducción realizada por fans para fans, sin fines de lucro.  
Pueden existir errores, ya que no se trata de una traducción oficial.

Fue publicada únicamente con el objetivo de compartir la historia con quienes no tienen acceso al idioma original.

En caso de que el autor o la editorial lo soliciten, la obra será retirada de inmediato.

Apoyen la obra original.

© Todos los derechos reservados.

**Traducción y edición: Eimy**

# รักคุณ เท่าโลกใบนี้

LOVE YOU TEACHER

VOL.1



## Sumario

Portada .....	1
AVISO .....	3
Desde el fondo del corazón del autor .....	4
Prólogo .....	8
Capítulo 1 .....	11
Capítulo 2 .....	23
Capítulo 3 .....	36
Capítulo 4 .....	44
Capítulo 5 .....	52
Capítulo 6 .....	61
Capítulo 7 .....	69
Capítulo 8 .....	79
Capítulo 9 .....	88
Capítulo 10 .....	98
Capítulo 11 .....	110
Capítulo 12 .....	123
Capítulo 13 .....	130
Capítulo 14 .....	139
Capítulo 15 .....	150
Capítulo 16 .....	161
Capítulo 17 .....	178
Capítulo 18 .....	189
Capítulo 19 .....	201
Capítulo 20 .....	208

## **Desde el fondo del corazón del autor**

En mi vida, nunca imaginé que algún día estaría sentado escribiendo una novela BL con mis propias manos. Si el “yo” de hace siete años pudiera ver quién soy hoy, seguramente tendría muchas preguntas. Pero creo que esas preguntas lo llevarían a reflexionar y a darse cuenta de que la vida aún tiene mucho por enseñar. Probar algo nuevo, como escribir esta historia, forma parte de ese aprendizaje.

En esta hoja en blanco, quiero usar este espacio para agradecer a todos los que se convirtieron en una inspiración para que pudiera escribir esta obra.

Agradezco a todos los escritores de novelas gays y a los productores de series BL que crearon historias de amor tan hermosas, capaces de abrir mi corazón y ayudarme a comprender el amor desde otra perspectiva. Gracias por llenar mi corazón con tantas emociones diferentes.

También agradezco a los profesionales de la psicología que cuidaron de mi salud mental a lo largo de muchos años. Gracias por darme respuestas en los días en los que me sentía perdido. Aunque hoy todavía no comprendo completamente todas esas respuestas, como ustedes siempre dijeron:  
“Ve despacio. Un paso a la vez.”

Y, por último, agradezco a la profesora Manee, mi maestra de la escuela primaria: una persona fundamental que cambió mi vida para siempre. Desde aquel día en que me dijo:  
“Jaruphat, ya eres muy bueno.”

Gracias por ver valor en mí en un momento en el que yo todavía no lograba entenderme en absoluto.

Finalmente, agradezco al padre Jee y a la madre Kid, quienes siempre permitieron que este hijo testarudo, de cabeza caliente, pudiera intentar hacer lo que quisiera y aprender las cosas por sí mismo. Dome promete que, el día en que esté demasiado cansado para soportar la vida en la gran ciudad, volverá a casa para que papá y mamá lo cuiden una vez más, como al pequeño Dome de siete años.

## PROLOGO

Las voces animadas de los niños de los primeros años de la escuela primaria resonaban por todo el pequeño auditorio. Bastaba con una mirada rápida para darse cuenta de que aquel no era un auditorio común de una escuela primaria. Más de trescientas butacas de cuero marrón delataban, sin esfuerzo, la condición privilegiada de aquella institución privada.

Además, los alumnos —todavía pequeños, pero llenos de personalidad— vestían ropas coloridas y llamativas, elegidas según su propio gusto o el de sus responsables, reflejando perfectamente la propuesta de libertad que la escuela ofrecía a esos pequeños seres.

El chirrido estridente del micrófono, lo suficientemente fuerte como para lastimar los oídos, definitivamente no era el tipo de cosa que Pobmek quisiera ofrecer como primera impresión en su improvisado papel de director durante la ceremonia de cierre. Pero ya había sucedido.

El hombre, de porte elegante, vestía una camisa social de tono discreto, una corbata oscura y jeans rígidos. Permanecía de pie sobre el escenario decorado con flores y con un cartel que decía: “Ceremonia de Graduación”. Apenas esbozó una sonrisa incómoda antes de apresurarse a apagar el micrófono, esperando hasta que el sonido agudo, que reverberaba por todo el auditorio, finalmente cesara.

Los padres y los niños sentados frente al escenario se taparon los oídos con las manos, con expresiones confusas dirigidas hacia él. Algunos parecían asustados; otros no lograron contener pequeñas risitas ante el comportamiento torpe del hombre.

Pobmek respiró hondo, llenando sus pulmones, sintiendo la presión que parecía venir de todas partes. Intentó ordenar sus pensamientos confusos antes de volver a encender el micrófono.

—Hola, niños, y hola a todos los padres... yo soy el profesor Pobmek...

Comenzó a hablar con la voz levemente temblorosa y notó que la mano con la que sostenía el soporte del micrófono estaba completamente sudada. En realidad, no tenía ningún plan para hablar en ese escenario. No era bueno dando discursos en público, todo lo contrario. Normalmente, esa función le correspondería al director de la escuela o a algún profesor más experimentado. Pero, al haber sido designado —no muy convencido— como profesor responsable del segundo grado, aula 2, terminó teniendo que ocupar ese lugar en un día tan importante para los niños. La inseguridad lo carcomía por dentro todo el tiempo.

—Bueno... la verdad es que no sé muy bien qué decir hoy... así que pensé que... tal vez podría contarles una historia...

Sus palabras no surgieron de un guion preparado, sino de un deseo sincero de comunicarse con los niños de la manera más simple y natural posible. Eso hizo que

algunos padres comenzaron a susurrar entre ellos, sin entender del todo, mientras los niños abrían grandes los ojos, curiosos por saber qué tipo de historia iba a contar el profesor.

—Esta historia... es sobre un hombre. Él es un profesor...

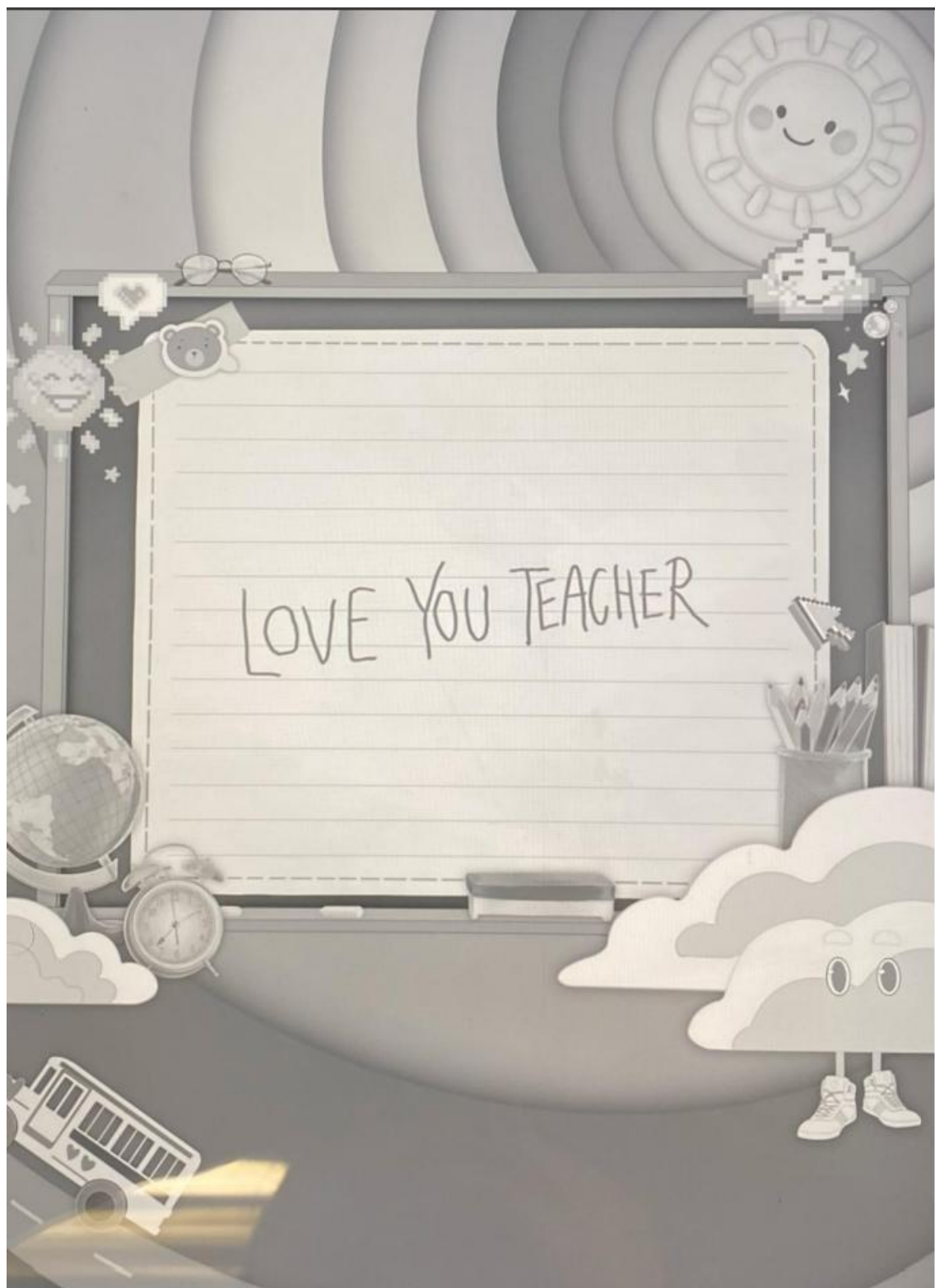
Un profesor necesita amar a los niños, preocuparse por ellos y estar siempre listo para incentivarlos a crecer y aprender...

—Pero el problema es que... ese profesor no se identificaba con nada de eso. Creía que no podría seguir la carrera hasta el final, que no resistiría por mucho tiempo...

Pobmek continuó hablando mientras su mirada se dirigía hacia el área reservada para los docentes. Entonces, sus ojos se detuvieron en una silla vacía: un lugar que antes le pertenecía a alguien.

—Aun así, logró seguir adelante, porque había otro profesor que siempre estuvo allí para apoyarlo.

Otro profesor que le enseñó que... los profesores no son tan distintos de los niños. Así como los niños están en una etapa de crecimiento y aprendizaje, los profesores también crecen y aprenden todo el tiempo. Y ese crecimiento se vuelve hermoso cuando tenemos a alguien a nuestro lado, caminando junto a nosotros.



## CAPITULO 01:

### Seis meses antes

Aquella mañana, la escuela parecía tranquila y rodeada de árboles. Los alumnos iban llegando poco a poco, de una manera encantadora. Algunos caminaban conversando animadamente, otros jugaban sentados a la sombra de los árboles, y también estaban quienes bailaban coreografías de TikTok en los pasillos, siguiendo el ritmo de las canciones que eran populares en ese momento.

Bit, un niño pequeño de apariencia delicada, caminó hasta la puerta del aula de segundo grado, grupo 2, de donde provenían voces altas y agitadas. Al mirar hacia el interior, vio a sus compañeros divididos en dos bandos, de frente al pizarrón. En él, escrito con letras grandes, se leía:

**«¿Cuántos minutos llegará tarde el profesor Pobmek?»**

—Creo que solo diez minutos —afirmó Narak con convicción.

—Nada de eso. Creo que esta vez pasará de los quince minutos —respondió Nobel, sin ceder.

—Oye, Nobel, podrías tener un poco más de respeto por el profesor, ¿no crees? Aunque el profesor Pobmek no dé clases muy divertidas, tampoco es como si llegara tarde todos los días —lo reprendió alguien.

—Bit, ¿de qué equipo estás?

—Eh... si acierto, ¿qué gano? —preguntó Bit con curiosidad.

Narak levantó un frasco de vidrio lleno de caramelos, junto con un pequeño cartel escrito a mano, con letra infantil:

**«Colecta FOR FUN. Apostar está mal.»**

Al ver eso, Bit volvió a tragar saliva. Sus compañeros lo observaban con expectativa, curiosos por saber de qué lado se pondría.

—Entonces elijo el equipo...

¡Tarde! ¡Tarde! ¡Tarde!

La alarma del teléfono móvil sonaba una y otra vez con un tono irritante. Pobmek, profundamente dormido en la cama, estornudó sin darse cuenta y simplemente se dio la vuelta, continuando su sueño tranquilamente.

De pronto, el teléfono volvió a sonar, esta vez con una llamada. Pobmek estiró la mano y contestó aún medio dormido. Del otro lado, una voz se escuchó de inmediato, demasiado animada para esa hora de la mañana.

—¡Eh! ¿Ya despertaste?

Pobmek murmuró algo ininteligible y colgó, dándose la vuelta para dormir otra vez, completamente indiferente. Sin embargo, poco después, las notificaciones de LINE comenzaron a sonar sin parar. Molesto, se levantó para revisar y vio que se trataba de un mensaje de voz de su novio.

Pobmek presionó para escucharlo.

—¿Ves? Lo sabía. Te volviste a dormir, ¿verdad? Incluso te dejé dormir hasta bastante tarde. Ahora levántate. ¡Ahora!

Al escuchar esa voz, Pobmek se sentó de golpe. Se vistió con rapidez y fue hasta el armario para tomar una camisa de tono claro que estaba colgada en la puerta. En ella había un post-it pegado, con el dibujo de una nube sonriente.

**«Revisé el pronóstico del tiempo. Hoy hará calor, así que usa una camisa clara.»**

—Está bien... —la voz del novio aún resonaba en el altavoz del teléfono.

Pobmek encontró la caja del desayuno: un sándwich de pechuga de pollo con ensalada, trozos de fruta y una cajita de leche. Tomó todo rápidamente, lo guardó en la mochila y dio un mordisco al sándwich.

—Hoy tienes clase de geometría, no olvides el modelo.

Pobmek se giró y tomó el modelo geométrico que estaba sobre la mesa de trabajo, en otro rincón del cuarto. Luego fue hasta un frasco y tomó un caramelo con un pequeño papel pegado.

**«Último... caramelo... cuando sonrías te ves más bonito. No olvides sonreírles a los niños también.»**

Pobmek chupó el caramelo, feliz por el cuidado de su novio, mientras observaba con cariño la fotografía de ambos juntos.

—Pero tienes que salir del cuarto antes de las siete y media, si no, seguro llegarás tarde.

Pobmek miró el reloj una vez más. Eran las 7:45. Se quedó paralizado, abrió los ojos de par en par y salió corriendo del cuarto de inmediato.

El coche antiguo frenó frente a la entrada de la escuela. Pobmek abrió la puerta y bajó apresuradamente, olvidando por completo la mochila que había dejado en el asiento trasero. Corrió unos pasos hasta que de repente se detuvo al sentir los hombros demasiado ligeros. La expresión de urgencia se transformó en frustración, y volvió corriendo para recoger la mochila, de forma totalmente torpe.

Del otro lado, el profesor Jee, el nuevo profesor de educación física, un hombre de porte equilibrado, con gafas sin aumento y ropa deportiva de colores vibrantes, vigilaba la

entrada de la escuela. Se veía ágil y lleno de energía, completamente distinto a Pobmek. Su mirada permanecía atenta.

El profesor Jee mantenía los ojos fijos en el cronómetro colgado de su cuello, pendiente de cada segundo. Cuando sonó la campana, se giró hacia el guardia con una sonrisa llena de entusiasmo.

—Son las ocho en punto. Ya es hora de cerrar el portón, por favor.

—Vaya, qué puntual es usted, profesor nuevo —comentó el guardia, esbozando una sonrisa algo incómoda ante tanta precisión.

Jee rió con entusiasmo, sin darle importancia.

—¡Es el primer día, hay que llegar con energía! ¡Cuento con usted!

Apenas terminó de hablar, entró trotando a la escuela, lleno de vitalidad. El guardia negó suavemente con la cabeza, sonrió con indulgencia, cerró el gran portón de hierro y se retiró.

Fue exactamente en ese momento cuando Pobmek llegó corriendo a la entrada de la escuela. Al ver el portón completamente cerrado, sintió un nudo de desesperación en el pecho, pero la prisa no le dejó tiempo para pensar. Sin otra alternativa, decidió saltar la gran valla de hierro con dificultad. La camisa, que había planchado con tanto cuidado, rozó el metal y quedó completamente arrugada. Cuando logró pasar al otro lado, saltó con un aterrizaje torpe lo que provocó un fuerte dolor en el tobillo. Su rostro se contrajo por un instante, pero enseguida volvió a correr, apurado.

Mientras corría, pasó rápidamente junto a Jee. Justo antes de entrar al edificio, el profesor de educación física giró el rostro, pero Pobmek pasó demasiado rápido como para que pudiera verlo con claridad. Solo alcanzó a distinguir su espalda y el cabello completamente despeinado. Aun así, frunció el ceño, con una extraña sensación de familiaridad, como si ya hubiera visto a aquel hombre en algún lugar, en un rincón lejano de su memoria.

El ambiente del aula de segundo grado de primaria, era completamente distinto a lo que se veía afuera. El lugar estaba dominado por el caos y el ruido de los niños, que se divertían intensamente con la apuesta improvisada, hablando todos al mismo tiempo, discutiendo sus pronósticos entre risas y gritos animados.

El reloj del profesor Pobmek sonaba con fuerza, resonando por toda la sala. Caramelos de distintos colores estaban dispuestos como apuestas sobre la mesa del frente. El desorden no disminuía en absoluto.

De repente, la puerta del aula se abrió con fuerza.

Pobmek entró corriendo, el cuerpo empapado de sudor y la respiración agitada. Su rostro estaba rojo y exhausto. Todos los niños se asustaron y se quedaron congelados al instante. Se miraron entre ellos y, acto seguido, corrieron a borrar lo que estaba escrito en el pizarrón y regresaron rápidamente a sus asientos.

Solo Nobel gritó celebrando, convencido de ser el ganador.

—¡¡Si! ¡¡Quince minutos!! —gritó Nobel, mientras juntaba todos los caramelos para sí.

Pero Bit apareció de inmediato para protestar:

—¡Oye! ¡Nosotros ganamos! El profesor Pobmek llegó con dieciséis minutos de retraso. ¿Por qué Nobel se queda con todo?

—¡Quince minutos! ¡Mira el reloj! —replicó Nobel en voz alta.

Pobmek seguía de pie cerca de la puerta, intentando recuperar el aliento mientras trataba de entender lo que estaba ocurriendo frente a él.

—Esperen... ¿ustedes estaban apostando? Eso no es algo bueno, ¿lo saben? —dijo con tono tranquilo, pero nadie le prestó atención.

—¡No voy a mirar! ¡Ni siquiera sé leer el reloj! —gritó Bit, antes de lanzar un caramelo contra Nobel.

Nobel respondió, pero falló el objetivo y terminó golpeando a otro alumno. Ese alumno lanzó otro caramelo de vuelta, que impactó en alguien más, y en cuestión de segundos la situación se salió completamente de control. Los caramelos volaban de un lado a otro.

Pobmek intentó detener a los niños, pero nadie lo escuchaba. Gritó, casi sin voz:

—¡Ustedes! ¡Deténganse! ¡Ya es hora de la clase!

Sin embargo, su voz fue tragada por el caos, en medio de aquella auténtica guerra de caramelos.

Pobmek se quedó allí de pie, con la sensación de haber quedado atrapado en medio de una tormenta. El cansancio de la carrera hasta la escuela fue rápidamente reemplazado por una irritación que comenzaba a hervirle en el pecho. Se llevó las manos a la cabeza, frustrado, cuando un caramelo salió volando y le dio de lleno en la frente. El frío del dulce terminó por romper su última pizca de cordura.

El aula entera quedó en absoluto silencio.

Pobmek levantó lentamente el rostro y miró el caramelo caído a sus pies con una expresión completamente distinta a la de antes. Todo lo que había estado reprimiendo explotó de una sola vez. Tomó un puñado de caramelos de la mesa y comenzó a lanzarlos de vuelta a los niños.

—¿No quieren estudiar, ¿verdad? ¡Entonces tomen!

En ese instante, cualquier distinción entre profesor y alumnos desapareció por completo. Pobmek se unió al juego, lanzando caramelos junto con los niños para liberar su frustración. Todos reían y gritaban de forma caótica, hasta el punto de que ya no se podía distinguir quién era niño y quién era adulto.

De pronto, Pobmek lanzó un caramelo hacia la puerta del aula sin querer.

El caramelo impactó de lleno en la directora, que estaba de pie allí observando la escena.

El ambiente se congeló al instante, como si el tiempo se hubiera detenido. Pobmek y los alumnos se quedaron mirando la escena, todos en estado de shock. La directora escupió lentamente el caramelo que había caído en su boca, con una expresión de profundo agotamiento... una expresión que Pobmek jamás habría querido ver en toda su vida profesional.

—B-buenos días... directora Sodchuen... —logró decir, con el rostro completamente pálido.

Ahora, Pobmek estaba sentado en la silla frente al escritorio de Sodchuen. La mujer, vestida con ropa colorida, parecía salida de un dibujo animado. En ese momento, Pobmek asumía el papel del profesor en problemas, intentando desesperadamente encontrar una forma de explicarse y arreglar una situación que se había salido totalmente de control.

—Hoy los niños estaban usando caramelos para practicar el conteo, ¿sabe...? —comenzó Pobmek, con una excusa poco convincente.

—Cuando hay algo concreto, como los caramelos, eso ayuda a los niños a entender mejor.

Sodchuen se recostó en la silla, apoyó el mentón en la mano y miró a Pobmek con expresión cansada. Soltó un largo suspiro.

—Está bien... ya no tengo paciencia para discutir contigo hoy, Pobmek... en fin... tú de verdad eres...

—¿Adorable? —intentó intervenir Pobmek, con una sonrisa incómoda.

—¡Dan ganas de regañarte! —respondió Sodchuen de inmediato, haciendo que Pobmek se sobresaltara. La sonrisa desapareció al instante de su rostro, dando paso a una expresión abatida.

Al ver su reacción, Sodchuen solo negó con la cabeza, exasperada.

—Pero, en fin, hoy no te llamé para reprenderte. Solo quería presentarte al nuevo profesor de educación física. Él dijo que ya te conoce.

Las palabras de Sodchuen hicieron que Pobmek se quedara rígido por un instante.

¿Quién podría conocerlo?

—¿Eh? ¿Quién? —preguntó, confundido.

En ese mismo momento, mientras aún intentaba entender la situación, la puerta del despacho se abrió. Un hombre de complexión atlética entró con una sonrisa abierta y

una expresión llena de entusiasmo. Era el profesor Jee, el nuevo profesor de educación física.

—¡Pobmek, idiota! —gritó Jee, llamándolo a viva voz.

—¿J-Jee...? —Pobmek quedó inmóvil por un segundo, mientras su confusión se transformaba en puro asombro.

Sodchuen observó a ambos, alternando la mirada entre ellos, ligeramente sorprendida.

—Entonces sí se conocen... en ese caso, no hace falta presentación, ¿verdad? —dijo, girándose hacia Jee.

—Pero, al final, ¿de dónde se conocen ustedes dos?

Jee caminó de inmediato hacia Pobmek y pasó un brazo por los hombros de su viejo amigo con total familiaridad. Pobmek forzó una sonrisa, tratando de ocultar la incomodidad.

—Vivimos uno al lado del otro —explicó Jee—. Mi madre es muy cercana a la suya, así que terminamos creciendo juntos.

Lo que Pobmek sentía en ese momento no era solo la sensación de estar siendo ignorado, sino también una profunda irritación por tener que reencontrarse con esa persona.

Jee... el vecino demasiado perfecto. Aquel con quien su propia madre lo comparaba constantemente. Y ahora, para colmo, tendría que trabajar con él en una escuela que parecía mucho más pequeña de lo que había imaginado.

Los recuerdos del pasado comenzaron a proyectarse en la mente de Pobmek como una película repetida. Desde la infancia, cuando siempre se caía de la bicicleta y vivía con las rodillas lastimadas, mientras Jee hacía piruetas con total habilidad; pasando por la adolescencia, cuando Pobmek llegaba a la escuela con la camisa arrugada por salir de casa con prisa, mientras Jee aparecía impecable, como recién arreglado; hasta el recuerdo más doloroso de todos: el día en que llevó a casa una calificación de tres, decepcionado, solo para ver a Jee saltando de alegría con sus padres, mostrando una caja llena de medallas de oro por su excelente desempeño académico.

Esos recuerdos eran como cicatrices que nunca habían desaparecido de su corazón. Y ahora Jee reaparecía en su vida como el nuevo profesor de educación física de la escuela. Todo aquello hacía que Pobmek simplemente no pudiera agraderle.

—Ah, qué bien. Amigos desde la infancia, entonces —comentó Sodchuen, sonriendo satisfecha al verlos aparentemente tan cercanos—. Así será más fácil que se ayuden en el trabajo.

Jee sonrió y giró el rostro hacia Pobmek antes de responder, con un tono humilde:

—En realidad, soy yo quien va a necesitar mucho de su ayuda...

—Acabo de mudarme, todavía tengo mucho que aprender de él —añadió Jee.

Las palabras de Jee hicieron que Sodchuen mirara a Pobmek con cierta sorpresa. Luego negó con la cabeza y soltó una pequeña risa.

—Bueno... creo que aprender por cuenta propia quizá sea lo mejor —comentó.

Pobmek apenas sonrió, tragándose la irritación que sentía por dentro. Jee, en cambio, mostró una expresión confundida ante el comentario de Sodchuen, pero no le dio demasiada importancia. Poco después, le extendió su currículum. Sodchuen tomó el documento y comenzó a leerlo, mientras Jee aprovechaba para ordenar discretamente los objetos sobre su escritorio.

Tanto Sodchuen como Pobmek notaron el gesto, pero ninguno dijo nada.

Tras revisar el currículum, Sodchuen habló con sincera admiración:

—Vaya... excelente rendimiento académico, historial impecable. De verdad naciste para ser profesor.

—No es para tanto —respondió Jee, riendo suavemente—. Solo tuve suerte. Todo lo que estudio se me queda con facilidad. Supongo que maduré antes que los demás

Pobmek frunció el ceño, visiblemente incómodo.

En ese momento sonó el timbre de la escuela. Jee se despidió con su habitual energía.

—Bueno, ya es hora. Voy a presentarme primero en todas las aulas. — Se volvió hacia Sodchuen.

—Con permiso, directora. Luego miró a Pobmek.

—Nos vemos por ahí.

Y salió del despacho. Pobmek lo siguió con la mirada, claramente insatisfecho.

—Demasiada energía... muy propio de un profesor nuevo —comentó Sodchuen con una sonrisa leve.

—Quiero ver cuánto le dura —respondió Pobmek, con un tono ácido.

—Nada de buscarle pelea. Mejor concéntrate en mantenerte firme tú primero —dijo Sodchuen, ahora con expresión seria—. Dime, Pobmek... ¿de verdad crees que puedes con el trabajo de ser profesor?

—Ya lo dije antes. Yo nunca quise ser profesor...

Su voz sonó cansada, sin entusiasmo.

—¿Y tú crees que yo quería ser directora interina? —replicó Sodchuen, soltando un suspiro antes de levantar la vista hacia la foto del verdadero director extranjero colgada en la pared—. Con solo pensar que el director Maximoff está viajando por el mundo mientras nosotros lidiamos con esto, me dan ganas de gritar.

Guardó silencio un segundo... y luego gritó.

Pobmek dio un pequeño salto.

—¿Qué pasó, jefa?

—Nada. Tenía ganas de gritar —respondió ella con total naturalidad.

Pobmek asintió, todavía algo desconcertado. Entonces Sodchuen recuperó su tono serio.

—Escucha bien. Tú y yo estamos en situaciones complicadas, pero cada uno tiene un rol que cumplir. Tú elegiste ser profesor —por el motivo que sea—, así que haz tu trabajo como corresponde. ¿Entendido?

—Entendido... —respondió—. Entonces volveré al aula.

—¿A dar clase? —preguntó Sodchuen, satisfecha.

—No. Voy a espiar a mi novio —contestó Pobmek, saliendo del despacho con una prisa que no intentó disimular.

Sodchuen se quedó sola, apoyando la mano en la frente, exhausta.

---

Las voces de los niños llenaban el aula con un murmullo constante y animado. En medio de ese ruido, Solar —un joven de baja estatura, con un abrigo tejido de colores vivos—, el profesor a cargo del curso, se encontraba frente al pizarrón intentando mantener el orden.

Llevaba un micrófono inalámbrico sujeto a la oreja, lo que le daba un aire curioso, casi como el de un cantante en el escenario. Su actitud era abierta y entusiasta, como si estuviera siempre listo para ponerse en movimiento.

—Cuando yo diga “buen”, ustedes dicen “día”. ¿De acuerdo? Buen—

—¡Día! —respondieron los niños al unísono.

—Buen—

—¡Día!

La coordinación arrancó sonrisas y llenó el aula de energía positiva. Solar asintió, satisfecho.

—Hoy, en la hora de tutoría, el profesor tiene una misión secreta para ustedes.

Los niños se inclinaron hacia adelante, atentos.

Solar levantó una tarjeta.

—Van a escribir una tarjeta diciendo “te amo” para alguien especial.

El aula se llenó de murmullos emocionados.

—Puede ser para papá, mamá, un hermano, una hermana... o para alguien a quien extrañen. Escriban lo que sienten de verdad, ¿sí?

Los niños comenzaron a escribir concentrados. Solar caminaba entre las filas, observando y animando con palabras suaves.

De pronto, dos chicos empezaron a discutir en voz baja.

—Escribe el tuyo —dijo King, serio.

—No se me ocurre nada... ¿no podemos hacerlo juntos? —protestó Four, con tono caprichoso.

Eran la conocida dupla Four y King, del segundo grado, llamados así simplemente por sus nombres.

Solar se acercó enseguida.

—Four, cada uno debe escribir su propia tarjeta. No pasa nada si te tomas tu tiempo.

Luego miró a King.

—Y tú, King, habla con más calma. Así tu amigo puede pensar mejor.

Ambos asintieron de inmediato.

—Sí, profesor Solar.

Solar sonrió y volvió a dirigirse a la clase.

—El profesor ve que todos están esforzándose mucho. Estas tarjetas van a estar llenas de cariño.

Los niños continuaron escribiendo, entusiasmados.

Desde la puerta del aula, Solar notó a alguien observando. Pobmek estaba allí. Al cruzar miradas, ambos sonrieron con complicidad.

---

Cuando sonó el timbre de salida, el edificio se llenó de pasos, risas y voces infantiles. La tensión de la mañana se disipó y dio paso a un ambiente más relajado.

Pobmek salió del despacho de la directora sintiendo que el peso que llevaba desde temprano finalmente se había aliviado. Caminó por el pasillo sin apuro, junto a Solar.

—Te vi entrando al despacho de la directora —comentó Solar—. ¿Te llamaron la atención otra vez?

Pobmek negó suavemente.

—No. Llegó un profesor nuevo. Un vecino mío, Jee.

—Ah, el profesor Benjee. Lo vi hoy.

El nombre volvió a despertarle una leve irritación.

—Sí. Demasiado entusiasta. Apareció de la nada y me hizo quedar peor.

—Entonces intenta esforzarte un poco más —dijo Solar con sencillez.

El comentario bastó para que Pobmek bajara la guardia.

—Estoy cansado...

—Siempre dices lo mismo —respondió Solar, con una sonrisa cariñosa, despeinándole el cabello.

Desde lejos, Sodchuen observaba la escena con una mezcla de cansancio y preocupación. Jee se acercó y silbó, divertido.

—Vaya... también tienes este lado. Bastante adorable.

—Ellos no hacen ningún esfuerzo por ocultar que son pareja —murmuró Sodchuen.

—¿Eso te molesta? —preguntó Jee.

—No. Me preocupa que Pobmek dependa demasiado de Solar —respondió—. Sin él, no sé cómo se las arreglaría.

Jee guardó silencio unos segundos.

—Pero supongo que ese día nunca llegará.

Delante de ellos, Pobmek y Solar subieron juntos al auto, riendo con tranquilidad.

รักครู  
เท่าโลกเลย  
LOVE YOU TEACHER

## Capítulo 02

El apartamento, decorado en tonos cálidos y con muebles sencillos de madera, transmitía una sensación de calma y confort, como un oasis silencioso después de un día entero de confusión en la escuela.

Solar, usando un delantal con estampado de nubes, cortaba con habilidad la pechuga de pollo ya preparada sobre la tabla. En ese momento, el teléfono sonó. Extendió la mano y contestó con una sonrisa.

—Hola, cosa linda —dijo Solar, con voz dulce al teléfono.

Del otro lado de la línea estaba Pranee, su madre, haciendo una videollamada desde casa.

—Siempre con esa boca tan dulce —rió Pranee—. ¿Qué estás haciendo, hijo mío?

—Ensalada de pechuga de pollo. Pocas calorías, con el aderezo especial de la hermosa mamá Pranee que me envió —respondió Solar, levantando la botella del aderezo para mostrársela.

—¿Eh? ¿Ya se está acabando? Si es así, te mando más —preguntó Pranee, preocupada.

Cuando Solar estaba a punto de responder, Pobmek se acercó y se unió a la conversación para saludar a Pranee.

—Todavía queda bastante, mamá. Está tan rico que ni siquiera se puede comer todo de una sola vez.

Con un aire entre travieso y provocador, Solar hizo un gesto de falsa impaciencia hacia su novio, pero la mirada que le dedicó estaba llena de cariño. Pranee rió, complacida.

—Estás hablando del aderezo, ¿verdad, hijo? —preguntó Pranee, con tono divertido.

—¡Sí! Voy a cambiarme de ropa rapidito, mamá —respondió Pobmek, sonriendo, antes de dirigirse al dormitorio y dejar a Solar conversando a solas con Pranee.

—Y entonces, ¿cómo fue enseñarles hoy a los niños a escribir las tarjetas? —preguntó Pranee, con voz cálida.

—Les encantó, mamá. Creo que hoy en día casi nadie escribe cartas, así que estaban muy entusiasmados —contó Solar, feliz.

—Qué bien. Si se me ocurren más ideas, te las voy contando, ¿sí?

—Típico de una profesora jubilada que se niega a jubilarse, ¿no, cosa linda?

—Once profesora Pranee, always profesora Pranee —respondió ella, sonriendo ampliamente—. Después de convertirse en profesora, lo es para toda la vida.

Solar sonrió, encantado con las palabras de su madre.

El tiempo pasó y ya se acercaban las ocho de la noche cuando Pobmek salió del cuarto usando ropa cómoda, con el rostro mucho más relajado que por la mañana. Al ver a Solar sentado a la mesa del comedor, escribiendo una tarjeta, se apoyó contra la pared y comentó:

—Eres demasiado tierno. Enseñas a los niños a escribir cartas y todavía encuentras tiempo para escribir las tuyas. Si tu mamá lee una tarjeta así, va a ponerse muy feliz.

—Entonces escribe una para tu mamá también —rió Solar, extendiéndole una tarjeta.

—Ah, no... mi mamá no es tan tierna como la tuya —respondió Pobmek, en broma.

Hizo el ademán de acercarse para molestar a Solar, pero Solar ya estaba atento, preparado para reaccionar...

Solar se apartó rápidamente.

—¡Nooo, no dejo que la veas! ¡Me da vergüenzaaa!

—¿Vergüenza de qué? Déjame ver solo un poquitooo —intentó Pobmek, tratando de agarrar la tarjeta.

Los dos comenzaron a empujarse suavemente y a reír, en un juego ligero. Pero, en uno de los movimientos, Pobmek dio un pequeño paso hacia atrás. Su rostro palideció de inmediato, dominado por el dolor que subió desde el tobillo.

—Oye, ¿qué pasó? —Solar se dio cuenta al instante de que algo no estaba bien y corrió a sostenerlo.

Pobmek respondió algo incómodo, con una expresión avergonzada:

—Es que... cuando llegué hoy, terminé saltando otra vez la reja de la escuela...

La respuesta hizo que la expresión de Solar cambiara de inmediato, de la preocupación a un cansancio resignado. Suspirando, sacudió la cabeza despacio ante la conducta de su novio, que nunca parecía cambiar.

—Ahhh...

Un ambiente de comodidad y tranquilidad se adueñó del apartamento. Pobmek estaba sentado en el sofá, recostado contra un gran almohadón, completamente relajado.

Ambos pies estaban sumergidos en una palangana con agua tibia colocada en el suelo. La sensación del agua pasando entre los dedos lo hizo soltar un suspiro satisfecho, como si todo el dolor del tobillo hubiera sido absorbido y desaparecido.

—¿Y? ¿Mejóro? —preguntó Solar con voz suave.

Se acercó y se sentó en el suelo, frente a él. Pobmek asintió con una sonrisa. Estaba tan relajado que casi se quedaba dormido. Solar sonrió al verlo así y comenzó a masajearle los pies con cuidado.

—Oye... no hace falta —protestó Pobmek, levantando un poco el pie por pudor, más por cariño que por una negativa real.

—No pasa nada, déjame cuidarte —respondió Solar con sinceridad, sin dejar de masajearlo.

Pobmek se quedó observando a Solar, que siempre lo cuidaba con tanto esmero en cada detalle. La agradable sensación de antes fue dando paso, poco a poco, a un sentimiento de culpa. Comenzó a sentirse como alguien que solo sabía recibir amor, sin poder devolver nada a cambio. La pregunta que llevaba rondándole la mente desde hacía mucho tiempo terminó por escapar.

—Solar... ¿por qué eres tan bueno conmigo así? —su voz salió baja, casi como un susurro.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Por qué vas a ponerte dramático? —rió Solar, sin interrumpir el masaje.

—No estoy haciendo drama... solo me pongo a pensar... parece que soy solo una carga... no hago nada bueno por ti... —dijo el hombre corpulento, con una voz demasiado pequeña para el tamaño de su cuerpo.

—Y no es solo contigo... con nadie... con la directora Sodchuen, con los niños... no veo ninguna utilidad en mí... —su voz tembló, como si algo se le hubiera quedado atorado en la garganta.

Solar dejó de masajear. Alzó el rostro y miró a Pobmek con sinceridad.

—Tal vez tú todavía no lo veas... pero yo sí.

Sostuvo la mirada de su novio.

—Estás creciendo, a tu manera, a tu propio ritmo.

Las palabras de Solar actuaron como un remedio inmediato para el corazón de Pobmek. Permaneció en silencio durante un buen rato, asimilando aquello, hasta que Solar tomó una compresa tibia que había preparado e intentó colocarla sobre sus ojos con todo cuidado.

Pero Pobmek hizo un pequeño berrinche.

—No quiero cubrirme los ojos... así no puedo verte...

Solar no le hizo caso. Cubrió los ojos de Pobmek con la compresa y sonrió de forma maliciosa.

—A veces, no ver con los ojos nos permite percibir con mayor claridad.

Entonces Solar comenzó a acariciar lentamente el pecho de Pobmek. Las yemas de sus dedos descendieron suavemente por los surcos de los músculos del abdomen, con una ligereza tal que Pobmek se estremeció por completo. Luego, Solar empezó a masajear con cuidado los brazos, las piernas y la nuca. Pobmek dejó escapar gemidos relajados, sintiendo como si alguna energía recorriera todo su cuerpo, al punto de casi desbordarse.

Solar se acercó y susurró junto al oído de Pobmek, con voz ronca:

—¿Estás cómodo hasta hartarte, profesor?

Pobmek asintió, sonriendo satisfecho. Sus labios se curvaron sin que pudiera controlarlo, y el calor del placer se extendió por todo su rostro.

—Perfecto... entonces ahora prepárate para el castigo.

Clic.

El sonido metálico resonó de inmediato, seco y claro, como una señal que anunciaba el inicio del castigo. Pobmek quedó confundido. Solar retiró la compresa de sus ojos, revelando que ya había esposado ambas manos de Pobmek. La restricción funcionaba como un amuleto de excitación.

Luego, Solar tiró con fuerza de la camisa de Pobmek, haciendo que los botones saltaran. La tela se rasgó, dejando al descubierto la piel caliente y el pecho firme. Pobmek apenas lograba respirar, con respiraciones cortas y aceleradas, completamente dominado por la excitación. Su respiración era pesada, el corazón le latía como un tambor.

Solar comenzó a repartir besos lentamente, desde el pecho hasta el ombligo y el abdomen, de forma pausada. Sus labios estaban húmedos y suaves, y la punta de su lengua dibujaba círculos delicados, descendiendo cada vez más, cruzando el límite del centro de aquella sensación ardiente... antes de volver a subir y morder el cuello de Pobmek, haciéndolo estremecerse de placer. El contacto era firme e intenso. Solar usó los dientes para pellizcar la piel a propósito, al mismo tiempo que lo reprendía con voz ronca. El susurro cargado de autoridad hizo que Pobmek se relajara por completo.

—Escuché que últimamente estás siendo un mal profesor.

—S-solo... un poquito... —respondió Pobmek con la voz temblorosa, las palabras saliendo entrecortadas por la intensidad de las sensaciones, difíciles de controlar.

Entonces fue el turno de Pobmek de avanzar. La delicadeza de antes se transformó en un deseo voraz.

—Entonces deja que haga el examen de recuperación con el profesor, ¿sí?

El hombre de complexión más robusta sonrió con astucia y se lanzó al ataque sin dudarlo. Presionó su cuerpo contra el de Solar con fuerza, con movimientos rudos, pero cargados de afecto.

Ahora los dos estaban en el suelo, besándose con intensidad, como si ese espacio fuera el patio de juegos de una pareja experimentada. Sus labios chocaban y se succionaban con urgencia, sin guardarse nada.

Solar estaba a punto de quitarse el delantal de cocina cuando Pobmek le sujetó la mano. Aun esposadas, las manos de Pobmek apretaron las de Solar con firmeza.

—No te lo quites. Quédate así —ordenó Pobmek, con la voz cargada de deseo. La orden fue firme, sin espacio para negociación.

—Otra vez con eso... —rió Solar, una risa llena de rendición provocadora—. ¿Y qué es lo que hay que hacer primero?

Pobmek juntó ambas manos, todavía unidas por las esposas, en un gesto que mezclaba sumisión y desafío dentro del juego que Solar guiaba, mientras sus ojos se entrecerraban...



Él dejó que el deseo ardiente se reflejara abiertamente.

—Gracias... profesor.

Entonces Pobmek avanzó y besó a Solar con intensidad. Aquel beso fue más profundo y hambriento que cualquier otro. Los dos jóvenes profesores se entregaron el uno al otro con pasión sobre el suelo de la sala: una fusión intensa y urgente, como viajeros sedientos tras una larga travesía. Aunque vivían juntos todos los días, aun así parecían incapaces de saciarse el uno del otro.

¡Tarde! ¡Tarde! ¡Tarde!

La alarma del celular sonó, pero antes de que pasara siquiera un minuto, Pobmek la apagó rápidamente. El sonido que debía resonar por el dormitorio se extinguió por completo. Contuvo la respiración, temiendo despertar a Solar, que dormía abrazado a él. Sin embargo, lo único que escuchó fue la respiración tranquila y regular de Solar.

Tan aliviado que casi gritó de celebración, Pobmek salió de la cama con el máximo cuidado, silencioso como un ladrón a punto de robar una joya preciosa. Al llegar a la sala de estar, ya vestido adecuadamente, comenzó a poner en práctica el plan que había pensado en secreto.

Con movimientos cuidadosos, preparó todo para Solar, como un padre que organiza el desayuno de su hijo antes de ir a la escuela. Colocó tarjetas de vocabulario en inglés sobre la mesa y pegó una nota escrita con su letra pequeña y algo torcida:

“Flashcards para enseñar vocabulario a los niños...”

Tomó la camisa clara favorita de Solar y la colgó con cuidado en la silla. Luego escribió otra nota y la pegó en la prenda:

“Hoy no hace tanto calor... pero igual usa una camisa clara... te queda bonito...”

Después de eso, Pobmek fue hasta el refrigerador para preparar un sándwich para el desayuno de Solar. Hizo todo con el mayor cuidado y dedicación que un hombre podía ofrecer. Al terminar, escribió una nota con el dibujo de un sol sonriente. También separó una paleta para Solar y, con cara de sueño, le pegó un pequeño mensaje:

“Cuando sonrías... también te ves más bonito...”

Pobmek regresó al sofá, bostezando una y otra vez, hasta que terminó quedándose dormido allí mismo.

La luz del sol de la mañana entró por la gran ventana y despertó a Pobmek, que había dormido en el sofá desde la noche anterior. Sintió algo pegado justo en el centro de la frente. Llevó la mano hasta allí y notó que era un post-it amarillo, con la letra ordenada de Solar.

“Gracias :)

Pero la próxima vez, duerme tapado.”

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro, imposible de contener. Su corazón parecía inflarse, casi a punto de estallar como un globo, solo de imaginar a Solar despertando y encontrando todo lo que había preparado esa noche.

De repente, el teléfono sobre la mesita junto al sofá comenzó a sonar. Pobmek tomó el aparato y vio que era el número de su novio. Sonriendo, atendió con confianza.

—Y entonces... ¿te gustó mi progreso? Lo hice bien, ¿no?

—Disculpe... —interrumpió una voz femenina del otro lado de la línea.

—¿Este es el número de contacto de emergencia del señor Thiwatawan Mancharoensilp, correcto?

El corazón de Pobmek, que segundos antes parecía enorme, se encogió de inmediato.

—A-ah... sí, soy yo. Él es mi novio.

—Por favor, intente mantener la calma —dijo la mujer, con un tono controlado pero cargado de preocupación—. Es que...

Tump. Tump. Tump. Tump.

El sonido de los pasos apresurados del joven profesor resonaba por los pasillos del hospital. El mundo de Pobmek, que hasta hacía poco parecía un campo de flores en plena primavera, se hacía pedazos como vidrio golpeado por un martillo pesado.

Corría por los pasillos del hospital de forma desesperada, sin prestar atención a las personas, médicos o enfermeras que se cruzaban en su camino. Incluso pacientes en sillas de ruedas tenían que apartarse rápidamente para dejarlo pasar. El corazón de Pobmek latía descontrolado mientras rezaba en silencio para que todo aquello fuera solo una pesadilla, un sueño del que despertaría pronto, como si nada hubiera ocurrido.

Pero la voz de la enfermera al teléfono seguía resonando en su mente, repitiéndose sin parar. Pobmek sentía como si una piedra pesada le oprimiera el pecho, quitándole el aire.

Volviendo en el tiempo, al momento en que Pobmek dormía tranquilamente, Solar estaba a punto de cruzar la calle frente a la escuela. Sonreía, aparentando felicidad. En una mano llevaba el bolso de profesor; en la otra, el sándwich que Pobmek había preparado, comiéndolo mientras caminaba.

—Esta mañana, mientras el señor Thiwatawan cruzaba la calle frente a la escuela... sufrió un accidente —dijo la enfermera.

Solar, al notar que un poco del aderezo de la ensalada del sándwich había caído sobre su camisa, intentó limpiarlo apresuradamente. En medio de la prisa, no prestó atención a

los autos que se acercaban. El sonido de una bocina resonó fuerte y alarmante, pero parecía que ya era demasiado tarde. Solar se quedó paralizado del susto, sin poder reaccionar a tiempo.

Pobmek seguía corriendo por pasillos que parecían no tener fin. Pasaba junto a innumerables personas que lo miraban con confusión. En determinado momento, un paciente...

Un paciente se cruzó en su camino sin querer. Pobmek intentó esquivarlo, pero terminó tropezando y cayendo al suelo. El tobillo le dolía tanto que apenas podía ponerse de pie, pero ignoró por completo el dolor. Se levantó a toda prisa y continuó corriendo.

Su rostro estaba cubierto de lágrimas, a punto de desbordarse.

Pobmek llegó corriendo hasta la puerta de la sala de emergencias. Miró a su alrededor con desesperación, hasta que divisó a una enfermera detenida a poca distancia. Jadeando, casi sin poder hablar, logró forzar la voz.

—Soy el novio del señor Thiwatawan... ¿cómo está?

—Por favor, cálmese —respondió la enfermera—. Es que...

—Me desperté antes que él hoy... pero tenía tanto sueño que volví a dormirme...

—Ni siquiera me di cuenta...

Las lágrimas que había estado conteniendo durante tanto tiempo finalmente cayeron. Pobmek comenzó a llorar de manera descontrolada, incapaz de seguir hablando con claridad, mientras se culpaba sin descanso.

—Si me hubiera esforzado un poco más... lo habría llevado conmigo a la escuela... y esto no habría pasado...

La enfermera lo observó con una mirada comprensiva.

—Usted cuidó bien de su novio...

—¡No! ¡No lo cuidé lo suficiente! —gritó Pobmek, dominado por la desesperación.

La enfermera dejó escapar un suspiro lento y habló con voz suave.

—Está bien... aunque no haya sido perfecto, ahora está siendo bien atendido aquí. El señor Thiwatawan despertó hace un rato. Puede ir a verlo.

Las palabras de la enfermera hicieron que Pobmek dejara de llorar de inmediato. Se quedó inmóvil, sin poder decir nada. Su mente parecía haberse apagado por un instante, como si todo ese llanto hubiera sido en vano.

La enfermera lo condujo hasta la sala de hospitalización compartida, donde varias camas estaban alineadas con pulcritud. El murmullo de las personas y el fuerte olor a

desinfectante llenaban el ambiente. Pobmek miraba a su alrededor con ansiedad, hasta que la enfermera se detuvo frente a una cama cubierta por una cortina azul claro.

La corrió lentamente.

Y lo que Pobmek vio lo dejó completamente paralizado.

Solar —quien debería estar inconsciente en la cama— estaba sentado, observando su propio rostro reflejado en una bandeja de aluminio utilizada para servir las comidas. Su expresión era de absoluto desconcierto, como si acabara de descubrir algo que nunca había visto antes en su vida

Pobmek sintió una alegría tan intensa que estuvo a punto de desbordarse. Sin poder controlarse, se lanzó hacia adelante y abrazó a Solar de inmediato. Solar se sobresaltó un poco, pero no le devolvió el abrazo.

—El señor Thiwatawan se siente mejor, ¿verdad? —dijo el médico, que acababa de entrar con los estudios y las radiografías en las manos.

Pobmek se separó de Solar. Solar miró al médico con una expresión confusa.

—Tuvo mucha suerte —continuó el médico, sonriendo—. Fue rozado por un auto, golpeó la cabeza contra el suelo y perdió el conocimiento, pero no hubo nada grave.

—¿Está seguro, doctor? ¿Revisó todo con cuidado? —preguntó Pobmek, preocupado.

—Según los estudios de rayos X, no hay ningún hueso roto. La tomografía tampoco mostró sangrado en el cerebro. Solo presenta algunos hematomas leves en el cuerpo —explicó el médico.

Pobmek soltó un profundo suspiro de alivio. Sintió como si le hubieran dado una nueva oportunidad de vida. Estaba tan feliz que casi volvió a llorar. Pero al mirar a Solar, notó que seguía callado, sin mostrar alivio ni alegría, como si aún estuviera confundido.

Eso inquietó a Pobmek.

—Solar... estás bien, ¿no?

Solar permaneció en silencio, con la misma expresión perdida. Entonces Pobmek se volvió hacia el médico, cada vez más inquieto.

—Doctor... ¿esto es normal? ¿Por qué mi novio se ve tan extraño?

El médico se acercó para examinar a Solar más de cerca. Solar permaneció inmóvil, algo rígido, mientras el médico lo evaluaba y hablaba al mismo tiempo.

—Probablemente todavía esté en estado de shock... o quizá sea mejor dejarlo internado una noche para observarlo mejor. Así podremos seguir los síntomas con más atención. Voy a pedir que le coloquen suero.

Solar parecía estar considerando qué hacer cuando, de pronto, una voz llegó desde la cama de al lado.

Giró el rostro y vio a una enfermera colocando suero a un paciente en la cama contigua. El paciente hizo una mueca de dolor. Al ver eso, Solar apartó la mirada de inmediato.

—Vamos a casa.

—Está bien, entonces lo dejamos así —aceptó el médico.

Pobmek miró a Solar con alivio. Solar también parecía más tranquilo al saber que no tendría que recibir suero.

Pobmek ayudó a Solar, que cojeaba levemente, a regresar al condominio. No le importaba en absoluto su propio cansancio; estaba mucho más preocupado por el comportamiento extraño de Solar. Ya en el apartamento, Solar se quedó parado en medio de la sala, mirando a su alrededor como si ese lugar no le resultara familiar.

—Sabes lo cerca que estuve de que me diera algo esta mañana... —murmuró Pobmek para sí mismo mientras iba a la heladera a buscar una botella de agua y servía un vaso para Solar—. La próxima vez, espera y ve a la escuela tarde conmigo. Cruzar la calle en Bangkok es demasiado peligroso...

En el instante en que Pobmek cerró la puerta de la heladera, Solar avanzó de repente con una botella térmica de metal en la mano, intentando golpearle la cabeza con todas sus fuerzas. Pobmek logró esquivarlo a tiempo.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo?! —gritó Pobmek, sobresaltado.

Solar no respondió e intentó atacarlo de nuevo, pero Pobmek consiguió sujetarle el brazo. Ambos comenzaron a forcejear, agarrándose de manera violenta.

—¡Solar! ¿Qué te pasa?!

—¡Eres tú el que está haciendo algo malo! —gritó Solar de vuelta.

—¡Calma! —dijo Pobmek, cada vez más confundido—. ¿Qué está pasando?!

—¡Eso mismo, ese hombre mayor! ¿Y qué le pusiste al agua?!

—¿Qué dices? ¡La serví en el vaso!

—¡Mentira! ¡Ibas a ponerme un somnífero, ¿no?!

—¿Somnífero?! ¿Para qué haría yo algo así?!

—¡Para secuestrarme! ¡Viejo ladrón! —respondió Solar, forcejeando para soltarse del agarre de Pobmek.

—¿Viejo ladrón...? ¿De qué viejo ladrón estás hablando?!

—¿Y eso de ahí qué es?! —Solar giró el rostro y señaló las esposas que aún estaban tiradas en el suelo de la sala, restos de la noche anterior.

—Eso... son esposas.

—¿Ves?! ¡Viejo ladrón descarado!

—¡Solar! ¿Qué estás haciendo?!

—¡Yo no me llamo Solar! ¡Haz que vuelva a la normalidad ahora mismo!

—¿Volver a la normalidad? ¿Normal de qué?!

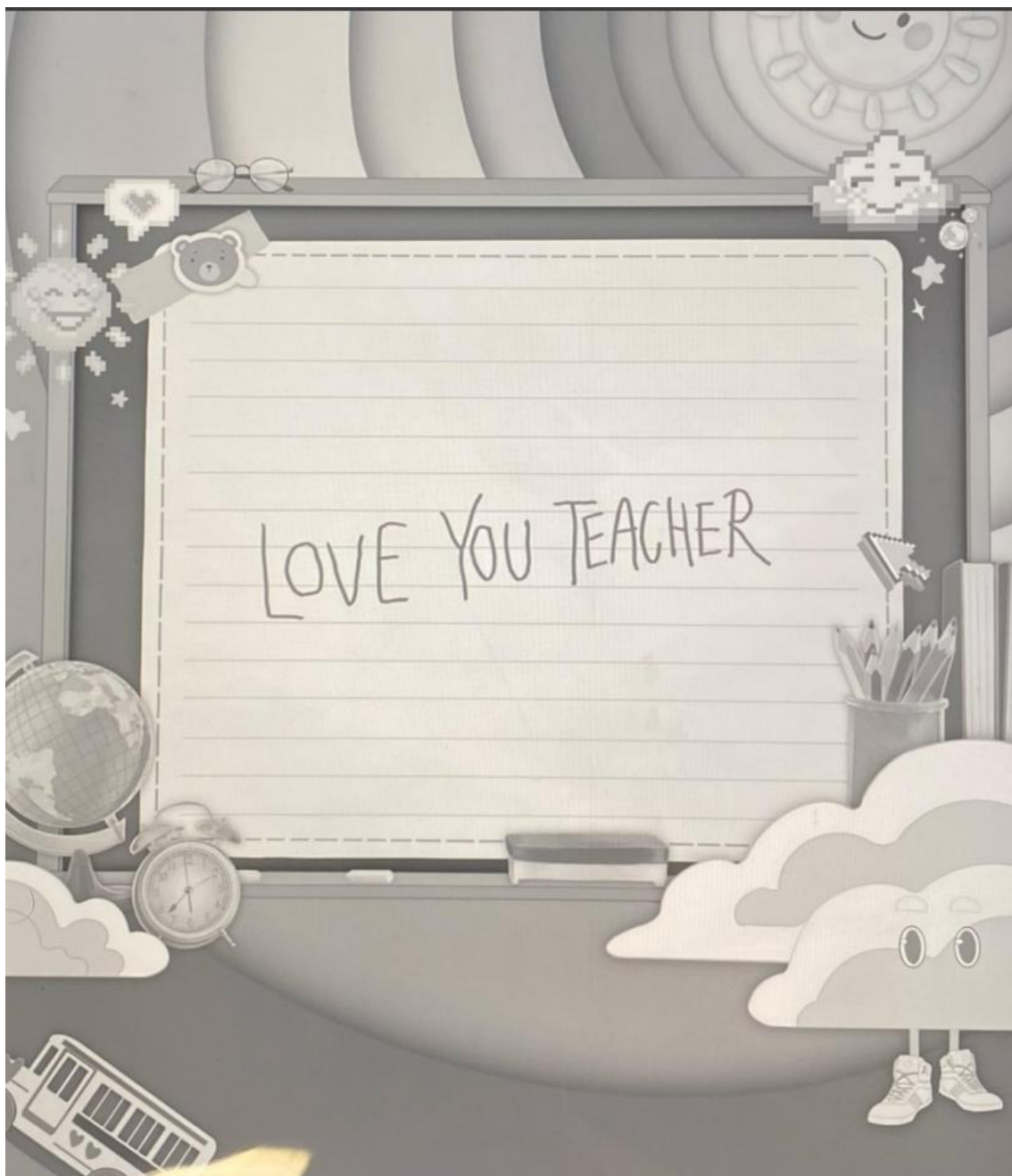
—¡Deja de llamarme Solar! ¡No me llamo Solar!

—¿Qué? Si no te llamas Solar, entonces... ¿cómo te llamas? —Pobmek solo podía mirarlo, completamente perdido.

—¡Mi nombre es Sun!

Pobmek se quedó inmóvil, en estado de shock absoluto ante la respuesta. Sin duda, era el mayor error inesperado de toda su vida.

—¿Sun...? ¿Cómo que Sun...?



### Capítulo 03

Pobmek se quedó parado en medio del departamento, intentando entender la situación, pero a cada segundo todo se volvía más confuso.

—¡Te llamás Solar! —gritó.  
—¡Yo me llamo Sun! —gritó el otro aún más fuerte.  
—¡Solar!  
—¡Sun!  
—¡Dije que es Solar!  
—¡Es Sun, carajo!

Sun no aguantó más. Usó toda la fuerza que tenía para zafar de las manos de Pobmek. Luego tomó la botella de agua que estaba sobre la mesa y se la arrojó. Pobmek logró esquivarla, pero no tuvo tiempo de reaccionar cuando Sun avanzó y le dio una patada directa entre las piernas.

Pobmek cayó al suelo de inmediato, el rostro verdoso por el dolor, encogido y sujetándose la entrepierna, atravesado por una punzada insoportable.

Aprovechando la oportunidad, Sun salió corriendo del departamento.

Pobmek intentó gritar para detenerlo, con los ojos llenos de lágrimas, pero en ese instante el ascensor llegó al piso.

Sun corrió hasta quedar frente al ascensor y comenzó a presionar el botón repetidamente, completamente desesperado. En cuanto la puerta se abrió, saltó adentro y apretó el botón de la planta baja, pero no pasó nada. Sun se quedó confundido.

Pobmek, que venía corriendo detrás mientras se sujetaba la entrepierna, le gritó desde lejos:

—¡Para bajar en ascensor hay que usar la tarjeta, carajo!

Pobmek levantó la tarjeta de acceso en la mano para mostrársela. Sun se puso todavía más alterado.

Entonces decidió salir corriendo y golpear puerta por puerta en los departamentos vecinos, pidiendo ayuda, pero ninguna se abrió.

Hasta que una mujer salió de otro ascensor. Parecía estar llegando a su casa y se preparaba para abrir la puerta de su propio departamento. Al verla, Sun corrió de inmediato hacia ella.

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

—¡Ay! ¿Qué pasó? —preguntó la vecina, asustada.

—¡Hay un secuestrador que quiere llevarme! —dijo Sun, señalando a Pobmek—. ¡Ese de ahí, tía!

—Disculpame... ¿me acabás de decir tía? —la mujer se molestó al instante.

—¡Ayúdeme, por favor, tía!

—¡Debo ser solo unos pocos años mayor que vos! ¡Decirme tía es una falta de respeto! —empezó a enfurecerse.

—¡Déjeme entrar para esconderme, por favor, tía! —Sun intentó meterse en el departamento.

La mujer se asustó e intentó detenerlo.

—¡Eh! ¡Eh! ¡No entres acá!

—¡El secuestrador está viniendo, tía!

La vecina perdió la paciencia. Sacó un gas pimienta y lo roció directamente en el rostro de Sun sin dudar.

Sun gritó de dolor al instante, completamente en shock.

—¡Aaaaah! ¡Arde!

Sun perdió por completo el control. Cayó al suelo y empezó a retorcerse de dolor. Cuando Pobmek llegó hasta él, quedó paralizado. Levantó la vista y miró a la vecina, sin poder decir una sola palabra.

—La próxima vez que vayan a hacer juegos de rol, aprendan a respetar a los vecinos —dijo la mujer, antes de cerrar la puerta de un portazo.

Pobmek solo pudo quedarse ahí parado, mirando a Sun retorcerse en el suelo, y luego soltó un suspiro agotado.

El estado del departamento ahora no era muy distinto al de un campo de batalla después de una pequeña guerra. La puerta estaba asegurada con una cadena, enganchada al picaporte y a un gancho de metal en la pared, donde Pobmek solía colgar su bolso.

Pobmek lavaba con cuidado el rostro de Sun, usando el agua de una palangana. Sun ya se había calmado. En las manos sostenía una pequeña fotografía de Pobmek y Solar tomada durante un viaje.

—Entonces... ¿vos y yo somos amigos de verdad? —preguntó Sun, con una voz mucho más suave que antes.

—Somos, claro. ¿Todavía no lo creés? —respondió Pobmek, confundido.

—No... —Sun negó con la cabeza—. Entonces, ¿cómo terminé en este cuerpo? ¿Desde cuándo me volví adulto?

Fue de inmediato a ver qué estaba ocurriendo.

Desde el interior se escuchó un sonido bajo, como si alguien intentara calmar algo, seguido de varios golpes secos y repetidos.

El ruido del agua corriendo y las sacudidas provenían del baño. Pobmek abrió la puerta apresuradamente, preocupado, pero se quedó paralizado al ver la escena.

Las paredes del baño estaban completamente cubiertas de espuma y jabón líquido. Sun reía a carcajadas, satisfecho, claramente orgulloso del desastre que había hecho.

—¡Oye! ¿Qué es todo esto? ¡Mira el desastre! Ya basta, basta. ¡Ahora vas a dormir! —gritó Pobmek.

Sun sonrió, complacido, y salió del baño con total tranquilidad, dejando a Pobmek atrás, obligado a limpiar todo él solo.

Después de terminar de limpiar el baño, Pobmek fue al dormitorio, solo para asustarse otra vez al ver a Sun saltando sobre la cama, divirtiéndose como si estuviera en un parque de juegos.

—¡Oye! Dentro de poco esa cama se va a romper por completo. Si vas a jugar, ve a jugar a la sala —gritó Pobmek, ya sin paciencia.

Sun puso una expresión satisfecha por haber logrado provocar a Pobmek una vez más y salió corriendo del dormitorio. Pobmek se agachó de inmediato para revisar las patas de la cama, con la cabeza dando vueltas solo de pensar si el seguro del colchón y de la estructura —comprados con prácticamente un salario entero de profesor— todavía cubrirían semejante daño.

Cuando Pobmek llegó a la sala, la escena que vio hizo que su paciencia se agotara por completo. Las paredes estaban cubiertas de dibujos hechos con crayones. Sun todavía estaba a punto de seguir dibujando, pero Pobmek se acercó, le sujetó la mano con firmeza y lo reprendió en voz alta:

—¿Oye! ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué es lo que quieres, al final? ¡Yo también me canso, ¿sabías?!

Sun se quedó en shock al ser reprendido de una forma tan seria. El miedo se apoderó de él y las lágrimas comenzaron a caer lentamente.

—Pero... tú no dijiste... que si me portaba mal... me ibas a sacar del cuarto...

—Así podría volver a casa...

—Quiero ver a mi mamá...

Pobmek se quedó congelado al ver a Sun conteniendo el llanto. Soltó su mano de inmediato. Sun fue hasta el sofá, tomó una manta, se envolvió en ella y comenzó a llorar en voz baja.

El corazón de Pobmek se apretó. No sabía qué hacer, invadido por la culpa de haber herido emocionalmente a un niño.

Sun seguía llorando bajo la manta, sintiéndose solo y asustado, hasta que percibió una sombra acercándose desde fuera de la tela. La manta fue apartada lentamente.

Era el “tío ladrón”, extendiéndole un chupetín. El rostro de aquel hombre mostraba ahora una preocupación genuina.

—Duele... lo sé, ¿verdad?

Sun asintió con la cabeza y tomó el chupetín para chuparlo. Poco a poco, dejó de llorar.

Pobmek también se calmó y comenzó a hablarle a Sun con más cuidado.

—Dentro de un rato el tío va a llamar a tu mamá, ¿sí? Pero por ahora vamos a buscar algo para hacer... ¿qué te gustaría hacer? ¿Leer una historia?

Sun asintió levemente. Pobmek tomó algunos libros infantiles de la mesita frente al sofá y los puso para que Sun eligiera. Fue pasando los libros uno por uno, hasta que Sun señaló uno que tenía un erizo y una ardilla en la portada. El título era *Hedgehog & The Squirrel*.

—¿Este?

Sun asintió.

—Encima elegiste uno en inglés... ven, el tío te lo traduce...

Pobmek comenzó a leer la historia.

—«Había una vez un erizo y una ardilla que vivían en el mismo tronco de árbol... cada uno por su lado, viviendo separados...»

La voz de Pobmek resonaba mientras imágenes del pasado aparecían en su mente: una habitación del dormitorio universitario, dos estudiantes ayudándose a limpiar el cuarto juntos.

—«Pero un día llegó una gran tormenta y llenó el tronco de hojas secas... al principio, cada uno intentó limpiar solo... pero era demasiado cansador y nunca terminaba... así que los dos decidieron trabajar juntos... limpiando el tronco, felices, uno al lado del otro...»

Pobmek terminó de leer la historia y se giró hacia Sun. Él ya se había quedado dormido, todavía con el chupetín en la boca.

Pobmek suspiró, sintiendo el peso de la situación: cansado, preocupado... pero con el corazón lleno de ternura.

Se sentía como si estuviera cuidando a un sobrino muy travieso. Con cuidado, retiró el chupetín de la boca de Sun y lo tomó en brazos.

El pequeño cuerpo fue colocado sobre la cama y Pobmek lo cubrió bien con la manta. Se quedó observándolo durante unos instantes, con una mirada preocupada, antes de apagar la luz de la lámpara junto a la cama.



## Capítulo 04

—¿Qué? ¿Lo atropellaron? ¡Dios mío! ¿Y ahora dónde está? ¿Cómo se encuentra? —la voz de Pranee sonaba llena de preocupación.

—Ya está todo bien, mamá. No fue nada grave. Ahora ya regresó al condominio —respondió Pobmek, intentando mantener la voz lo más normal posible, mientras observaba a su alrededor el departamento que antes estaba ordenado y que ahora se encontraba completamente desordenado.

—La madre está fuera de la ciudad en este momento, pero volveré a Bangkok lo antes posible.

—Solar está realmente bien, mamá. El médico dijo que solo tiene algunos hematomas leves. No hace falta que te preocupes —insistió Pobmek.

—Ya veo... si dices eso, la madre se queda más tranquila... qué alivio que no haya sido nada grave —la voz de Pranee se volvió más suave al saber que su hijo estaba a salvo.

—Sí, mamá...

—¿Y cómo están ustedes?

—Solar ya se durmió. Parece estar bastante cómodo.

—No, no... —interrumpió Pranee—. La madre está preguntando por ti, Pobmek... ¿cómo estás tú?

Al escuchar la pregunta de la madre de su novio, quien también mostraba preocupación por él, Pobmek se quedó sin reacción por un instante.

Por un momento, las lágrimas que había estado conteniendo subieron a sus ojos. Parpadeó varias veces, tratando de contenerlas.

—Yo... estoy bien —respondió con la voz controlada.

—¿Estás seguro de que realmente estás bien?

—Sí, lo estoy —dijo Pobmek, esbozando una sonrisa entre lágrimas.

—Debió de haber sido un gran susto... debes estar muy cansado...

—Sí... pero ahora ya estoy mejor, mamá...

—Hm... Pobmek... —la voz de la madre de su novio volvió a sonar, cargada de intención.

—¿Sí?

—¿Sabías que, cuando la madre pasa por algo difícil, tiene un truco para sentirse mejor?

—¿Un truco...? ¿Cuál?

El tiempo pasó, y ya era casi medianoche. Pobmek limpiaba el departamento con calma y concentración, frotando con cuidado las marcas de crayón que Sun había dejado en las paredes.

Cuando la madre no se siente bien, le gusta limpiar el baño.  
Después de eso, barre la casa, lava la ropa, riega las plantas...

No importa cuál sea la preocupación, poco a poco todo empieza a sentirse más liviano.

La voz de Pranee resonaba en la mente de Pobmek mientras acomodaba, con tranquilidad, todos los objetos esparcidos por el suelo. Gradualmente, cada cosa volvió a su lugar.

Pobmek dejó el balde en el piso y soltó un largo suspiro, respirando hondo.

Exhaló despacio, sintiendo un profundo alivio al mirar a su alrededor y ver que el departamento finalmente había recuperado el orden.

Soltó el aire lentamente, sintiendo un enorme alivio al mirar a su alrededor y ver que el departamento finalmente había vuelto a estar ordenado.

### **Siete años antes**

En la habitación de la universidad, cajas de cartón estaban apiladas por el suelo sin ningún orden. El ambiente se sentía pesado, polvoriento y sofocante. Pobmek estaba de pie en medio del cuarto, con una expresión de tedio y desánimo. Observaba el desorden esparcido por todas partes con visible irritación, mientras su corazón estaba lleno de preocupaciones que guardaba solo para sí.

—Hola.

La voz que surgió detrás de él hizo que Pobmek se sobresaltara levemente y girara la cabeza. Solar estaba parado en la puerta del cuarto, con una sonrisa abierta en el rostro. En una de sus manos sostenía una caja con sus propias cosas. Al notar que Pobmek no le devolvía la sonrisa, Solar no se desanimó. Entró en la habitación, le tendió un pirulito y lo saludó con entusiasmo.

—Mucho gusto, cuídame bien, ¿sí? Soy tu compañero de cuarto —dijo, señalándose a sí mismo.

—Soy Solar.

Pobmek todavía mostraba cierta resistencia y no parecía muy simpático, pero aun así aceptó el pirulito antes de responder:

—Yo... soy Pobmek.

—¿Pobmek? Yo soy Solar. Oye, ¡los dos son nombres del cielo! —dijo Solar, riendo animado.

—Sí... —respondió Pobmek, breve y algo confundido.

Solar entró al cuarto sin ningún reparo, dejó sus cosas en el suelo y empezó a acomodarlas con buen ánimo, completamente relajado, mientras Pobmek continuaba organizando las suyas, cada uno a su propio ritmo.

Sin embargo, la expresión de Pobmek seguía cargada de preocupación, algo que Solar notó enseguida.

—¿Todo está bien? ¿Por qué tienes esa cara tan tensa?

Pobmek pensó en responder, pero al final prefirió guardar silencio. Solar no se rindió. Comenzó a recorrer el cuarto, buscando algo.

—Mi mamá siempre dice que, cuando uno está estresado o lleno de preocupaciones, hay algo que ayuda a sentirse mejor...

Solar encontró una escoba, la tomó y se la extendió a Pobmek.

—Limpiar el cuarto. ¿Quieres intentarlo?

Pobmek negó con la cabeza, rechazando la escoba. Solar no le dio importancia y comenzó a barrer solo. Pobmek lo observaba, intrigado por lo animado que parecía aquel chico, más de lo normal.

Hasta que terminó estornudando por el polvo que se levantaba mientras Solar barría. Entonces Pobmek tomó un trapo, lo humedeció con agua y se preparó para pasar el piso, pero Solar lo detuvo.

—Oye, oye... ¿qué estás haciendo?

—Voy a pasar el trapo primero y después tú barres. Si no, el polvo solo se va a levantar.

—¿Pero no hay que barrer primero y después pasar el trapo?

—No. Primero se pasa el trapo y después se barre.

—No. Primero se barre y después se pasa el trapo.

—Trapo antes de barrer. Eso lo dijo mi mamá.

Solar suspiró suavemente.

—Vamos a discutir esto para siempre. Hagamos algo mejor: mirémonos de frente. El que parpadee primero pierde. El que gane, el otro hace las cosas a su manera.

Los dos quedaron uno frente al otro, con los ojos bien abiertos, mirándose fijamente, tratando de no parpadear.

Intentaron mantener la mirada lo más inmóvil posible, pero poco a poco fueron tensándose. Pobmek, decidido a ganar, empezó a mover la mano delante del rostro de Solar.

—No vale hacer trampa. Solo se pueden usar los ojos.

Entonces Pobmek empezó a hacer muecas extrañas, moviendo los ojos a propósito para provocarlo. Solar logró aguantar la risa y, como respuesta, comenzó a girar los ojos de forma exagerada y divertida. Ambos se contuvieron todo lo que pudieron, hasta que finalmente no aguantaron más y estallaron en carcajadas al mismo tiempo.

—Míranos... ni barrimos ni pasamos el trapo —dijo Pobmek entre risas.

—Pero al menos ahora estás menos preocupado, ¿no? —respondió Solar con una sonrisa sincera.

Al escuchar eso, Pobmek se sintió conmovido y terminó sonriendo también. Solar se alegró al verlo así.

Después de terminar de limpiar el departamento, Pobmek se quedó de pie en medio de la sala, que había vuelto a estar ordenada tras el caos del comienzo de la noche. Su mirada recorrió el lugar como si estuviera buscando algo, hasta detenerse en una tarjeta que Solar había escrito la noche anterior.

Se acercó, la tomó y comenzó a leerla, curioso.

Entonces se dio cuenta de que Solar no había escrito esa tarjeta para su madre.

Era para él.

“Para Pobmek,”

Leyó en voz baja, antes de ser arrastrado nuevamente por los recuerdos del pasado de su novio.

Volviendo al primer día en que me mudé al dormitorio de la universidad. Solar caminaba por el pasillo sosteniendo una caja de cartón y un pirulito en la mano. Su forma de actuar dejaba claro lo nervioso que estaba; incluso tenía un poco de sudor en el rostro.

Pobmek... tú sabes... ese día en que me mudé por primera vez al dormitorio... estaba muy nervioso... pensando si me llevaría bien o no con mi compañero de cuarto...

Cuando finalmente llegó a la puerta de su habitación, la abrió... y fue ahí donde te encontré por primera vez. Me quedé quieto, sin saber qué hacer, como si hubiera encontrado a alguien que llevaba mucho tiempo buscando. Sentí una afinidad inexplicable, aun viendo que tú parecías tan preocupado como yo.

Pero cuando te vi... lo supe de inmediato... que no era solo yo quien tenía miedo.

Volviendo a la mañana del día del accidente. Solar despertó, vio todo lo que Pobmek había preparado para él y sonrió, con el corazón lleno. Luego miró a Pobmek, que dormía en el sofá. Su mirada estaba cargada de cariño. Escribió una nota, tomó una manta y lo cubrió con el mayor cuidado posible.

Solar se inclinó y le dio un beso suave en la frente a Pobmek. Después dejó la nota allí mismo y salió del departamento en silencio.

Por eso... no importa por lo que estés preocupado... siempre me tendrás a tu lado... así... para siempre.

Te amo, Pobmek.

En ese momento, las lágrimas corrían por el rostro de Pobmek mientras leía la tarjeta de Solar, llena de amor y sinceridad. Entró en la habitación y se dejó caer junto a su novio, que todavía dormía profundamente.

—Yo también te amo, Solar... —murmuró en voz baja.

Las lágrimas volvieron a brotar. Deslizó lentamente la mano hasta tomar la de su novio y se quedó allí, observando su rostro dormido, invadido por una profunda añoranza.

A la mañana siguiente, la luz del sol entró en la habitación. Pobmek despertó poco a poco, aún algo aturdido. Se estiró levemente, se levantó y salió del cuarto para darse una ducha.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que regresara corriendo, con el corazón acelerado.

Sun ya no estaba en la cama.

Pobmek entró en pánico, sintiendo que le faltaba el aire. Corrió hacia la sala, pero Sun tampoco estaba allí. Su corazón parecía a punto de detenerse. Entonces miró la puerta del departamento y quedó paralizado al notar que la cadena que la aseguraba había desaparecido.

Sin pensarlo dos veces, Pobmek salió corriendo del departamento, descalzo.

Bajó apresuradamente hasta la entrada del condominio, completamente alterado, buscando a Sun por todos lados, en cada rincón, pero no había rastro de él. La ansiedad crecía en su pecho como algo a punto de desbordarse.

Al ver que el guardia de seguridad llegaba para iniciar su turno, Pobmek corrió inmediatamente hacia él.

—¡Señor! ¿Ha visto a mi novio?

—Tranquilo, muchacho... acabo de llegar para cambiar el turno. ¿Cómo podría haberlo visto? —respondió el guardia, confundido.

—Entonces, ¿podría llamar al compañero que estaba en el turno anterior? —pidió Pobmek.

El guardia asintió, pero tardó bastante en encontrar el número, hasta que Pobmek comenzó a impacientarse.

—Por favor, apúrese...

—Calma, estoy buscando —respondió el guardia, ya algo molesto.

Pobmek estaba tan tenso que apenas podía contener el llanto.

—Oye, Pobmek, ¿qué pasa?

Al oír esa voz, Pobmek se dio vuelta. Detrás de él estaba Solar, sosteniendo bolsas con comida para el desayuno. Pobmek se quedó quieto por un instante. Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente cayeron, sin control.

—Y encima bajaste descalzo... así te vas a lastimar el pie otra vez —dijo Solar, preocupado al ver el estado de Pobmek.

Pobmek corrió hacia él y lo abrazó de inmediato. Solar se quedó confundido por aquella reacción repentina, pero le devolvió el abrazo, lleno de preocupación. Pobmek siguió aferrándose a él con fuerza, llorando.

Aunque tengamos a alguien que camina a nuestro lado, hasta que llegamos al punto en que realmente aprendemos algo, el camino no es sencillo. Todavía existen muchos obstáculos dispuestos a ponernos a prueba, ya sea desde nosotros mismos... o incluso desde las personas que amamos.

Esta historia aún no ha terminado... en realidad, acaba de comenzar.

—Fragmento del discurso del profesor Pobmek el día de la graduación

รักครู  
เท่าโลกเลย  
LOVE YOU TEACHER

## Capítulo 05

La luz del sol de la mañana atravesaba la habitación, que ahora estaba nuevamente ordenada, como si nada hubiera ocurrido. Pobmek y Solar entraron juntos. Solar dejó la bolsa con la comida sobre la mesa y luego se giró hacia Pobmek, todavía con una expresión de incredulidad.

—¿Eh? ¿Me convertí en un niño de siete años? ¿Y además dije que mi nombre era Sun?

—Sí, te convertiste —respondió Pobmek, con la voz cansada—. Ayer la habitación fue un caos. Tuve que pasar toda la noche limpiando todo yo solo.

Solar escuchaba lo que Pobmek le contaba con una expresión confundida, claramente sin lograr seguir el relato del todo.

—¿No recuerdas absolutamente nada de lo que pasó ayer? —preguntó Pobmek, solo para asegurarse.

Solar intentó forzar sus recuerdos, reorganizando los fragmentos de memoria que parecían faltar.

—Recuerdo... haber oído una bocina muy fuerte... —dijo aún confundido—. Después de eso, no recuerdo nada más...

Frunció el ceño, pensativo.

—Luego desperté aquí... me bañé... y salí al mercado esta mañana.

Al escuchar eso, Pobmek se quedó inmóvil durante unos segundos. Su corazón se sintió pesado, como si algo se le hubiera posado en el pecho.

¿Por qué el hombre que amaba simplemente no podía recordar lo que había sucedido...?

—¿A dónde vas? —preguntó Pobmek de pronto.

—Voy a dar clase —respondió Solar con naturalidad.

Pobmek corrió para bloquearle el paso y le quitó la bolsa de trabajo de las manos.

—Solar, ayer te golpeaste la cabeza contra el suelo. Y cuando despertaste, ni siquiera recordabas lo que había pasado. Creo que es mejor que hoy no vayas a trabajar. Quédate descansando primero en la habitación.

—Pero es muy encima de la hora... —respondió Solar, preocupado—. Ni siquiera avisé con anticipación. ¿Quién va a cuidar a los niños de mi clase?

Pobmek se señaló a sí mismo, lleno de confianza.

Solar soltó una carcajada.

—¿Estás bromeando conmigo?

—No estoy bromeando —respondió Pobmek con seriedad—. Yo también soy profesor. Puede que no sea docente titular como tú, pero puedo cuidar a los niños igual. ¿O no confías en mí?

Solar aún parecía inseguro, pero no respondió. Pobmek se acercó y tomó su mano con suavidad.

—Quédate aquí descansando primero. Luego hablo con la profesora Sodchuen, ¿de acuerdo?

—Está bien... —Solar terminó cediendo.

—Vamos, ve a bañarte. Ya se está haciendo tarde.

Pobmek dejó la bolsa de Solar sobre la mesa y le dio un beso corto, lleno de cariño.

—Eres demasiado tierno...

Luego, Pobmek salió corriendo para darse una ducha, visiblemente más aliviado.

Solar soltó un suspiro profundo y se quedó mirando su propia bolsa de trabajo, con el corazón lleno de preocupación.

El auto de Pobmek se detuvo frente a la escuela. Apenas estacionó, bajó apresuradamente y salió corriendo hacia el interior del edificio. ¿La razón? Muy simple: otra vez iba tarde. Corrió sin mirar atrás.

Poco después, una motocicleta de transporte por aplicación se detuvo discretamente cerca de allí. En el asiento trasero iba alguien con casco, intentando no llamar la atención. Esa persona levantó la cabeza con cuidado y, lentamente, subió la visera del casco, revelando el rostro de Solar, con una expresión astuta, como si estuviera planeando algo.

Pobmek se detuvo, jadeando, frente al aula del segundo grado, sala uno, respirando con dificultad mientras observaba el pasillo familiar. Vio a Jee y a Sodchuen conversando animadamente, como si comentaran algo sobre alguien. La prisa que antes le ardía en el pecho comenzó a desvanecerse poco a poco, reemplazada por una incomodidad al ver a varios niños correr hacia Jee y hablar con él de manera muy cercana.

Los niños hacían gestos con las manos, como si usaran un lenguaje secreto. Jee incluso se equivocó en uno de los movimientos al final, pero aun así los niños siguieron riendo a carcajadas y divirtiéndose. Al ver esa cercanía, Pobmek sintió una punzada de irritación.

En ese momento, Jee levantó la vista y vio a Pobmek allí parado.

—Ah, profesor Pobmek, no te vi esta mañana. Dormiste bien, ¿eh? —dijo Jee con una sonrisa abierta que, para Pobmek, sonó más provocadora que amable.

—Al menos llegué a tiempo para la clase —respondió Pobmek con una sonrisa irónica. Luego se giró hacia Sodchuen—. Buenos días, profesora Sodchuen.

—Buenos días. ¿Y Solar no vino? ¿O todavía no se siente mejor? —preguntó ella, con evidente preocupación.

Sodchuen preguntó con la voz llena de preocupación.

— Ahora está mucho mejor —respondió Pobmek—.

— Está muy terco y quiere venir a dar clase sí o sí, pero preferí que descansara un día más en el departamento. Hoy voy a reemplazarlo con el segundo año, aula 1.

— Ah... ¿crees que va a funcionar? —Sodchuen miró a Pobmek con cierta duda—. Los alumnos del curso de Solar son bastante difíciles de manejar.

— Creo que hay alguien todavía más terco que ellos —dijo Jee, esbozando una sonrisa ladeada mientras miraba hacia un rincón del pasillo.

Pobmek y Sodchuen siguieron su mirada de inmediato.

Vieron a Solar entrando sigilosamente al aula, todavía con el casco puesto. Pobmek abrió los ojos, completamente sorprendido.

— ¿¡Solar!?

— ¡¡¡Llegó el profesor Solar!!! —gritaron los niños del aula, llenos de alegría.

Solar sonrió con timidez hacia Pobmek y señaló el interior del aula, como diciéndole que fuera a dar la clase. Pobmek solo pudo soltar un suspiro, agotado.

— Ese Solar no se despegaba del aula por nada —comentó Sodchuen, sacudiendo la cabeza con resignación ante la actitud del colega más joven, que se había graduado en la misma universidad que ella.

— El profesor Solar es realmente muy responsable con su trabajo, combina bastante con el profesor Pobmek —dijo Jee, en un tono neutro, aparentemente sin segundas intenciones.

Pobmek giró la cabeza de inmediato para mirar a Jee con desconfianza, como si pensara: “¿me está picando o no?”

En ese momento sonó la señal que marcaba el inicio de la clase.

— Vamos, es hora de dar clase. Cada uno a hacer lo que ama. Profesor Jee, no se olvide de lo que le pedí —dijo Sodchuen.

— ¡Sí, señora! —respondió Jee con una sonrisa animada, haciendo un saludo exagerado.

Sodchuen se alejó, dejando a Jee y a Pobmek solos. Jee anotó algo en un cuaderno.

Pobmek miró de reojo y vio el nombre de Solar, con la fecha, seguido de una observación:

*Profesor Solar: a pesar de haber sufrido un accidente recientemente, asistió al trabajo con normalidad.*

Cuando terminó de escribir, Jee se fue. Pobmek, intrigado, decidió seguirlo y le preguntó con curiosidad:

— ¿Qué estabas anotando?

— ¿Ah, esto? Es el cuaderno de seguimiento de los alumnos... y también de los profesores.

— ¿Eh? ¿Cómo así?

— Es que en la escuela central ya hubo casos de profesores que parecían normales por fuera, se llevaban bien con los niños y trabajaban correctamente... pero de repente, un día, sufrían una crisis emocional cuando un alumno no podía responder una pregunta y empezaban a llorar sin parar. Al final los evaluaron y les diagnosticaron problemas psicológicos —explicó Jee con un tono serio.

Al oír eso, Pobmek se quedó quieto por un momento. Sintió una extraña opresión en el pecho.

— Sodchuen tiene miedo de que algún profesor de aquí pase por algo parecido. Por eso me pidió que los observe. Así, si ocurre algo, podemos actuar a tiempo y proteger a los niños.

— ¿Y... ese profesor, qué le pasó?

— Por lo que sé, simplemente desapareció. Hace mucho que no volvió a dar clases.

Al escuchar eso, Pobmek no pudo evitar sentir cierta inquietud, temiendo que Solar pudiera terminar pasando por lo mismo.

Nunca había imaginado que la condición de Solar pudiera llegar a ese punto. Eso incluso podría afectar su trabajo.

— Entonces... ¿por qué P'Sodchuen decidió darte esa responsabilidad? —preguntó Pobmek, intrigado.

— Tampoco lo sé —respondió Jee—. Tal vez solo quería ponerme a prueba en el trabajo. Siempre anda elogiándome, diciendo que soy “increíble”, pero su forma de hablar es exagerada de por sí.

Jee dijo eso y se fue caminando, dejando a Pobmek solo, con pensamientos confusos atropellándose en su cabeza. Solo se quedó mirando cómo Jee se alejaba, claramente molesto.

### **Siete años atrás**

Pobmek y Solar todavía eran compañeros de cuarto. Cada uno estaba sentado en su propio escritorio, de espaldas el uno al otro, con una distancia cómoda entre ambos. Solar llevaba auriculares, escuchando música tranquilamente, mientras Pobmek hablaba por teléfono con su madre, Phafan, usando el altavoz. Al mismo tiempo, miraba en la notebook las notas del examen de mitad de semestre.

Cuando vio que había sacado una C, su expresión se apagó, como una flor quemada por el sol.

— Impresionante, ¿no? Jee fue elegido para representar a la universidad en una competencia académica en el exterior y todavía volvió con una beca. Deberías ponerte en contacto con él, Pobmek. ¿Querés que mamá le pida su número? Así pueden hacerse más cercanos.

— No hace falta, mamá —respondió Pobmek con la voz cansada—.

— Jee ya tiene su propio círculo social. Y yo también tengo algunos amigos acá.

— Y al final, ¿quién es tu compañero de cuarto? ¿Qué carrera estudia?

— Eh... estudia profesorado, mamá —respondió Pobmek, sin mucho entusiasmo.

— ¿Ah, sí? Qué pena. Hoy en día parece que cualquiera puede ser profesor... —dijo su madre, sin dejar de hablar—.

— Veo profesores buscando cosas en internet para enseñarles a los niños hasta el día de hoy...

Las palabras de su madre cayeron como una piedra dentro de la habitación. Pobmek apagó el altavoz de inmediato, en pánico, como si intentara sofocar un incendio, temiendo que Solar hubiera escuchado esos comentarios despectivos sobre la profesión docente.

— Si convivieras con gente que estudia medicina o contabilidad, quizá todos se exigirían más para estudiar...

De pronto, Solar se levantó de un salto, como impulsado por un resorte. Pobmek se quedó paralizado por un instante, creyendo que Solar había escuchado lo que su madre acababa de decir. Cortó la llamada apresuradamente.

— Después hablamos, mamá.

Pobmek terminó la llamada y miró a Solar, que estaba de espaldas, invadido por una fuerte sensación de culpa. Era como si tuviera una piedra atorada en la garganta, incapaz de decir palabra. Poco a poco se levantó y dijo, con la voz temblorosa:

— Solar... perdón por mi mamá, por lo que dijo...

— ¡¡¡Sííí! ¡¡¡Por fin!!! —Solar se dio vuelta con el rostro rebosante de alegría y gritó con todas sus fuerzas.

— ¿Eh? ¿Qué pasó? —Pobmek quedó desconcertado.

Solar giró la pantalla de la notebook para que Pobmek la viera. Era el resultado del examen de mitad de semestre: nota A, con el mensaje “*Mayor puntuación del curso*”.

— Mierda... es increíble. Felicitaciones —dijo Pobmek, sonriendo de verdad.

— ¿Y a vos cómo te fue? —preguntó Solar, todavía sonriendo, lleno de orgullo. Pero al ver cómo Pobmek iba perdiendo la sonrisa, empezó a notar algo extraño—.

— ¿Eh... qué pasa?

— Ah... déjalo —respondió Pobmek, evitando el tema.

— Uf... eres demasiado terco. Ven aquí, déjame mostrarte algo —dijo Solar, soltando un suspiro cansado. Abrió una presentación colorida en la notebook titulada “*Magic Word*” y se la mostró.

— En la psicología infantil existe un concepto llamado *idiosincrático mand*. Son palabras que los niños usan para comunicarse a su manera cuando quieren pedir algo.

Pobmek frunció el ceño, confundido, como un perro mirando a su dueño sin entender.

— Por ejemplo, algunos niños crecen con miedo a pedir ayuda. Si lo dicen directamente, temen que los reten. Entonces creen que tienen que resolver todo solos y se guardan las cosas.

Pobmek asintió, escuchando con atención, empezando a comprender.

— Así que les enseñamos a usar otra palabra en lugar de pedir ayuda directamente, para que no se sientan presionados ni ansiosos al hablar.

— ¿Y qué palabra sería esa? —preguntó Pobmek.

— Cualquiera —respondió Solar, sonriendo.

Pobmek miró la presentación y vio un ejemplo en el que los niños habían elegido como *Magic Word* la palabra “impermeable”.

— Este niño, por ejemplo, no soporta la lluvia. Cuando necesita ayuda, dice...

— “Impermeable” —completó Pobmek, entendiendo.

— Exacto. Cuando lo dice, los demás ya saben que necesita ayuda. Y para él es más fácil pedirla sin sentir vergüenza.

— ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Yo ya no soy un niño —dijo Pobmek.

Solar se inclinó hacia adelante de repente, acercando su rostro al de él, lo que dejó a Pobmek nervioso y sin saber cómo reaccionar.

Solar lo miró fijamente y preguntó:

— ¿Seguro?

Pobmek se quedó en silencio, haciendo todo lo posible por ocultar su incomodidad, como haría cualquier persona. Ante la falta de respuesta, Solar terminó desistiendo.

— Silencio... sin respuesta... está bien. Cuando estés listo, decime.

Solar volvió a su escritorio y se sentó de espaldas a él. Recién entonces Pobmek dejó escapar una sonrisa satisfecha.

En ese momento sonó la señal que marcaba el cambio de clase, resonando como una alarma en los oídos de Pobmek. Fue directo al aula de Solar y vio que esa clase estaba siendo dictada por otro profesor. Entonces recordó que Solar no tenía clase en ese horario. Sin pensarlo dos veces, sacó el celular y lo llamó.

El teléfono de Solar vibraba suavemente sobre la mesa, dentro de la sala de profesores, que estaba completamente vacía. No había nadie allí excepto él mismo, que dormía inclinado sobre la mesa, demasiado exhausto para mantenerse despierto.

En ese momento, Pobmek entró en la sala. Al ver a Solar dormido, esbozó una sonrisa traviesa. Se acercó, se sentó a su lado y se quedó observando su rostro de cerca.

— Así que viniste a tomar una siesta para recargar energías... —murmuró Pobmek.

Miró alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie más y, al confirmarlo, sintió el impulso de hacer una pequeña travesura. Se inclinó y le dio un beso suave en la mejilla.

— Ya es hora de despertar, profesor... —susurró el más astuto de los dos, acercándose al oído del profesor de baja estatura, con una voz calmada y delicada.

Como si hubiera escuchado aquellas palabras, Solar comenzó a moverse lentamente, todavía adormilado. Abrió los ojos con dificultad y, al darse cuenta de que quien estaba frente a él era Pobmek, habló con una voz débil, cargada de sueño.

— Tío ladrón...

Pobmek se quedó completamente inmóvil.

La persona que había despertado no era Solar, tal como él lo conocía, sino Sun: aquel niño travieso, obstinado e imposible de manejar.



## Capítulo 06

Pobmek quedó inmóvil, como una estatua. La sorpresa lo golpeó con la fuerza de una ola gigantesca. Miró fijamente a Solar, que acababa de despertar con el rostro inexpresivo. Las palabras que había pronunciado seguían resonando en su mente una y otra vez, como si estuvieran atrapadas en un bucle.

“Tío ladrón...”

— S-Solar... ¿eres tú? —preguntó Pobmek, con la voz temblorosa.

— Mmm... —Solar asintió lentamente, todavía adormilado, antes de mirar alrededor con curiosidad—. ¿Dónde estamos?

— Aquí... es la escuela...

— ¿La escuela...? ¡Entonces mamá va a venir a buscarme a la escuela! —dijo Solar de pronto, llenándose de entusiasmo, tan contento que parecía incapaz de quedarse quieto.

Pobmek le cubrió la boca de inmediato, completamente alarmado, como si intentara contener algo a punto de desbordarse. No quería que nadie lo viera en ese estado.

— No, no... Solar. Es mejor que primero vayamos a casa, ¿sí?

— ¿A la casa de mamá? —preguntó Solar, con los ojos brillantes.

— No... a nuestra casa.

— ¡No quiero! ¡No voy! ¡Quiero volver con mi mamá!

Solar gritó con todas sus fuerzas y empujó a Pobmek, que cayó al suelo. Acto seguido, salió corriendo de la sala, veloz, como alguien que acaba de escapar de un encierro. Pobmek quedó paralizado apenas un segundo antes de ponerse de pie de inmediato.

— ¡Oye! ¡Solar, vuelve aquí!

Solar atravesó el pasillo a una velocidad inusual, impulsado por la energía desbordada de una mente infantil dentro de un cuerpo adulto. Pobmek corrió tras él con todas sus fuerzas, pero no logró alcanzarlo. Al doblar la esquina, Solar ya había desaparecido. Pobmek se detuvo, jadeando, con dificultad para respirar, parado en medio del corredor como si acabara de despertar de un sueño.

— ¿A dónde fue...?

Desde algún lugar cercano se oyó el sonido de una descarga de agua. Solar estaba escondido en el baño. En ese momento, varios niños entraron allí. Al verlo, se sobresaltaron y se quedaron quietos por un instante, antes de saludarlo con respeto.

— Buenos días, profesor Solar.

Solar respondió al saludo de manera confusa, justo cuando Pobmek llegó corriendo y lo encontró.

— ¡Así que estabas aquí!

Al ver a Pobmek, Solar volvió a salir corriendo sin pensarlo dos veces. Pobmek intentó atraparlo, pero no lo logró. Apenas alcanzó a llamarlo antes de volver a correr tras él, sin rendirse.

Solar avanzó por el pasillo a toda velocidad, pero tuvo que detenerse de golpe al encontrarse con un grupo de niños que estaban haciendo la tarea. Apenas lo vieron, se acercaron con entusiasmo.

— Profesor Solar, ¿puede revisar mi vocabulario?

— Profesor Solar, ¿me ayuda a corregir esto, por favor?

— Profesor Solar, ¿qué significa esta palabra?

Solar se irritó tanto que parecía a punto de perder el control. Incapaz de soportarlo más, respondió de manera brusca, alzando la voz:

— ¡Mi nombre es Solar! ¡No... es otro nombre!

Los niños quedaron completamente conmocionados; algunos incluso comenzaron a llorar, incapaces de creer lo que acababan de presenciar. Solar se quedó allí, sin saber qué hacer. Pobmek escuchó el llanto, se detuvo y enseguida lo vio. Corrió hacia él y logró sujetarlo, pero el cuerpo de Solar no era el de un niño: Pobmek tuvo que hacer mucha más fuerza de la habitual.

— ¡Duele!

— Si duele, entonces quédate quieto.

Solar perdió la paciencia y mordió con fuerza el brazo de Pobmek. Pobmek gritó de dolor y terminó soltándolo. Aprovechando la oportunidad, Solar escapó corriendo por otro lado. Pobmek volvió a perseguirlo, sin rendirse.

En el amplio gimnasio, Jee estaba dando la clase de educación física. Guiaba a los niños en ejercicios de estiramiento, pidiéndoles que imitaran animales.

— Bien, ahora vamos a estirarnos como un león. Métense en el personaje, como si fueran un león.

Jee se agachó, adoptando la postura del animal, y habló con una voz firme y llena de energía. Los niños imitaron los movimientos entre risas y diversión, rugiendo juntos mientras seguían la actividad.

— ¡Pongan más energía! Miren, ahora ya no somos nosotros mismos, ¡ahora somos un león! —dijo Jee con entusiasmo.

En ese momento, Pobmek entró corriendo al gimnasio, con el rostro tenso y angustiado. Recorrió el lugar con la mirada, buscando desesperadamente a Solar. Jee apartó un instante la atención de los niños y lo notó de inmediato, así que les habló:

— Eso, así está bien. Mientras tanto, elijan el animal que quieran y sigan practicando, ¿sí?

Jee se acercó a Pobmek mientras los niños continuaban imitando a los animales.

— ¡Princesas, reúnanse! —gritó la pequeña Elsa, dando palmadas para llamar a su grupo de amigas y señalando a Jee, que se dirigía hacia Pobmek.

Aurora y Tinker Bell, sus amigas, salieron corriendo de la fila para reunirse con ella.

— ¿Qué pasa, Elsa? —preguntó Aurora, curiosa.

— Sí, ¿qué pasa? —repitió Tinker Bell, imitándola.

— ¡El barco del profesor Pobmek y el profesor Jee está zarpando! —respondió Elsa, emocionada.

Las tres miraron hacia donde Jee y Pobmek conversaban en un rincón del gimnasio.

— Oye, Pobmek, ¿qué estás buscando? —preguntó Jee.

— Nada. Solo vine a dar una vuelta, a tomar un poco de aire —respondió Pobmek, con la voz irritada.

Del lado del llamado “club de las princesas”, las niñas comenzaron a hacer gestos exagerados y a imitar la conversación de los dos profesores.

— Estoy preocupado por ti... Solar no te trata bien, ¿verdad? —dijo Elsa, forzando una voz grave.

— Perdón por preocuparte, pero es que te extrañé mucho... solo quería verte —continuó, dramatizando.

Mientras tanto, Pobmek y Jee seguían conversando sin notar nada.

— ¿No tienes clase ahora? Vienes a pasear así... dentro de poco voy a anotar esto en mi cuaderno —dijo Jee, señalando su libreta.

— Tú tampoco estás dando clase correctamente en tu horario —replicó Pobmek, con un tono claramente sarcástico.

Pobmek intentó marcharse, pero Jee estiró el brazo y le bloqueó el paso. Las niñas comenzaron a gritar emocionadas y se agruparon alrededor de los dos profesores. Aurora continuó imitando la escena:

— No me hagas perder el control... o podría terminar besándote ahora mismo.

Mientras tanto, Jee y Pobmek seguían allí, casi forcejeando entre ellos.

— Oye, Pobmek, ¿estás bien? ¿Te pasa algo?

— No pasa nada.

— ¿No te sientes mal? Estás un poco caliente —dijo Jee, llevando la mano a la frente de Pobmek.

— ¡Estoy bien!

Pobmek apartó la mano de Jee de su rostro y salió del gimnasio rápidamente. Jee se quedó mirándolo, confundido.

En otro sector de la escuela, el sonido de pasos apresurados resonaba por los pasillos. Solar corría sin rumbo, completamente desorientado, como alguien que huye sin saber exactamente de qué. No tenía idea de dónde estaba ni hacia dónde debía ir. Al ver a un guardia vigilando la entrada de la escuela, sintió un miedo inmediato, como el de un animal pequeño frente a un depredador. Sin pensarlo, decidió buscar otra ruta para escapar.

Solar atravesó el patio de juegos corriendo sin detenerse, pero terminó regresando al mismo lugar. Fue entonces cuando vio a Four y a King, que estaban faltando a clase y jugando a darse palmadas en uno de los juegos.

— ¿Qué están haciendo? —preguntó Solar, curioso.

— ¡Profesor Solar! ¡No estamos faltando a clase! —gritó Four, asustado, intentando bajar rápido del juego.

Pero Solar respondió con un tono alegre, como si se estuviera divirtiendo. Era algo realmente extraño.

— ¡Qué genial! ¡Oigan! Mi nombre es Sun —dijo animado.

— ¿Eh? —Four y King quedaron confundidos.

— ¿Y ustedes cómo se llaman? —preguntó Sun, con una sonrisa abierta.

— Ah... yo soy Four, y él es King —respondió Four, todavía desconcertado.

— ¿Pueden ayudarme con algo? Quiero escapar de aquí. Gente como ustedes seguro conoce algún camino secreto, ¿no?

— Profesor Solar, no intente engañarnos... ¿nos va a llevar a la dirección con la directora Sodchuen, ¿verdad? —preguntó Four, desconfiado.

— ¡No estoy engañando a nadie! Ya les dije que mi nombre es Sun, ¡no Solar! —respondió Sun, molesto.

— Si de verdad no eres el profesor Solar, entonces tienes que poder hacer este código secreto. La gente de la generación Y no puede hacerlo —dijeron Four y King, mostrándole el gesto que estaban haciendo antes, mirándolo con expresión desafiante.

Pero Sun imitó el movimiento de inmediato, sin equivocarse en absoluto. Los dos niños quedaron inmóviles, como si acabaran de presenciar algo sobrenatural.

— Vaya... eso fue increíble —dijo King, impresionado.

En ese momento, Four miró hacia lo lejos y vio a Pobmek corriendo en dirección a ellos.

— ¡Oigan! ¡El profesor Pobmek viene para acá!

— Maldición, tengo que irme. ¡Rápido, dime el camino secreto! —dijo Sun, desesperado.

— Detrás del gimnasio hay un muro que se puede saltar. ¡Corre por ahí! —respondió Four sin dudarlo.

Sun no perdió tiempo y salió corriendo de inmediato.

Pobmek llegó al área de juegos y se detuvo allí, respirando con dificultad. Exhausto, miró hacia ambos lados buscando a Solar, pero no lo vio por ningún lado. En cambio, se encontró con Four y King, que seguían parados en el mismo lugar. Ambos estaban demasiado rígidos, lo que resultaba claramente sospechoso. Pobmek comprendió de inmediato que ellos sabían dónde estaba Solar.

— ¿Ustedes... vieron al profesor Solar? —preguntó Pobmek, todavía sin aliento.

Four y King negaron con la cabeza, tan tensos que solo confirmaron las sospechas de Pobmek.

— Díganme ahora mismo por dónde escapó el profesor Solar... porque, si no lo hacen, les voy a dejar una montaña de ejercicios de matemáticas atrasados —amenazó Pobmek con un tono lo suficientemente serio como para hacer que los niños se miraran, aterrados.

Dentro del gimnasio, el ambiente animado de la clase de baloncesto resonaba por todo el lugar. Jee daba la clase con entusiasmo, driblando el balón mientras demostraba los movimientos. En medio de la explicación, notó a alguien pasando corriendo, como si estuviera huyendo de algo. Era Solar.

Jee detuvo la clase por un momento, tomó su cuaderno de anotaciones y se colocó frente a él, bloqueándole el paso.

— ¿No tiene clase ahora, profesor Solar? —preguntó Jee con un tono amistoso.

Al ver a un adulto desconocido hablándole, Solar se sintió inseguro. No supo qué responder y simplemente desvió la mirada, fingiendo naturalidad.

— Qué bien, entonces. Justamente quería hablar con el profesor Solar —continuó Jee—. Acabo de ver al profesor Pobmek y lo noté un poco extraño hoy... parecía diferente.

Jee hablaba con un tono genuinamente preocupado.

Solar bajó la cabeza, mirando al suelo, y respondió con inseguridad:

— Y-yo... no lo sé...

Intentó marcharse, pero Jee se movió con rapidez y volvió a bloquearle el paso, mirándolo con atención directa.

Sin ceder ni un poco, Jee continuó:

— Pero, sinceramente... ahora el que parece más extraño es el profesor Solar, no el profesor Pobmek.

Mientras Sun se ponía cada vez más nervioso, sin saber qué hacer, Pobmek llegó corriendo justo a tiempo. Tomó a Sun de inmediato y lo apartó de Jee.

— ¡Tío ladrón, suéltame! —gritó Sun, asustado.

Jee quedó completamente desconcertado ante aquella escena. El comportamiento de Sun y Pobmek no tenía ningún sentido para él.

— ¿“Tío ladrón”? ¿Qué significa eso? ¿Pasó algo?

— ¡Ya dije que no pasa nada! —respondió Pobmek, irritado.

— ¡Tío ladrón, te dije que me sueltes! —Sun seguía forcejeando en sus brazos.

— ¿Cómo que no pasa nada? El profesor Solar está reaccionando así... y los niños ya están mirando —dijo Jee.

Pobmek miró alrededor y vio a los alumnos del gimnasio observando la escena con curiosidad. Jee se acercó aún más.

— Pobmek, si está pasando algo, dímelo ahora. No quiero tener que dejar esto por escrito en un informe —dijo Jee en voz baja, claramente preocupado de verdad.

Pobmek estaba tan alterado que parecía a punto de estallar. Sacó la pluma roja del bolsillo de la camisa de Jee y empezó a garabatear sin sentido en su cuaderno. Jee se quedó completamente paralizado, como si hubiera sido hechizado.

— ¡Pobmek! ¡No uses pluma roja! ¡Yo solo uso azul! —gritó Jee, entrando en pánico al ver el color rojo en su cuaderno.

Cuando terminó de escribir, Pobmek le devolvió el cuaderno de un golpe a Jee.

— Evalúa lo que quieras. Nadie es mejor juez que tú mismo, Jee.

Pobmek sujetó a Sun del brazo y lo sacó del gimnasio, dejando a Jee atrás, observándolos alejarse con una expresión llena de preocupación.



## Capítulo 07

Sun estaba sentado en el escritorio del profesor Pobmek, sorprendentemente tranquilo, con una leve sonrisa de satisfacción en el rostro. Pobmek, por su parte, se sentaba en el borde del escritorio, mirándolo mientras soltaba un suspiro cansado.

—Ah... ¿no te cansas de pasar todo el día huyendo de mí así?

—Solo quería ver a mi mamá... —respondió Sun en voz baja.

Mientras hablaba, Pobmek organizaba los libros que usaría en la clase.

—Ya te dije que te voy a llevar. Pero ¿puedes esperar hasta que termine la clase? El tío todavía tiene que trabajar antes. Menos mal que hoy Solar estaba libre todo el día... por la tarde él solo tenía—

A mitad de la frase, Pobmek miró el horario de clases colgado en la pared y se dio cuenta de que estaba equivocado. En realidad, Solar tenía clase en el siguiente período. El timbre que anunciaba el cambio de hora sonó justo en ese momento, haciendo que Pobmek se llevara la mano a la cabeza, como si fuera a estallarle una bomba.

—¿Y ahora... qué hago?

—Además de ladrón, ¿también puedes ser profesor? ¿La policía no te arresta? —preguntó Sun, genuinamente curioso.

—Ya te dije que no soy un ladrón... —respondió Pobmek, exhausto.

—Viéndote así, sí pareces un ladrón. ¿Qué clase de profesor es ese al que solo le tocan niños que no lo quieren? Mírame a mí, soy todavía mejor. Estuve aquí un rato y ya hice dos amigos.

—Está bien, está bien... tú eres el mejor de todos —respondió Pobmek.

Sun sonrió, muy orgulloso, mientras Pobmek solo podía mirarlo con cierta molestia. Entonces, Pobmek alternó la mirada entre el horario de clases de Solar y Sun, pensando en algo en silencio, como si estuviera armando un plan.

—Pero hay algo en lo que nunca vas a ganarme —dijo Pobmek, con una sonrisa maliciosa.

—Dar clase. Después de todo, sigues siendo un niño. Aunque yo fuera un ladrón de verdad, aun así daría mejor clase que tú.

Sun, que no aceptaba provocaciones, empujó la silla y se levantó de inmediato.

—¿Ah, sí? ¡Estoy seguro de que doy mejor clase que tú! —dijo, lleno de confianza.

Pobmek sonrió, como si todo estuviera saliendo exactamente como lo había planeado.

En el aula de segundo grado, grupo 2, el ambiente estaba lleno del ruido de los niños jugando, inquietos como un grupo de pajaritos aprendiendo a volar. De repente, Pobmek entró corriendo como un huracán. Todos los niños se asustaron, corrieron a sus lugares y guardaron silencio de inmediato, como si hubieran sido hechizados.

Pobmek tomó un marcador y escribió algo rápidamente en el pizarrón. Luego se giró hacia la clase y habló con un tono tan serio que dio escalofríos:

—¡El que se levante del asiento lo va a pasar mal!

Apenas terminó de hablar, Pobmek salió corriendo del aula, como si tuviera algo urgente que resolver. En el pizarrón quedó escrito el encargo:

“Resolver 10 ejercicios, página 15”.

“...el profesor vuelve en un momento.”

La frase estaba escrita en letras grandes. Los niños se quedaron en completo silencio, mirándose entre ellos con confusión.

En el aula de segundo grado, grupo 1, Pobmek llevó a Sun hasta el frente con una postura segura, como si estuviera presentando a un nuevo presidente. Los niños sentados escuchaban con atención, como si oyeran un cuento antes de dormir.

—Muy bien, niños. Hoy, en la clase de inglés, el profesor Solar va a—

Antes de que Pobmek terminara la frase, Sun caminó con confianza hasta el pizarrón y escribió la palabra “SUN”, con una letra claramente infantil, nada parecida a la de un adulto.

—Esta palabra se lee “sun”. ¿Qué significa? ¿Quién sabe? —preguntó Sun con voz fuerte y clara.

—¡Sol! —respondió Aurora, levantando la mano rápidamente.

—¡Correcto! ¡Diez puntos para ti! —dijo Sun, muy entusiasmado.

Elsa y Tinker Bell, sentadas a su lado, comenzaron a aplaudir.

—¡Muy bien, Aurora!

—¡Eso mismo, Aurora, lo hiciste genial!

—¡Y ese también es el nombre del profesor! —añadió Sun.

Los niños se quedaron confundidos y empezaron a mirarse entre ellos. Pobmek notó que la situación se estaba saliendo de control e intentó arreglarla.

—Es que hoy el profesor Solar decidió cambiarse el nombre por un día, niños...

—¿Entonces yo puedo llamarme Anna hoy? —preguntó Elsa, con una sonrisa tierna.

—¿Y yo puedo llamarme Jay? —preguntó Four.

—¡No pueden! ¡Porque mi nombre sí es Sun de verdad! —respondió Sun de inmediato.

—Entonces, ¿tu nombre sí es Sun de verdad, no es solo un apodo? —preguntó King, curioso.

El ambiente en el aula empezó a volverse caótico. Todos los niños comenzaron a querer cambiarse el nombre, y Sun ya estaba empezando a perder la paciencia...

Sin aguantar más, fue hasta un rincón del salón, tomó una escoba y golpeó con fuerza el pizarrón, produciendo un ruido tan fuerte que todos los niños quedaron completamente en silencio.

Pobmek contuvo la risa y se acercó para susurrarle a Sun:

—Hoy en día ya no se les pega a los niños, ¿sabías?

Sun se sintió incómodo y dejó la escoba en el suelo.

—Entonces... hoy vamos a aprender a contar del uno al diez en inglés.

—Pero eso ya lo aprendimos en primer grado, profesor Sun —dijo Elsa, con tono confundido.

Sun recibió el comentario como un golpe directo. Pobmek apenas pudo contener la risa. Al darse cuenta de eso, Sun no quiso quedarse atrás. Fue hasta la pared, tomó un póster con vocabulario de las partes del cuerpo y lo señaló para mostrárselo a los niños.

—La palabra “cabeza”, en inglés, es *head*... *neck* es cuello...

—¿Y cuál es la diferencia entre *neck* y *throat*, profesor Sun? —preguntó Aurora, con una pregunta totalmente inesperada.

Sun se quedó congelado. Otro bloqueo mental. Pobmek intentó ayudarlo con gestos discretos, pero Sun se negó a aceptar ayuda. Decidió salir del problema por su cuenta.

—¿Y tú qué crees que es? —le devolvió la pregunta.

Aurora pensó un momento.

—Mmm... *neck* debe ser la parte externa del cuello, porque se nota en la palabra *necklace*, que significa collar. Y *throat* debe ser la parte interna, como cuando uno dice “*my throat hurts*”.

Sun escuchó un poco distraído, sin entender todo, pero fingió haber comprendido.

—Correcto. Muy bien pensado y muy inteligente. Diez puntos.

Los niños comenzaron a aplaudir animados. Pobmek, al ver que Sun parecía estar manejando bien la clase, salió del aula murmurando para sí mismo:

—Creo que va a funcionar...

En ese momento, algunos niños en un rincón del salón empezaron a jugar y a hacer ruido.

Four, que no quería que la clase se desordenara...

...terminó interrumpiendo la clase de Sun, y gritó para detenerlos:

—¡Oigan! ¡Silencio! ¡El profesor Sun está dando clase!

Sun fue hasta el rincón del aula para ver qué estaban haciendo.

—Eso mismo... ¿qué están haciendo ahí? —y de pronto sus ojos brillaron—. ¡Oigan... carritos de carrera!

Al ver que los niños estaban compitiendo y mostrando sus autos, Sun les quitó los carritos de las manos... en realidad, porque él mismo quería jugar.

—¡No se puede jugar durante la clase! ¡Si no, se van a quedar sin recreo! Jefe de clase, ven aquí a anotar sus nombres.

—Pero, profesor Solar, ¿cómo que no se acuerda de mi nombre? —preguntó Miang, confundido.

—¡Ya dije que mi nombre es Sun! Anota el tuyo también. ¡Y haz diez saltos!

—¿Qué? —Miang se quedó en shock.

—Profesor Sun, ¿entonces yo puedo cambiarme el nombre a Anna hoy? —preguntó Elsa otra vez.

—Anota el nombre de esta también.

—¿Y por qué el profesor sí puede cambiarse el nombre y yo no? —protestó Elsa.

—Yo también quería cambiarme de Tinker Bell a Tinky Winky —añadió Tinker Bell.

Los niños comenzaron a hablar todos al mismo tiempo, queriendo cambiarse el nombre otra vez. Sun ya no podía controlar la situación.

Pobmek regresó tranquilamente al aula de segundo grado, grupo 2. Pero pocos segundos después se quedó en shock con la escena frente a él: todos los niños estaban “montando a caballo” sobre las sillas, sentados y balanceando el cuerpo hacia adelante como si estuvieran cabalgando.

El ambiente era tan caótico que parecía imposible de controlar.

—¡Oigan ustedes! ¿El profesor no dijo que estaba prohibido levantarse de la silla? —gritó Pobmek con toda su fuerza.

—Pero no nos levantamos de la silla, profesor —respondió uno de los niños, con una sonrisa traviesa.

—¡Ya basta, ya basta! Dentro de poco voy a llevarlos a todos directo a la oficina de la directora Sodchuen por no obedecer las órdenes del profesor —dijo Pobmek, llevándose la mano a la cabeza, al borde de la desesperación.

—¡Pero ya terminamos todo, profesor! Mire aquí. Me fue bien, ¿verdad? —dijo otra niña, señalando el pizarrón, donde una alumna simpática estaba escribiendo todas las respuestas para que los demás copiaran.

Pobmek solo pudo llevarse la mano a la cabeza, rodeado por el caos del aula.

En ese momento, un grito proveniente del aula de segundo grado, grupo 1, resonó por el pasillo. Pobmek giró hacia el sonido, alarmado. Aurora apareció corriendo, con el rostro pálido de pánico.

—¡Profesor Pobmek! El profesor Solar... quiero decir, el profesor Sun... ¡se volvió loco!

Pobmek palideció y salió corriendo de inmediato.

Al entrar al salón de segundo grado, grupo 1, Pobmek se quedó paralizado. La situación allí era tan caótica como —o incluso peor— que en el otro salón. Algunos niños estaban siendo castigados con ejercicios físicos, mientras otros saltaban y corrían por toda la sala.

Sun había empujado las mesas para formar una pista de carreras improvisada y estaba usando los carritos que había confiscado para competir con Four y King.

Sun sonrió ampliamente cuando su carrito cruzó la meta antes que los demás.

—¡Gané!

Pobmek se quedó inmóvil, sin saber qué hacer.

Y, en ese preciso momento—

—¡Profesor Solar! ¿Qué está pasando aquí? —exclamó Sodchuen, completamente sorprendida.

Sun dejó de jugar con los niños de inmediato.

—Niños, ¿quién fue el que dejó el salón en este estado? —preguntó ella, con voz severa.

Todos los niños señalaron a Sun al mismo tiempo. Jee, claramente afectado por su necesidad de orden, comenzó a acomodar discretamente las mesas en su lugar mientras preguntaba:

—Profesor Solar... ¿qué fue lo que pasó aquí, exactamente?

—¡Ya dije mil veces que mi nombre no es Solar! ¡Es Sun! ¡S-U-N! ¿Es tan difícil de entender? —gritó Sun, visiblemente irritado.

El grito dejó a Sodchuen y a Jee inmóviles, completamente confundidos. Ambos giraron la mirada hacia Pobmek, que ahora se encontraba claramente acorralado por la situación.

Un tiempo después, Sun estaba sentado tranquilamente en un rincón de la oficina de la dirección, jugando con un carrito de carreras, tan calmado como un niño que no comprende la gravedad de lo ocurrido.

Al otro lado del despacho, Pobmek estaba sentado encogido en una pequeña silla, justo frente al escritorio de la directora Sodchuen, con Jee sentado a su lado.

—Profesor Pobmek... esto es grave —dijo Sodchuen, con un tono firme, casi como si estuviera dictando una sentencia—.

¿Por qué Solar está actuando así? ¿Por qué se hace llamar Sun?

—Sí... —añadió Jee, claramente intrigado—. Está demasiado extraño... parece un niño.

Pobmek guardó silencio durante unos segundos. Se sentía como si estuviera siendo interrogado. Cada palabra que intentaba formular parecía demasiado pesada para salir. Su cuerpo estaba rígido, inmóvil, como una estatua.

—Solar no tiene nada... está normal —dijo Pobmek, intentando sostener la historia.

—¿Normal? ¿Desde cuándo esto es normal? Esto ya pasó cualquier límite razonable —replicó Sodchuen de inmediato.

Pobmek no logró responder. Pequeñas gotas de sudor comenzaron a aparecer en su frente y a deslizarse por sus sienes, extendiéndose por su rostro.

—Tú tampoco pareces estar bien. ¿Estás enfermo? —preguntó Sodchuen.

Pobmek negó rápidamente con la cabeza.

Sodchuen suspiró, abrió un cajón y sacó un parche de gel térmico de una pequeña caja de primeros auxilios, y se lo extendió.

—Póntelo. Es mejor prevenir.

Pobmek tomó el parche, abrió el envoltorio y lo colocó en su frente en silencio, mientras escuchaba a Sodchuen y a Jee conversar.

—Jee, ¿qué hacemos ahora?

Cuando Pobmek vio a Jee tomar el cuaderno para escribir, no lo soportó más. Se levantó de repente y le sujetó el brazo con fuerza, como si intentara impedir que ocurriera algo irreversible.

—Jee, por favor, no escribas nada sobre Solar.

—Entonces deja de guardártelo todo —lo reprendió Sodchuen con firmeza—. Decir que “no es nada” cuando claramente sí lo es, no soluciona absolutamente nada.

Las palabras golpearon a Pobmek con fuerza. Tragó saliva, sintiéndose arrastrado al pasado.

*En el dormitorio estudiantil, durante una noche silenciosa, Pobmek estaba sentado a la mesa, estudiando con concentración. Pero su cuerpo, cada vez más caliente y debilitado, terminó cediendo. Se quedó dormido allí mismo, inclinado sobre los libros.*

*Dentro de ese sueño breve y confuso, la voz de Phafan resonó con claridad:*

—Es impresionante, ¿no? Jee fue elegido para representar a la universidad en una competencia académica en el extranjero, y además regresó con una beca.

Pobmek solo pudo bajar la mirada hacia su libro, donde estaba escrito con su propia letra:

“Si Jee es tan increíble, entonces quédate con él como hijo.”

Todo se volvió borroso, hasta que sintió una mano apoyarse sobre su frente.

—Vaya... tienes mucha fiebre —dijo la voz de Solar, muy cerca.

Pobmek intentó levantar la cabeza para responder, pero toda su fuerza se desvaneció antes de lograrlo.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando abrió los ojos lentamente, ya recostado en la cama. Se dio cuenta de que estaba sin camisa, y Solar le pasaba un paño húmedo por el cuerpo con cuidado.

Pobmek recuperó un poco la conciencia, todavía confundido. Cuando Solar notó que había despertado, habló de inmediato:

—¿Puedes soportarlo?

—Sí... no es nada grave —respondió Pobmek, con voz débil.

Solar continuó cuidándolo, pero ahora con un leve tono de tristeza.

—Lo sé... siempre quieres resolver todo solo. Pero mientras más lo haces, peor me siento yo. Es como si pensaras que no puedo ayudarte en nada.

Pobmek lo miró, concentrado en cuidarlo, y una culpa difícil de describir lo invadió.

—Lo siento...

Solar suavizó la mirada y dijo:

—Si no puedes decirlo de forma directa... ¿qué tal si usas una palabra mágica?

Pobmek pensó un momento, mirando el pequeño recipiente con el paño humedecido en agua tibia junto a la cama. Después de unos segundos, le habló a Solar:

—Baño...

—Pero si ya te estoy limpiando —respondió Solar, confundido.

—No es eso... —Pobmek dejó escapar una risa débil—.

Quise decir... esa es mi palabra mágica. “Baño”. Si ya no aguanto, quiero que tú te encargues de mí, ¿está bien?

Pobmek lo miró y habló con voz somnolienta. Solar asintió, sonriendo con suavidad.

—Está bien. Si no aguantas, te daré un “baño”.

Pobmek sonrió en señal de agradecimiento al compañero de habitación, al futuro novio que todavía no se atrevía a reconocer como tal.

En el presente, dentro de la oficina de la dirección, el ambiente estaba cargado de tensión.

Pobmek murmuró en voz muy baja, casi como un suspiro:

—Baño...

Sodchuen y Jee, que estaban discutiendo el problema de Solar, giraron la cabeza hacia él, confundidos. Jee alzó una ceja y preguntó:

—¿Qué dijiste?

Pobmek dudó un instante. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, difíciles de pronunciar. Reuniendo todo el valor que le quedaba, decidió hablar:

—Quise decir... ¿podrían ayudarme?

Al escucharlo, Jee y Sodchuen le prestaron toda su atención.

รักครู  
เท่าโลกเลย  
LOVE YOU TEACHER

## Capítulo 08:

El ambiente en la oficina de la dirección estaba envuelto en un silencio pesado. El único sonido presente era el del aire acondicionado, funcionando suavemente. Sodchuen y Jee escuchaban a Pobmek con total atención, como si siguieran cada línea de un guion importante.

Pobmek respiró hondo antes de empezar a hablar, con calma:

—Es que ahora... Solar tiene la mente regresada a la edad de siete años. Creo que es un efecto secundario del accidente de anteayer.

La voz de Pobmek temblaba levemente, como si hubiera cargado ese secreto solo durante demasiado tiempo. Jee alzó la ceja, sorprendido.

—Pero esta mañana todavía estaba normal...

—Sí... pero de repente, por la tarde, volvió a comportarse como un niño. Lo que ustedes vieron... es algo que yo no quería que todos vieran en Solar...

Pobmek bajó la cabeza. Su mirada estaba apagada, como el cielo después de una tormenta.

—Pero eso no es algo que se pueda ocultar —dijo Sodchuen con suavidad—. Fue un accidente. No tienes que pasar por esto solo.

—Es que... yo solo no quería que Jee dejara esto registrado en un informe —confesó Pobmek, algo incómodo.

Jee miró a Pobmek y, en ese momento, se dio cuenta de que, sin querer, lo había hecho sentirse presionado.

—Directora Sodchuen... usted sabe cuánto ama Solar ser profesor... Tengo miedo de que, si la escuela se entera de lo que le está pasando, entonces...

Sodchuen asintió hacia Jee, mostrando comprensión. Jee tomó su cuaderno y escribió algo de inmediato, con rapidez. Pobmek abrió los ojos, alarmado.

—Jee, ¿qué estás haciendo? Ya te dije que no... —Se levantó de golpe y sujetó el brazo de Jee con fuerza, como alguien que se está ahogando y se aferra a su última oportunidad.

—Escribe bien grande, profesor Jee: “Solar es el profesor al que debemos apoyar antes que a nadie” —ordenó Sodchuen con firmeza.

Pobmek quedó inmóvil por un instante. Soltó el brazo de Jee y miró a Sodchuen, confundido, parpadeando varias veces.

—Espera... ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir que vamos a ayudar a Solar —respondió Sodchuen, con una sonrisa acogedora.

—Exacto. De la misma manera en que ayudamos a aquel profesor del colegio central —completó Jee, con seriedad.

Pobmek quedó aún más confundido.

—Pero... ¿ese profesor no fue despedido? Dijiste que había desaparecido...

—Desapareció, sí —respondió Jee con total calma—. Se recuperó. ¿En qué me equivoqué al decirlo?

Pobmek se quedó sin reacción por un segundo, algo avergonzado por haber entendido todo mal. Sintió como si un peso enorme se hubiera levantado de su pecho. El corazón, que había estado oprimido durante todo el día, finalmente se sintió más liviano.

—La escuela está al tanto y se preocupa por todos los profesores —explicó Sodchuen con voz amable—. Por eso buscamos caminos para que puedan recuperarse, con acompañamiento médico y psicológico. Le pedí a Jee que también observe a los profesores de aquí, por si alguien necesita apoyo. Así podemos cuidarnos entre todos.

Al escuchar eso, Pobmek sintió un alivio tan grande que estuvo a punto de llorar.

—Déjanos ayudarte, Pobmek. Solar también es mi subordinado —dijo Sodchuen.

Pobmek se emocionó tanto que los ojos casi se le llenaron de lágrimas. Asintió rápidamente, aceptando la ayuda sin dudar. Sodchuen lo observó con preocupación.

—¿Y tú? ¿Vas a poder con esto? Sobre todo sabiendo que no te llevas muy bien con los niños, ¿no?

Pobmek sonrió con cierta incomodidad, sin demasiada seguridad.

—No lo sé...

—Pero, viéndolo por el lado positivo, es hasta una coincidencia —dijo Jee, sonriendo—. Sun tiene siete años ahora. Eso lo hace más sencillo.

—¿Sencillo? ¿Sencillo cómo? —preguntó Sodchuen, intrigada.

—Porque nadie maneja mejor a niños de siete años que nosotros —respondió Jee, confiado.

La emoción brillaba en sus ojos, como si una pequeña luz se hubiera encendido dentro de él. Sodchuen asintió, de acuerdo. Pobmek, al ver todo ese entusiasmo, no pudo evitar una leve sonrisa.

En el gran auditorio, Sodchuen convocó una reunión urgente con todos los profesores de la escuela para comunicar la situación. Explicó abiertamente el estado de Solar, mientras Pobmek ayudaba a detallar los síntomas de Sun.

Los profesores miraron a Sun, que estaba sentado junto a Pobmek, con expresiones de curiosidad y desconcierto. Sin embargo, Sun permanecía rígido en su asiento, sin hacer ninguna de las travesuras de la tarde.

Ya al final del día, en la oficina de la dirección, Pranee quedó tan impactada que casi dejó caer el celular al escuchar, a través de la llamada con Pobmek, todo lo que estaba ocurriendo con Solar.

Durante la video llamada, Pobmek explicó todo lo sucedido. Pranee mantenía una expresión atónita, como si intentara procesar toda esa información, hasta que Pobmek llamó a Sun.

—¡Sun! Hay alguien que quiere hablar contigo.

Cuando Sun vio a Pranee en la pantalla, corrió de inmediato hacia el teléfono, como si hubiera extrañado muchísimo a su madre. Tomó el celular de las manos de Pobmek y se fue a hablar a un rincón más apartado del cuarto, todavía sin confiar del todo en él. Pobmek se acercó despacio, escuchando desde cierta distancia.

—El tío Pobmek es un adulto en quien se puede confiar... si Sun se porta bien con él, mamá va a ir corriendo a buscarte, ¿sí? —dijo Pranee con una voz suave y cariñosa.

—Sí... está bien —respondió Sun en voz baja.

Al oír eso, Pobmek sintió un alivio difícil de explicar. Una sonrisa se le escapó sin darse cuenta.

Jee entró al aula de segundo grado, grupo 1, donde los niños estaban sentados esperando. Se había preparado bien para explicar la situación de Sun de una manera sencilla y natural.

—¿Se acuerdan de la clase sobre personajes de animales? —preguntó Jee con un tono amable.

—¡Sí! —respondieron los niños al unísono.

—Entonces... durante algunos días, el profesor Solar va a tener que entrar en el personaje de Sun. Por eso quiero que todos sean amables con él, ¿de acuerdo?

Los niños aceptaron la explicación sin dificultad y empezaron a tratar a Sun como a un compañero más, jugando con él con normalidad. Jee, Pobmek y Sodchuen observaron la escena con evidente alivio.

El día fue avanzando, y la noche llegó después de toda la confusión que habían vivido desde la mañana.

Pobmek y Jee se dejaron caer al suelo, exhaustos, como si acabaran de sobrevivir a una catástrofe. Se quedaron sentados observando a Sun, que dormía profundamente en el sofá, rodeado de hojas con dibujos esparcidas a su alrededor. Sodchuen recogía los juguetes y los papeles con calma, sin apurarse.

Jee miró a Sun mientras dormía y no pudo evitar pensar...

— Hablando en serio... todo esto parece casi una fantasía, ¿no? —dijo Jee con una risa baja—. Esta historia de que Solar vuelva a ser un niño. Pero al menos, siendo Sun, se puede manejar. Incluso es más tierno que algunos niños por ahí.

— ¿Tierno en qué sentido? —respondió Pobmek, cansado—. Fue lo más caótico que pasó por esta escuela.

— Pero yo creo... que estás equivocado, Pobmek —dijo Sodchuen con sinceridad.

Pobmek se quedó confundido. Sodchuen caminó hasta él y, en silencio, le extendió un dibujo hecho por Sun.

Pobmek tomó el papel. Era un dibujo de él mismo acostado en la cama, enfermo. A su lado, Sun se había dibujado limpiándole el cuerpo, con una expresión seria y concentrada. En letras pequeñas estaba escrito:

“Perdón por ser terco y hacer que el tío se enfermara.”

Al ver eso, Pobmek rió de verdad. Una sonrisa apareció en su rostro sin que se diera cuenta.

— Al menos Sun ya dejó de llamarte ladrón —comentó Jee, provocándolo.

Pobmek le sonrió a Jee y, entonces, reunió el valor para decir algo que había guardado durante mucho tiempo.

— Jee... perdón. Hoy dije muchas cosas feas —hizo una breve pausa, como juntando coraje—. En realidad, yo...

— Tranquilo —sonrió Jee, comprensivo.

— No me gustabas —dijo Pobmek de repente, sin dudar.

Jee se quedó boquiabierto.

— ¿Qué? ¿Cómo que no te gustaba?

— Quise decir que ya no —se apuró a corregir Pobmek—. Es que todo lo que hacías parecía perfecto. Mi mamá siempre te elogiaba delante de mí, y yo terminaba irritándome contigo... aunque nunca hubieras hecho nada malo.

Al escuchar eso, Jee se echó a reír.

— ¿Perfecto? Sabes que voy a terapia por TOC, ¿verdad? No soy para nada perfecto como te imaginas.

Pobmek quedó algo desconcertado. Por primera vez, sintió que entendía a Jee de una manera más profunda.

— Pero yo de verdad quería ser tu amigo —dijo Jee, sonriendo con sinceridad.

— ¿Eh? Pero ya somos amigos. Desde hace tiempo —respondió Pobmek, algo avergonzado.

Jee sonrió, claramente feliz. Pobmek rió al ver su reacción y luego bajó la mirada hacia el dibujo de Sun una vez más, arrastrado por sus propios recuerdos.

---

*En la terraza de la universidad, en una noche silenciosa, Pobmek estaba de pie mirando el cielo oscuro. Su mirada parecía vacía, cargada de una inquietud que no sabía explicar.*

*De repente, el sonido de un tambor rompió el silencio y lo hizo sobresaltarse. Se giró hacia el origen del sonido y vio a Solar tocando el tambor, con una sonrisa abierta.*

— Señor Pobmek, ¿listo para la sesión diaria de “baño”?

*Solar se acercó, golpeando el tambor con un ritmo constante, tirando poco a poco de las emociones de Pobmek, hasta detenerse muy cerca de él. Los ojos de Solar brillaban con comprensión y calidez.*

— Si estás listo... entonces puedes empezar —dijo Solar, antes de golpear el tambor con más fuerza, haciendo que el sonido resonara.

*Pobmek se encogió y luego gritó, liberando todo lo que había guardado durante tanto tiempo.*

— Mis notas finales siguen siendo un desastre. Mi mamá no hace más que hablar de Jee. Sacó el primer lugar, ¿y qué? No somos la misma persona. Yo nunca quise estudiar contabilidad desde el principio, por eso me va tan mal.

*Pobmek gritó hasta quedarse sin fuerzas. Solar siguió tocando el tambor sin detenerse, hasta que Pobmek le agarró la mano con fuerza para hacerlo parar.*

— Basta. Para. Por favor.

*Solar dejó de tocar y sonrió.*

— *Lo hiciste muy bien. Cuando ya no aguantas más, tienes que soltarlo todo. Ahora, aunque estés estresado, asfixiado o sintiéndote mal... yo creo que el tiempo te va a ayudar.*

*Pobmek asintió, escuchando con atención.*

— *Quién sabe... en el futuro tú y ese tal Jee quizá terminen siendo amigos.*

*Pobmek rió en voz baja.*

— *No... no quiero ser amigo de él.*

*Hizo una pausa y añadió con sinceridad:*

— *Pero, de todos modos, gracias... por escucharme.*

*Solar le devolvió la sonrisa, y Pobmek sintió un calor extraño en el pecho. Se quedaron mirándose durante unos segundos. Luego Solar miró la mano de Pobmek y bromeó:*

— *¿Y esa mano... piensas seguir sujetándola hasta mañana?*

*Pobmek se sobresaltó, muerto de vergüenza, y soltó la mano de Solar de inmediato. Solar se rió. Pobmek también sonrió, con el rostro completamente rojo. Los dos se quedaron allí, bajo la luz de la terraza, mirando el cielo lleno de estrellas, sintiendo una felicidad simple y tranquila.*

---

El recuerdo del pasado se fue disipando poco a poco en la mente de Pobmek. Volvió a mirar el dibujo que Sun había hecho y sonrió, con el corazón lleno. Sodchuen, que seguía observando a Sun dormir en el sofá, parecía pensativa y comentó:

— *Ahora ya sabemos cómo manejar a Sun... pero lo que me pregunto es... ¿Solar va a volver a la normalidad?*

*Pobmek guardó silencio durante unos segundos. Su rostro mostraba confusión e incertidumbre.*

— *Yo tampoco lo sé, jefa...*

— *Está bien. Vámonos todos a casa por hoy —dijo Sodchuen, resignada—. Tal vez mañana las cosas estén mejor.*

*Pobmek se acercó para tomar a Sun en brazos y llevarlo a casa. Al mirarlo dormir, tan tranquilo y adorable, algo se le ocurrió de repente. Levantó la vista hacia el calendario colgado en la pared. Sus ojos se abrieron al ver la fecha.*

— *¿Mañana...? —murmuró, impactado.*

— *Creo que ya sé cuándo esos dos se intercambian —dijo Pobmek.*

Sodchuen y Jee lo miraron con curiosidad, esperando la respuesta.

---

A la mañana siguiente, Solar despertó en una habitación muy familiar. Se estiró, lleno de energía, como si despertara con la luz de la mañana. Pero al instante siguiente se quedó inmóvil al notar que, frente a él, estaba su novio, el profesor de expresión seria, sentado en la cama y mirándolo fijamente.

Los ojos de Pobmek brillaban como los de un niño que acaba de encontrar un tesoro.

— Qué susto. ¿Y por qué te despertaste tan temprano? —preguntó Solar, todavía sorprendido.

— ¿Eres tú de verdad, Solar? —preguntó Pobmek, con la voz levemente temblorosa.

— Claro que soy yo. ¿Quién más sería?

Al escuchar la confirmación, Pobmek sonrió de una forma tan grande que parecía no caberle en el rostro. Se lanzó sobre la cama y abrazó a Solar con fuerza, como un cachorro reencontrándose con su dueño. Solar quedó completamente desorientado por la reacción exagerada. Sin saber qué hacer, se limitó a quedarse quieto, dejando que su novio lo abrazara como si quisiera fundirse con él.

— Ya entendí. Tú y Sun se intercambian cada vez que duermen —dijo Pobmek, lleno de emoción.

Solar se separó de inmediato, con el rostro marcado por la sorpresa.

— ¿¡Qué!? ¿Quieres decir que todavía sigo convirtiéndome en niño?

— Sí. Ayer te quedaste dormido un rato por la tarde, así que volviste a despertar como Sun —explicó Pobmek, intentando tranquilizarlo.

— Pero no te preocupes. Yo voy a encontrar la forma de cuidar de ti—

No alcanzó a terminar la frase. Solar lo atrajo hacia otro abrazo, rápido y fuerte, con los ojos llenos de preocupación.

— Entonces eso significa que vas a tener que cuidarme así por tiempo indefinido, ¿no...? ¿No te estás exigiendo demasiado?

Solar se apartó un poco y miró a Pobmek con seriedad.

— No te fuerces, ¿sí? Si no puedes más, tienes que descansar. ¿Entendido?

— Sí, lo entiendo —respondió Pobmek, sonriendo con ternura.

Entonces Solar le dio varios besos rápidos en la mejilla, como para animarlo. Pobmek intentó detenerlo, completamente avergonzado.

— Basta, basta —dijo Pobmek, tratando de esquivarlo.  
— ¿Basta qué? ¡Es que eres demasiado adorable! ¡Y siempre intentas resolver todo solo! —se quejó Solar.

Intentó darle otro beso, pero Pobmek se cubrió la boca con la mano para impedirlo.

— ¡Ya, basta! ¡Me da vergüenza!

La verdad era que no estaban solos en la habitación. Sodchuen y Jee estaban sentados allí, observándolo todo en silencio. Solar se sobresaltó tanto que casi se escondió bajo las sábanas, sin poder creer que hubiera más gente presente todo ese tiempo.

— Vamos, ya son adultos —comentó Sodchuen, sonriendo.  
— Hace un momento Solar te dio seis besos. Yo los conté —dijo Jee, con una sonrisa traviesa—. Así que devuelve la misma cantidad... mi TOC lo está pidiendo.

Pobmek miró a Solar, que ahora no sabía dónde meterse.

— Les pedí a los dos que me ayudaran a cuidarte —explicó Pobmek.

Solar guardó silencio por un momento y luego se acercó para susurrarle al oído, con una voz cargada de significado:

— ¿“Baño”?  
— Sí... baño —respondió Pobmek, sonriendo.

De inmediato, Solar sonrió ampliamente y volvió a lanzarse sobre él, rodeándolo con un abrazo lleno de cariño.

— ¡Muy bien! ¡Aprendiste a pedir ayuda!

Solar siguió llenando a Pobmek de besos sin detenerse. Pobmek intentó resistirse, pero no lo logró. La escena se volvió caótica, como la de una pareja recién enamorada incapaz de separarse.

Sodchuen, ya sin paciencia para tanta efusividad, tomó una almohada y se la lanzó a ambos en broma. Jee estalló en carcajadas.

La habitación se llenó de un desorden cálido, cargado de risas, afecto y un ambiente tan dulce que parecía que el aire mismo se hubiera vuelto más ligero.

Aunque al principio todo había parecido pesado —por enfrentarse a un problema completamente nuevo—, Pobmek había terminado eligiendo cargar con todo solo...

Más tarde, los cuatro estaban sentados juntos alrededor de la mesa del departamento, cenando y conversando, poniéndose al día sobre todo lo ocurrido. Pobmek explicó el intercambio que había descubierto, y entre todos comenzaron a pensar en cómo afrontar los días que vendrían.

“Pero cuando por fin reuní el valor para pedir ayuda... todo se volvió mucho más liviano.”

Jee y Solar le enseñaron a Pobmek el gesto del “código secreto” que solían usar los niños. Pobmek intentó imitarlo, algo torpe, pero lo consiguió. Todos se echaron a reír, y el ambiente se volvió relajado y animado.

Eso hizo que Pobmek comprendiera que ya no estaba enfrentando todo aquello solo.

Miró a los tres, que reían y conversaban con entusiasmo. El peso que antes parecía aplastarle los hombros comenzó a disiparse poco a poco, como una neblina atravesada por la luz del sol.

El lugar quedó envuelto en una sensación de felicidad, contención y comprensión.



## Capítulo 09

En la pared de la sala del apartamento había un calendario colgado, completamente lleno de anotaciones hechas con la letra apurada de Pobmek. En él, los nombres “Sun” y “Solar” estaban escritos en días alternados, de forma muy ordenada. Ese día, un círculo rojo resaltaba el nombre “Sun”. Al mismo tiempo, una música fuerte de dibujo animado infantil resonaba por todo el apartamento, como si un espectáculo ruidoso estuviera ocurriendo al lado de la cama.

Pobmek dormía encogido, profundamente sumido en un sueño tranquilo. Usaba la almohada para cubrirse el rostro, intentando protegerse de la intensa luz del sol de la mañana que entraba por la ventana.

De pronto, la puerta del dormitorio se abrió con fuerza. Sun apareció y entró corriendo, saltando sobre la cama con toda su energía. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa brillante.

—Tío, ¿no vas a ir a trabajar? ¡Ya son las siete y media! —gritó Sun, haciendo que su voz resonara en toda la habitación.

Las palabras de Sun fueron un impacto directo para Pobmek. Se despertó de inmediato, sobresaltado, con los ojos muy abiertos. El sueño desapareció por completo, reemplazado por el pánico.

Pobmek se levantó de un salto, tiró la almohada al suelo sin darse cuenta, se vistió a toda prisa y salió corriendo hacia la sala.

Mientras avanzaba, intentaba ajustarse la corbata, que terminó quedando torcida y arrugada. Bajó la mirada rápidamente para revisar el reloj de pared, con el corazón acelerado.

Sin embargo, su apuro se detuvo de golpe cuando notó que el reloj marcaba apenas las seis de la mañana.

Sun lo había despertado a propósito. Ahora estaba sentado tranquilamente en el sofá, viendo dibujos animados como si nada hubiera pasado.

—Todavía son las seis... ¿por qué me despertaste tan temprano? —preguntó Pobmek, agotado.

—Porque si no despiertas ahora, después vas a llegar tarde a la escuela otra vez —respondió Sun con total inocencia.

Pobmek soltó un suspiro largo, aliviado, y miró alrededor de la sala. El lugar, que antes era simple y ordenado, ahora parecía mucho más colorido. Había un rincón lleno de juguetes, pósters de dibujos animados pegados en la pared y el suelo estaba cubierto de mantas y cojines de colores.

Pobmek se detuvo frente al televisor y miró a Sun, que seguía viendo el programa. Sun giró el rostro hacia él, con los ojos brillantes y llenos de curiosidad.

Y ese era el niño travieso...

El niño con el que ahora tendría que convivir día por medio.

Estaba intentando adaptarse a la vida con Sun, a pesar de no entender nada del mundo infantil.

Por suerte, Solar ya había preparado una forma muy específica de manejar la situación.

Unos días antes...

La música de un dibujo animado de superhéroes comenzó a sonar fuerte en la sala. El televisor, que antes estaba apagado, ahora mostraba imágenes coloridas y llamativas. Pobmek estaba sentado en el sofá usando el teléfono. Abrió un video y lo conectó al televisor para que Sun pudiera verlo.

Sun miraba la pantalla con expresión confundida, sin entender del todo qué quería mostrarle Pobmek. Solo observaba en silencio, prestando atención.

En el video aparecía Solar, vestido con ropa casual, de pie frente a la cámara, hablando con una expresión seria.

—Sun... ¿alguna vez te preguntaste por qué algunos días duermes sin parar, pasas todo el día dormido y no sabes qué hora es? ¿Y por qué todos te llaman Solar? Solar, Solar, Solar...

Sun asintió con la cabeza, lleno de curiosidad, con ese aire inocente y encantador, incluso al verse a sí mismo en un cuerpo adulto en la pantalla.

—Porque, en realidad... somos policías del futuro.

Solar se quitó la ropa casual y reveló debajo un uniforme futurista de policía, lleno de detalles tecnológicos. Su rostro mostraba orgullo. Sun abrió los ojos, completamente impresionado.

En el siguiente video, Solar aparecía luchando contra Jee y Sodchuen, quienes estaban disfrazados de villanos. Ambos hacían expresiones malvadas, hasta que eran derrotados fácilmente por el “policía Solar”.

—Nuestra misión es derrotar a estos villanos que están amenazando nuestro mundo.

Pero entonces Jee, todavía en su papel de villano, usó un bastón mágico del tiempo y lanzó un ataque directo contra Solar. La energía lo alcanzó de lleno, y Solar comenzó a retorcerse, sacudido por el impacto del poder.

—Pero, por desgracia, terminamos siendo alcanzados por una maldición. Eso hizo que nosotros dos —yo, del futuro, y tú, del pasado— empezáramos a intercambiar lugares día por medio.

Sun quedó completamente inmóvil al escuchar aquella “verdad” totalmente inventada.

—Pero no tienes que preocuparte. Ahora ya estamos intentando romper esa maldición, con la ayuda... de los adultos bondadosos del futuro.

En el video, Pobmek, Jee y Sodchuen aparecieron junto a Solar. Todos llevaban uniformes de policías del futuro, tan llamativos como el suyo.

—Estamos en una misión muy importante. Y tú también tienes una misión —continuó Solar—. Debes infiltrarte como estudiante, actuar de la manera más natural posible, convivir con los demás alumnos. Y lo más importante: obedecer a los tres adultos bondadosos del futuro, ¿entendido?

Sun asintió con una expresión seria y decidida.

—Esta misión es ultrasecreta. No puedes contarle a nadie, bajo ninguna circunstancia. Sun... ¿puedes hacerlo? Si puedes, entonces... choca el puño conmigo.

Solar extendió el puño hacia la cámara y se quedó esperando. Pobmek observaba todo desde atrás, nervioso, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que parecía querer salirse del pecho.

Después de unos segundos, Sun extendió el puño y lo apoyó contra la pantalla del televisor, con una expresión llena de determinación.

Al ver eso, Pobmek sonrió aliviado. Sintió una enorme gratitud hacia su compañero, que había tenido una idea tan ingeniosa y tan cariñosa.

—Eh...

El sonido de la tiza al escribir en la pizarra llenó el aula y trajo la historia de vuelta al presente.

En el pizarrón estaba escrita la frase “Show me your feelings” (Muestra tus sentimientos), con la letra de Pobmek.

Sun estaba de pie frente a la pizarra del segundo año, grupo uno, completamente rígido, sin saber qué hacer. Jee y Sodchuen observaban desde el fondo del aula, con expresiones tensas y expectantes.

—Vamos... la primera palabra es *happy* (feliz) —dijo Pobmek con voz suave, intentando que Sun se sintiera más cómodo.

Sun dudó y no reaccionó de inmediato. Pobmek empezó a sudar de los nervios, temiendo que no cooperara. Pero, poco a poco, Sun hizo una expresión de sonrisa exagerada, divertida y muy tierna. Los niños no pudieron contener la risa.

Pobmek también terminó riéndose.

—Muy bien. ¡Ahora la siguiente! —dijo, aliviado y animado.

Sun volvió a su asiento. Sus compañeros enseguida empezaron a hablarle con entusiasmo. Pobmek observó la escena con una sonrisa tranquila. El peso que antes le oprimía el pecho comenzó a desaparecer poco a poco.

Parecía que, finalmente, los niños habían aceptado a Sun... y habían creído de verdad que Solar era él, exactamente como Solar había previsto.

Por ahora, todo iba bien.

Era momento de pasar a la siguiente etapa.

El olor a alcohol y amoníaco llenaba el ambiente. Sun se quedó paralizado al darse cuenta de que lo habían llevado al médico. El corazón le latía con fuerza. Sus manos pequeñas estaban frías.

Pobmek se sentó a su lado dentro del consultorio, dejando la puerta intencionalmente abierta para que Sun se sintiera más seguro y menos asustado.

—Tío... ¿por qué vinimos aquí? —preguntó Sun con voz temblorosa, el rostro lleno de confusión.

—Vinimos a ver al médico —respondió Pobmek con la voz lo más suave posible, intentando tranquilizarlo—. Mira, el doctor también es un adulto bondadoso del futuro. Él sabe cómo romper la maldición del demonio, así que no tienes que tener miedo.

—¡No! ¡No quiero ver al médico! ¡Suéltame!

La voz de un niño resonó de repente en el pasillo. Apareció aferrado a la puerta del consultorio, gritando desesperado. Poco después, una enfermera apareció y se lo llevó sin dudar, casi arrastrándolo.

Sun se quedó completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos. La escena parecía confirmar todos sus temores: venir allí no era algo bueno. Intentó levantarse de inmediato para huir, pero Pobmek lo sujetó firmemente del brazo.

—¿Recuerdas nuestra misión? Tenemos una misión importante que cumplir —susurró Pobmek en voz baja.

—¡Ya no quiero ninguna misión! ¡No quiero ver al médico! ¡No quiero que me pinchen! —Sun se resistió con todas sus fuerzas.

—No va a haber ninguna inyección, ¿de acuerdo? —dijo una voz dulce desde la puerta.

Una psicóloga entró al consultorio con una sonrisa cálida y acogedora. Sun se quedó en silencio de inmediato, como si algo lo hubiera calmado al instante. Ella se acercó y se sentó frente a él, mirándolo con amabilidad.

—Tú eres Sun, ¿verdad? No tienes que tener miedo. Hoy solo vinimos a conversar un poco —dijo ella con calma—. ¿Cuántos años tienes, Sun?

—S-siete... —respondió él, con la voz temblorosa.

—Tu voz está temblando. ¿Tienes miedo? —preguntó la psicóloga con cuidado y preocupación.

—N-no... es que yo... tengo muchas ganas de ir al baño —dijo Sun, tartamudeando de una forma incluso un poco graciosa.

—Ah, pobrecito. Entonces ve primero al baño. La enfermera te acompaña, ¿de acuerdo? —dijo la psicóloga.

Sun agradeció con educación y salió corriendo detrás de la enfermera. Pobmek se quedó atrás y se giró hacia la psicóloga, con la intención de seguir conversando sobre Sun.

Frente al baño de hombres, la enfermera esperó con paciencia. Dentro, Sun estaba orinando con una expresión tensa. Mientras tanto, su mente trabajaba sin parar, intentando encontrar desesperadamente una forma de escapar. Su mirada cambió al notar una pequeña ventana de ventilación abierta. Ese rayo de luz pareció iluminar sus pensamientos. Se le ocurrió una idea.

—¿Sun sigue ahí dentro? Está tardando bastante —preguntó Pobmek al llegar frente al baño.

—Sí, es que él...

—¡Ay! —el grito de dolor de Sun resonó desde el interior del baño, haciendo que Pobmek y la enfermera se sobresaltaran de inmediato.

Pobmek abrió la puerta a toda prisa.

La escena que vio lo dejó paralizado: Sun estaba atascado en la ventana de ventilación, forcejeando sin poder salir.

—¡Sun! ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—¡No quiero ver al médico! ¡Tío! ¡Ayúdame a bajar! —suplicaba Sun, desesperado.

Pobmek negó con la cabeza, exhausto. En ese momento, se sintió exactamente como un tío cansado que tenía que arreglar el desastre causado por un sobrino travieso.

Después de regresar del hospital, el ambiente en la sala se volvió inmediatamente tenso, como si una pared invisible se hubiera levantado entre todos. Sun estaba encogido en un

rincón cerca del sofá, coloreando un dibujo en silencio, sin decir una sola palabra. Su expresión se veía claramente apagada.

Pobmek observaba la escena con un peso en el pecho, como si una piedra enorme le oprimiera el corazón.

Se acercó cargando una caja de cartón y un plato con panqueques recién hechos. El aroma dulce se extendió por la sala, pero Sun no reaccionó. Siguió con la cabeza baja, concentrado en colorear.

—¿Hasta cuándo vas a estar molesto...? —dijo Pobmek con voz suave, intentando iniciar una conversación—. Ya te había dicho que teníamos que ir al médico.

Sun dejó de colorear y levantó la cabeza. Sus ojos claros estaban llenos de tristeza.

—Tío... ¿estoy enfermo?

—No, no lo estás —respondió Pobmek de inmediato, negándolo al instante. Al ver la expresión de Sun, sintió como si algo punzante le atravesara el pecho—. Solo es una maldición. Y el médico sabe cómo solucionarla. Así ya no tendrás que seguir intercambiándote con el profesor Solar de esa manera.

Sun pensó durante unos segundos. Poco a poco, su rostro volvió a iluminarse.

—Entonces... si la maldición se acaba... eso quiere decir que voy a poder salir y jugar siempre, ¿verdad?

Pobmek guardó silencio por un momento. No estaba seguro de que esa respuesta fuera completamente cierta. Pero, ante la mirada llena de esperanza de Sun, decidió asentir para tranquilizarlo.

Asintió con la cabeza.

—Está bien. Entonces le creo al tío —dijo Sun, mostrando una sonrisa amplia, claramente aliviado y feliz.

Esa sonrisa era tan luminosa que Pobmek sintió como si volviera a ver la luz. La angustia que antes pesaba en su pecho comenzó a disiparse poco a poco.

—Entonces todo está bien ahora, ¿verdad? En ese caso... hay una recompensa —dijo Pobmek, abriendo la gran caja de cartón que había traído—. Mira... un montón de juguetes solo para que juegues.

Los juguetes nuevos, todavía intactos, estaban apilados dentro de la caja y resultaban muy llamativos.

—¿De verdad? ¿Puedo jugar con cualquiera? —preguntó Sun, emocionado.

—Sí. Juega con el que quieras.

Sun se puso muy contento y comenzó a reír y a saltar de alegría.

Pobmek observó la escena con una sonrisa sincera, sintiendo el corazón reconfortado.

De pronto, el teléfono de Pobmek sonó. Era una llamada de Pranee. Se apartó para atenderla, dejando a Sun jugando solo.

Sun tomó algunos de los juguetes nuevos y los examinó uno por uno, pero pronto sintió que no eran tan interesantes como había imaginado. Eran solo juguetes de plástico de colores, un poco simples, sin demasiada vida.

Su mirada cayó entonces sobre otra caja de cartón apoyada en un rincón de la sala. En ella había una etiqueta que decía: “cosas antiguas”. Sun se quedó pensativo.

Mientras tanto, Pobmek entró al dormitorio para atender la llamada.

—¿Hola, señora...?

—Pobmek, ¿cómo van las cosas? ¿Ya llevaste a Solar al psicólogo?

—¿Es así? —la voz de Pranee sonó del otro lado de la línea, cargada de preocupación.

—Sí... es que Solar... —intentó explicar Pobmek.

Volviendo a la tarde. Después de que Sun salió para ir al baño, la sala de terapia volvió a quedar en silencio. La agitación de antes dio paso a una calma extraña e incómoda.

Pobmek estaba sentado inmóvil en la silla, con el rostro serio y las manos entrelazadas con fuerza sobre el regazo. Escuchaba con atención a la psicóloga frente a él, como si cada palabra pudiera ser la clave para entender lo que estaba ocurriendo con Solar.

La psicóloga se recostó un poco en la silla y comenzó a explicar, con una voz suave pero firme:

—Por lo que me has contado, la situación parece bastante fantasiosa... pero encaja dentro de un cuadro llamado *age regression*, o regresión de edad.

La expresión “regresión de edad” resonó en la mente de Pobmek. Frunció el ceño, intentando asimilar aquel término médico completamente nuevo para él.

—Esto puede ocurrir cuando la mente entra en un funcionamiento psicológico atípico y crea un mecanismo temporal de defensa, como una forma de protegerse y sanar algo que fue vivido en el pasado —continuó ella.

Al escuchar eso, Pobmek se sintió aún más confundido. Intentaba ordenar la información dentro de su cabeza, que ya estaba llena de dudas.

Si todo eso provenía de una herida de la infancia... entonces, ¿cuál habría sido esa herida?

—¿Sabes si, cuando era niño, Solar pasó por algún acontecimiento muy significativo o traumático? —preguntó la psicóloga con cuidado.

Esa pregunta parecía ser la más difícil de su vida. Pobmek guardó silencio durante unos segundos antes de negar lentamente con la cabeza.

—Una vez hablé con Solar sobre eso... pero dijo que no recuerda nada de su infancia. Fue hace mucho tiempo.

La psicóloga asintió, comprensiva, y lo miró con empatía.

—Conozco a Solar desde hace casi diez años. Siempre ha sido una persona alegre, llena de energía. Lo único realmente impactante que se me viene a la mente es el accidente en el que casi fue atropellado... Tal vez haya sido eso.

—¿O... tal vez debería intentar hablar con su madre? —sugirió Pobmek.

—Sería una buena idea. Si logramos descubrir la raíz de ese sentimiento en el pasado, puede ayudar mucho a entender lo que está ocurriendo ahora —respondió ella.

Al oír eso, una pequeña esperanza se encendió en el pecho de Pobmek, como una luz que aparece después de mucho tiempo en la oscuridad. Por primera vez, sintió que había encontrado un camino a seguir.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de la psicóloga, una sonrisa que le trajo un alivio inesperado. Pero enseguida, sus palabras lo devolvieron a la realidad.

—Aun así, tienes que prepararte, Pobmek. Un cuadro como este necesita tiempo para ser tratado.

Esas palabras fueron como una brisa fría que apagó un poco su entusiasmo inicial. Pobmek asintió, comprendiéndolo perfectamente. No se sintió desanimado. Simplemente aceptó que el camino por delante aún sería largo.

Y, aun así, estaba dispuesto a seguir adelante y a luchar por la persona que amaba.

En el presente, ya de noche, Pobmek estaba en su habitación, todavía con el teléfono apoyado en la oreja. La conversación con Pranee continuaba.

—Entonces... señora... quería saber si, cuando Solar era niño, ocurrió algo —preguntó Pobmek, con la voz cargada de preocupación.

—Hm... es que... —la voz de Pranee sonó del otro lado de la línea. Parecía intentar rescatar recuerdos de la infancia de Solar, pero antes de que pudiera responder, un ruido fuerte se escuchó desde la sala, como si algo pesado hubiera caído al suelo.

Pobmek se sobresaltó de inmediato y giró la cabeza hacia la puerta del dormitorio. Un silencio tenso se apoderó del ambiente durante unos segundos, mientras su corazón latía con fuerza.

—Señora, hablamos después, ¿de acuerdo? Le llamo de nuevo —dijo con rapidez, antes de cortar la llamada.

Pobmek salió corriendo del dormitorio hacia la sala. Su corazón latía aún más fuerte cuando vio el estado del lugar: todo estaba hecho un desastre. Juguetes y las panqueques que había preparado estaban esparcidos por el suelo, como si un pequeño caos hubiera pasado por allí.

—Sun... ¿qué pasó ahora? —dijo Pobmek, entre el sobresalto y el cansancio ante otra situación inesperada.



## Capítulo 10

El estado de la sala ahora parecía un pequeño campo de batalla. Los juguetes nuevos que Pobmek acababa de comprar estaban apilados, formando un enorme castillo, pero muchas piezas estaban esparcidas por el suelo, completamente fuera de lugar.

Pobmek solo pudo quedarse quieto, observando la escena con la mirada vacía. El cansancio volvió a caer sobre él con fuerza, dejándolo casi sin energía.

En las manos pequeñas de Sun había un viejo muñeco de robot de metal, un juguete antiguo, muy querido por Pobmek desde su infancia. Ahora estaba pegado sin ningún cuidado al mango de un paraguas de plástico con dibujos de nubes.

—Tío, mira esto. Hice un robot que vuela —dijo Sun, orgulloso de su propia invención.

Sin esperar respuesta, lanzó el paraguas hacia arriba. El robot, que antes estaba intacto, giró en el aire de manera torpe antes de caer con fuerza al suelo.

Ese impacto fue la gota final para Pobmek. Algo dentro de él terminó por romperse. Toda la rabia que se había acumulado durante mucho tiempo estalló sin control.

—¡Puedes jugar con cualquier cosa, menos con eso!

Pobmek gritó con todas sus fuerzas y avanzó rápidamente hacia Sun.

Demasiado concentrado en el juguete, no se dio cuenta del suelo frente a él. Resbaló sobre el plato de panqueques que había quedado tirado y cayó de espaldas de forma aparatosa.

El dolor le subió con fuerza desde la cadera hasta la espalda, arrancándole un grito. El teléfono que llevaba en la mano se le escapó y golpeó el suelo, con la pantalla completamente destrozada.

Al ver eso, Sun se quedó paralizado. La expresión alegre desapareció, dando paso a un leve gesto de preocupación. Miró a Pobmek, que se retorció de dolor en el suelo, confundido por lo que acababa de suceder.

A la mañana siguiente, el calendario colgado en la pared tenía el día anterior, marcado como “Sun”, tachado. Ese era el día en que Solar volvería a ser él mismo.

Pobmek estaba encorvado, limpiando los restos del desorden que Sun había dejado la noche anterior. Levantó una caja de cartón con movimientos cansados; su cuerpo parecía el de alguien que no había dormido en absoluto.

En ese momento, Solar, recién despertado, entró en la sala. Al ver el rostro exhausto de Pobmek, sonrió y se acercó para darle un beso cariñoso en la mejilla, como de costumbre.

—¿Acabas de despertar... o no dormiste nada? —preguntó.

Pobmek giró el rostro hacia su novio, con una expresión de puro agotamiento.

—¿Cómo iba a dormir? Mira esto.

Levantó la cabeza y recorrió la sala con la mirada. El estado del lugar estaba aún peor que la noche anterior. Juguetes nuevos y antiguos estaban mezclados por todas partes, imposibles de separar. Restos de panqueques secos se habían quedado adheridos al suelo, formando manchas.

Solar observó la escena, completamente impactado, con la boca abierta.

—¿Fue culpa de él...? —preguntó Solar, señalándose a sí mismo.

Pobmek asintió. Luego fue hasta el sofá y se dejó caer allí, totalmente agotado. Apoyó la espalda en el respaldo y soltó un suspiro largo.

—No aguanto más... Si no vuelves pronto a la normalidad, este departamento va a convertirse en un cementerio de juguetes.

—Entiendo... ¿Y qué dijo la psicóloga? —preguntó Solar, sentándose a su lado, visiblemente interesado.

—Dijo que todavía existe una posibilidad de tratamiento, si logramos descubrir si cuando eras niño pasaste por algún trauma fuerte.

El rostro de Solar se ensombreció un poco, decepcionado.

—Sí... pero como ya te dije, no recuerdo nada. No consigo traer a la mente ningún recuerdo.

—Eso mismo le conté. Por eso llamé a tu madre anoche —dijo Pobmek con seriedad.

—¿De verdad? ¿Y qué dijo?

—No alcancé a escuchar. Sun casi destruye el departamento antes —respondió Pobmek, levantando el teléfono con la pantalla completamente rota para que Solar lo viera.

—El teléfono también quedó inutilizado. De todas formas, intenta preguntarle tú a tu madre después. A ver si recuerda algo.

Solar asintió. Extendió la mano y tomó la de Pobmek, la misma que aún sostenía el teléfono roto, apretándola suavemente como un gesto silencioso de apoyo.

—La psicóloga dijo que, en algunos casos, esto mejora en pocos meses... pero en otros puede durar años —añadió Pobmek, con la voz claramente cansada, antes de juntar las manos en un gesto de desaliento.

—Amén. Que el próximo mes Solar esté completamente curado. Que Sun no vuelva, por favor... —rezó Pobmek, juntando las manos—. Por favor.

En ese instante, un trueno retumbó con fuerza, como si el cielo hubiera respondido de inmediato, claramente inconforme con el pedido. Pobmek frunció el ceño al instante.

Al ver su reacción, Solar no pudo contener la risa.

Después de eso, Solar fue a preparar sus cosas para las clases del día. En el camino, se encontró con el viejo paraguas de estampado de nubes, aquel en el que Sun había pegado el antiguo robot de Pobmek al mango. Tomó el paraguas y se quedó observándolo con curiosidad.

—Pero pensándolo mejor... tal vez tener a Sun cerca no sea tan malo después de todo. Al menos terminamos reencontrando algo importante que creía haber perdido.

Solar le mostró el paraguas a Pobmek. Pobmek lo miró con una expresión nada entusiasta.

—Sí... genial... claro que no.

Le arrebató el paraguas de la mano mientras se quejaba:

—Mira esto. Pegó el robot con pegamento, arruinó el paraguas... quién sabe si todavía funciona.

Con dificultad, Pobmek intentó abrir el paraguas. Cuando por fin lo logró, una lluvia de confeti de colores, que Sun había escondido en su interior, cayó directamente sobre su cabeza.

Solar estalló en carcajadas, incapaz de contenerse.

—¡Odio a ese niño! —gritó Pobmek, furioso, en medio de la sala.

A las dos de la tarde, la luz del sol entraba suavemente por las ventanas del edificio de la escuela. Jee y Sodchuen estaban de pie frente al aula de segundo año, grupo uno, observando con tranquilidad la clase de Solar.

Vieron a Solar arrodillado en el centro de un círculo formado por los alumnos. Sostenía un libro de cuentos y narraba la historia con una voz cálida y cercana. Los niños reían animados, completamente atrapados por el relato. Aquella escena hizo que Jee y Sodchuen se sintieran aliviados al comprobar que Solar había vuelto a ser el profesor de inglés que conocían tan bien.

Entonces, la atención de ambos se desvió hacia Pobmek, que caminaba en su dirección. Su rostro estaba visiblemente tenso, como si cargara con todo el cansancio del mundo. En la mano llevaba un paraguas de plástico azul con dibujos de nubes, todo deformado. Un robot de metal estaba firmemente pegado al mango, como una protuberancia extraña adherida allí.

Jee lo notó de inmediato y comentó:

—Vaya, amigo... sé que ser profesor no da mucho dinero, pero tampoco hace falta ahorrar de esa manera, ¿no?

Pobmek bajó la mirada hacia el paraguas y frunció el rostro con frustración. Quiso quejarse, casi llorar de rabia, pero solo logró apretar el mango con más fuerza.

Sodchuen observó la escena y frunció levemente el ceño. Era fácil imaginar lo que había ocurrido en el departamento de la pareja la noche anterior.

—Fue cosa de ese Sun otra vez, ¿verdad? —preguntó con un tono comprensivo.

Pobmek solo asintió, exhausto.

—Vamos, no te pongas así. Los niños tienen que usar la imaginación —dijo Sodchuen, dándole una palmada de ánimo en el hombro—. Un paraguas de esos se puede comprar de nuevo.

Pero esas palabras no lo consolaron en absoluto. Pobmek suspiró en voz baja antes de responder, con evidente cansancio:

—Comprar otro no es difícil, jefe... el problema es que este paraguas es único en el mundo.

Sodchuen y Jee escucharon aquello con desconcierto. Ambos se quedaron con expresiones llenas de dudas, intentando entender qué podía tener de especial un paraguas viejo y aparentemente sin valor. Pobmek bajó la mirada, un poco incómodo, mientras su mente se perdía en recuerdos del pasado.

El sonido de la lluvia golpeando afuera del dormitorio universitario, mezclado con el timbre del teléfono en la penumbra, hacía que el ambiente se sintiera aún más pesado. Pobmek atendió con una expresión cansada, sentado en el suelo de la habitación, junto a una caja de envío que su madre le había mandado.

—No es esa caja, mamá... la de mis libros tiene una etiqueta. Esta es la de cosas viejas, pensaba tirarla —dijo frustrado y agotado.

—¿Ah, sí? Para mí todas se ven iguales. Entonces tomo el auto y te la llevo hoy mismo al dormitorio —respondió Phafan, su madre, del otro lado de la línea, preocupada.

—No hace falta que vengas, mamá. No tengo apuro —rechazó Pobmek, con una voz tan cansada que apenas parecía tener fuerzas para hablar.

—Está bien, entonces... como quieras. ¿Ya comiste...?

—Mamá, necesito estudiar ahora. Hablamos después, ¿sí? —interrumpió rápidamente antes de cortar la llamada.

Pobmek soltó un largo suspiro, aliviado, aunque todavía molesto por el error. Con expresión aburrida, comenzó a revisar el contenido de la caja.

Dentro había un anuario de la época de la secundaria, un reloj antiguo cuya batería se había agotado hacía años, un paraguas de plástico azul con dibujos de nubes y un montón de discos viejos, grabados por él mismo cuando estaba obsesionado con la idea de convertirse en músico.

En uno de ellos había escrito en la portada: “Voz: yo mismo”.

Pobmek miró ese CD con la mirada vacía. Luego lo arrojó de nuevo dentro de la caja y arrastró la caja hasta dejarla cerca del basurero, decidido a deshacerse de todo eso de una vez. Fue entonces cuando la puerta de la habitación se abrió de repente.

Era Solar.

Entró completamente empapado. La camiseta blanca, antes seca, ahora se le pegaba al cuerpo y dejaba ver el contorno de su piel. El cabello, que normalmente estaba bien acomodado, estaba todo revuelto y goteando agua. Temblaba levemente, como un gatito sorprendido por la lluvia.

—Vaya, la lluvia cayó con todo. Qué país es este... —se quejó.

Al verlo así, Pobmek se levantó, tomó una toalla que estaba colgada cerca y se la lanzó a Solar.

—Es temporada de lluvias. ¿Y por qué no trajiste un paraguas?

—Me olvidé de comprar uno. Pensé que podía ir pasando por los edificios, pero no funcionó —respondió Solar mientras se secaba con la toalla, el cabello y la ropa.

Pobmek volvió a sentarse en la mesa y bajó la cabeza para seguir leyendo. Solar, ya más cómodo, comenzó a observar la habitación. Entonces su mirada se detuvo en la caja que Pobmek estaba a punto de tirar. Dentro, el paraguas azul con dibujos de nubes llamaba la atención, abandonado sin importancia.

—¿Ese paraguas es tuyo? —preguntó Solar, curioso.

—Sí. Viejo —respondió Pobmek con tono neutro, sin apartar la vista del libro.

Solar tomó el paraguas y caminó hasta la mesa donde Pobmek estaba sentado. Luego lo abrió ahí mismo, de repente.

—Oye, yo también estoy aquí —dijo Solar.

Pobmek levantó el rostro, confundido, intentando entender a qué se refería su compañero. Solar señaló el diseño del paraguas: varias nubes dispersas y, entre ellas, un pequeño sol escondido.

—¿Lo ves? Hay un sol ahí, iluminando todo.

Esa frase hizo que Pobmek riera sin darse cuenta.

—Siempre se te ocurren cosas raras...

Cuando la risa se apagó, Pobmek se dio cuenta de que ahora estaba bajo el mismo paraguas que Solar. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su respiración en el rostro. Esa sensación repentina hizo que el corazón de Pobmek se acelerara. Apartó la mirada de inmediato y trató de disimular, hablando con la voz ligeramente temblorosa:

—Entonces... llévatelo tú.

—Ah, no —respondió Solar con una risa suave—. Mejor déjalo contigo.

Después de eso, Solar cerró el paraguas y lo dejó apoyado junto a la mesa de Pobmek. Luego fue a su rincón, visiblemente satisfecho, con una sonrisa traviesa en el rostro.

Pobmek se quedó allí, solo con sus pensamientos. El corazón le latía con fuerza, casi saliéndose del pecho. Esa sensación extraña de antes seguía presente, y no sabía explicar exactamente qué era.

Y desde ese día... empecé a usar ese paraguas como excusa para estar cerca de Solar.

Cada vez que llovía, me aseguraba de ir a buscarlo y llevarlo de regreso.

Incluso aquel día en que no tenía clases ni ningún motivo para salir de la habitación... aun así me alegraba ir a verlo.

En el presente, Pobmek seguía de pie, mirando el paraguas completamente arruinado entre sus manos, con una sonrisa leve, cargada de sentimientos. Era una sonrisa parecida a un sol que aparece entre las nubes: no uno fuerte ni deslumbrante, sino uno que abriga y da calma.

Jee y Sodchuen, que habían escuchado toda la historia en silencio, también miraron el paraguas con comprensión.

—Vaya... romántico incluso con los objetos, amigo —comentó Jee, sonriendo.

—Ahora entiendo por qué te enfureciste tanto con Sun —dijo Sodchuen, dándole una palmada reconfortante en el hombro—. Se nota el apego.

—Sé que Sun no lo hizo a propósito —respondió Pobmek, mirando una vez más el paraguas antes de guardarlo con cuidado en la bolsa—. Pero fingir que no sentí nada tampoco es posible.

Respiró hondo.

—Por eso quiero que Solar se cure lo antes posible.

—¡Eso es genial!

Una voz fina sonó detrás de ellos, haciendo que los tres se quedaran congelados al mismo tiempo. Se giraron juntos y quedaron completamente confundidos por la escena.

Elsa estaba allí, escuchando todo a escondidas, mientras anotaba algo en un pequeño cuaderno rosa de tapa dura.

—¿Qué estás anotando ahí, Elsa? —preguntó Sodchuen, intrigada.

Jee y Pobmek se acercaron por detrás para espiar el cuaderno y se quedaron boquiabiertos.

Las páginas estaban llenas de anotaciones detalladas sobre sus compañeros, con pequeñas informaciones de cada uno... y dibujos hechos por la propia Elsa, cuidadosamente trazados, como si se tratara de un verdadero dossier.

—Un cuaderno de chismes... —murmuró Pobmek, incrédulo.

—¿Ese cuaderno para anotar los puntos débiles de los demás? Vaya... qué peligroso —comentó Jee, mirando a Elsa con una mezcla de asombro y admiración por la capacidad de esa niña.

—Para ser una reina, hay que tener armas, ¿no, profesor? —respondió Elsa, con un tono demasiado maduro para su edad—. Hoy en día nadie usa la fuerza. Todo es psicología.

—¿Esta niña de verdad es alumna de mi escuela...? —Sodchuen se llevó la mano al pecho, impactada.

—Soy alumna nueva. Claro que necesito recolectar información —dijo Elsa con total tranquilidad—. Si sé cuál es el punto débil de las personas, sé cómo tratar con ellas.

Los tres profesores se quedaron en silencio, algo atónitos ante la inquietante inteligencia de Elsa.

Entonces Tinkerbelle y Aurora salieron del aula. Al ver a su amiga, la llamaron de inmediato.

—Elsa, vamos al baño. ¿Quieres venir con nosotras? —preguntó Aurora, con toda la inocencia del mundo.

—Sí, quiero —respondió Elsa, cambiando el tono al instante por una voz dulce y amable—. Con permiso, profesores.

Elsa se fue caminando junto a sus amigas, dejando a Pobmek, Jee y Sodchuen de pie, mirándose en silencio. Bastó un cruce de miradas para que los tres parecieran llegar a la misma conclusión al mismo tiempo. Sus ojos brillaron, como si una idea comenzara a tomar forma.

Aurora y las otras niñas estaban sentadas tranquilamente, todas con paletas en la boca.

—¿Sun les ha contado algo sobre su casa? —preguntó Elsa, poniendo una expresión pensativa, como si estuviera analizando algo muy serio—. Mmm... bueno...

—Sí, sí contó —interrumpió Aurora con voz animada.

En ese mismo instante, Pobmek, Sodchuen y Jee se pusieron atentos como si hubieran escuchado algo importante. Los tres se inclinaron hacia Aurora, llenos de expectativa.

—Dijo que a su mamá le gusta poner música cuando está en casa —respondió Aurora, sonriendo.

—¿Y eso en qué sentido sería un trauma? —preguntó Jee, confundido.

—No es un trauma. Son cosas normales de la casa —respondió Aurora, completamente inocente.

Esa respuesta cayó como un balde de agua fría. Los tres profesores casi se derrumbaron de decepción. El ambiente se desinfló por completo, así que Sodchuen cambió de estrategia de inmediato, adoptando un tono más cercano, como de amiga chismosa.

—¿Y Sun tiene algún secreto familiar? Algo así como... algo de alguien en su casa que lo haga sentirse mal, ¿sabes? —preguntó con cuidado.

Tinkerbelle se inclinó para susurrarle algo al oído a Aurora, quien respondió enseguida:

—Sí, tiene. El papá le limita el tiempo para ver dibujos animados.

—¿El papá de Sun? —preguntó Pobmek, demasiado entusiasmado.

—No. El papá de Tinkerbelle —respondió Aurora, otra vez con total naturalidad.

Los tres profesores se llevaron la mano a la cabeza al mismo tiempo. Sentían como si el cerebro fuera a estallar en cualquier momento.

—Pero creo que el mío es el peor de todos —dijo Elsa con tono serio.

—Mi hermana le cortó el cabello a mi Barbie y la dejó rapada. Miren esto.

Elsa metió la mano en el bolsillo y sacó una Barbie con el cabello completamente rapado. Todos quedaron en shock al ver el estado de la muñeca, que antes había sido bonita y ahora parecía irreconocible.

—Últimamente mi hermana solo está pegada a mi hermano mayor. A él le gusta jugar con Gundam, y terminó descargando su violencia en la Barbie —explicó Elsa con total seriedad.

—¡Qué crueldad! —dijeron Jee y Sodchuen al mismo tiempo, escandalizados.

—Pero es así... cuando uno pasa mucho tiempo con algo, termina cambiando junto con eso —dijo Aurora, intentando consolarla—. Lo siento por tu Barbie, Elsa.

Elsa asintió, agradecida. En ese momento, Tinkerbelle empezó a llorar de la nada. Los tres profesores se miraron entre sí, confundidos.

—¿Qué pasa, Tinkerbelle? ¿La historia de tu amiga fue tan triste? —preguntó Sodchuen, sin entender.

—Es que todavía no hemos ido al baño —respondió Aurora, frustrada.

—Ay, perdón. No llores. Vamos, la directora las lleva al baño —dijo Sodchuen rápidamente, cambiando de tema y guiando a las niñas.

Cuando todos se fueron, Pobmek soltó un suspiro pesado, claramente decepcionado.

—Nada... no descubrimos nada. Pensé que hablando con las niñas íbamos a encontrar alguna pista sobre Sun...

—Je... —Jee dejó escapar una risa baja, algo inquietante.

Pobmek giró el rostro hacia él, desconfiado.

—Oye... ¿qué te pasa ahora?

Jee se levantó, con un aire claramente pícaro.

—“Cuando uno pasa mucho tiempo con algo, termina cambiando junto con eso”...

Hizo una breve pausa antes de sonreír.

—Creo que... ya tengo una idea, amigo.

El ambiente en la sala de la dirección, que normalmente era silencioso, ahora estaba cargado de expectativa, como un globo a punto de estallar. Pobmek, Solar y Sodchuen estaban sentados alrededor de la gran mesa de reuniones, observando a Jee, que manipulaba el portátil con total concentración.

Cuando todo estuvo listo, Jee presionó un botón y encendió el proyector.

En la pantalla apareció, en letras grandes:

**“Plan para traer a Solar de vuelta a su cuerpo”**

Jee cambió de diapositiva rápidamente. La imagen mostraba una figura humana dividida en dos: la mitad roja representaba a “Sun” y la mitad azul representaba a “Solar”, como un personaje de caricatura partido por la mitad. Jee miró a los demás con confianza antes de explicar:

—El método es simple... necesitamos hacer que Solar permanezca despierto en su propio cuerpo el mayor tiempo posible, y que Sun se duerma lo más temprano posible. Si repetimos esto todos los días, Solar logrará quedarse con nosotros durante más tiempo. Y quizá... Sun termine desapareciendo por completo.

Mientras hablaba, pasó a la siguiente diapositiva. La parte azul iba, poco a poco, cubriendo a la parte roja, hasta que la figura quedó completamente azul: Solar al cien por ciento.

Los ojos de Sodchuen se abrieron con sorpresa.

—Vaya... esto es brillante. ¿Proyecto de primer lugar con medalla de oro o qué?

—Parece tener sentido —dijo Pobmek, pensativo—. Pero ¿realmente funcionará?

—Si no lo intentamos, nunca lo sabremos —respondió Jee de inmediato—. Tampoco sabemos nada sobre el posible trauma del pasado de Solar. Así que creo que vale la pena intentarlo.

Pobmek asintió lentamente, de acuerdo, y dirigió la mirada hacia Solar, que seguía sentado allí con una expresión llena de sentimientos encontrados.

La preocupación aún persistía. La mirada de Solar estaba perdida, como si estuviera observando algo invisible. Sus ojos no se apartaban del calendario de escritorio en la sala, como si estuviera haciendo una cuenta regresiva hacia el final de algo. Pobmek lo notó y preguntó con voz suave, llena de cuidado:

—Solar... ¿estás bien?

Solar giró el rostro hacia él. La inquietud seguía reflejada en su expresión, pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Sodchuen y Jee —llenos de determinación y esperanza—, el miedo que lo consumía por dentro comenzó a disiparse poco a poco. El valor y la esperanza que dormían en su interior despertaron de repente.

Enderezó la postura y habló con un tono mucho más firme:

—Sí. Entonces hagámoslo. Sea lo que sea, lo enfrentamos.

Todos se miraron entre sí, compartiendo la misma esperanza. Era como un barco a punto de zarpar en medio de una tormenta: aterrador, incierto... pero esta vez, tenían un mapa en las manos.

รักครู  
เท่าโลกเลย  
LOVE YOU TEACHER

## Capítulo 11

Al comienzo de la mañana, Solar despertó todavía algo aturdido. Los ojos le pesaban como si tuviera piedras colgando de ellos, pero en cuanto sus pies tocaron el suelo frío del cuarto, empezó a despertarse de verdad. Caminó despacio hasta la sala y abrió los ojos con sorpresa al ver a Pobmek estirando el cuerpo, vestido con ropa deportiva muy colorida. El rostro de Pobmek se veía radiante, como si acabara de recargarse por completo.

—¿Qué está haciendo el tío...? —preguntó Solar con voz somnolienta.

—¡Preparándome para ir a hacer algo divertido! —respondió Pobmek con una gran sonrisa.

Luego fue hasta un rincón y sacó un par de zapatillas deportivas nuevas para Sun. Eran de un rojo intenso, muy llamativas, con detalles azules en forma de rayos.

—Zapatillas nuevas. ¿Y qué te parecen? —dijo Pobmek, extendiéndoselas.

Solar las tomó y las observó con interés.

—¡Guau, qué geniales, tío! ¿De verdad son para mí? —preguntó Sun, con los ojos brillantes.

—¡Claro que sí! Vamos, hay que gastar toda esa energía —dijo Pobmek, dando una palmada.

Solar asintió con entusiasmo. El corazón le latía rápido, como un tambor, listo para una nueva aventura.

La luz suave del sol de la mañana iluminaba el césped del campo. Pobmek llevó a Sun a correr vueltas sin parar, mientras Sodchuen corría cerca de ellos, no muy lejos. La respiración agitada de los tres se alternaba sin descanso, fluyendo como una pequeña cascada. El cansancio se reflejaba en sus rostros, hasta el punto de que apenas podían levantar las piernas, pero Sodchuen seguía sonriendo, visiblemente feliz.

Cuando Sodchuen ya no pudo seguir corriendo, le hizo una señal a Jee, que estaba sentado esperando al borde del campo. Jee se levantó y comenzó a correr junto a Sun de inmediato.

Cuando Sun regresó al cuarto completamente agotado, se dejó caer en el sofá sin preocuparse por nada más. Se quedó dormido aún con la ropa de correr puesta, como si hubiera caído bajo un hechizo. Pobmek y Jee se sentaron cerca, observando con atención el estado de Sun, con la mirada fija en el reloj que avanzaba lentamente. El silencio hacía que el tiempo pareciera interminable. Todos deseaban que el período de sueño de Sun fuera lo más corto posible.

Hasta que, por fin, Solar volvió a despertar como adulto. Jee anotó de inmediato la hora en la que Solar abrió los ojos, con una expresión satisfecha.

El cronómetro del teléfono mostraba el título “tiempo sin dormir”:

## **6 horas.**

Ese era el registro que habían conseguido.

Solar estaba sentado a la mesa, trabajando concentrado, cuando Sodchuen entró cargando una enorme pila de documentos.

—Ya que vas a tener que mantenerte despierto, aprovecha y ayúdame a resumir estos currículos —dijo Sodchuen con una sonrisa llena de segundas intenciones.

—Claro, phi. ¿Solo los del segundo año? —preguntó Solar, sin sospechar nada.

Sodchuen colocó aún más documentos sobre la mesa. Solar se quedó completamente inmóvil al ver cómo la pila crecía.

—Del primero al sexto año —respondió ella, animada.

Solar quedó paralizado durante unos segundos, con el rostro pálido, como si le hubieran arrancado el alma del cuerpo.

El tiempo pasó. Doce horas después, el cronómetro del teléfono seguía avanzando sin detenerse. Solar, sentado a la mesa, comenzó a sentir el peso del sueño. Los párpados se le cerraban poco a poco, como si estuviera siendo arrastrado al sueño. De pronto, Pobmek se acercó rápidamente y se inclinó para darle un beso inesperado en la mejilla. Solar se sobresaltó y abrió los ojos de par en par. Enseguida, Pobmek le tendió una taza de café.

Solar dio apenas un sorbo y sus ojos se abrieron por completo. El amargor del café lo mantuvo despierto como si hubiera recibido una descarga.

Cuando llegó la noche, Pobmek llevó a Solar hasta el dormitorio y lo acostó en la cama. Solar se durmió de inmediato, exhausto, como un tronco flotando en el agua. Pobmek miró el teléfono y vio que el cronómetro ya marcaba veinticuatro horas completas. Observó a Solar dormir profundamente con una mirada llena de cariño, luego se acercó, lo cubrió con cuidado y apagó la luz de la lámpara.

El tiempo pareció acelerarse. En el calendario de la sala, los días que correspondían a Sun iban siendo tachados, mientras que los días de Solar aparecían cada vez con más

frecuencia. Jee comenzó a turnarse con Sodchuen para quedarse junto a Solar, que resistía sin dormir durante varios días. Cuando uno necesitaba descansar, el otro tomaba su lugar. Después de ocho horas más, Jee volvía a cambiar turno, esta vez con Pobmek, que se quedaba vigilando a Solar.

Algunos días después.

En la sala del condominio, la pantalla del portátil mostraba una diapositiva de actualización.

La situación de Solar se veía claramente reflejada. La imagen mostraba una silueta en la que el color azul, que representaba a Solar, ya ocupaba más del setenta por ciento del espacio que antes era rojo, representando a Sun.

Jee, sentado junto a Solar, habló con la voz llena de entusiasmo:

—¡Hemos batido el récord! Solar ya lleva cuarenta y ocho horas despierto. Dentro de poco, con seguridad, va a recuperar su cuerpo.

—Pero hasta que llegue ese día... ¿Solar va a tener que pasar toda la semana sin dormir? —preguntó Sodchuen, sentada cerca, con la voz cargada de preocupación.

Solar permaneció en silencio. El cansancio se había apoderado de su rostro; sus ojos estaban vacíos, como si solo vieran oscuridad. Miró el calendario de la sala, como si estuviera contando los días hacia atrás, rumbo a algo importante.

Cuando Sodchuen y Jee notaron que Solar empezaba a cabecear, se levantaron para despertar a Pobmek, que dormía tirado en el sofá.

—Nosotros ya nos vamos —dijo Sodchuen a Pobmek, que todavía estaba medio adormilado.

—Está bien... bajo a acompañarlos —respondió Pobmek, con la voz apagada por el sueño.

—Si no aguantas, no te fuerces, Solar. Si sigues así, te vas a desmayar —dijo Jee, mirándolo con preocupación.

—Está bien... de verdad, gracias por todo —respondió Solar con un leve gesto de despedida y una sonrisa cansada.

Pobmek salió para acompañar a Jee y a Sodchuen hasta fuera del apartamento. Cuando todos se fueron, el silencio se adueñó de la sala.

Solar volvió a mirar el calendario de mesa. Era viernes. El domingo estaba marcado con un círculo y un corazón rojo. Observó la fecha con atención, como si estuviera haciendo cálculos en su mente.

Luego tomó el celular y envió un mensaje a Pranee, su madre:

«¿El domingo va a estar libre?»

Pocos segundos después, la respuesta apareció en la pantalla.

«Para mi hijo, mamá siempre está libre :)»

Solar sonrió suavemente antes de seguir intercambiando mensajes con ella.

Pobmek regresó a la sala después de despedir a Sodchuen y a Jee. Todavía tenía el rostro marcado por el sueño.

—Vamos... aguanta despierto unas doce horas más y luego duermes mañana por la tarde.

—Hoy es viernes por la noche... si me esfuerzo por no dormir ahora, recién voy a poder dormir el sábado por la tarde... —Solar volvió a mirar el calendario, haciendo cuentas en su cabeza. Tragó saliva—. Eso quiere decir que el domingo por la mañana voy a despertar como Sun, ¿verdad?

—Sí, exactamente —respondió Pobmek, asintiendo sin pensarlo demasiado.

Al oír eso, Solar solo asintió en silencio. Entonces Pobmek preguntó:

—¿Y qué tal fue la charla con la señora Pranee? ¿Pudiste fijar un día para ir a verla?

—Ya lo arreglé... pero estos días está bastante ocupada —mintió Solar, con el rostro impasible.

—Entiendo... entonces voy a lavarme la cara un momento. Ya vuelvo —dijo Pobmek, caminando hacia el cuarto.

Solar lo siguió con la mirada. Cuando se aseguró de que estaba solo, abrió rápidamente el cajón del mueble de al lado. El sonido al abrirlo hizo que el corazón le latiera con fuerza, como si estuviera a punto de hacer algo indebido.

Se agachó y tomó un envase de medicamento antialérgico. En la etiqueta había una advertencia clara: «Puede causar somnolencia».

Sacó un comprimido. En su mano, el medicamento parecía más grande de lo normal. Dudó unos segundos antes de decidirse a tragarlo.

Pero en ese mismo instante, Pobmek entró en la habitación y le sujetó la mano antes de que pudiera hacerlo.

—¿Qué estás haciendo? —Pobmek le quitó la pastilla de la mano y vio que era un antialérgico. Se quedó inmóvil por un momento—. Solar... ¿ibas a tomar algo para dormir?

Solar no pudo responder. No tenía forma de negarlo.

—¿Por qué estás haciendo esto...? Ya estás a punto de recuperar tu cuerpo, ¿lo sabes? ¿No quieres mejorar? —preguntó Pobmek, con la voz temblorosa por la confusión.

Solar dejó escapar un suspiro bajo, como si al fin estuviera liberando un peso enorme del pecho.

—¿Cómo no iba a quererlo...? Pero ¿y si muero antes, si sigo forzándome de esta manera...?

Su voz empezó a quebrarse. Pobmek guardó silencio al escucharlo.

—Me alegra que todos estén intentando ayudarme... pero ahora siento que estamos yendo contra la naturaleza, que todo está mal, fuera de lugar... ¿sabes? Últimamente, cada vez que despierto, no me siento realmente feliz.

Pobmek escuchó todo con el rostro lleno de culpa y los ojos humedecidos.

—¿No estaremos siendo demasiado crueles con Sun...? Aunque no pueda comunicarme bien con él... siento que tampoco está bien. ¿De verdad tenemos que apresurarnos tanto para sacarlo de nuestras vidas?

Pobmek no pudo responder. La culpa y el peso en su corazón eran demasiado grandes. Las lágrimas cayeron en silencio.

Al verlo así, Solar secó las lágrimas de Pobmek y le tomó la mano.

—Pobmek... tú sabes por qué te amo, ¿verdad? —dijo Solar con una voz llena de ternura.

Pobmek levantó la mirada y lo observó, todavía confundido.

El sonido constante de la lluvia llenaba el recuerdo.

En la época de la universidad, durante la temporada de lluvias, el exterior de la biblioteca seguía húmedo, empapado por el agua que caía sin descanso. Las gotas eran suaves, pero persistentes, como lágrimas que nunca se secan.

Solar estaba de pie bajo la marquesina, junto a una ventana. Extendió la mano para tocar la lluvia fría antes de soltar un suspiro silencioso. El goteo del agua desde el techo marcaba un ritmo constante en sus oídos. Metió la mano en su bolso cruzado, buscando algo, cuando una voz conocida lo llamó.

—¡Solar!

Alzó la vista y vio a Pobmek acercarse desde lejos, corriendo, sin aliento. La camisa universitaria estaba empapada y se le pegaba al cuerpo, dejando ver su físico fuerte, que Solar solía mirar de reojo cuando Pobmek salía de la ducha. El cabello estaba mojado y desordenado, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa de alivio.

Solar sonrió de inmediato, mostrando todos los dientes, visiblemente emocionado.

—¡Sabía que ibas a estar aquí!

—Vaya, siempre lo sabes todo. Pero ¿ya estabas afuera o viniste corriendo desde la habitación a buscarme?

—Da igual. Vamos, vámonos juntos.

Solar aceptó sin dudar, sonriendo con sinceridad. Todo a su alrededor pareció desacelerarse mientras caminaban uno al lado del otro, compartiendo el mismo paraguas. La cercanía de sus cuerpos hizo que Solar sintiera el calor de Pobmek, como si el mundo entero se hubiera detenido allí, dejándolos solos bajo ese único paraguas.

Cuando regresaron a la habitación, Pobmek se dejó caer sentado en la cama. Encendió el ventilador apuntándolo directo al rostro, dejando que el aire secara su cabello empapado, sin siquiera molestarse en buscar una toalla. Solar, que estaba cerca, solo pudo negar con la cabeza.

—¿Así pretendes que mi cabello se seque hoy?

Solar colgó su mochila en la silla y tomó la toalla que estaba en el tendedero para dársela a Pobmek. Sin querer, dejó caer la mochila al suelo. El pequeño paraguas rodó fuera, llamando la atención de Pobmek, que giró la cabeza con curiosidad. Solar se puso rojo de inmediato. Torpe y apresurado, se agachó para guardar el paraguas otra vez y, fingiendo naturalidad, se colocó detrás de Pobmek para secarle el cabello, visiblemente avergonzado. Ambos miraban hacia el mismo ventilador, sin poder verse el rostro.

—Ah... entonces ya compraste un paraguas —dijo Pobmek, sorprendido.

La respuesta de Solar salió baja, casi en un murmullo.

—Sí... ya hace un tiempo...

—Entonces... eso quiere decir que...

—Sí... solo quería saber hasta cuándo ibas a seguir viniendo a buscarme de esta manera.

Mientras Solar le secaba el cabello a Pobmek, Pobmek tomó su mano y giró el rostro para mirarlo de frente. Su expresión se volvió seria de repente.

—Entonces... ¿ya tuviste la respuesta?

—Sí... la tuve. Gracias por no rendirte nunca, por estar siempre ahí.

Ambos se quedaron mirándose en silencio. La vergüenza apareció al mismo tiempo, dejándolos visiblemente incómodos. Solar giró rápidamente el rostro de Pobmek de nuevo hacia el ventilador y los dos terminaron riendo juntos, felices.

El silencio volvió a adueñarse del apartamento. El ambiente se volvió pesado, como si una enorme piedra presionara el pecho de Pobmek. Miraba a Solar con los ojos llenos de culpa, dándose cuenta por fin de que las decisiones de los últimos días estaban lastimando a la persona que más amaba.

Al ver a Pobmek inmóvil, Solar volvió a hablar, con una voz suave y cuidadosa.

—Te amo porque siempre has sido constante, nunca apresurado... pero si tenemos que correr para “curarme” de esta forma, agotándonos así los dos... entonces algo no está bien.

Las palabras de Solar golpearon el corazón de Pobmek con fuerza, como si cientos de agujas lo atravesaran al mismo tiempo. Pobmek escuchó en silencio, mientras la culpa dentro de él se hacía aún más pesada.

—Y hay algo más... quizá olvidamos algo importante en el camino...

Solar dijo eso mientras miraba el calendario del cuarto. Pobmek siguió su mirada y vio que el domingo estaba marcado con un corazón. En ese instante lo comprendió. Sintió que el corazón se le caía hasta los pies y la culpa se volvió aún más grande.

—El domingo... es nuestro aniversario.

—Sí... por eso quiero dormir ahora. El sábado voy a despertar como Sun, y el domingo voy a despertar como Solar... para poder estar contigo.

Apenas Solar terminó de hablar, las lágrimas de Pobmek comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas. La culpa lo inundó por completo, como una represa que se rompe de golpe. Pobmek abrazó a Solar con fuerza, casi con actitud infantil, como alguien que acaba de darse cuenta de su error.

—Solar... perdóname... me equivoqué de verdad...

—Está bien... —respondió Solar, intentando tranquilizarlo, aún exhausto, pero lleno de amor.

Se abrazaron con fuerza, como si quisieran fundirse en una sola persona.

El cuarto quedó en silencio después de que lograron entenderse. Solar estaba tan cansado que apenas tenía fuerzas. El cuerpo más fuerte envolvía al más pequeño con cuidado y ternura, mientras los dedos recorrían suavemente su cabello en un gesto lento y afectuoso. Acostado con el rostro apoyado en el pecho de Pobmek, Solar escuchaba los latidos del corazón de su pareja y no podía evitar sentir ternura.

—Forzarme a estar despierto tantos días... ni siquiera sé cuánto tiempo voy a dormir cuando me quede dormido...

La voz de Solar salió baja, casi un susurro, pero cada palabra atravesó el corazón de Pobmek. Él entendió cuánto estaba sufriendo Solar y cuánto necesitaba descansar de verdad. Con la otra mano, acarició su cabeza para tranquilizarlo y habló con la voz más suave que pudo.

—No pienses en nada más... duerme...

—Sí...

Solar respondió solo eso. Poco a poco, su respiración se volvió más regular hasta que terminó quedándose profundamente dormido en los brazos de Pobmek. Con cuidado,

Pobmek se inclinó y le dio un beso suave en la frente, como si temiera despertarlo. Luego susurró en voz baja al oído de su pareja dormida:

—Ojalá que este domingo... pueda estar contigo...

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, Pobmek comenzó a moverse lentamente. Extendió la mano hacia el interruptor de la luz junto a la cama y lo apagó. La claridad que iluminaba el cuarto desapareció al instante y la oscuridad lo cubrió todo.

La suave luz del sol del mediodía del domingo atravesaba las cortinas e iluminaba el cuarto, creando un ambiente cálido y tranquilo. En la cama tamaño queen, Sun abrió los ojos lentamente, sintiéndose renovado, como una flor que vuelve a la vida después de recibir lluvia tras mucho tiempo marchita. Parpadeó varias veces, tratando de acostumbrarse a la luz después de tanto tiempo en la oscuridad.

Lo primero que vio fue a Pobmek, sentado en una silla junto a la cama, dormido mientras vigilaba. Su mano aún descansaba sobre el borde del colchón, como si estuviera lista para tomar la mano de Sun en cualquier momento. Sun miró con atención la camiseta blanca que Pobmek llevaba puesta: era su camiseta de pareja favorita, la que Solar le había regalado en su último aniversario.

Sun se incorporó despacio y se estiró con fuerza, como un león despertando tras una larga hibernación. Luego miró con confusión el reloj digital junto a la cama. Marcaba exactamente el mediodía, pero le costaba creerlo.

—¿Eh, tío... qué hora es esta? Vamos a llegar tarde a la escuela.

—No vamos a llegar tarde. Ya es domingo al mediodía.

Al oír eso, Sun se extrañó. Giró rápido para comprobar el día en el reloj digital, que mostraba claramente “SUNDAY”, y comenzó a contar con los dedos con toda seriedad.

—Qué raro... normalmente duermo más de lo habitual... pero esta vez parece que dormí todavía más, ¿no, tío?

Pobmek apenas sonrió levemente. Su voz cargaba el cansancio de alguien que había pasado noches sin dormir, pero su mirada estaba llena de alivio al ver a Sun despertar bien, a salvo.

—Claro que sí. Dormiste casi dos días enteros. Debe ser cansancio acumulado.

—¿Ah, sí? Bueno, mejor así. Dormí muy bien.

Sun escuchó eso sin darle demasiada importancia. Estiró los brazos una vez más, desperséandose con tranquilidad, y dejó escapar un sonido de satisfacción.

—¿Y hoy qué vamos a hacer? ¿Hay que salir a correr otra vez?

La pregunta de Sun hizo que Pobmek guardara silencio por un instante.

—No hace falta... hoy nos quedamos en casa. Puedes jugar tranquilo. Considéralo un regalo por haber obedecido al tío toda la semana.

Los ojos de Sun se abrieron de par en par, llenos de alegría. Su rostro se iluminó con una sonrisa abierta, como un girasol floreciendo en pleno verano.

—¿De verdad? ¿Hablas en serio?

—En serio —respondió Pobmek, con una sonrisa cansada, pero sincera.

—¡Gracias, tío!

Sun empezó a saltar alrededor de Pobmek, lleno de emoción, antes de salir corriendo del cuarto como un huracán, listo para desordenar todo lo que encontrara a su paso. Pobmek, que se quedó allí de pie, sintió cómo la sonrisa se le iba borrando poco a poco. En el fondo, se sentía el mayor fracaso del mundo por no haber podido celebrar el aniversario de su relación más importante con la persona que amaba.

Risas y gritos de emoción resonaban por la sala del departamento. Sodchuen y Jee estaban frente al televisor grande, sosteniendo los controles del videojuego y moviéndose al ritmo de las acciones en pantalla, como si estuvieran bailando junto a los personajes del juego. A su lado, Sun saltaba y se movía sin parar, divirtiéndose al máximo, con el rostro brillando como el sol del mediodía. Su voz se escuchaba llena de entusiasmo.

Estaba más animado que nunca.

Un poco más apartado, en la mesa del comedor, Pobmek estaba sentado frente a la computadora portátil. Aunque sus ojos estaban en la pantalla, su atención se centraba en la escena de felicidad que tenía delante. Una leve sonrisa apareció en su rostro, llena de ternura. Se sentía como un espectador viendo una película con final feliz, al mismo tiempo que se sentía aliviado por ver a Sun feliz.

En el dormitorio, la imagen de un cielo nocturno repleto de millones de estrellas se proyectaba en el techo. Sun estaba acostado en la cama, usando gafas de realidad virtual y auriculares. Observaba las estrellas con alegría, el rostro lleno de sueños y esperanza, como si aquel cielo lo hubiera transportado a otro mundo, tranquilo y sereno.

Pobmek permanecía de pie en un rincón del cuarto. No decía nada, no hacía nada; solo observaba a Sun en silencio, como una escultura destinada a quedarse sola. Poco a poco, se dio la vuelta y salió del dormitorio sin hacer ruido, dejando a Sun flotar solo en su propio mundo de felicidad, rodeado por millones de estrellas.

Pobmek salió del cuarto en silencio y se detuvo frente al calendario colgado en la pared. El círculo rojo marcando “aniversario” llamó su atención. Sintió el corazón apretarse como si una mano invisible lo estrujara, hasta casi dejarlo sin aire. La tristeza y la culpa lo golpearon con fuerza una vez más. Cerró los ojos lentamente, intentando convencerse de que todo estaba bien, pero el vacío en su pecho parecía un agujero negro, listo para devorarlo por completo.

—Perdón, amigo... por haber hecho que no pudieras celebrar el aniversario con tu novio...

La voz de Jee sonó baja. Pobmek levantó la mirada y vio a Jee sentado en la mesa del comedor junto a Sodchuen. Ambos tenían expresiones cansadas y cargadas de culpa, no muy distintas a la suya.

—Sí... yo también —añadió Sodchuen en voz suave.

—Está bien. Creo que todos nos equivocamos en esta historia... ¿quién iba a imaginar que Solar dormiría casi dos días seguidos de esa manera...?

Pobmek intentó actuar de la forma más normal posible, pero la sonrisa que apareció en su rostro era demasiado triste como para pasar desapercibida.

—Pero bueno... si no se pudo celebrar este año, lo celebraremos el próximo...

Jee y Sodchuen asintieron al mismo tiempo, con miradas llenas de comprensión.

De repente, se escucharon tres golpes en la puerta del departamento. Pobmek arqueó las cejas, sorprendido de que alguien apareciera a esa hora, y se dirigió hacia la puerta, abriéndola despacio.

—Sorpresa.

Pranee habló con una voz animada. En una de sus manos sostenía una caja grande; con la otra arrastraba una maleta de viaje con cierta dificultad.

Pobmek fue a ayudarla de inmediato. Pranee lo miró con una expresión llena de cariño y calidez.

—¿Mamá Pranee? —dijo Pobmek, claramente sorprendido.

Sodchuen y Jee se levantaron al mismo tiempo, confundidos, sin saber quién era la mujer que estaba en la puerta.

—Eh... chicos... —presentó Pobmek, un poco incómodo—. Esta es la madre de Solar, Pranee.

Luego se giró hacia ella.

—Mamá, ellos son la directora Sodchuen y el profesor Jee, mis compañeros de trabajo.

—Mucho gusto, señora.

—Mucho gusto.

Jee y Sodchuen saludaron al mismo tiempo, de manera educada.

—Hola, hola.

Pranee les sonrió ampliamente.

—Vamos, Pobmek, abre la caja.

—¿Qué es esto? —preguntó Pobmek, mirando la caja en sus manos con curiosidad.

Pranee dejó escapar una pequeña risa antes de explicar:

—Solar me dijo que, si no llamaba el domingo antes del mediodía, viniera a buscarte aquí, al condominio.

Levantó la mano y señaló la caja.

—Aquí están los juguetes de la infancia de Solar. Dijo que tal vez ayudarían con el tratamiento... y también para reemplazar los juguetes que Sun terminó rompiendo.

Pobmek sonrió con suavidad, sintiendo el corazón apretarse por la emoción ante el cuidado de Pranee hacia su hijo.

—Gracias, mamá...

La puerta del dormitorio se abrió apenas un poco. Pranee entró con cuidado y miró hacia adentro. Sun seguía acostado en la cama, usando las gafas de realidad virtual y los auriculares, levantando las manos en el aire como si intentara tocar algo invisible, completamente absorto y feliz. Al verlo, su madre sonrió con ternura. No tuvo el valor de interrumpir ese momento; simplemente se quedó observando en silencio.

—Parece tan feliz... —comentó Pranee, con la voz llena de cariño.

—¿Quieres que lo llame, mamá? —preguntó Pobmek.

—No hace falta. En realidad... hay algo más importante que eso.

—¿Algo importante...? ¿Qué cosa? —preguntó Pobmek, intrigado.

En ese momento, colocaron un pastel de cumpleaños frente a Pobmek, que ahora estaba sentado a la mesa del comedor. La mesa había sido preparada con cuidado para celebrar el aniversario de su relación. También había un pequeño cuaderno, que sustituía a las tarjetas y a las flores en plena floración, junto con sus platos favoritos, cuyo aroma delicioso se extendía por toda la habitación. Pobmek se quedó completamente sin palabras.

Pranee, sentada frente a él, sonrió con ternura y dijo:

—Solar me pidió que lo ayudara a preparar la comida que a ti te gusta, para celebrar su aniversario. Y además, también está esto...

Pranee tomó una tableta y la colocó frente a Pobmek. Sodchuen y Jee se quedaron de pie justo detrás, en silencio, curiosos por ver qué aparecería en la pantalla. En la tableta había un video grabado por Solar. Al verlo usando la misma camiseta de pareja que él

mismo llevaba puesta en ese momento, una sonrisa suave apareció en el rostro de Pobmek.

—Hola. Si estás viendo este video, entonces parece que el plan salió mal, ¿no? Supongo que no desperté el día de nuestro aniversario.

La voz de Solar sonaba juguetona, pero también tenía un leve tono de culpa.

—Pero está bien. Porque preparé un plan B. Le pedí a mi mamá que se encargara de todo. Así que prepárate.

Pobmek sonrió con tanta felicidad que casi cerró los ojos. Su corazón latía con fuerza, como si fuera a salirse del pecho. El peso que antes lo oprimía simplemente desapareció, reemplazado por un calor reconfortante y una alegría inmensa.

Solar se aclaró la garganta suavemente antes de continuar, ahora con un tono más delicado:

—Pobmek... siete años se pasaron en un instante, ¿no? Recuerdo que te gusta el pastel de coco que prepara mi mamá, ¿verdad? Entonces le pedí que hiciera uno bien grande para ti. En un momento deja que mi mamá te dé un poco, ¿sí? Abre la boca...

Solar estiró la mano hacia la cámara, fingiendo tomar un trozo de pastel para dárselo a Pobmek a través de la pantalla. Pranee, al ver la escena, sonrió con cariño y tomó una cuchara, sirviendo un poco del pastel de coco.

Pranee tomó un bocado y se lo dio a Pobmek en lugar de su hijo.

—Mamá... ¿estás haciendo un puchero ahí o no? —dijo Solar en el video, con un tono desconfiado.

Pranee se sobresaltó un poco, porque en verdad lo había hecho, y Pobmek terminó riéndose.

—Ah, y no te olvides de leer el cuaderno también. Léelo en voz alta, para que sea más emocionante.

Pobmek hizo exactamente lo que le pidieron. Extendió la mano, tomó el cuaderno que estaba sobre la mesa y lo abrió. Dentro estaba esa letra tan familiar, la que reconocería en cualquier lugar. Comenzó a leer en voz baja, con la voz cargada de sentimientos encontrados.

—Aunque me pone triste no poder darte el pastel en la boca este año... viéndolo por el lado bueno, eso me hizo darme cuenta de cuánto te extraño cuando no estamos juntos. De cuánto quiero verte.

Sódchuen, Jee y Pranee escucharon en silencio, profundamente conmovidos por lo que Solar había escrito.

—Pero tampoco sé... si el año que viene estaré mejor o no. Aun así, te prometo que voy a compensarlo haciendo que cada día en que despierte a tu lado sea más especial que cualquier fecha de aniversario.

Apenas terminó de leer la última frase, las lágrimas de Pobmek comenzaron a caer sin que pudiera contenerlas.

—Mirá nomás... llorando otra vez, ¿eh? Qué llorón. Ey, ey, está todo bien. Mañana voy a despertar y te voy a abrazar bien fuerte.

Pobmek rió entre lágrimas, mientras Pranee, Sodchuen y Jee se acercaban para consolarlo, rodeándolo en un abrazo apretado, lleno de cariño y amor.

รักคุณ  
เท่าโลกใบนี้  
LOVE YOU TEACHER

## Capítulo 12

Pobmek estaba de pie frente al vestíbulo del condominio, con Jee y Sodchuen a su lado. Sus ojos seguían la figura delicada de Pranee, que parecía haber superado el cansancio de un largo viaje, aunque todavía conservaba una sonrisa en el rostro.

—Muchas gracias de verdad, señora Pranee. Debe haber sido agotador viajar tan lejos... ¿está segura de que no quiere pasar la noche aquí? —preguntó Pobmek con cuidado, sabiendo que ella había cruzado océanos solo para ir a verlo.

Pranee negó suavemente con la cabeza y sonrió.

—No te preocupes, hijo mío. Lo dejamos para otra ocasión. Mañana tengo un compromiso con la gente del consejo.

—¿Qué...? ¿Usted ya se jubiló y aun así va a seguir en la política? —dijo Sodchuen, que escuchaba la conversación, abriendo los ojos con sorpresa.

Pranee dejó escapar una risa suave.

—Consejo de personas mayores, querida.

—Si no lo hubiera aclarado, habría pensado que era senadora de un fandom yaoi —comentó Jee, riendo de buen humor.

—Eso ya lo soy —respondió Pranee con una sonrisa traviesa, lo que hizo que los tres estallaran en risas al mismo tiempo.

Pero entonces Pobmek, reuniendo valor, decidió hacer una pregunta más seria. Su expresión cambió de inmediato, volviéndose visiblemente tensa, al punto de sorprender a sus dos amigos.

—¿Puedo preguntar algo con más claridad...? —dijo Pobmek, animándose por fin.

—¿Hm? ¿Ocurre algo, hijo mío? —Pranee lo miró con curiosidad.

—Es que... cuando Solar era niño, ¿le pasó algo? Por lo que sé... Solar no tuvo padre, ¿verdad?

Al escuchar la pregunta, Pranee dudó por un instante. La sonrisa en su rostro se fue apagando lentamente, pero su mirada se mantuvo honesta y serena cuando respondió de forma directa y calmada:

—Sí... el padre de Sun... es decir, el padre de Solar... lo abandonó cuando aún era muy pequeño.

Sodchuen arqueó una ceja, intrigada.

—¿Hm? ¿Cuando era niño, Solar se llamaba Sun?

—Así es —respondió Pranee.

—Ah... ¿y por qué cambió de nombre? —preguntó Jee, sorprendido.

—Fue el propio Solar quien quiso cambiarlo —explicó Pranee—. Creo que escuchó ese nombre en algún lugar y le gustó. Su madre ya no lo recuerda bien.

Mientras todos asentían, comprendiendo poco a poco, el taxi rosa que esperaba al frente hizo sonar la bocina, anunciando que era hora de partir.

—El auto ya llegó. Mamá se va yendo, ¿de acuerdo?

Pobmek, Jee y Sodchuen asintieron al mismo tiempo e hicieron un wai respetuoso.

—Sí, muchas gracias. Buen viaje, señora Pranee.

Pranee se dio la vuelta para subir al auto, pero se detuvo por un instante. Miró nuevamente a Pobmek, y una sonrisa suave y llena de cariño volvió a aparecer en su rostro.

—Pobmek... mamá cree que algún día Solar va a mejorar, con toda seguridad. No te rindas, hijo mío.

Las palabras de Pranee hicieron que Pobmek sintiera como si una mano cálida y reconfortante se posara sobre su hombro. Asintió con firmeza, y sus ojos se llenaron de esperanza.

—Sí, señora...

Pranee subió al auto y el taxi comenzó a alejarse lentamente. Jee y Sodchuen intercambiaron una mirada antes de que Jee apoyara suavemente la mano sobre el hombro de Pobmek, en un gesto silencioso de apoyo. A través del calor de ese contacto, Pobmek percibió toda la buena intención y el afecto de su amigo.

El reloj en la pared de la sala marcaba casi las diez de la noche. Pobmek regresó al apartamento con el cuerpo pesado, como si cargara el peso del mundo entero. Al entrar, vio a Sun sentado en medio de la sala, rodeado de cajas de cartón de distintos tamaños, revisando las cosas que Pranee había dejado allí poco antes.

—Déjame mirar solo un poquito. Esta vez no voy a romper nada —dijo Sun.

—Ni siquiera dije nada todavía —respondió Pobmek, soltando una risa baja. No había tenido tiempo de quejarse y el niño ya se había adelantado. Se acercó y se sentó a su lado.

—A ver... ¿con qué te gustaba jugar cuando eras pequeño? —Pobmek se inclinó para mirar dentro de la caja, curioso, y comenzó a ayudar a Sun a sacar las cosas.

Ambos revolvieron juntos el contenido de las cajas, pero la mayoría de lo que encontraron no eran juguetes infantiles. Eran objetos de la época de la secundaria y la universidad de Solar, cosas que Pranee había guardado a lo largo de los años.

—Esto no es un juguete... ¿y esto qué es? —comentó Sun cuando su mano encontró un CD antiguo. En la portada, escrito con letra cursiva, decía:

**“Cantado por mí mismo”.**

Eso hizo que el corazón de Pobmek diera un pequeño sobresalto. Recordaba perfectamente de qué se trataba y no pensó que ese CD aparecería allí.

—Vaya... ¿cómo llegó esto hasta aquí? —murmuró Pobmek para sí mismo, sorprendido.

—¿Es un CD de música? Tío, ponlo para que lo escuche, anda... por favor —pidió Sun, con los ojos brillantes de emoción, como si hubiera encontrado un tesoro valioso, aunque solo se tratara de un CD que Pobmek había grabado por diversión en la época de la secundaria.

Pobmek terminó cediendo al pedido sin oponer demasiada resistencia.

—Está bien, está bien... ya lo pongo —dijo.

Pobmek tomó los auriculares y los conectó al discman que estaba dentro de la caja. Con cuidado, se los colocó a Sun lentamente, mientras miraba el aparato en sus manos, perdido en recuerdos vagos de muchos años atrás.

*En el dormitorio estudiantil, pequeño y lleno de cosas desordenadas por todos lados, Pobmek ordenaba la habitación solo. Al levantar un CD, notó que había terminado cerca del cesto de basura, a punto de ser tirado. Alzó la mano, listo para arrojarlo, cuando de pronto la mano de alguien apareció de la nada y le quitó el CD con rapidez, como si estuviera protegiendo algo muy valioso.*

—“Cantado por mí mismo”... ¿y por qué ibas a tirarlo? —preguntó Solar, con un tono de absoluta incomprensión, mirando la portada del CD.

—Es solo una grabación tonta de mi voz cantando. Ni siquiera sé por qué guardé esto —respondió Pobmek, sin darle demasiada importancia. Para él, no era más que un CD que había grabado cantando por diversión durante las vacaciones.

*—Pero fuiste tú quien cantó. ¿De verdad lo vas a tirar? Yo quiero escucharlo —insistió Solar, haciendo un gesto suplicante, como un gatito pidiendo un juguete.*

*—Déjame escucharlo, anda... prometo que no me voy a burlar. En serio, ni un poco.*

*—Claro, los que se burlan siempre dicen eso. No, ya iba a tirarlo —Pobmek intentó recuperar el CD, pero Solar se apartó de inmediato.*

*—Oye... tal vez no sea casualidad que este CD siga aquí, ¿sabes? Si no fuera importante, ya lo habrías tirado hace mucho tiempo.*

*Ante esa observación tan directa, Pobmek terminó cediendo y dejó que Solar lo escuchara.*

*—Está bien, está bien... si quieres escucharlo, hazlo. Pero nada de burlarte.*

*—De acuerdo, lo prometo, Phi —respondió Solar con una sonrisa enorme, mostrando todos los dientes, claramente feliz. Luego colocó el CD en el discman y comenzó a escuchar con atención.*

*Pobmek se quedó observando a Solar sentado, concentrado en la música. Él se sentía tenso y avergonzado al oír su propia voz saliendo por los auriculares de Solar.*

*Pero, de repente, las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de Solar sin previo aviso. Bajaban por sus mejillas mientras seguía escuchando la música, sin detenerse.*

*—Solar... ¿qué pasa? —Pobmek entró en pánico, sin saber qué hacer. Nunca lo había visto así.*

*—No lo sé... cuando escucho tu música, las lágrimas simplemente salen solas —respondió Solar, limpiándose el rostro con el dorso de la mano, pero sin dejar de escuchar, incluso extrañado por su propia reacción.*

*Pobmek se sintió confundido por la escena, pero pensó que tal vez Solar solo estaba muy conmovido por la música que él había compuesto.*

*La melodía que salía del discman era suave, casi como si alguien arrullara a quien la escuchaba. No era un canto técnicamente perfecto, pero era una voz cargada de sentimientos mezclados, de emociones que parecían a punto de desbordarse.*

*Y entonces, las lágrimas de Sun comenzaron a caer sin aviso. Gotas transparentes recorrían sus mejillas mientras seguía escuchando la música, sin detenerse.*

*—Yo... ¿hay algo mal conmigo? —preguntó Pobmek, lleno de preocupación. Extendió la mano hacia Sun con duda, sin saber qué debía hacer en una situación así.*

*Pero Sun no respondió. Poco a poco, su cuerpo fue cediendo hasta que se inclinó lentamente y apoyó la cabeza en el hombro de Pobmek, con un cansancio que oprimía el pecho. Poco después, se quedó dormido.*

Pobmek permaneció inmóvil, sorprendido, sosteniendo el cuerpo de Sun entre sus brazos. Intentó despertarlo, llamándolo en voz baja, luego un poco más fuerte.

—Sun... Sun... Sun...

De repente, Sun despertó sobresaltado, haciendo que Pobmek se asustara tanto que dejó escapar un grito involuntario.

—¡Oye! Qué susto... ¿qué pasa ahora, Sun?

—Tú... eres tú... Solar.

La voz que salió no era la de un niño. Era Solar.

Pobmek se quedó congelado en ese mismo instante.

—¿Qué...?

Murmuró, completamente confundido. Bajó la mirada hacia el discman en su mano, que todavía reproducía la música, y luego volvió a mirar a Solar, tratando de entender qué estaba ocurriendo.

El tiempo pasó rápido y pronto ya era casi medianoche. Pobmek y Solar estaban sentados en la cama, con el notebook abierto en una videollamada con Sodchuen y Jee. Los dos, del otro lado de la pantalla, estaban visiblemente impactados después de escuchar toda la historia de lo que había ocurrido con Sun y Solar.

—Esto es como... Doraemon: el episodio del CD del sueño profundo —dijo Jee, con un tono incrédulo—.

—Pero hablando en serio... no es imposible. Tal vez tu música sea justo el detonante que haga que Sun vuelva a ser Solar más rápido.

Al oír eso, Pobmek se puso tan contento que parecía a punto de saltar por toda la habitación. Gritó, eufórico, como si acabara de ganar la lotería.

—¡Sí! ¡Por fin! ¡Encontramos una salida!

—Felicidades —comentó Sodchuen, con voz tranquila, aunque con un brillo evidente de entusiasmo en los ojos—.

—Pero ¿qué tipo de música es esa, al final? ¿Cómo que tiene efecto somnífero?

—Es la música que grabó en la secundaria —respondió Solar, sonriendo ampliamente antes de hacer un gesto de aprobación hacia su novio—.

—Es exactamente esa voz. Esperen, dejen que Pobmek la ponga en altavoz para que la escuchen.

Pobmek intentó abrir la tapa del discman, que ya estaba tan viejo que parecía a punto de desintegrarse. Forzaba de un lado, tiraba del otro, claramente luchando con el aparato, hasta que Sodchuen no aguantó más y se quejó:

—Por favor, ¿vamos a lograr escucharlo hoy o no?

—Ten paciencia, Sodchuen —respondió Pobmek, haciendo un gesto infantil—.

—Este aparato es demasiado viejo, abrirlo es un infier—

Antes de que terminara la frase, la tapa finalmente se abrió. Pero se abrió de más. La parte frontal del discman se desprendió por completo y el CD cayó al suelo, partiéndose en dos.

Todos en la videollamada quedaron en estado de shock absoluto.

—¡Maldición! —gritaron todos al mismo tiempo.

—¡Pobmek! ¿Qué hiciste? —gritó Sodchuen, perdiendo por completo la paciencia.

—¡Pobmek! ¿O sea que ahora voy a tener que volver a correr detrás de Sun otra vez? —gritó Jee enseguida, desesperado.

Los tres soltaron largos suspiros, completamente agotados. Pobmek solo se quedó ahí, abatido, asimilando su propio desastre. Al verlo así, Solar intentó calmar el ambiente.

—Bueno... pido disculpas por mi novio también... pero no pasa nada. Al menos ahora ya sabemos que la música es la clave, ¿no?

Solar miró a Pobmek con una expresión llena de cariño y ánimo. Pobmek asintió, algo desanimado. Sodchuen y Jee también estuvieron de acuerdo.

—Está bien... por hoy lo dejamos acá. Me estoy muriendo de sueño —dijo Sodchuen.

—De acuerdo, hasta mañana entonces —respondió Solar.

Sodchuen y Jee saludaron al mismo tiempo y cerraron la llamada, dejando a Pobmek y a Solar solos en la habitación. Pobmek, frustrado, se dejó caer sobre la cama como si no tuviera fuerzas.

—Qué fastidio... —se quejó, con tono lastimero—.

—Consuélame...

—Tengo que consolarte todo el tiempo... —murmuró Solar, fingiendo quejarse, antes de tirarse en la cama a su lado—.

—Tranquilo... lo vamos a resolver despacio. Paso a paso, ¿sí?

Solar le sonrió a Pobmek con el corazón lleno. Pobmek asintió, comprendiendo, y luego miró el reloj, dándose cuenta de que aún no había cambiado el día. Entonces preguntó, con un hilo de esperanza:

—Pero ya que todavía no cambió el día... ¿podemos seguir celebrando el aniversario de novios?

El profesor más bajo sonrió con timidez, con las mejillas levemente sonrojadas, y asintió suavemente. El profesor más alto mostró una sonrisa satisfecha y se inclinó hacia adelante. Sus labios tocaron los de Pobmek con suavidad, casi como una pluma. El primer beso fue delicado y lento, lleno de cuidado. Sus labios se presionaron con calma, saboreando la dulzura del otro, antes de que el beso se profundizara poco a poco, volviéndose más cercano, más íntimo, casi olvidándose del mundo a su alrededor.

Por un momento, parecieron fundirse el uno en el otro, llevados por la intensidad de las emociones que desbordaban. Pobmek empezó a entusiasmarse demasiado y su mano se deslizó hacia el interior de la camisa de Solar, sintiendo el calor de su piel. Pero Solar lo detuvo antes de que avanzara más.

—Oye... recuerda lo que acordamos. Vamos a esperar, ¿sí? Al menos hasta que yo mejore.

Pobmek se frustró tanto que parecía querer desaparecer. Enterró el rostro en el pecho de Solar, haciendo un gesto de protesta.

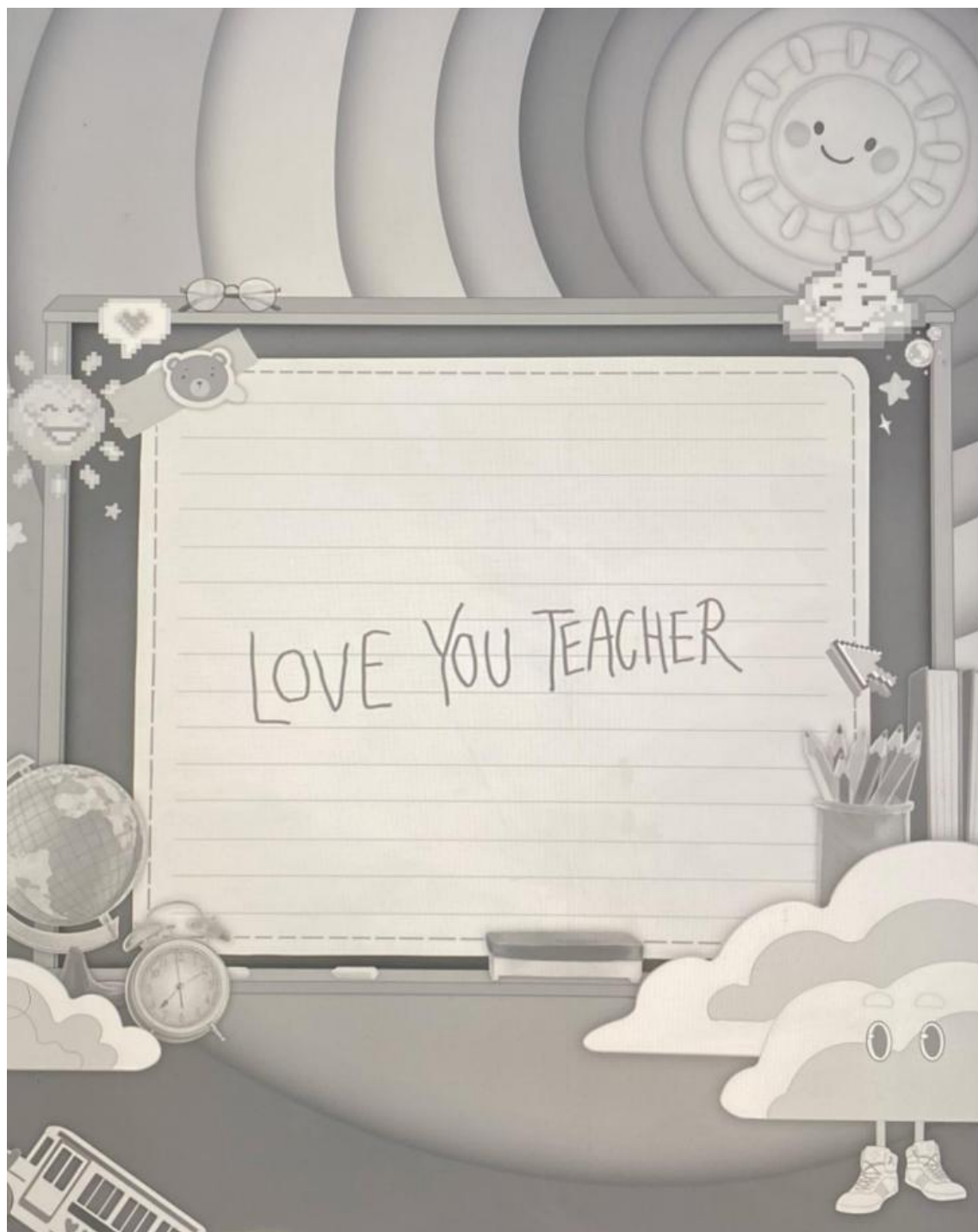
—Está bien... entonces esta noche, ¿puedo al menos dormir abrazándote toda la noche?

—Sí, claro —respondió Solar con una sonrisa dulce.

Pobmek se giró un poco y le dio otro beso a Solar. Después de eso, ambos se quedaron recostados, mirándose. Pobmek rodeó a Solar con los brazos y entrelazó su mano con la de él, completamente satisfecho.

En la noche del aniversario de novios, la luz suave de la lámpara iluminaba el viejo paraguas roto, con estampado de nubes, colgado en la pared de la sala.

Aunque aún no sabían cuándo Solar se recuperaría por completo... mientras sigan tomados de la mano, yo creo que el tiempo logrará curarlo todo.



## Capítulo 13

Hoy era un lunes caótico.

Sun estaba sentado en el gran sofá de cuero suave, justo en el centro de la sala de dirección, con una expresión completamente confundida en el rostro. Frente a él, Pobmek, Jee y Sodchuen estaban sentados en sillas alineadas, todos mirándolo fijamente.

Jee se apresuró a abrir el notebook y, enseguida, reprodujo un video. En la pantalla solo se veían las manos de alguien tocando una guitarra acústica, de manera lenta y suave. El ambiente en la sala se volvió silencioso, como si nadie se atreviera a respirar. Pobmek, Jee y Sodchuen observaban a Sun sin pestañear, con los ojos llenos de expectativa y tensión, como si estuvieran esperando el resultado del examen más importante de sus vidas.

Sun miraba a los tres profesores con una expresión de total incompreensión, como si estuviera frente a completos desconocidos. Luego bajó la vista hacia el notebook frente a él, sin entender todavía por qué tenía que escuchar ese sonido de guitarra.

Pero, de pronto, su cuerpo empezó a inclinarse levemente hacia un lado. Los párpados se le volvieron pesados, como si algo invisible presionara sus ojos, hasta que poco a poco se cerraron.

Todos esbozaron sonrisas enormes, llenas de alegría.

—¿Vieron? Se durmió —celebró Sodchuen.

—¡Eh! Todavía no me dormí —Sun abrió los ojos de repente, sonriendo satisfecho por haberles jugado una broma a los adultos.

Esa respuesta inesperada hizo que todos palidecieran al instante. Los tres profesores quedaron tan frustrados que parecían a punto de desplomarse. Suspiran al mismo tiempo, como si el aire se les hubiera ido de los pulmones. La decepción cayó sobre ellos con fuerza.

Sun observó la escena con extrañeza.

—¿Qué están tramando los tíos? ¿Por qué me hicieron escuchar sonido de guitarra?

Los tres profesores se miraron con nerviosismo, intentando decidir en silencio quién respondería. Pobmek soltó un suspiro cansado, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros, y le extendió un caramelo a Sun. Sun lo tomó, confundido.

—Anda. Vuelve al aula.

Pero al notar la actitud extraña de los tres, Sun se volvió aún más curioso. Le devolvió el caramelo a Pobmek.

—Pero quiero saber... dime. Yo pago por la información.

Pobmek tomó el caramelo de nuevo con una pequeña sonrisa ladeada. Ese niño le resultaba irritante... pero de una forma extrañamente adorable. Entonces decidió provocarlo un poco.

—Toma. Este es el pago para que no te cuente nada. Ahora ve, ya casi es hora de la clase.

Sun volvió a recibir el caramelo, claramente molesto. Salió de la sala arrastrando los pies, decepcionado. En cuanto se fue, los tres profesores se dejaron caer en el sofá, agotados, como si acabaran de correr una maratón.

—Creo que usar un video común de verdad no funciona —comentó Sodchuen—. ¿O será que deberías llevar el CD a arreglar a una tienda antes?

Jee tomó la bolsa plástica donde estaban guardados los restos del CD roto de Pobmek. Era una bolsa transparente, llena de fragmentos plateados de plástico quebrado, como si hubiera salido de un campo de batalla.

—En este estado... creo que ya está listo.

—¿Listo para arreglar? —preguntó Sodchuen.

—Listo para organizar el funeral del CD de la esperanza que acaba de abandonar este mundo —respondió Jee.

Las palabras de Jee hicieron que Pobmek palideciera. Soltó un suspiro pesado, como si hubiera exhalado su último aliento.

—En serio... estas cosas solo le pasan a los profesores...

Jee se acercó y le dio una palmada suave en el hombro, sonriendo para reconfortarlo.

—Tranquilo, no pierdas la esperanza todavía. Nos tienes a mí y a Sodchuen aquí, siempre listos para apoyarte.

Pobmek asintió, recuperando un poco de ánimo. Sodchuen se puso de pie, ahora con una expresión seria.

—Pero antes de cualquier cosa, vayamos de una vez a la reunión. Hoy tengo un asunto importante que comunicar a todos los profesores.

Sodchuen salió primero. Pobmek y Jee se miraron, confundidos, antes de levantarse apresuradamente para seguirla. Los tres salieron de la sala de dirección sin notar que Sun los observaba escondido en el pasillo. Sus ojos brillaban de curiosidad. Comenzó a seguirlos en silencio, como un agente secreto en plena misión.

Pobmek y Jee se sentaron uno al lado del otro en una mesa larga, rodeados por varios otros profesores. Ambos tenían expresiones aburridas, anticipando una reunión larga y cansada. Al frente de la sala había una gran pantalla blanca de proyección.

Entonces Sodchuen entró con el rostro serio. Tomó el control remoto y apagó las luces de la sala de inmediato. La claridad desapareció en un instante, dando paso a una penumbra incómoda. Todas las miradas se dirigieron hacia ella.

Sodchuen guardó silencio durante unos segundos antes de empezar a hablar con una voz ronca y aterradora, como si estuviera contando una historia de terror.

—Y entonces... el día llegó, ¿verdad? El día del año que nosotros, los profesores, menos deseamos que llegue...

Pobmek se inclinó y le susurró a Jee, confundido:

—¿Qué día es ese?

—¿Y cómo voy a saberlo yo? Tú llevas más tiempo aquí que yo. El que debería saberlo eres tú —respondió Jee en un susurro casi inaudible.

La respuesta no ayudó en absoluto a Pobmek. Sodchuen continuó, aumentando aún más la presión en su voz.

—Es el día de la presentación teatral en el aula... del área de inglés.

En cuanto Sodchuen terminó la frase, el proyector se encendió y mostró una diapositiva en la pantalla. En letras grandes se leía:

“Día de la presentación teatral en el aula”, acompañado de un aviso:

“No olvidar bajo ninguna circunstancia: grabar el video de la presentación de todos los niños. ¡Solicitud de los padres!”

Los profesores hicieron gestos de auténtico terror. Algunos llegaron a cubrirse el rostro con las manos, como si hubieran visto un fantasma. Otros incluso contuvieron la respiración por el miedo.

—Y el formato de este año sigue siendo el mismo —continuó Sodchuen—. Cada curso presenta en su propia aula. Pero la razón por la que los he llamado hoy es para pedir la opinión de cada profesor. Con el profesor Solar enfermo de esta manera... ¿cómo vamos a manejar al segundo grado, aula uno?

Pobmek, que escuchaba todo con atención, se sintió intrigado. No entendía por qué aquello se trataba con tanta gravedad, así que levantó la mano.

—¿No se puede cancelar?

La pregunta de Pobmek sobresaltó a todos los profesores de la sala. Algunos incluso se llevaron la mano al pecho. Sodchuen se apresuró a negarlo de inmediato.

—No. De ninguna manera. No voy a permitir que se repita una tragedia como la del año pasado.

—¿Tragedia...? ¿Qué tragedia fue esa? —preguntó Jee, realmente curioso y claramente interesado.

Sodchuen tragó saliva. Su rostro se llenó de un miedo que parecía profundamente grabado en su memoria.

Volviendo al año pasado...

Sodchuen caminaba por el pasillo de la escuela. Avanzaba animada, con una sonrisa amplia en el rostro, como alguien que acababa de recibir la mejor noticia de su vida. Saludaba a los demás profesores que pasaban, feliz, como si no existiera ninguna preocupación en el mundo.

Ese día, un año antes... debía haber sido solo otro día común para una mujer joven que acababa de asumir el cargo de directora.

Pero... simplemente olvidó por completo que tenía que organizar la presentación teatral en el aula.

Y así fue como ocurrió la tragedia.

En el instante en que Sodchuen llegó frente a su aula, se quedó paralizada al ver la escena ante ella. Los niños de primer grado, aula uno, estaban reunidos en protesta en el pasillo, como un verdadero motín infantil. Algunos estaban tendidos atravesados en el suelo, bloqueando el paso, como si estuvieran dispuestos a protestar hasta el final. Otros sostenían carteles con palabras mal escritas, pero con un mensaje muy claro:

“JUSTIK FOR SCHOOL PLAY! Devuelvan la obra de la escuela”.

“¡Amamos el teatro!”; llegaron a gritar algunos niños con tanta fuerza que Sodchuen sintió la vibración directamente en los oídos. Otros se habían pintado el cuerpo y habían esparcido pintura por las paredes frente al aula, convirtiéndolo todo en un caos absoluto.

Sodchuen se quedó allí, en estado de shock. No podía moverse, como si su cuerpo se hubiera endurecido, condenado a convertirse en piedra.

De vuelta en la sala de reuniones, en el presente, Pobmek y Jee estaban sentados completamente rígidos, como estatuas. Ambos tenían una expresión vacía, como si acabaran de escuchar lo más increíble de sus vidas. Sodchuen continuó explicando la importancia de la presentación con un tono aún más serio.

—Por eso, esta actividad no puede cancelarse bajo ninguna circunstancia. Especialmente la del segundo grado, aula uno. De lo contrario, corremos el riesgo de que padres y alumnos boicoteen la escuela y simplemente dejen de venir. Entonces... ¿alguien se ofrece como voluntario para encargarse de ese curso en lugar del profesor Solar?

Los profesores en la sala comenzaron a murmurar entre ellos. Nadie tuvo el valor de ofrecerse. Todos negaban con la cabeza, como si aquella tarea fuera una calamidad anunciada.

Al ver eso, Pobmek decidió levantar la mano sin dudar. Era como si algo dentro de él le estuviera diciendo que debía hacerlo.

—Entonces... yo puedo encargarme del curso de Solar en su lugar.

Las palabras de Pobmek dejaron a los profesores en silencio por un instante. La sala quedó tan quieta que parecía vacía. Un segundo después, estallaron carcajadas por todos lados, como si aquello fuera una broma. Jee, sentado junto a Pobmek, empezó a reír sin poder controlarse, al igual que Sodchuen.

—Profesor Pobmek, ¿ahora se volvió comediante o qué? —dijo ella, riendo.

—No es una broma, directora. Si es por el profesor Solar... no importa lo que sea, yo lo hago —respondió Pobmek, con la voz firme y llena de determinación.

A ella no le pareció nada gracioso.

Sodchuen miró a Pobmek con desconfianza e insistió, claramente preocupada:

—Profesor Pobmek... esto es serio. ¿De verdad cree que puede con eso? Según el cronograma, la presentación es ya el próximo jueves.

—Puedo hacerlo —respondió Pobmek con firmeza, sin dudar ni un segundo.

Sodchuen suspiró.

—Sinceramente... todavía no confío del todo. Me siento insegura. Así que hagamos esto: el profesor Jee va a ayudar al profesor Pobmek con esta tarea, ¿de acuerdo?

Jee hizo un saludo militar, animado, aceptando de inmediato. Parecía genuinamente entusiasmado por trabajar junto a su amigo.

—¡Trato hecho! ¡Déjelo en mis manos!

Pobmek leyó el cronograma con atención en la pantalla y habló con confianza:

—Está bien. Mientras los niños no elijan a Sun como director de la obra, todo va a ser tranquilo.

—¿Eh? ¿Y así Sun no se va a enojar? —preguntó Jee.

Pobmek sonrió de forma maliciosa.

—Para nada. Con darle un chupetín como soborno se queda callado. Sun es demasiado fácil de engañar.

Mientras los profesores continuaban la reunión, un niño estaba escondido detrás de una maceta. Sostenía apenas una rama para camuflarse, lo que no disimulaba absolutamente nada, pero aun así nadie lo notó.

Sun, el niño que estaba siendo mencionado, observaba a Pobmek con rabia. Una sonrisa perversa se fue dibujando lentamente en su rostro, como si algún plan estuviera empezando a tomar forma en su cabeza.

Crii... crii...

El sonido del marcador sobre el pizarrón blanco resonó por el aula, mientras un título en letras grandes comenzaba a escribirse:

“Votación para elegir al director de la obra”.

En el pizarrón solo había un nombre escrito: **Sun**.

Debajo, había varias marcas de conteo que el niño Miang, el delegado del curso, iba haciendo con toda concentración. Fue marcando los votos uno por uno hasta completar el número total de alumnos del aula. Cuando terminó, se dio vuelta hacia sus compañeros con una sonrisa orgullosa en el rostro.

—¡Entonces, el director de nuestra obra este año es Sun!

Apenas Miang anunció el resultado, los niños comenzaron a gritar de alegría. Algunos saltaban como monos después de recibir una banana, otros aplaudían con todas sus fuerzas.

Pobmek y Jee, que estaban al frente del aula, solo pudieron mirarse entre sí, completamente atónitos, con expresiones de quienes acababan de ver un fantasma.

Pobmek se giró lentamente hacia Sun, todavía en shock, y murmuró para sí mismo, incrédulo:

—Sun... ¿qué fue lo que hicimos...?

Sun abrió una sonrisa orgullosa, con la expresión de quien acababa de ganar un Premio Nobel hacía apenas unas horas.

Dentro del aula de 2.º A, el ambiente estaba caótico, como un mercado en día de feria. Los niños se amontonaban frente al pizarrón, cada uno hablando más fuerte que el otro, como un grupo de gorriones alborotados.

King estaba en medio del grupo, lleno de energía. Le habló a todo el curso en voz alta, como si estuviera dando un discurso importante:

—¡Gente! ¡Elíjanme como director! Podemos hacer una historia de Avengers, con peleas y todo, ¡va a ser genial!

Las palabras de King hicieron que los ojos de muchos chicos brillaran, y varios empezaron a asentir emocionados. Pero antes de que el entusiasmo se desbordara por completo, una voz fina y aguda interrumpió todo.

—Ugh, estos chicos... solo piensan en violencia. Yo creo que deberíamos hacer Blancanieves. Un clásico legendario.

—¿En serio, Elsa? ¿De qué época saliste? Blancanieves es viejísima —King hizo una mueca, como si hubiera mordido un limón.

Elsa levantó el mentón, toda orgullosa.

—Si fuera tan vieja, no la volverían a hacer en live action, ¿no? Avengers también tiene más de diez años. Igual de viejo.

Los niños empezaron a discutir en voz alta. La discusión fue subiendo de intensidad, como si una tercera guerra mundial estuviera a punto de estallar.

De repente, se escuchó un sonido de aplausos, repetidos. No era muy fuerte, pero fue suficiente para que todos dejaran de pelear y miraran hacia el origen del sonido. Sun estaba de pie, aplaudiendo.

—Yo creo que las ideas de King y de Elsa son buenas, las dos —dijo Sun, caminando hacia el centro del grupo.

Se detuvo entre King y Elsa y habló con un tono lleno de seguridad:

—Pero si queremos que quede todavía mejor, tienen que elegirme a mí como director.

Las palabras de Sun dejaron el aula en completo silencio. Todos lo miraron con curiosidad. Al notar la reacción, Sun sonrió y continuó, decidido:

—Porque vamos a hacer la historia de... Blancanieves y los Siete Vengadores.

Durante unos segundos, los niños quedaron en estado de shock. Luego empezaron a mirarse entre ellos y, de pronto, estallaron en expresiones de entusiasmo, esta vez llenas de admiración y emoción.

—¡Qué buena idea! ¿Cómo se te ocurrió eso, Sun? ¡Nuestro director!

Los niños siguieron celebrando, todos girándose animados hacia Sun y llamándolo “director” entre gritos emocionados. Sun sonreía por dentro; parecía que todo estaba saliendo exactamente como lo había planeado desde el principio.

En el presente, Pobmek se dio cuenta de que la situación no iba nada bien y se adelantó para intervenir, usando el tono más calmado y amable que pudo.

—Bueno, chicos... el profesor cree que quizá no sea tan adecuado dejar a Sun como director... porque él viene a la escuela día por medio, ¿verdad?

Las palabras de Pobmek no hicieron que los niños se rindieran en absoluto. King fue el primero en responder, lleno de seguridad.

—No hay problema, profesor. Somos profesionales. Ensayar día por medio está perfecto.

Aurora agregó de inmediato:

—Además, los compañeros del curso ya lo eligieron, ¿no?

La angustia empezó a apretar el pecho de Pobmek. Se sentía como alguien acorralado en una partida de ajedrez a punto de perder. Jee se acercó y le susurró en voz muy baja:

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No se puede. De ninguna manera puede ser el director.

—¿Pero crees que los niños van a aceptar eso?

Mientras Pobmek y Jee discutían con tensión, se sobresaltaron al volver a mirar hacia el aula. Todos los niños se habían tirado al suelo y sobre los pupitres al mismo tiempo, como si alguien hubiera dado la orden de iniciar una protesta colectiva. Algunos sostenían carteles con frases como “Sun es nuestro director” y “Justicia para Sun”.

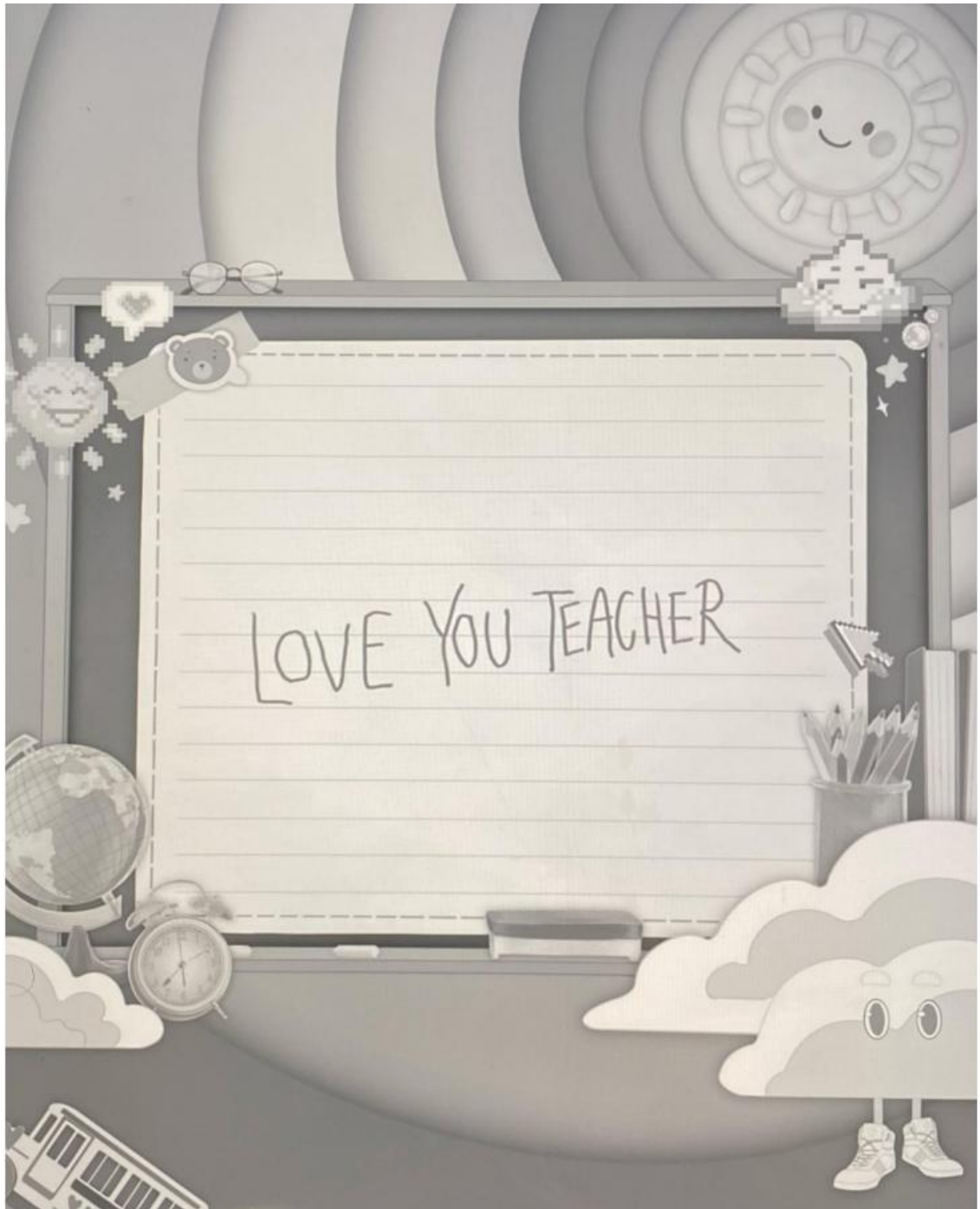
Solo Sun permanecía sentado, muy orgulloso, en su silla. Su rostro mostraba claramente una sonrisa de victoria.

Las voces de los niños repetían una y otra vez que Sun era el director, resonando por todo el salón. Pobmek solo pudo quedarse quieto, atónito, sin saber qué hacer. Sentía como si estuviera rodeado por un grupo de pequeños demonios, listos para lanzarse sobre él sin piedad.

Entonces Sun se levantó y caminó directamente hasta Pobmek, extendiéndole un chupetín.

—Tome, profe... el pago para que se quede callado. Voy a cumplir mi papel de director de la mejor manera posible.

Sun mostró una sonrisa maliciosa, llena de astucia. Pobmek se quedó allí, con un dolor de cabeza intenso, como si estuviera a punto de estallar. Cruzó la mirada con Sun, que sonreía ampliamente, orgulloso de sí mismo, en medio del estruendo de las protestas entusiastas del resto de los niños.



## Capítulo 14

El ambiente después del final de las clases estaba relativamente tranquilo. Pobmek caminaba por el pasillo, observando una a una las aulas. En varias de ellas veía a otros profesores guiando a los alumnos en los ensayos de las obras; todo parecía avanzar sin mayores problemas. Eso le dio un poco de alivio. Tal vez la situación no era tan grave como había imaginado.

Continuó caminando hasta detenerse frente al aula de segundo grado, grupo uno. La puerta estaba completamente cerrada, pero desde dentro se oían las voces agitadas de los niños. En ese momento, Jee abrió la puerta, sosteniendo una hoja grande de papel en las manos.

—¿Y bien, cómo va todo? —preguntó Pobmek.

Jee lo miró con una expresión cansada.

—Nada fuera de lo normal... los niños están ensayando la obra —respondió. Levantó un poco el papel que tenía en la mano—. Acabo de ir a buscar el briefing de la escenografía.

Pobmek intentó mantener el optimismo.

—Tal vez no esté tan mal como pensábamos, ¿no?

Jee negó con la cabeza, desanimado.

—Pobmek... yo suelo ser optimista, pero esto es lo que me entregaron.

Levantó el papel y se lo mostró claramente. Las palabras estaban distribuidas de manera caótica, como si algo hubiera explotado sobre la hoja. Cada letra parecía fuera de lugar, sin ningún tipo de organización. Pobmek volvió a sentir una presión pesada en el pecho. La esperanza que tenía se desvaneció en un instante.

—¿Tú crees que en esta vida vamos a lograr terminar este escenario? —preguntó Jee, con la voz apagada.

Pobmek soltó un suspiro bajo.

—Déjame encargarme de esto.

Abrió un poco la puerta del aula, pero antes siquiera de poder entrar por completo, la voz de Sun resonó desde el interior, como si estuviera dando una orden.

—¡Intruso!

De inmediato, Four y King lanzaron globos llenos de pintura témpera roja y verde directamente contra él. Los globos explotaron y la pintura fría y pegajosa se esparció por toda su ropa. Pobmek se sintió como si lo hubieran atacado con algo repugnante frente a todo el mundo.

— Oye!  Pero qué es esto?

—Ah,  era el profesor Pobmek? Pens  que era gente del salón de al lado que venía a robarnos las ideas —dijo Sun, perdiendo enseguida el interés en él. Luego se giró hacia sus compañeros, animado—. Vamos, chicos, sigan ensayando.

Sun y los demás niños continuaron con el ensayo, divirtiéndose, sin prestar la menor atención al estado de Pobmek.  l se sintió tan desanimado que casi tuvo ganas de irse a casa. Simplemente cerró la puerta y siguió caminando despacio por el pasillo.

Al ver el estado de su amigo, Jee esbozó una sonrisa incómoda, sintiéndose culpable.

—Lo siento... me olvid  de avisarte sobre eso...

Pobmek soltó un suspiro largo y pesado.

—Así como va esto, todo apunta a que la obra va a salir mal...

Mir  de reojo hacia el interior del aula y vio a Sun de pie, dirigiendo a sus compañeros con el rostro lleno de entusiasmo. Una mezcla de sentimientos invadió la mente de Pobmek. Al observarlo, termin  recordando un pasado extrañamente parecido.

*Pobmek, con el uniforme universitario y la camisa medio fuera del pantalón, estaba apoyado tranquilamente contra la pared del dormitorio. Dejaba que Solar hiciera aquello en lo que era bueno. Su compañero de cuarto sostenía el guion de la obra y recitaba las líneas con emoción, gesticulando y moviéndose por completo. Las expresiones y la mirada de Solar cambiaban según las emociones del personaje, como si se transformara en otra persona.*

*Pobmek no podía evitar admirar el talento de aquel amigo por quien guardaba sentimientos secretos.*

*—El hecho de que muestres tu devoción de forma tan respetuosa se debe a esto: los santos también tienen manos para que los peregrinos las toquen, y cuando palma con palma se encuentran, eso ya cuenta como un beso sagrado.*

*Al terminar la frase, Solar caminó hasta Pobmek y le tendió la mano. Pobmek puso una expresión confusa, sin saber cómo reaccionar. Nunca había ensayado teatro de una forma tan seria. Su cabeza parecía atravesada por cientos de signos de interrogación al mismo tiempo, hasta que bajó la mirada hacia el guion en sus manos y empezó a leer con vacilación.*

*—Y...  caso el santo no tendría labios como el peregrino también...?*

*Solar frunció ligeramente el ceño. Bajó la mano que había extendido y se rascó la cabeza, un poco frustrado.*

*—¿Quieres intentarlo de nuevo? Estás bastante perdido.*

*—No... basta ya con esto. ¿Qué me estás haciendo hacer, al final? No quiero seguir.*

*Pobmek soltó el guion que tenía en las manos, claramente irritado, y se dejó caer sentado en la cama, completamente desanimado. Simplemente no lograba entender por qué tenía que ensayar una escena romántica de ese tipo justamente con ese amigo.*

*—Vamos... considéralo como un favor para ayudarme —dijo Solar, intentando convencerlo—. Mi compañero de escena es de otra universidad y casi no puedo ensayar con él. Y para colmo, hoy es el día de la evaluación práctica.*

*—¿Y no hay otra escena? Algo como Romeo y Julieta solo sentados uno al lado del otro, mirando los pájaros, el paisaje... cualquier cosa así.*

*—Sí, hay otras, pero en el sorteo me tocó justo la escena del primer encuentro... por favor, ayúdame solo un poco más —insistió Solar, sentándose al borde de la cama con tono suplicante.*

*Pobmek miró a ese “gatito” que le rogaba, con una mezcla de cansancio y debilidad. Al final, terminó cediendo a la insistencia.*

*—Está bien, está bien...*

*—Eres el mejor compañero de cuarto del mundo. Entonces, ensayemos una vez más.*

*Solar y Pobmek se pusieron de pie y quedaron en lados opuestos del cuarto. Cada uno se concentró en silencio. Solar puso música instrumental en el celular. La melodía suave llenó el ambiente, mezclándose con el silencio. Con cuidado, Solar levantó la mano, como si estuviera dirigiendo la escena con precisión.*

*—Pónganse las máscaras, despacio...*

*Ambos tomaron las máscaras preparadas y se las colocaron en el rostro. Luego comenzaron a caminar en direcciones opuestas, siguiendo la música, que poco a poco se volvía más intensa.*

*—Ambos caminan observando el ambiente del baile... sin fijarse en nadie en particular... hasta que, poco a poco, sus miradas se cruzan...*

*Solar y Pobmek empezaron a caminar lentamente uno hacia el otro, como si una fuerza invisible los atrajera. Se miraron del mismo modo en que se mira algo que gusta, sin poder apartar la vista.*

*De una forma especial, Pobmek sintió como si una corriente recorriera todo su cuerpo. Era exactamente así cuando uno mira a alguien que le gusta.*

—Sus miradas se atraen, quedan atrapadas la una en la otra, como cuando contemplamos algo que nos fascina...

*Poco a poco, ambos extienden las manos y se tocan con delicadeza. Los dedos apenas se rozan, como si estuvieran danzando, y los cuerpos se acercan cada vez más, con los rostros peligrosamente próximos. Pobmek sintió como si el mundo entero se hubiera detenido. Su corazón latía desordenado, como si fuera a salirse del pecho. Estaba tan inmerso en ese momento que casi perdió por completo el control... estaba a un paso de besar a Solar de verdad.*

—Puedes girar el rostro también, no hace falta que se besen de verdad —dijo Solar.

—¿Y... si quisiera besarte de verdad?

—Oye... ¿tendrías el valor?

*Después de la pregunta de Solar, Pobmek se quedó en silencio. Los dos se miraron, inmóviles. Entonces Pobmek empezó a inclinarse lentamente hacia Solar, decidido a besarlo de verdad. Pero, antes de que ocurriera, sonó la notificación del celular de Solar.*

*Solar se apartó de inmediato y se quitó la máscara con prisa para mirar el teléfono. Pobmek, que estaba a solo unos centímetros de besarlo, se quedó paralizado.*

—Tengo que ir a la prueba ahora mismo —dijo Solar con apuro—. Ensayamos bastante hoy. De verdad, gracias.

*Solar tomó su mochila y salió corriendo del cuarto, dejando a Pobmek allí, solo. Él seguía completamente absorbido por lo que acababa de suceder. Llevó la punta de los dedos a sus propios labios, tocándolos con suavidad. La sensación aún estaba viva, clara, como si todo hubiera ocurrido apenas unos segundos antes.*

*Entonces notó la máscara que Solar había olvidado sobre la mesa. Pobmek la tomó rápidamente y salió corriendo tras él.*

*El ruido caótico de los universitarios ensayando sus diálogos llenaba el pequeño auditorio. Pobmek caminaba con calma entre la multitud, recorriendo el lugar con la mirada en busca de Solar. Hasta que, por fin, lo vio de pie, solo. En cuanto lo reconoció, se dirigió directamente hacia él.*

—¡Solar! ¿No olvidaste algo?

*Pobmek le extendió la máscara que tenía en la mano, un poco apresurado. Pero Solar solo negó suavemente con la cabeza.*

—Ah... gracias, pero creo que ya no la voy a usar.

—¿Por qué?

*La expresión de Solar se tensó, como si estuviera conteniéndolo todo por dentro. Miró la máscara en la mano de Pobmek con una mezcla de apego y frustración.*

*—Es que... mi compañero de escena se olvidó de que hoy tenía examen y se fue a un campamento fuera de la ciudad. Me quedé sin pareja para presentar...*

*La ansiedad cayó sobre el pecho de Pobmek como una piedra enorme. Su mente empezó a trabajar rápido, buscando una solución para ayudar a la persona que amaba. Miró a su alrededor, tratando de encontrar a alguien que pudiera reemplazarlo.*

*—Entonces voy a preguntar si hay alguien más que esté haciendo esta misma escena que tú...*

*Pobmek iba a alejarse, pero Solar lo sujetó del brazo antes. El contacto hizo que Pobmek se sintiera atrapado por algo firme, pero al mismo tiempo suave.*

*—Pobmek...*

*—¿Qué?*

*Solar lo miró con una seriedad que Pobmek nunca había visto antes. Nunca lo había visto de esa manera, y eso lo dejó completamente inmerso en el momento, incapaz de apartar la mirada de su amigo.*

*—Entonces, ¿por qué no vienes y eres mi pareja de ensayo de una vez?*

*Las palabras de Solar resonaron en los oídos de Pobmek como una explosión que sacudía todo el universo. Su mente quedó completamente en blanco, incapaz de procesar nada.*

*—Eh... ¿yo? ¿Yo mismo...?*

*Solar asintió y le dedicó una gran sonrisa, como si no acabara de decir nada fuera de lo normal. Pero para Pobmek, ese instante fue algo que cambiaría su vida para siempre. Permaneció inmóvil en el mismo lugar, como una estatua hechizada.*

*La luz suave de la mañana entraba al condominio por la gran ventana. El calendario indicaba que era martes. Pobmek estaba acurrucado en el sofá, con una expresión tensa. En la pantalla del portátil abierto frente a él estaba el plan de la presentación que había recibido en la reunión con los profesores y con la directora Sodchuen. Pero nada estaba saliendo como lo había imaginado. La ansiedad se enredaba en su pecho como una telaraña, cada vez más apretada.*

Poco después, Solar, que acababa de despertar, salió del cuarto todavía algo adormilado. Pero en cuanto vio a Pobmek con esa expresión de quien parecía cargar el peso del mundo sobre los hombros, caminó directo hacia él. Se inclinó y le dio un beso rápido en la mejilla, con total naturalidad, como si fuera un gesto cotidiano.

*—Esa cara tensa... ¿hay más problemas ahora o qué?*

—Es por lo de ayer. Ya empezaron a ensayar la obra en el salón... y Sun terminó convirtiéndose en el director.

—¿En serio? Vaya, ese Sun sí que es tremendo.

La risa de Solar no ayudó en nada a que Pobmek se sintiera mejor. Soltó un suspiro largo y pesado.

—Sí. Al principio había armado un plan con Jee para impedirlo, pero no sé de dónde sacó ese chico tanta motivación... ¿Crees que esto vaya a salir bien?

Al ver el estado de su novio, Solar sintió compasión. Sabía lo dedicado que era Pobmek y lo en serio que se tomaba todo. Solar tomó una hoja de papel que estaba sobre la mesa, hizo dos pequeños agujeros con los dedos y se la colocó en el rostro, improvisando una máscara sencilla.

—¿Te acuerdas de esto?

Pobmek miró la escena y terminó sonriendo suavemente.

—Sí, me acuerdo. Nunca lo olvidé.

—Entonces debes saberlo... tanto Sun como yo estamos completamente apasionados por el teatro.

Pobmek asintió con comprensión. Siempre había sabido que Solar tenía talento para la actuación desde pequeño.

—Relájate. Deja que los niños lo hagan a su manera. Tú solo observa desde lejos. Confía en Sun.

Las palabras de Solar fueron como agua fresca apagando poco a poco la ansiedad en el pecho de Pobmek. Empezó a sentirse un poco más tranquilo.

Solar añadió, con una sonrisa curiosa:

—La verdad... tengo mucha curiosidad por ver cómo será la obra dirigida por el director Sun.

Cuando llegó el miércoles, el ruido de los niños resonaba por toda la sala de clases. Estaban ensayando la obra con gran dedicación, y todo indicaba que aquel espectáculo era demasiado grande para ser solo una presentación de alumnos de primaria.

King, en el papel del villano Thanos, caminaba hacia Aurora con una expresión de dolor, acompañado por los demás villanos, que actuaban como si acabaran de ser atacados.

—Who... who are you...? (¿Quién... quién eres?)

Aurora se giró lentamente. En su mano llevaba un guante con siete papeles de colores del arcoíris, como si fueran las Infinity Stones (las Gemas del Infinito).

—I am... Snow White! (Yo soy... Blancanieves).

—¡Chasquea los dedos! —gritó Sun, dando la orden con una voz poderosa.

En el instante en que se dio la orden, Aurora chasqueó los dedos de la mano con la que llevaba el guante, con total seguridad. De inmediato, los villanos comenzaron a retorcerse como si estuvieran siendo electrocutados. Los gritos de dolor se propagaron por la sala, como si todos estuvieran al borde de la muerte.

El aula se convirtió en un caos total. Elsa, por su parte, observaba todo desde un rincón con una expresión enigmática, como si ocultara algún significado detrás de su mirada.

—¡Retuérzanse más! ¡Más! ¡Con todavía más fuerza!

Los niños obedecieron fielmente la dirección de Sun, agitándose como serpientes a punto de mudar la piel, hasta el punto de que algunos cayeron al suelo, moviéndose sin parar.

Pobmek, que observaba todo de pie, solo podía quedarse con la boca abierta, completamente impactado. La sensación era como si cientos de piedras hubieran caído del cielo directamente sobre su cabeza. Permaneció inmóvil, sin poder creer lo que estaba viendo.

El aire en el gimnasio estaba bastante caliente y sofocante en ese momento. Pobmek, que se había alejado de observar el ensayo de la obra, apenas llegó y ya quedó impactado por la escena frente a él. Jee estaba completamente concentrado en la construcción del escenario, con Sodchuen ayudándolo como asistente con total dedicación. El escenario que estaban montando era demasiado grande y grandioso para ser solo el decorado de una obra de alumnos de primaria.

—Vaya... ¿esto es el escenario de una obra infantil o del Rachadalai, al final?

—Menos mal que dijiste eso, ya me quedé un poco más tranquilo. Al principio estaba muerto de miedo de que no quedara bien.

—Que quede bien de verdad, por favor. Ya estoy cansada de tener que discutir con todos esos padres preguntando a dónde fue a parar el presupuesto de la escuela —se quejó Sodchuen.

Jee notó que Sodchuen estaba pintando el escenario, pero parecía no hacerlo como él quería, así que decidió intervenir:

— —Eh... directora Sodchuen, creo que así no queda bien. Permítame mostrarle cómo hacerlo.

Jee tomó el pincel de la mano de Sodchuen y le mostró cómo pintar, pero, mirándolo bien, era exactamente el mismo movimiento. Sodchuen lo observó con desconfianza.

—Pero... ¿no es la misma forma en que yo estaba pintando?

—No, no lo es. Tiene que ser a mi manera. Si no, el color no queda exactamente igual.

—Mire, yo vine a ayudarle a pintar y encima va a ser así de exigente. Yo soy la directora, ¿sabe?

—Entonces la directora también puede ir a descansar un poco. Yo termino de pintar solo.

Las palabras de Jee hicieron que Sodchuen se apartara de él de inmediato. Caminó hasta colocarse al lado de Pobmek, murmurando una queja en voz baja:

—¿De verdad hace falta que sea perfecto a este nivel? El escenario se va a usar la semana que viene, no el próximo año escolar.

Pobmek solo sonrió ante el perfeccionismo de Jee. Por dentro, pensó que probablemente eso era exactamente lo que hacía que Jee creara escenarios tan grandiosos.

En ese momento, Tinkerbelle y Four corrieron hacia Pobmek con expresiones de angustia. Ambos intercambiaron miradas inseguras, sin lograr decir nada.

—Tinkerbelle, Four... ¿qué pasa? —preguntó Pobmek.

Four dudó, sin saber cómo explicarlo. Entonces Tinkerbelle se inclinó y le susurró algo al oído. Four respiró hondo, reunió valor y dijo:

—Profesor Pobmek... Sun está peleando con Elsa.

—Eso mismo... Sun está peleando con Elsa —reforzó Tinkerbelle.

—¿Qué?!

La exclamación salió al mismo tiempo de ambos profesores, como un trueno a plena luz del día. Tanto Pobmek como Sodchuen abrieron los ojos con sorpresa. Pobmek, Sodchuen, Four y Tinkerbelle corrieron de inmediato de vuelta al aula. El corazón de Pobmek latía descompasado, como un tambor de guerra en medio del campo de batalla.

En cuanto abrieron la puerta del aula, Pobmek y Sodchuen se encontraron con una escena que hizo que el corazón se les cayera hasta el estómago. Sun estaba de pie frente a Elsa, que lloraba. Su cuerpo temblaba como una hoja sacudida por un viento fuerte. Esa imagen hizo que la ira se encendiera con fuerza dentro de Pobmek.

Avanzó y agarró el brazo de Sun con firmeza, el apretón de su mano parecía una tenaza de hierro a punto de aplastar huesos.

—¡Sun! ¿Qué estás haciendo con tu compañera? ¿Te metiste en problemas otra vez?

Sun permaneció en silencio, sin responder. Su rostro palideció como papel blanco. Levantó la mirada hacia Pobmek con los ojos llenos de miedo, como un gatito a punto de ser castigado por su dueño.

—Profesor Pobmek, cálmese... vamos a escuchar primero a los niños —dijo la directora interina.

Sun, en ese momento, parecía a punto de llorar por haber sido reprendido. Al verlo así, Pobmek soltó de inmediato su brazo. La rabia que antes hervía empezó a disiparse, dando paso a un pesado sentimiento de culpa.

—Niños, ¿qué fue lo que pasó aquí?

—Es que Elsa quería ser Blancanieves, pero Sun eligió primero a Aurora... entonces Elsa dijo que Aurora no era lo suficientemente bonita para ser la protagonista.

—Y entonces Sun dijo que Elsa tampoco era bonita... y Elsa terminó llorando —completó otro niño.

Cada palabra que salía de la boca de los niños era como un cuchillo cortando el corazón de Pobmek. Se giró para reprender a Sun una vez más, pero esta vez su voz salió mucho más baja.

—Siempre terminas metiéndote en problemas, ¿verdad...?

—La que empezó fue Elsa. ¿No escuchó, profesor? —respondió Sun, con resentimiento.

—Lo escuché. Pero dejaste que la situación empeorara. Tú eres el director, deberías hablar con tus compañeros con más cuidado, no hacer que alguien llore.

—Pero usted tampoco me habló bonito a mí.

Las palabras de Sun fueron como una aguja fina clavándose directamente en el corazón de Pobmek. Se quedó en silencio en ese momento, sin saber cómo defenderse. La frustración se apoderó de él. Para evitar que la situación se descontrolara aún más, tomó una decisión rápida.

—Está bien, niños. Como profesor responsable de esta presentación... el profesor va a retirar a Sun del cargo de director.

—¡Eres muy malo, tío! ¡Te odio más que a nada!

Sun salió del aula dominado por la rabia. Sodchuen lo siguió con la mirada, visiblemente preocupada, y luego se volvió hacia Pobmek, hablando con un tono inquieto:

—Profesor Pobmek... ¿de verdad va a hacer eso?

Pobmek guardó silencio. No le respondió a Sodchuen. Se quedó pensando en la pregunta, con el corazón pesado, como si una nube cargada se hubiera instalado dentro de él.

Poco después, se oyeron pasos firmes recorriendo el pasillo del departamento. Apenas llegó, Sun entró directamente a la habitación con una furia desbordada. Segundos después, la puerta volvió a abrirse y la almohada y la manta de Pobmek fueron arrojadas sin cuidado, cayendo al suelo de la sala. Sun regresó a la habitación y cerró la puerta con fuerza, como si quisiera aislarse por completo del mundo.

—¿Hasta cuándo vas a seguir haciendo berrinche? El que se equivocó fuiste tú —dijo Pobmek, caminando hasta la puerta del cuarto y golpeando.

No hubo respuesta desde dentro.

—Abre la puerta. Todavía ni siquiera me he bañado.

La puerta se abrió apenas un poco. Solo aparecieron unos ojos llenos de enojo. Una toalla fue lanzada al suelo, justo frente a la puerta. Luego, Sun cerró de nuevo rápidamente y volvió a trancarla.

Pobmek se sintió tan frustrado que soltó un suspiro profundo.

—Está bien. Quédate ahí enfadado entonces. Después tú mismo lo vas a pensar mejor.

Recogió la toalla del suelo, la miró y sintió un cansancio profundo. Luego dirigió la mirada hacia el fregadero de la cocina, pequeño y sucio, y negó con la cabeza, resignado.

—¿De verdad voy a tener que bañarme en el fregadero de la cocina ahora...?

รักคุณ  
แม่โลกเลย  
LOVE YOU TEACHER

## Capítulo 15

El calendario colgado junto al pilar metálico del gimnasio marcaba jueves, el día en que el cansancio ya se había acumulado hasta el límite. Pobmek estaba recostado, completamente estirado sobre el piso de goma azul oscuro y frío del gimnasio, con la cabeza apoyada en el regazo de Solar. El dolor latía en su mente como si una multitud de pequeños volcanes estuviera a punto de entrar en erupción. El leve alivio que llegaba desde las yemas de los dedos de Solar, que masajeaban sus sienes, era como un anestésico que apenas lograba calmar el dolor por un instante.

—Estoy agotado. Ya no aguanto más a Sun...

—Vaya, ¿existe algún día en el que no te quejes aunque sea un poco? —Solar pasó la mano por el cabello de Pobmek y luego la llevó a su nariz, oliendo con calma y mostrando una leve expresión de confusión—. ¿Qué te hiciste en la cabeza? Tiene un olor raro...

—¡Me lavé el cabello con detergente para platos! —Pobmek levantó un poco la cabeza. Sus ojos estaban tan cansados que parecían una llama débil, a punto de apagarse—. Ese Sun no es buena persona. Eso que me dijiste de mantener distancia... creo que no voy a poder hacerlo.

En ese momento, el celular de Solar comenzó a sonar. El timbre fuerte, con una canción pop de ritmo acelerado, sobresaltó a Pobmek, que casi dio un salto. Solar tomó el teléfono y atendió la llamada.

—Oye... préstame atención primero...

—Un segundo, está llamando la mamá de Aurora.

Solar se levantó y se alejó para atender en un rincón del salón. Pobmek dejó caer la cabeza nuevamente sobre el piso de goma. Su cuerpo estaba rígido, con una sensación pesada, como si estuviera siendo presionado contra el suelo por una masa de concreto.

Entonces se escuchó un ruido metálico agudo, parecido al de un contenedor de basura siendo golpeado y volcado, proveniente de detrás del escenario. Pobmek giró el rostro, desconfiado. Vio a Jee de pie, en medio de un desorden de equipos frente al escenario. El panel estaba pintado con imágenes de un bosque, una cabaña y un castillo que parecía demasiado grande, con un telón completamente negro al fondo. Jee manipulaba un conjunto de cuerdas de sisal marrón, enrolladas en varillas hechas con palitos de helado pegados con silicona caliente. Todo aquello resultaba extraño, como una telaraña creada por un ingeniero fuera de control.

—Jee, ¿qué estás haciendo ahí?

—Mira esto...

Jee tiró con cuidado de una de las cuerdas y el mecanismo ubicado arriba comenzó a funcionar. Varias hojas artificiales amarillas y marrones descendieron suavemente, como si fuera una danza lenta. Al accionar otra cuerda, confeti dorado con forma de estrellas cayó en cascada. Jee mostró su trabajo con el pecho erguido, lleno de orgullo.

—¿Y qué tal? ¿Quedó bien?

—Ay, por favor... ¿podrías simplificar este escenario y venir a ayudarme a cuidar a los niños?

—Puedo, claro. Pero déjame terminar el escenario primero. Solo necesito cuatro...

—¿Cuatro horas?

—Cuatro días.

Jee se dio la vuelta de inmediato y volvió a sumergirse entre el montón de cuerdas, visiblemente satisfecho. Pobmek se quedó completamente inmóvil, sintiéndose comprimido, como si lo hubieran aplastado hasta dejarlo como una hoja de papel arrugada. Solar, que ya había terminado la llamada, regresó caminando hacia él. Su expresión había cambiado; la preocupación se reflejaba claramente en sus ojos, como la sombra de una gran nube de tormenta.

—... la mamá de Aurora dijo que no está bien. Hoy no va a venir porque está enferma.

Pobmek se incorporó de inmediato. La sorpresa recorrió todo su cuerpo.

—¿Ves? Seguro que esto tiene que ver con el problema que armó Sun ayer.

—Relacionas todo demasiado rápido. ¿Desde cuándo una cosa tiene que ver con la otra?

—Solar soltó un suspiro lento, bajo pero cargado.

—Si mañana Aurora tampoco viene, voy a ir a su casa a visitarla.

—¿Qué? Espera... ¿pero mañana no te despiertas como Sun?

Solar guardó silencio. Apoyó el mentón en la mano derecha y comenzó a golpear suavemente la sien izquierda con los dedos, una y otra vez. Muchos pensamientos se cruzaban en su mente, como un laberinto de espejos donde encontrar una salida parecía tan difícil como buscar una llave diminuta en una habitación oscura y llena de cosas. Hasta que, de pronto, sus ojos se iluminaron levemente al tener una idea.

Esa noche, el silencio se adueñó de la sala del condominio. El único sonido era el trazo constante de la pluma sobre el papel y la luz amarilla y suave de la lámpara, que se extendía sobre los cuadernos escolares de los niños. Solar estaba sentado erguido en la mesa del comedor, con la mirada fija al frente, concentrado.

Frente a él se acumulaban pilas de cuadernos tan altas como pequeñas montañas. Alrededor de sus ojos se marcaban señales claras de cansancio, como sombras oscuras provocadas por el agotamiento extremo.

Pobmek entró al lugar con pasos suaves. En la mano llevaba una taza blanca de café, de la que aún salía vapor. El aroma intenso se expandía por el aire, funcionando como un remedio contra el cansancio, algo que Pobmek había preparado a propósito para mantener despierta la mente de Solar.

—Solar... ¿de verdad no vas a dormir? ¿Aguantas?

—Sí, aguanto —respondió Solar, levantando la mirada para encontrarse con la de Pobmek por un instante. Sus ojos brillaban con una determinación intensa—. Estoy preocupado por Aurora. Es solo esta noche, no pasa nada.

—Hm... está bien entonces. En ese caso, me quedo despierto contigo.

Pobmek se sentó despacio a su lado. Solar siguió concentrado en corregir los trabajos, como si estuviera cubierto por una armadura invisible hecha de pura determinación.

El silencio volvió a llenar el ambiente, un silencio suave y familiar. Pobmek observaba a Solar escribir y revisar sin detenerse, hasta que su paciencia se agotó de manera silenciosa.

Se acercó un poco más e inclinó la cabeza para dejar un beso ligero en la mejilla izquierda de Solar. El primero fue apenas un roce suave. Luego besó la mejilla derecha, esta vez con más calma, prolongando el gesto. Ese segundo beso parecía poner a prueba la concentración de Solar. Pobmek no daba señales de querer detenerse.

Solar no intentó impedirlo, pero preguntó con tono neutro, sin apartar la atención del papel, mientras la pluma seguía avanzando sobre las hojas:

—¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome de que no te duermas —respondió en voz baja—. Así te mantienes despierto todo el tiempo.

Lo dijo mientras seguía molestándolo de forma juguetona.

—¿Ah, sí? Porque siempre te veo quedarte dormido tú primero.

—No exageres. Hemos pasado la noche en vela varias veces —respondió el profesor más alto, con orgullo.

—Eso fue cuando estudiábamos, ¿no?

—Pero yo todavía estoy estudiando.

—¿Estudiando qué?

—La materia del amor.

El profesor más alto mostró una expresión traviesa; la comisura de su boca se curvó en una sonrisa insinuante, como un gato a punto de lanzarse sobre su presa.

El profesor más bajo rió. Su risa era ligera y suave, como el tintinear de un móvil de viento en una noche de luna llena.

—Ya estás demasiado viejo... ¿le copiaste esa frase a tu papá?

El profesor más alto solo sonrió, sin responder, y continuó acercándose a él sin detenerse. Sus manos comenzaron a deslizarse de forma provocadora por la espalda y los brazos, hasta que, finalmente, la firme determinación de Solar se vino abajo como un castillo de arena alcanzado por las olas.

No pudo resistir más y cerró el cuaderno de tareas, como si con ese gesto se diera permiso a sí mismo.

—Entonces... ¿de verdad quieres seguir con esto?

Pobmek sonrió de lado y arqueó una ceja.

—Pero tienes que prometer que no te vas a dormir.

Solar estiró el dedo meñique, largo y familiar, en un gesto clásico de promesa. Pobmek no entrelazó su dedo con el de él; en cambio, llevó el meñique de Solar hasta sus labios. El gesto inesperado hizo que Solar se sobresaltara y, al mismo tiempo, soltara una risa.

—¡Dije que había que entrelazar los dedos!

—Ya te dije que no me voy a dormir.

Los dos rieron en voz baja. Sus risas se mezclaron, creando el sonido más reconfortante de toda la noche. Pobmek se aferró al brazo de Solar y se apoyó completamente en él. Una sensación de calma se extendió por todo su cuerpo, como si se hubiera acurrucado en un refugio cálido y seguro. Poco a poco, el cansancio de ambos fue quedando opacado por esa pequeña felicidad compartida.

El calendario del celular, dejado junto a la cama, ya marcaba viernes. La luz del sol de la mañana atravesaba la cortina en finas franjas. Pobmek dormía profundamente, hundido en el colchón, como si su cuerpo se hubiera entregado por completo al descanso. Todo el agotamiento acumulado durante la semana se había disipado. Su cuerpo se sentía liviano, como algodón flotando en el aire.

De pronto, el tono del celular de Solar rompió el silencio del cuarto de manera abrupta, como una alarma que interrumpe un momento de paz.

Pobmek despertó sobresaltado. Parpadeó varias veces, intentando adaptarse a la claridad, y estiró la mano para tomar el celular que vibraba sobre el piso de madera. Al mirar la pantalla, vio que quien llamaba era la madre de Aurora. Una sensación de pánico le apretó el pecho de inmediato. Pobmek atendió rápidamente, como si temiera que cualquier demora pudiera ser demasiado grave.

—¿Hola, señora...?

Después de unos instantes, Pobmek salió del cuarto y caminó hasta la sala de estar. Su cuerpo, tras una noche de descanso completo, estaba revitalizado, como si se hubiera recargado al cien por ciento. Pero cuando sus ojos se dirigieron a la mesa de trabajo improvisada, se quedó paralizado.

Solar aún estaba sentado exactamente en el mismo lugar que la noche anterior. Las pilas de cuadernos de ejercicios seguían perfectamente alineadas sobre la mesa. Solar miraba aquellos cuadernos con una calma casi inquietante, inmóvil como una estatua de mármol esculpida. Su rostro era demasiado neutro, más inexpresivo de lo habitual.

—Me quedé dormido sin darme cuenta —dijo Pobmek, acercándose a él—. Pero ¿cómo es que tú no dormiste? ¿No sentiste nada de sueño?

Solar levantó el rostro y miró a Pobmek por un breve instante. Sus ojos parecían demasiado claros para alguien cansado, pero tan vacíos que era difícil adivinar qué pasaba por su mente. Solo inclinó ligeramente la cabeza en respuesta.

—Hace un momento llamó la mamá de Aurora —continuó Pobmek—. Dijo que ella va a faltar un día más porque sigue enferma.

Pobmek hizo una breve pausa, observando la expresión de Solar.

—Llamé a Sodchuen y le avisé que hoy llegaremos un poco más tarde a la escuela, porque antes pasaremos por la casa de Aurora.

Solar asintió en silencio. El movimiento fue lento, mecánico, casi sin emoción, como el gesto de un robot programado. Pobmek se quedó quieto por un segundo. Su rostro se llenó de duda y extrañeza. Esa sensación incómoda comenzó a expandirse dentro de él, como un pequeño gusano abriéndose paso dentro de una manzana. Algo no estaba bien con Solar esa mañana.

El sol del mediodía iluminaba la galería de la casa de Aurora, trayendo una sensación de calor suave y tranquilidad. Una mesa de madera oscura estaba colocada en el centro, rodeada por macetas con plantas.

Solar y Aurora estaban sentados uno frente al otro. Las piezas de ajedrez de madera tallada estaban dispuestas sobre el tablero; la partida ya había comenzado hacía un buen rato y cada pieza ocupaba su casilla con una estrategia cuidadosa. Pobmek permanecía de pie cerca de ellos, con los brazos cruzados, observando en silencio. La desconfianza

que había sentido hacia Solar por la mañana seguía firme en su pecho, como una sombra que no se alejaba.

—Aurora... ¿por qué no fuiste a la escuela estos últimos dos días? ¿Estás enferma? —preguntó Solar.

—Sí, profesor. No me estoy sintiendo bien —respondió ella.

Solar interrumpió el movimiento de la pieza que estaba a punto de jugar y la apoyó suavemente sobre la mesa. Un peso evidente cruzó su mirada antes de preguntar, en un tono más bajo:

—¿O no quisiste ir... porque peleaste con Elsa?

—No es eso, profesor —respondió Aurora. Su voz salió rápida y firme, tan directa como una flecha lanzada al aire.

—Entonces, ¿por qué no pareces enferma? —preguntó Pobmek.

Aurora guardó silencio. La sonrisa que antes iluminaba su rostro desapareció de inmediato. Un silencio pesado se apoderó del ambiente, como si el aire de la galería hubiera sido absorbido por completo.

Con cierta vacilación, tiró suavemente de la falda y dejó al descubierto sus piernas delgadas, señalándolas para que Solar y Pobmek pudieran ver. En su tobillo llevaba una inmovilización blanda, del color de la piel, cuidadosamente oculta bajo la media.

—En realidad... solo me caí y me torcí el pie —dijo, bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro—. Pero no quería que nadie lo supiera... que soy débil.

Al escuchar eso, Pobmek se quedó sin reacción. Las palabras se le atascaron en la garganta, como si una piedra pesada le impidiera hablar. Solar, en silencio, comenzó a retirar lentamente todas las piezas del tablero de ajedrez. Aurora lo observaba confundida, con los ojos llenos de preguntas, con una expresión de pura incertidumbre. Sobre el tablero solo quedaron varios peones y dos reinas, aún firmes, erguidas en medio de la partida.

—Pero todos tus amigos están esperando verte, Aurora.

—Yo también quiero ver a mis amigos... especialmente a Elsa —dijo ella, apretando los labios con frustración—.

—Pero primero necesito hacerme fuerte. Si no, no voy a soportar las palabras duras de Elsa.

—Entonces, ¿por qué ayer no le respondiste a Elsa? —preguntó Solar.

—Porque el hecho de que Elsa no haya sido elegida como protagonista... ya le duele bastante.

Aurora levantó el rostro y miró a Solar. Sus ojos estaban llenos de una compasión pura y sincera.

—No quiero lastimarla aún más.

Al oír eso, Pobmek asintió con un respeto genuino. Solar, por su parte, no logró ocultar su satisfacción; su rostro desbordaba orgullo.

—Así es como debe ser una verdadera protagonista. No fue por nada que te elegimos a ti.

La sorpresa fue inmediata. Tanto Pobmek como Aurora abrieron la boca, incapaces de reaccionar ante aquellas palabras.

—¿Qué...? —murmuraron casi al mismo tiempo.

—Claro. Fuimos nosotros quienes te elegimos como protagonista.

Aurora y Pobmek quedaron completamente inmóviles, rígidos, como si se hubieran transformado en piedra. Solo entonces comprendieron que quien estaba sentado frente a ellos no era el profesor Solar, sino Sun, disfrazado.

Aurora estalló en una risa ligera y cristalina, clara y delicada, semejante al sonido de una campanilla de vidrio. Pobmek, en cambio, continuó paralizado, mientras la confusión y la sorpresa lo golpeaban de lleno, todas al mismo tiempo.

—Profesor Pobmek, por favor, deje que Sun vuelva a dirigir la obra —pidió Aurora, girándose hacia Pobmek con una mirada suplicante—.

—Sun realmente se involucra con la actuación y es muy bueno en eso. Y con respecto a Elsa, él no hizo nada malo. Solo estaba protegiéndome —añadió, sonriendo con seguridad—.

—Prometo que mañana volveré a la escuela.

Al escucharla, Pobmek asintió con comprensión. La presión que había estado sintiendo se disipó en el aire. Sun parecía orgulloso de sí mismo; su rostro brillaba como el sol al mediodía.

—Si la propia protagonista lo está pidiendo de esa manera... entonces va a dejarme volver a dirigir, ¿verdad?

—B-bueno... está bien. Pero tienes que hacer un buen trabajo, ¿entendido?

—¡Claro! ¡Lo prometo!

Sun dibujó una sonrisa amplia, mostrando sus dientes blancos y bien alineados, y extendió el dedo meñique en señal de promesa. Pobmek rió, aliviado, y entrelazó su meñique con el de Sun, sellando el acuerdo.

El calendario colgado en la pared indicaba domingo, pero el aula de segundo año A estaba llena de vida. Sun se encontraba de pie frente a la clase, convirtiéndose en el

centro de una energía vibrante. Su cuerpo temblaba levemente de emoción mientras explicaba los detalles de la presentación a sus compañeros. Sus ojos brillaban de entusiasmo, como una llama encendida en la oscuridad.

Pobmek observaba desde lejos, cerca de la puerta del aula. La sensación de alivio del día anterior aún le entibiaba el pecho, como el vapor de una taza de café por la mañana. Sonrió suavemente al ver a Sun de regreso, haciendo aquello que tanto amaba.

Sun dejó que los compañeros ensayaran de acuerdo con los papeles que les habían sido asignados. Aurora, en el papel de Blancanieves, se veía hermosa y elegante; su rostro desbordaba frescura, como un girasol orientado hacia la luz del sol.

Elsa, en cambio, vestía un disfraz de árbol en tonos marrón oscuro y verde, y permanecía en un rincón del aula interpretando ese papel. Debía quedarse completamente inmóvil, sin ninguna línea de diálogo. Su mirada estaba fija en Aurora. La decepción consumía su rostro, deformándolo, pesada como si cargara el mundo sobre los hombros. Las lágrimas se acumulaban en el borde de sus ojos, temblando como gotas de rocío atrapadas en una telaraña, a punto de caer en cualquier momento.

Sun, que estaba inclinado leyendo el guion, reparó en Elsa casi por casualidad. La preocupación apareció de inmediato en su mirada, como un reflejo en un espejo resquebrajado. Interrumpió la dirección por un instante y la observó con expresión inquieta.

El calendario del gimnasio indicaba que era martes.

Sun y sus compañeros se habían trasladado allí para ensayar con el escenario real dentro del gran gimnasio. El olor denso de la madera contrachapada mezclado con un poco de polvo flotaba en el aire. Jee mostraba con orgullo el escenario casi terminado a los niños. El telón de fondo representaba un bosque cuidadosamente dibujado. Cuando Jee tiró de la cuerda de un mecanismo oculto, las hojas Hojas artificiales verdes y marrones cayeron suavemente, como una lluvia verde. Al accionar otro punto, confeti dorado y plateado salió disparado con rapidez, como la explosión de miles de estrellas.

Los niños dejaron escapar una exclamación de asombro al unísono, un sonido potente que resonó como una bocina dentro de un túnel. Estaban tan emocionados que temblaban, aplaudiendo con fuerza y produciendo un ruido intenso, semejante al de gotas de lluvia cayendo juntas sobre una lámina de metal.

Pobmek observaba desde lejos, con el corazón vibrando de entusiasmo.

Como si hubiera vuelto a ser un niño otra vez, esbozó una sonrisa amplia sin darse cuenta, al ver que el esfuerzo de los niños y del propio Sun estaba a punto de transformarse en algo hermoso y real.

El aula de segundo año A permanecía en silencio. Solo la luz dorada y suave del inicio de la mañana entraba por las ventanas.

Sun estaba de pie frente al pizarrón. Acababa de apoyar la lapicera tras terminar de escribir una frase importante. En el pizarrón se leía, cuidadosamente escrito:

## **“Día de la presentación de la obra en el aula”**

Las letras, levemente inclinadas hacia adelante, delataban la energía desbordante de quien las había escrito.

Sun se giró hacia Pobmek, que estaba sentado en una pequeña silla de madera de los alumnos. Pobmek no dejaba de bostezar; sus bostezos eran largos y pesados, semejantes al crujido de una casa antigua durante una noche de tormenta. Su cuerpo parecía blando, hundido en la silla, mientras el cansancio lo dominaba, dándole la sensación de que su cuerpo estaba hecho de ladrillos congelados.

—¡Por fin llegó el día de la verdadera presentación!

El rostro de Sun estaba cubierto por una sonrisa abierta y luminosa. Su entusiasmo se desbordaba como vapor escapando de una olla a presión.

—Sí... ya lo sé... —respondió Pobmek con la voz apagada, como si tuviera algo atascado en la garganta. Intentó mantener los ojos abiertos, pero los párpados pesaban como pequeñas placas de concreto.

—Oye, tío, ¿qué es eso? ¿Por qué no estás ni un poco animado? —Sun miró a Pobmek sin entender, levantando las cejas hasta formar casi un triángulo.

—¿Animado? Apenas puedo mantenerme despierto —exhaló Pobmek, completamente exhausto. Su mente funcionaba lenta y arrastrada, como si todo ocurriera en cámara lenta.

Como una computadora antigua que se congela, en ese preciso instante Jee entró corriendo al aula. Su llegada vino acompañada de una respiración agitada, corta y elevada, parecida al sonido de una vieja bomba de agua funcionando más allá de su límite. Su rostro estaba enrojecido y pequeñas gotas de sudor aparecían en la línea del cabello, como granos de arena húmedos.

—¡Pobmek! ¡Ocurrió un gran problema!

Pobmek miró a Jee sin comprender. La somnolencia se hizo pedazos ante su pánico, y sus sentidos despertaron de golpe, como si hubiera recibido una leve descarga eléctrica. Algo realmente serio había ocurrido.

Pobmek, Jee y Sun corrieron juntos por el edificio de la escuela, rompiendo el silencio hasta llegar a la puerta del gimnasio. Sus corazones latían con rapidez, como pequeños tambores de guerra. Jee fue el primero en abrir la puerta del gimnasio. Los tres se detuvieron de inmediato, como un automóvil que frena bruscamente.

Lo que vieron frente a ellos era una escena de destrucción aterradora. El escenario de la obra, al que Jee había dedicado varios días de trabajo, estaba ahora derrumbado, como un pastel que se desinfla. Las vigas de madera que lo sostenían se habían partido por la mitad, dejando al descubierto astillas afiladas. El telón de fondo, pintado como un bosque, estaba rasgado en largas hendiduras, como grandes heridas abiertas. Los objetos

de utilería estaban esparcidos por el suelo de manera lamentable, con confeti dorado y hojas artificiales amontonados, como los restos de un sueño que se había venido abajo.

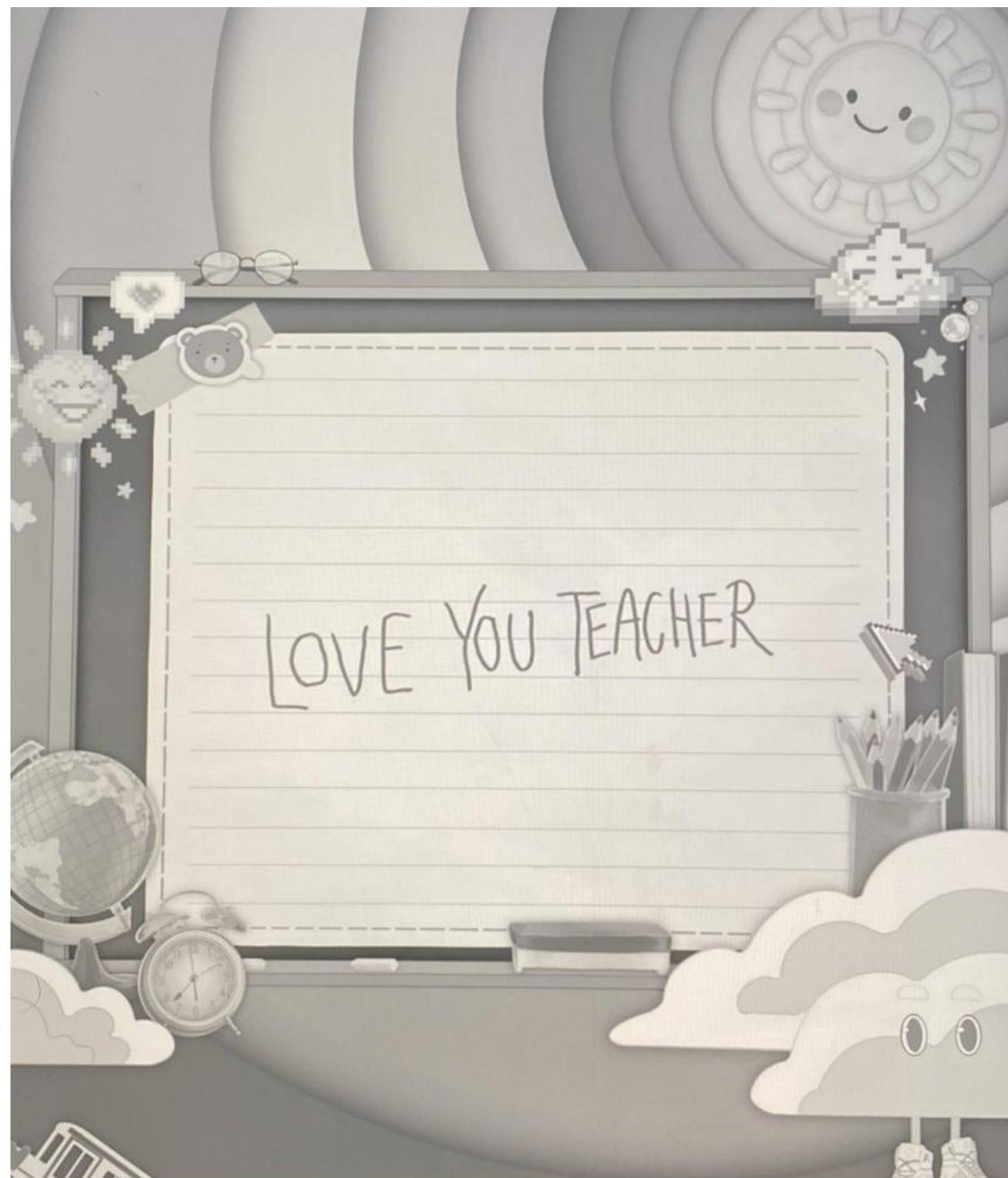
En el centro de toda aquella confusión, Sodchuen permanecía de pie. Su cuerpo rígido recordaba al de una estatua de piedra. La ira emanaba de ella como un vendaval a punto de formarse. Con las manos en la cintura, reprendía al empleado de la escuela con severidad, con una intensidad tal que parecía posible escuchar las palabras arder en el aire.

El conserje estaba inmóvil, encogido. Su rostro estaba pálido como el papel, y mantenía ambas manos fuertemente entrelazadas frente al cuerpo. Tenía la cabeza tan baja que el mentón casi tocaba el pecho. Su postura mezclaba miedo y rendición, como un pájaro con las alas cortadas.

Pobmek observaba todo aquello sin poder creer lo que veía. Un peso asfixiante cayó de pronto sobre su pecho, como si una enorme piedra lo aplastara. Su mente se detuvo por un instante, hasta que una frase escapó de sus labios, casi en un susurro:

—¿Qué es esto...?

รักครู  
เท่าโลกเลย  
LOVE YOU TEACHER



## Capítulo 16:

Claro, acá va **la traducción completa al español neutro**, sin quitar nada y manteniendo **todas las expresiones narrativas, comparaciones y onomatopeyas implícitas**. También conservo el corte final tal como está en el texto original:

---

Después de que la exclamación de Pobmek resonó, el conserje levantó las manos rápidamente en un **wai** de disculpa. El gesto era tembloroso y apresurado, como una rama sacudida por el viento frío. Se alejó de la escena de inmediato, con pasos rápidos y silenciosos, como una rata asustada que se esconde por una rendija en la pared.

Sodchuen se dio vuelta hacia los profesores y los niños, que permanecían paralizados entre los escombros. La decepción era evidente en su mirada, aunque estaba encubierta por el esfuerzo de mantener el control de la situación.

—P'Sodchuen... ¿qué fue lo que pasó aquí al final? —preguntó Pobmek.

—Ay... fue el conserje. Subió para arreglar una lámpara que estaba defectuosa, pero ocurrió un accidente. El andamio se cayó y destruyó completamente el escenario —explicó ella.

Su suspiro salió pesado y débil, como el último soplo de aire escapando de un neumático pinchado. La irritación parecía flotar a su alrededor.

—Entiendo que fue un accidente... pero pucha... el grupo pasó toda la semana armando el escenario, ¡y en un solo día todo fue destruido así!

Si querés, continúo con la próxima parte manteniendo exactamente este mismo patrón.

La voz de Jee salió ronca y cargada de resentimiento, como la de un niño que deja caer su juguete favorito sobre el suelo de concreto. El dolor de ver su propio trabajo destruido lo llevó a acercarse al escenario roto. Sus manos tocaron suavemente el borde de la madera partida, como si estuviera acariciando a un animal herido para reconfortarlo.

Pobmek y Sodchuen se dieron vuelta para mirar a Sun, que ahora permanecía inmóvil. Sus ojos estaban completamente quietos, sin ninguna expresión, como la superficie de un lago congelado por el frío intenso. Ninguno de los dos lograba imaginar qué estaba pasando por la mente del chico.

Sun caminó hasta la parte del escenario pintada de negro. El negro profundo había sido aplicado justamente en las zonas menos dañadas. Extendió la mano y tocó la pintura. La superficie era áspera y fría, y la sensación se infiltró en sus dedos.

—Profesor Pobmek, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Sodchuen.

Pobmek miró a Sun, que continuaba observando el escenario. La preocupación lo consumía, como si cientos de hormigas se movieran dentro de su estómago. Temía que la frustración dejara a Sun demasiado tenso y, por eso, intentó sugerir la opción más segura.

—Sun... ¿no será mejor posponer la presentación de la obra?

Sun no respondió. Continuó mirando la pintura negra en su mano. Luego, presionó la mano manchada contra la parte del escenario pintada de negro. Sus dedos

Prácticamente desaparecieron contra el fondo oscuro, de una manera sorprendente. Eso hizo que una idea surgiera de repente en su mente, clara e intensa.

Al instante siguiente, Sun salió corriendo. Su movimiento fue rápido y abrupto, como una flecha disparada desde un arco. Sin aviso, sin ninguna explicación.

—¡Eh, Sun! ¿A dónde vas?!

Tanto Pobmek como Sodchuen quedaron atónitos. Su confusión era pesada como una gran nube cargada. Antes de que pudieran pensarlo mejor, el instinto habló más fuerte, y ambos salieron corriendo detrás de Sun. El sonido de los pasos resonaba por el gimnasio en un ritmo apresurado.

Sun se adelantó y llegó al depósito detrás del gimnasio. Empujó la pesada puerta de madera, que se abrió con un estruendo, como la tapa de un baúl olvidado siendo forzada. El olor encerrado de polvo antiguo, madera podrida y papel envejecido se esparció de inmediato por el aire.

Sun no prestó atención a nada a su alrededor. Avanzó por el recinto y comenzó a hurgar frenéticamente en cajas de cartón apiladas casi hasta el techo. Sus manos pequeñas buscaban algo con rapidez, levantando un polvo gris y fino que se dispersaba como una niebla ligera.

Pobmek y Sodchuen entraron poco después al depósito. El cansancio hacía que sus pulmones ardieran y pesaran, como máquinas llevadas más allá de su límite. Observaban las acciones descontroladas de Sun con pura extrañeza.

—Sun, ¿qué estás haciendo?

Sun no respondió. Su rostro estaba serio y decidido, como el de un soldado buscando un arma esencial en medio del campo de batalla. Sus ojos recorrían rápidamente las estanterías llenas de objetos antiguos.

De repente, encontró lo que buscaba. Estaba escondido en un espacio estrecho, bajo una pila de lonas. Sun sacó de allí un gran balde de pintura negra. El recipiente de metal parecía pesado y helado al tacto. Dentro había una pintura negra densa, capaz de absorber toda la luz, como un pequeño agujero negro.

Sin dudar, Sun extendió el balde en dirección a Pobmek.

—Llevá esto de vuelta al profesor Jee por mí, por favor, tío.

Pobmek recibió el balde de pintura todavía confundido. Sus pensamientos se enredaban, desordenados como una telaraña atrapada entre las ramas, pero obedeció sin cuestionar. Sus hombros cedieron un poco bajo el peso del recipiente. Pobmek salió del depósito cargando la pintura, con pasos lentos y llenos de interrogantes. Sun volvió de inmediato a revolver el lugar en busca de más pintura, sin disminuir el ritmo.

En ese momento, Sodchuen, que estaba cerca, reparó en una guitarra antigua apoyada contra la pared. Era una guitarra acústica de madera descolorida, llena de rayones largos que delataban años de uso. Algunas cuerdas estaban rotas, colgando sueltas como hilos de vida frágiles. Sodchuen se acercó y tocó suavemente el mástil del instrumento. Una idea surgió de repente en su mente. Esbozó una pequeña sonrisa, a punto de decir algo, pero fue interrumpida por Sun.

—¿En qué estás viajando, tía? Llevá esto de vuelta por mí también, por favor.

La palabra «tía» golpeó de lleno a Sodchuen. La irritación le subió por la garganta como agua hirviendo a punto de desbordarse.

—¡Ey, soy la directora, ¿sabías?!

Sun la miró con indiferencia. Su rostro seguía calmado, demasiado serio para su edad, pero al final cedió un poco.

—Está bien... entonces ayudame, por favor, directora.

La educación mezclada con un leve tono provocador hizo que Sodchuen se relajara. La rabia se disipó rápidamente, como hielo deritiéndose con el calor.

—Está bien, está bien... yo lo llevo.

Sun agarró rápidamente otros dos o tres baldes de pintura negra para pintura corporal. Su agilidad era impresionante. Se dio vuelta y salió cargando los recipientes detrás de Pobmek.

Sodchuen hizo una mueca discreta antes de correr para ayudar a llevar los baldes restantes. Sus brazos se vieron obligados a trabajar contra su voluntad, pero su mente todavía hervía, estimulada por la idea que acababa de surgir.

Jee seguía de pie frente al escenario destruido. El sentimiento de apego y tristeza era denso, como el humo de incienso que permanece suspendido en un ritual de despedida. Se agachó y pasó la mano por la superficie del escenario cubierta de pintura negra. La pintura aún húmeda estaba fría al tacto, haciéndole sentir una punzada de desesperación frente a la ruina de su propio trabajo creativo.

De repente, Sun apareció corriendo por detrás. El silencio de su aproximación fue casi aterrador, como una sombra avanzando desde la oscuridad. Antes de que alguien pudiera reaccionar, Sun sumergió los dedos en el balde de pintura negra y los pasó rápidamente por la frente de Jee, sin ninguna vacilación. La marca negra e intensa

contrastó de inmediato con la piel clara de Jee, como un trazo de tinta china sobre papel blanco.

Jee quedó inmóvil. Sus ojos se abrieron de par en par por el impacto, como una lechuza alcanzada de frente por un haz de luz. Pobmek y Sodchuen, que acababan de llegar, mostraban expresiones igualmente confundidas.

—Ah... Sun... ¿qué estás haciendo? —preguntó Jee, atónito.

—Pintando —respondió Sun, observando su propio «trabajo» con satisfacción. Su rostro permanecía tranquilo, sin ninguna señal de culpa.

—Eso lo estoy viendo... pero ¿por qué? —insistió Jee.

Pobmek alternaba la mirada entre Sun y Jee. Su cerebro comenzaba a trabajar con dificultad, como una computadora cargando un programa pesado, tratando de entender qué estaba pasando.

La mirada de Pobmek iba y venía entre el rostro de Jee, manchado de pintura negra, y el escenario igualmente oscuro justo detrás, hasta volver a la imagen de la mano de Sun desapareciendo contra el fondo oscuro.

De repente, una luz se encendió en su mente, como una lámpara que se prende de manera abrupta. La comprensión llegó de golpe, desbordándose.

—¿Alguien puede conseguir un paño para limpiar el rostro del profesor Jee? —preguntó.

Antes de que Jee pudiera siquiera responder, Pobmek avanzó rápidamente, como un relámpago. Sumergió los dedos en el balde de pintura que llevaba y pasó la pintura por el otro lado del rostro de Jee. Las dos marcas negras, ahora simétricas, hacían que Jee pareciera alguien usando una máscara de teatro todavía inacabada.

—¿Eh, profesor Pobmek?! —la voz de Jee se elevó por la sorpresa, aguda como un silbato soplado con fuerza. Miró a Pobmek sin entender nada.

—Profesor Jee... usted haría cualquier cosa para que la presentación saliera de la mejor manera posible, ¿no es así? —la voz de Pobmek salió firme, cargada de seriedad.

—Lo haría... sí. Pero ¿por qué?

Pobmek giró el rostro hacia Sun. Las miradas de ambos se encontraron y compartieron un entendimiento profundo, como hilos invisibles que conectan a un comandante con su estrategia.

Pobmek asintió lentamente hacia Sun, en un gesto silencioso de acuerdo con el plan que estaba a punto de revelarse.

Frente al aula, en ese momento, un gran telón de fondo negro estaba erguido delante del pizarrón blanco. El escenario se veía pesado y opresivo, como un cielo nocturno sin

estrellas. En cambio, los escenarios más pequeños —el bosque, la cabaña y el castillo— que antes habían sido destruidos, habían sido reparados a las apuradas con cinta adhesiva gris y marrón. Las uniones burdas recordaban a heridas mal cosidas, delatando la urgencia y la improvisación del trabajo.

En un último intento por salvar la presentación, los niños del aula —que serían el público— se sentaron juntos en el suelo. Sus ojos brillaban como canicas de vidrio, llenos de expectativa por el espectáculo que estaba a punto de comenzar.

Pobmek permanecía de pie al fondo del aula. Armaba decenas de celulares sobre pequeños trípodes. Los dispositivos estaban alineados con cuidado, como un muro de ladrillos digitales, para asegurarse de que ningún ángulo se perdiera. Hablaba por teléfono con el último dispositivo, el rostro visiblemente cansado.

—Sí, señor... no voy a olvidar grabar el video de su hijo, puede quedarse tranquilo... sí... buenos días.

Pobmek colgó. El sonido suave del «bip» en el altavoz sonó como el final de una batalla. Después de ajustar el último celular, soltó un largo suspiro, sintiendo como si la mitad del aire hubiera salido de sus pulmones. Luego se dio vuelta para mirar a Sun, que esperaba al frente del aula, e hizo una señal indicando que todo estaba listo. Una leve sonrisa apareció en sus labios, como la primera luz de la mañana. Entonces gritó a los alumnos, con voz firme y confiada:

—¡Blancanieves y Los Siete Vengadores! ¡Listos... y... acción!

La obra comenzó con la escena del bosque. King caminó hasta el frente del aula sosteniendo el guion, que parecía demasiado grande para él. Leyó la introducción con cuidado, intentando que su voz sonara lo más grave posible:

“Once upon a time in a forest, there lived a kind and gentle girl named Snow White.”  
(Érase una vez, en un bosque, vivía una chica bondadosa y gentil llamada Blancanieves.)

Aurora apareció vestida como Blancanieves, con el traje azul y amarillo de fieltro. La ropa parecía elegante, aunque todavía tenía algunas marcas de arrugas. Avanzó con pasos suaves, intentando imitar gestos delicados, como si estuviera admirando a los pájaros y los árboles a su alrededor.

Mientras tanto, Jee apareció en escena. Estaba vestido completamente de negro —remera, pantalón e incluso las medias—. Su rostro había sido pintado con una pintura negra intensa, haciendo que sus ojos y su sonrisa resaltaran aún más. Jee comenzó a esparcir hojas secas alrededor de Aurora. Las hojas caían formando un círculo, como una lluvia de papel marrón.

Jee intentaba mezclarse con el fondo negro del escenario, como una sombra tratando de volver a fundirse con la oscuridad. Aunque todos todavía podían verlo, ese esfuerzo arrancó suspiros de admiración a los niños.

Los niños rieron al unísono. Las carcajadas sonaban claras y alegres, como campanillas de viento balanceándose al ritmo de la brisa. Con la buena reacción, Jee se animó todavía más; sus mejillas se sonrojaron y pasó a esparcir las hojas con aún más entusiasmo.

Un gran alivio subió al pecho de Pobmek, como burbujas de aire emergiendo desde el fondo de un lago hasta la superficie.

—Snow White was about to meet The Seven Avengers!  
(¡Blancanieves estaba a punto de encontrarse con Los Siete Vengadores!)

Los siete superhéroes, con trajes adaptados al estilo del 2.º grado A, aparecieron en escena para encontrarse con Blancanieves. Jee lanzó confeti dorado y plateado, creando un efecto grandioso, con destellos brillando por toda el aula. Los niños gritaron y vitorearon, liberando toda su emoción. Pobmek acompañaba todo con una sonrisa leve y relajada en el rostro.

Pero entonces su mirada fue atraída por el disfraz de árbol hecho de cartón verde, quieto y vacío en el escenario. Elsa no estaba allí dentro. Una sensación de inquietud lo golpeó de inmediato, como un escalofrío helado recorriéndole la espalda. Pobmek buscó a Elsa con urgencia, pero no la encontró. El sudor comenzó a brotar en su frente.

Rodeó el aula, pasando por detrás del grupo, hasta llegar cerca de Sun.

—Sun... ¿y Elsa? ¿A dónde fue? ¿No iba a hacer de árbol? —preguntó, con la voz cargada de preocupación.

Su voz salió baja, llena de incomodidad. Sun se dio vuelta y sonrió con orgullo —una sonrisa que ocultaba algún secreto—.

—No desapareció. Solo ajusté un poco el guion, tío.

Las cejas de Pobmek se fruncieron, como un nudo difícil de desatar. La confusión y la desconfianza inundaron su mente, pero Sun siguió sonriendo, satisfecho con su propia creación.

*Algunos días antes.*

*Después de que el ensayo de la obra terminó, la agitación en el aula fue disminuyendo, quedando solo el cansancio que flotaba en el aire como un vapor ligero después de la lluvia. Elsa estaba parada en el centro del aula, intentando quitarse el disfraz de árbol que llevaba puesto. El traje de cartón verde era pesado y torpe, como una armadura que la mantenía atrapada. Tiraba con dificultad de la parte del tronco, el rostro mostrando una leve señal de irritación, como una niña tratando de abrir un envoltorio demasiado bien cerrado.*

*Aurora se acercó para ayudarla. Las manos de Aurora tocaron el disfraz con delicadeza, suaves como pétalos de flor.*

*Sun no estaba dentro del aula. Observaba todo a la distancia, escondido del lado de afuera de la puerta. Su sombra se alargaba por el piso del pasillo, haciéndolo parecer un espectador de otro mundo.*

*—Aurora... perdón por haber dicho que no eras linda... —la voz de Elsa salió ronca y llena de arrepentimiento, casi un susurro. La culpa pesaba en su corazón como una piedrita atrapada dentro del zapato.*

*—Mmm... yo también siento mucho haber terminado siendo elegida como protagonista en tu lugar —respondió Aurora.*

*Las palabras de Aurora estaban llenas de empatía, pero también cargaban un peso, como si estuviera asumiendo expectativas que no le correspondían.*

*—No pasa nada... la culpa fue mía... —Elsa bajó la cabeza. Sus hombros cayeron, en un gesto de rendición frente a un destino frustrado.*

*—En realidad, las dos deberíamos ser protagonistas, ¿no? —Aurora levantó la mirada hacia el techo. El deseo en su voz era claro.*

*—Pero la historia solo puede tener una protagonista, ¿no?*

*Aurora asintió, todavía afligida. El movimiento fue lento, cansado, como la aguja de un reloj que avanza con dificultad. Sun, que escuchaba todo escondido, sintió que sus ojos cobraban vida otra vez. Una idea surgió de repente en su mente, clara e intensa, como un gran reflector encendiéndose. Había encontrado una salida en medio del conflicto.*

En el presente.

King estaba de pie frente al escenario. Su rostro pequeño mostraba una concentración total. Sosteniendo con firmeza el guion, continuó narrando con una voz que intentaba sonar solemne:

*—One day, the Seven Avengers gave Snow White some magic water. When she drank it, something amazing happened!*

*(Un día, los Siete Vengadores le dieron a Blancanieves un agua mágica. Cuando la bebió, ¡algo increíble ocurrió!)*

Aurora levantó un vaso plástico transparente y bebió. El agua “mágica” parecía cristalina. Tomó un sorbo con cuidado y entonces Jee lanzó al aire un polvo blanco muy fino. El polvo se dispersó formando una neblina ligera, como un velo de nubes delicadas reuniéndose de repente.

Aurora salió rápidamente de escena. La velocidad del cambio de vestuario sorprendía... rápida como el viento que pasa. En su lugar, Elsa entró en escena usando el mismo disfraz de Blancanieves que Aurora. Parecía aún más radiante que antes; la felicidad estaba claramente dibujada en su rostro. Al mismo tiempo, Jee roció un spray de aroma dulce. Las diminutas gotitas se esparcieron por el aire y alcanzaron el olfato; el olor era suave y agradable, como perfume de flores en primavera, envolviendo el ambiente con una sensación casi mágica.

—She changed into someone new!  
(¡Se transformó en alguien nuevo!)

Los niños en el aula soltaron un “¡guau!” agudo y entusiasmado, como si pequeñas ondas sonoras escaparan de sus gargantas. Aplaudieron con fuerza y sin parar, en un ruido parecido al de decenas de pájaros levantando vuelo al mismo tiempo. Todos estaban felices por finalmente ver a Elsa también como protagonista.

Al ver aquello, Pobmek se sintió conmovido por la creatividad de Sun. El peso que antes cargaba se volvió más liviano. Se dio vuelta para provocar a Sun, ahora con una sonrisa relajada.

—De la nada apareció un agua mágica así... ¿eso está bien de verdad? —dijo, con un tono entre broma y curiosidad.

Sun levantó el rostro para mirar a Pobmek. Sus ojos brillaban llenos de confianza, y su sonrisa abierta recordaba a un pequeño sol.

—No tiene que ser bueno. Si quienes actúan se divierten, quienes miran también se van a divertir.

Esas palabras golpearon de lleno los pensamientos de Pobmek. La confusión dio paso a una comprensión repentina. Todas las ideas en su mente se detuvieron, como un reloj cuyo mecanismo se interrumpe de golpe. Luego, recuerdos antiguos sobre la alegría simple de actuar invadieron su memoria, como una película vieja rebobinándose y reproduciéndose de nuevo a gran velocidad.

El ambiente de la prueba práctica estaba pesado y tenso, como el aire antes de una gran tormenta.

Pobmek y Solar estaban en esquinas opuestas del aula. Frente a ellos, compañeros del curso y profesores aguardaban atentos para presenciar la escena teatral de Solar. Pobmek parecía inquieto y ansioso; un sudor frío brotaba en sus palmas como rocío sobre la hierba al amanecer. La angustia le revolvía el estómago, como si todo estuviera fuera de lugar.

Solar le hizo una señal a Pobmek con una sonrisa firme, como un faro iluminando la noche oscura. Ambos comenzaron a caminar lentamente uno hacia el otro, cada uno sosteniendo su propia máscara, listos para comenzar.

Pero, dominado por la tensión, la mano de Pobmek empezó a temblar de forma incontrolable, como una rama sacudida por el viento frío. Sin darse cuenta, terminó rompiendo la máscara que sostenía. El sonido seco del chasquido resonó con claridad, como vidrio quebrándose de repente, en medio del silencio absoluto. La máscara se partió en dos y cayó al suelo, golpeando suavemente el piso de madera.

Pobmek quedó completamente paralizado. Sus ojos se abrieron de par en par, la boca quedó entreabierta y todos los pensamientos en su mente se detuvieron. Solar también se sobresaltó; su expresión cambió en una fracción de segundo.

Entonces, una sonrisa cálida apareció en su rostro, como la luz del sol de la mañana atravesando nubes cargadas. Con calma, se quitó la camisa blanca que llevaba encima, quedándose solo con la camiseta lisa de abajo. Solar llevó la camisa hasta Pobmek y se la colocó como si fuera una máscara.

—Listo. Tu máscara nueva.

Solar se acercó aún más. El aroma suave del tejido de la camisa llegó a la nariz de Pobmek mientras él, con cuidado, acomodaba la tela sobre su rostro. Pobmek permaneció inmóvil. La culpa y el pánico dieron paso a la sorpresa, antes de que preguntara, con preocupación...

—Amigo... perdón. Me quedé completamente bloqueado... ¿creés que voy a poder hacerlo bien? —la voz de Pobmek temblaba, como una cuerda de guitarra tocada suavemente.

—No tiene que ser bueno... si quien actúa se divierte, quien mira también se va a divertir.

Esas palabras se clavaron hondo en el corazón de Pobmek, como un clavo hundido con fuerza. Sintió una energía repentina apoderarse de él, como si se hubiera encendido de nuevo por dentro. Solar sonrió a Pobmek y se colocó su propia máscara. Luego hizo una señal al compañero encargado de la música, y el sonido comenzó a sonar. Solar y Pobmek dieron inicio a la presentación juntos.

Los movimientos de ambos encajaban con naturalidad, como la danza de dos mariposas. Cuando llegaron a la escena final, que requería un beso, realizaron un beso en ángulo oculto, con los cuerpos pegados uno al otro, casi sin espacio entre ellos. La escena arrancó aplausos y gritos entusiasmados de los compañeros del curso. Los silbidos resonaron agudos, como decenas de pitidos sonando al mismo tiempo. Ambos se separaron y quedaron de pie, esperando el regreso de los profesores.

—Solar, ¿quién es la persona que trajiste para actuar contigo? No reconozco su rostro.

—Es un amigo de fuera del curso, profesor.

—¿Solo un amigo?

—Solo un amigo, profesor.

La sonrisa de Solar se amplió, pero llevaba consigo una timidez contenida, como un pequeño secreto guardado en el pecho. Respondió de manera algo incómoda. Pobmek, en cambio, parecía un poco malhumorado. Su expresión se cerró levemente y una incomodidad comenzó a formarse en su pecho, como una nube oscura que empieza a reunirse.

—Está bien, está bien, un amigo entonces. Continuemos. Que pase el siguiente par.

Solar llevó a Pobmek a esconderse detrás de la cortina del escenario. La cortina de terciopelo rojo, gruesa y pesada, parecía un muro que los separaba del mundo exterior. Pobmek se apoyó suavemente en su hombro, abatido, como una flor marchita.

—Lo logramos pasar... sabía que no me equivocaba al llamarte para actuar conmigo — dijo el compañero de cuarto más bajo.

—Ajá...

—¿Eh? ¿Qué ocurre ahora?

—Nada... —respondió el compañero más alto, intentando mantener el rostro neutro.

—Nada nada, no digas eso. Esa cara de cachorro abandonado lo dice todo —Solar rió en voz baja.

—Es que... insististe tanto ante la profesora en que solo éramos amigos... —la voz de Pobmek salió cargada de tristeza, como un murmullo que no quería ser escuchado.

Solar lo entendió al instante. Su expresión se volvió seria y su mirada se suavizó. Pobmek intentó apartarse, pero Solar sujetó su mano antes. El apretón fue firme y cálido, transmitiéndole una sensación de seguridad.

—Espera, Pobmek...

Pobmek se giró para mirarlo, con los ojos llenos de preguntas.

—Hoy confié en ti... confié lo suficiente como para llamarte a actuar conmigo como mi amigo. De ahora en adelante... ¿podrás confiar tú también en mí?

—¿Eh? ¿Confiar en ti en qué? —la duda estalló en la mente del joven de expresión tensa, como una fuente brotando del suelo.

—Confiar en mí para... cuidarte. Como tu novio.

—¿Eh... novio...?

El corazón de Pobmek se aceleró, latiendo fuerte y desordenado, como un tambor golpeado sin control. Sus mejillas comenzaron a arder de inmediato, como si acabaran de rozar el fuego. Solar asintió en respuesta; el gesto fue firme y sincero.

Pobmek se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Una mezcla de euforia y vergüenza se expandía por su cuerpo, como decenas de mariposas agitadas batiendo las alas dentro de su pecho. El tiempo en la sala de pruebas pareció detenerse por completo, como si el universo hubiera quedado congelado. Todo a su alrededor se movía lentamente, hasta casi no percibirse el leve vaivén de la cortina detrás de ellos. El sonido del corazón de Pobmek martilleaba con fuerza, apagando cualquier otro ruido.

Solar se fue acercando poco a poco. Su mirada permaneció fija en la de Pobmek, sin desviarse. El calor de su respiración rozó su piel, haciéndolo sentir como si hubiera recibido una pequeña descarga eléctrica. La distancia entre sus labios se redujo lentamente, hasta que ambos se besaron detrás de la cortina del escenario, en un gesto intenso y, al mismo tiempo, delicado.

El primer contacto fue suave y provocador, como pétalos de rosa recién abiertos encontrándose con labios resecaos. El beso, firme pero lleno de cuidado, hizo que Pobmek sintiera como si todo su cuerpo se deshiciera en polvo. Todas las emociones se concentraron en ese único instante.

Antes de que la luz iluminara sus rostros, el haz del reflector proyectó sombras sobre la cortina. Y justo en el momento en que ambos estaban sumergidos en el punto más profundo de aquella intimidad, la cortina frontal del escenario se abrió de repente, sin previo aviso, con el sonido seco del tejido deslizándose.

Terminaron el beso con la dulzura aún presente en los labios. Al separarse, intercambiaron una mirada cargada de ternura. En ese silencio compartido había amor y comprensión, como si ambos hubieran alcanzado por fin un deseo guardado durante mucho tiempo.



Pero entonces se quedaron paralizados al darse cuenta de que todos los estaban mirando. La sala entera —incluidos los profesores— había visto a los dos besándose. Las expresiones de los docentes y de los universitarios quedaron congeladas en un gesto de sorpresa, seguidas por silbidos y reacciones contenidas que escaparon sin control. Pobmek y Solar miraron a su alrededor, avergonzados, con el rostro enrojecido hasta las orejas.

—Vaya, ¿no habían dicho que solo eran amigos? —preguntó un profesor, con un tono claramente demasiado animado.

—Hasta hace un momento solo éramos amigos... pero ahora... somos novios —respondió Solar, con una sonrisa llena de orgullo.

Los profesores y compañeros comenzaron a gritar y a celebrar. Las exclamaciones resonaron con fuerza, como una serie de fuegos artificiales estallando. Pobmek y Solar solo pudieron reír, apenados, intercambiando miradas en medio del alboroto.

Una música suave sonaba desde la computadora portátil. En ese momento, los niños de segundo grado A se amontonaban al fondo de la sala para ver la obra que acababa de terminar, junto al profesor Jee y la directora Sodchuen. Las pequeñas cabezas se juntaban apretadas, como un ramo armado a toda prisa. Los rostros estaban llenos de sonrisas y risitas.

Sun permanecía de pie al frente del aula, con el pecho erguido y una postura confiada. Su rostro reflejaba el orgullo de un capitán que acaba de conducir el barco de regreso al puerto sano y salvo. Sonreía feliz, con los ojos curvados como lunas crecientes.

Pobmek se acercó y le tendió una paleta envuelta en papel celofán de un rojo brillante.

—Hoy lo hiciste muy bien, señor director —dijo Pobmek, con una voz suave y amable, como terciopelo rozando la piel.

—¡Ah no, otra vez no una paleta! —Sun hizo un leve puchero; la decepción cruzó fugazmente por sus ojos, como la sombra de una nube deslizándose por el suelo. Apartó la paleta con suavidad, como si fuera una moneda sin valor.

—Está bien, está bien... entonces ¿qué quieres? Puedes pedir lo que sea. Consideremos esto una excepción —rió Pobmek con ligereza, sintiendo cómo el alivio se extendía por su interior.

—¿De verdad? ¿Vale cualquier cosa? —los ojos de Sun brillaron al instante.

—Entonces intenta pedir.

Sun pensó durante unos segundos. Su dedo índice golpeó suavemente su mentón, pensativo. Luego caminó hasta la mesa, tomó una hoja de papel para dibujar y comenzó a trazar líneas con rapidez. El sonido del lápiz deslizándose producía un “shhh, shhh” rítmico. Al terminar, le mostró el dibujo a Pobmek.

Era el mar al atardecer. El cielo estaba pintado en intensos tonos de naranja y rojo, como llamas incendiando el horizonte.

—Quiero ir a la playa, tío. ¿Puedes llevarme? Nunca he ido —la voz de Sun estaba llena de expectativa y entusiasmo, como el sonido de las olas golpeando la arena por primera vez.

Pobmek sonrió. Su sonrisa estaba cargada de cariño. Tomó la hoja y firmó debajo con un marcador azul. El trazo firme convirtió el papel en una promesa sellada con confianza.

—Está firmado. Te llevaré.

—¡Es en serio! ¡No puedes echarme atrás! —Sun estiró rápidamente el dedo meñique, con el rostro serio, como si estuviera cerrando un acuerdo de importancia mundial.

Pobmek asintió. Sun se iluminó por completo. La felicidad explotó dentro de él como una fuente en erupción. Corrió y abrazó a Pobmek con fuerza. El abrazo era apretado, como una enredadera envolviendo un árbol: pequeño, pero lleno de intensidad.

El amor dejó a Pobmek completamente sin reacción, como si hubiera recibido una leve descarga eléctrica. Pero enseguida la alegría brotó en su pecho, como burbujas de refresco subiendo a la superficie.

—¡Yeeeeeey! ¡Quiero al profesor más que a todo el mundo!

Pobmek se sorprendió cuando Sun lo abrazó de repente con tanta fuerza, pero terminó sonriendo. Alzó los brazos y devolvió el abrazo con cuidado y afecto.

“Antes creía que era yo quien tenía que enseñarle algo a Sun... pero al final, fui yo quien aprendió. Como dijo Solar: basta con mirarlo desde lejos y confiar en él.”

La luz anaranjada y suave de la lámpara iluminaba la oficina de la dirección. El ambiente estaba tranquilo y relajante, en total contraste con la agitación del mediodía.

Pobmek, Sodchuen y Jee celebraban el éxito preparando un pequeño fogón de shabu-shabu. El vapor caliente se elevaba de la olla, esparciendo el intenso aroma del caldo. Mientras tanto, Sun dormía profundamente en el sofá largo, con el cuerpo hundido entre los cojines como una muñeca abandonada tras un día agotador. Su respiración era lenta y tranquila, una señal clara de que estaba exhausto.

Jee seguía lidiando con sus propias manos. La pintura negra usada en la escenografía aún estaba adherida a su piel, como hollín en las manos de un soldado. Se frotaba una y otra vez con toallitas húmedas, sin rendirse, en un esfuerzo que ya empezaba a parecer inútil.

—Ay, profesor Jee, deje de limpiar eso. Dentro de poco ni siquiera podremos comer —dijo Sodchuen riendo, mientras tomaba rodajas de carne de cerdo con los palillos y las sumergía en el caldo.

—Sí... hablando en serio, Phi... al principio estaba un poco preocupado, con miedo de que la presentación no saliera bien, de que no quedara tan perfecta como lo habíamos planeado —soltó un suspiro suave. La preocupación que antes lo acompañaba ya se había disipado por completo.

—Pero cuando vi a los niños divirtiéndose, al final resultó bien... de otra manera.

Un calor suave se extendió por el pecho de Pobmek. Extendió la mano y apoyó con cuidado sobre el hombro de Jee. El contacto transmitía firmeza y sinceridad.

—Es porque pusiste a los niños por encima de tu propio trabajo. Nada más que eso.

—Vaya... ¿y ese modo de “buena persona dando lecciones morales” de dónde salió, señor Pobmek? —Jee estalló en carcajadas, una risa suelta y sinceramente relajada.

Pobmek hizo una mueca al ser objeto de la burla; su expresión se tensó de golpe, como una tela estirada con fuerza. Retiró la mano del hombro de Jee de inmediato, lo que provocó aún más risas.

—Ah, ya que hablamos de eso... cuando fui a ayudar a Sun a cargar las pinturas, encontré esto también —dijo Sodchuen, levantándose de la silla. Se acercó a la pared y tomó una guitarra antigua apoyada allí, para luego entregársela a Pobmek. El instrumento, de madera clara, tenía algunos rasguños y una fina capa de polvo, como un objeto antiguo olvidado en el fondo de la memoria.

Pobmek la recibió con expresión confusa. La duda se reflejó en su mirada.

—Intenta practicar con ella. Así puedes tocarle algo a Sun. Quién sabe, tal vez pueda reemplazar el CD que rompiste —dijo Sodchuen, sonriendo.

Pobmek sostuvo la guitarra y la observó con cautela. El peso en sus manos se sentía extraño, no por el instrumento en sí, sino por el peso de los recuerdos que despertaba.

Jee lo miró con curiosidad y preguntó:

—Oye, yo recuerdo que tocabas la guitarra muy bien, ¿no? Entonces, ¿por qué dejaste de tocar últimamente? Incluso pensé en invitarte a tocar conmigo uno de estos días.

Pobmek guardó silencio. La vacilación era evidente en su rostro. Apretó los labios, como si luchara contra palabras atrapadas en su garganta. No quería responder. Enfrentarse al pasado hacía que su pecho se encogiera, como si un gran peso oprimiera su corazón.

En ese momento, Solar despertó. Abrió los ojos lentamente, todavía somnoliento, como una cortina que se descorre con pereza.

—¿Eh...? ¿Todavía no se han ido? —preguntó con la voz ligeramente ronca.

—Aún no, Solar. Ven rápido, la olla ya está hirviendo —lo llamó la directora interina, invitándolo a reunirse con los demás en la mesa. Él caminó hasta allí todavía con señales de sueño, aunque intentando parecer más despierto.

—Entonces, ¿salió todo bien con la obra? ¿Se pudo salvar?

—Se salvó, y con creces. Sun lo hizo increíblemente bien —respondió Sodchuen.

—¿De verdad? —los ojos de Solar brillaron al instante. Se inclinó hacia Pobmek con una expresión completamente mimada—. Entonces... ¿no merece una recompensa?

Solar apoyó suavemente la cabeza en Pobmek. El gesto fue natural y afectuoso, como un gato pidiendo atención. La dulzura se esparció rápidamente por el ambiente, haciendo que Pobmek sintiera el rostro arder sin poder evitarlo.

—Oye... no... hay mucha gente aquí —murmuró, mezclando vergüenza y felicidad.

—¡Hazle cariño! ¡Bésalo ya! ¡Bésalo! —Sodchuen y Jee comenzaron a provocarlos al mismo tiempo, gritando al unísono.

Entre los gritos de aliento de ambos, Solar no se rendía con facilidad. Puso una expresión exageradamente suplicante, insistiendo en recibir su recompensa. Pobmek solo podía sentirse avergonzado y un poco alterado. Dentro de él, el amor y la timidez chocaban con fuerza.

Al final, se inclinó rápidamente y dio un beso breve en la mejilla de Solar. Los labios tocaron su piel apenas un instante, tan rápido como el salto de una rana huyendo del peligro.

—Ah, así no. De ese modo ni siquiera emociona —se quejó Sodchuen, con la decepción claramente reflejada en el rostro.

—¡Oigan, no! ¡Basta! Me da vergüenza —protestó Pobmek, con el rostro rojo hasta las orejas.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Besa bien! —volvieron los gritos, llenos de energía.

Con el ruido de la improvisada “barra” sonando como una batería completa tocando al mismo tiempo, Pobmek intentó escapar de la situación. Giró rápidamente y se lanzó directo al shabu-shabu. Sumergir la carne en la olla se convirtió en la única salida posible para lidiar con su timidez, mientras sus amigos continuaban provocándolo sin descanso.

Los intentos de Sodchuen y Jee por crear un “momento” terminaron convirtiéndose en un divertido caos. Los cuatro estallaron en carcajadas, contagiados por el ambiente ligero y feliz. Las risas se mezclaban, sonando como una música improvisada, cálida y natural.

Afuera, la luz de los faroles de la calle atravesaba la ventana del automóvil en franjas, creando figuras en movimiento sobre el asiento de tela. El sonido constante del motor acompañaba el ritmo de la respiración tranquila de Elsa.

La madre de Elsa observaba en su teléfono el video de la presentación de su hija junto a sus compañeros. La luz azulada de la pantalla iluminaba su rostro mientras miraba con atención.

Vio a su hija y a Aurora bailando, sonrientes, y una expresión de satisfacción fue apareciendo lentamente en su rostro.

—Me alegra saber que tú y Aurora se hayan reconciliado.

—Tenemos que agradecerle a Sun por eso —respondió la hija.

—¿Sun? ¿Aquel amigo que dijo que no eras bonita? ¿Cuál de todos, hija? —las cejas de la madre de Elsa se fruncieron ligeramente, reflejando su confusión.

Elsa no dudó. Avanzó el video en el teléfono con rapidez.

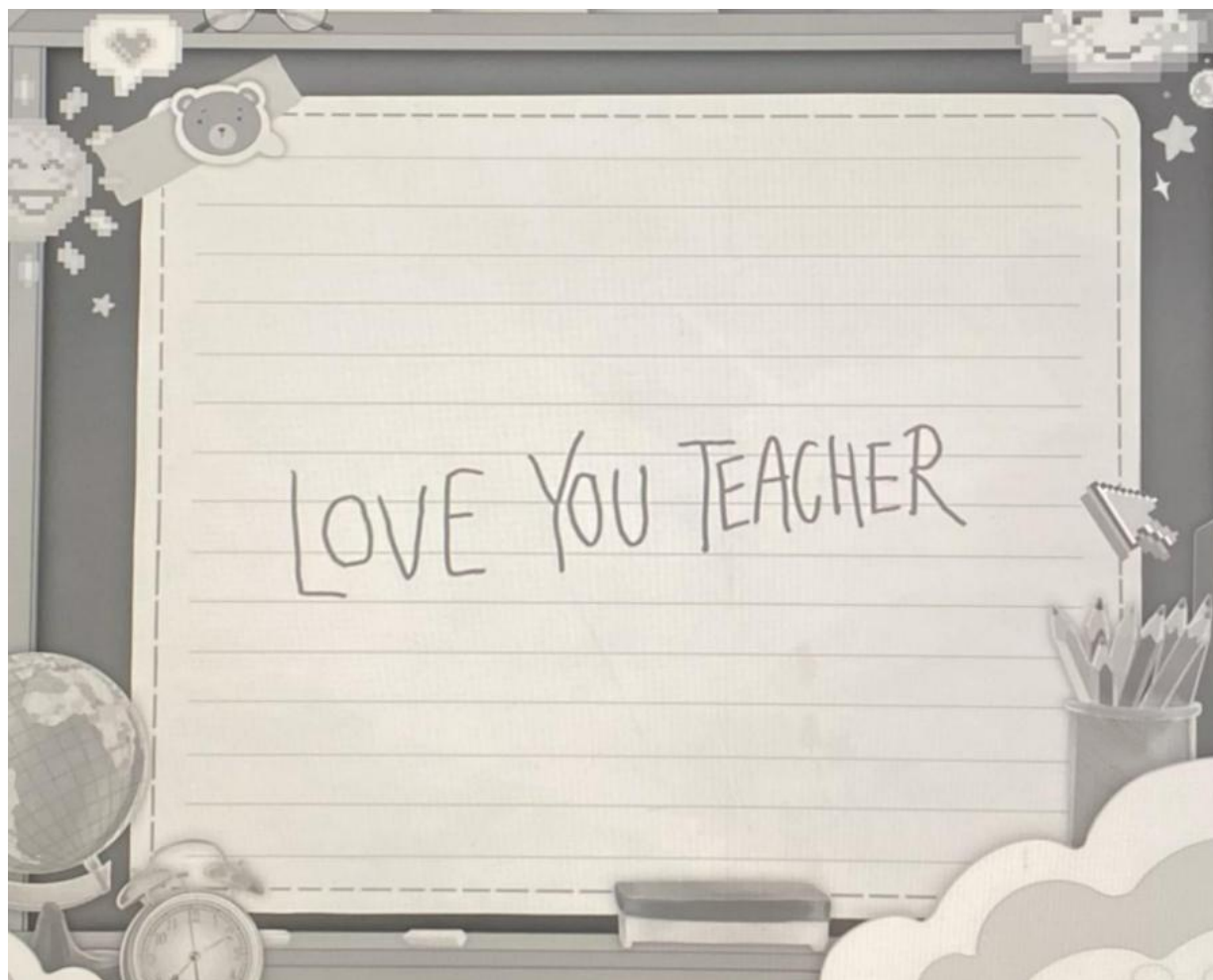
—Este —dijo, señalando con el dedo la imagen de Sun de pie, dirigiendo la obra frente al aula.

La madre de Elsa seguía sin comprender. Miraba la pantalla del teléfono sin parpadear.

—Espera... ¿ese no es el profesor Solar?

—No. Ese es Sun. No es el profesor Solar —respondió Elsa con firmeza.

La madre aún no lograba entender. Un torbellino de confusión se apoderó de su mente; oleadas de duda y preocupación golpeaban su corazón sin descanso, como si estuviera frente a un misterio oscuro, imposible de descifrar. Poco a poco, comenzó a sentir que había algo extraño en aquella escuela.



## Capítulo 17

La luz del sol de la mañana golpeaba las ventanas, formando rectángulos de sombra sobre el piso de madera. El ambiente en el aula del 2.º A estaba cargado de expectativa, como el aire antes de abrir una caja de regalos.

Los niños estaban sentados, tensos, inclinando el cuerpo hacia adelante, como robots programados para esperar. Al frente del aula, Solar permanecía de pie, sosteniendo unos papeles y leyendo. Las hojas blancas en sus manos parecían más valiosas que el oro. Su voz sonaba alta y clara.

—Y el resultado de la evaluación de la presentación de teatro en inglés...

Solar hizo una pausa para respirar. El silencio de ese segundo fue pesado, como un reloj que deja de funcionar.

—¡Nuestra clase... quedó en primer lugar!

La frase estalló con fuerza, como un disparo que anuncia el inicio de una carrera.

—¡Yeeeeey!

El grito de celebración resonó al unísono, fuerte y vibrante. La alegría explotó como un volcán en erupción. Los niños gritaban, aplaudían y chocaban las manos, produciendo un sonido parecido al de una lluvia intensa golpeando el techo. Solar sonrió junto a ellos. Sus ojos brillaban de orgullo, como un sol en su punto más alto.

—Hicieron un trabajo increíble. Por eso... el profesor tiene algo para darles.

Solar sacó de un sobre de papel marrón varias fotos ya reveladas. Estaban apiladas, con los bordes perfectamente alineados. Comenzó a repartirlas una por una.

—Mandé revelar estas fotos para que las guarden como recuerdo. Para que nunca olviden que un día hicimos algo divertido juntos.

Sus palabras funcionaron como un sello de memoria. Los niños se agruparon alrededor, buscando sus propias fotos y celebrando con entusiasmo. El ruido era intenso, como el de una feria llena de vida.

King buscó algo con la mirada y preguntó, confundido:

—¿Eh... no hay foto de Sun?

La pregunta hizo que la emoción se detuviera por un instante.

Al oír eso, Solar sonrió de manera traviesa. Su sonrisa parecía la de una zorra escondiendo un secreto. Sacó la última foto, que estaba oculta debajo de las demás, como un tesoro guardado bajo llave.

—Las fotos secretas tienen que salir al final, ¿no?

Todos los niños corrieron para ver. Pequeñas cabezas se apretaron unas contra otras.

Era una foto del grupo completo, con Sun en el centro. Aparecía rodeado de sus amigos, con el rostro lleno de felicidad. Los niños celebraron aún más. La alegría se desbordaba, como si fuera a escaparse del aula.

Pobmek y Jee observaban a Solar repartir las fotos desde afuera. La luz del sol iluminaba sus rostros, haciendo que la escena resultara acogedora. Ambos sonrieron sin darse cuenta. Pobmek parecía aliviado; sus hombros, antes tensos, por fin se relajaron, como un corredor después de cruzar la línea de meta.

—Si todo sigue así, creo que el caso de Sun ya no va a dar tantos dolores de cabeza —dijo Pobmek, soltando un largo suspiro, como el aire que escapa lentamente de un globo—. Incluso se puede estar más tranquilo.

—Sí... pero ¿y la guitarra? ¿Cómo va eso? ¿Ya empezaste a practicar? —preguntó Jee.

La pregunta golpeó a Pobmek de lleno, como una aguja tocando una herida antigua. Dudó. Su expresión cambió ligeramente. Jee se dio cuenta de inmediato de que la respuesta era no.

—¿Eh? ¿Todavía ni siquiera intentaste practicar? ¿Qué estás esperando? —el tono de Jee adquirió un leve matiz de reproche.

—Dar clases a los niños todo el día ya cansa bastante. Dame un poco de tiempo para descansar también —respondió Pobmek, exhausto.

Jee se puso las manos en la cintura.

—Justamente por eso tienes que practicar cuanto antes. Así resuelves esto de una vez y descansas después. ¿O quieres estar lidiando conmigo día sí, día no, para siempre?

Sus palabras eran firmes y llenas de lógica.

Pobmek guardó silencio. El silencio fue respuesta suficiente. Apartó la mirada. Un peso volvió a formarse dentro de él, como nubes de lluvia acumulándose.

—¿O quieres a alguien para practicar juntos? ¿Quieres que te ayude, que te acompañe? —ofreció Jee, con buena intención.

Pobmek hizo un leve gesto con la mano.

—No hace falta. No quiero molestarte. Luego encontraré un momento para practicar solo.

Su voz sonaba educada, pero cargada de terquedad.

—Está bien... hazlo como te parezca mejor. Pero intenta no tardar demasiado, ¿sí? —suspiró Jee, resignado.

—Porque en el grupo de padres en el que estoy, las madres ya empezaron a desconfiar de Sun. Si esto crece, se convierte en un problema para toda la escuela.

La advertencia sonó concreta y seria, como un reloj iniciando una cuenta regresiva.

—Lo sé... pero tenemos una directora interina en quien confío. Estoy seguro de que puede manejar esta situación —respondió Pobmek, con seguridad.

Su confianza era firme, como un pilar clavado en el suelo.

Un formulario blanco e impecable fue colocado sobre la mesa de roble pulida, frente a Sodchuen. El papel parecía inocente allí, como una nube blanca ocultando una tormenta.

Delante de ella había una madre quejándose. Mantenía una postura rígida, el rostro claramente insatisfecho, como quien presenta una exigencia definitiva.

—Mi hijo se ha estado quejando de que la comida de la escuela no es de su agrado. Me gustaría que la dirección resolviera esto.

La voz era seca y cortante, como el cierre rápido de unas tijeras.

—Claro, voy a revisar eso —respondió Sodchuen, forzando una sonrisa. El cansancio en sus ojos era imposible de ocultar.

Poco después, un profesor joven entró apresuradamente, cargando una enorme pila de documentos. Los dejó sobre el escritorio de Sodchuen. Los papeles formaron una pequeña torre que cubrió el formulario anterior. El sonido seco del golpe la hizo sobresaltarse.

—¿Podría revisar también los documentos de compra de material escolar? —pidió él, sudoroso y visiblemente apurado.

—Claro, revisaré eso también —respondió ella, respirando hondo para reunir fuerzas.

Minutos después, Sodchuen ya estaba hablando por teléfono con otro apoderado. Con una mano, tomaba notas en post-its. La presión del bolígrafo sobre el papel delataba la tensión. El teléfono estaba pegado a su oído.

—Si la escuela ni siquiera puede resolver esto, voy a transferir a mi hijo a otro colegio —dijo la voz del otro lado, afilada como una cuchilla.

—Sí, lo resolveré, no se preocupe —respondió ella.

Sodchuen colgó. El sonido seco del teléfono al apoyarse en la base marcó un límite. El cansancio la golpeó de golpe. Dejó caer los papeles sobre la pila, que ahora parecía una montaña a punto de derrumbarse.

Ya no pudo más. La presión llegó a su límite. Un grito fuerte escapó de su garganta, resonando en la oficina. Se sujetó la cabeza con fuerza, tirándose del cabello, el rostro retorcido por el agotamiento.

En la puerta, Pobmek y Jee observaban la escena, inmóviles, con expresiones mezcladas de shock y compasión. Pobmek arqueó las cejas. La duda de Jee no hacía más que crecer.

—Entonces... ¿sigues tan confiado? —preguntó Jee, con desconfianza.

Poco después, Pobmek y Jee ayudaron a Sodchuen a organizar toda la papelería. Sus manos se movían rápido, apilando y separando, hasta que la montaña de documentos se convirtió en un pequeño montón en una esquina del escritorio.

El ambiente se alivió un poco. Sodchuen se dejó caer en la silla giratoria. El cuero emitió un leve crujido cuando se recostó, exhausta, como un saco de arena abandonado en el suelo. Su mirada quedó vacía, distante.

—Uf... sobreviví a otro día más... —suspiró largo y profundo, como el vaivén del mar durante la noche.

—Usted trabaja demasiado... siempre carga con todo sola. ¿Nunca pensó en repartir un poco entre los demás? —dijo Jee, con un tono amable.

—Mire, profesor Jee, asumo estas cosas porque son mi responsabilidad. Si se las paso a otros, tampoco sería justo —respondió ella, con la voz ronca, áspera como lija. Su sentido del deber era firme, como una columna de piedra.

—Pero al menos, si necesita hablar o desahogarse... puede contar con nosotros —dijo Pobmek, con empatía, como agua fresca en un día de calor intenso.

Sodchuen se levantó de la silla de forma brusca. El movimiento fue tan repentino que su cuerpo reaccionó con una rigidez seca, como si las articulaciones protestaran tras horas de tensión.

—¡Ok! ¡Eso era justo lo que necesitaba! —sus ojos brillaron de inmediato.

---

Al comienzo del año lectivo.

Maximov, el director extranjero, cerró la pantalla de la notebook con un gesto tranquilo. Luego se dio la vuelta para hablar con Sodchuen, que permanecía de pie. Su postura era relajada, sin apuro. En la mano sostenía una maleta con ruedas, plateada y brillante, moderna, como si estuviera lista para ir a cualquier lugar del mundo.

—My spiritual journey is calling. (Mi viaje espiritual me está llamando). Piénsalo como... un retiro espiritual para mí —dijo, con un tono filosófico y sereno, aún más extraño viniendo de un extranjero hablando tailandés con tanta claridad.

Maximov tocó ligeramente el hombro de Sodchuen —un contacto rápido, superficial. Ella forzó una sonrisa. La expresión quedó torcida, como una máscara a punto de romperse. Por dentro, maldecía, con la rabia ardiéndole en el estómago.

“¿Life coach? Inspirador, sí... traducción simple: va a abandonar el trabajo por meses y dejarme todo encima.”

La voz en la cabeza de Sodchuen era ácida, corrosiva.

—Estoy seguro de que Miss Fresh va a crecer con esto —sonrió Maximov, con una ligereza casi irreal. Se colocó unos lentes de sol de cristal ahumado, que reflejaban la sala, y salió arrastrando la maleta. El sonido de las ruedas avanzando por el suelo acompañó su salida, marcando el ritmo de su partida.

Sodchuen se quedó mirando, con un sabor amargo en la boca, como el de una medicina difícil de tragar.

“¿Crecer? Que crezca otro... esto es pasarme la bomba sin ningún pudor.”

En el presente, Sodchuen aún desahogaba su enojo con Pobmek y Jee. Su rostro estaba enrojecido por la indignación. Toda la frustración acumulada salió de golpe, como agua rompiendo una represa.

—Me indigna. ¿Cómo alguien puede abandonar el trabajo de esa manera?

Pobmek frunció el ceño, intrigado.

—Pero ¿lo que hizo el director Maximov no es ilegal según las normas de contratación? ¿Cómo la administración central permite algo así?

Su pregunta era seria y completamente lógica.

—La propia administración central lo permitió. Es más... apostaría a que fue la señora Paeng quien lo aprobó.

Sodchuen habló con convicción, con la mirada cargada de irritación.

—¿Paeng... la misma de la que dijiste que es la “jefa máxima” de la administración central, rígida, que quiere todo a su manera y siempre maneja un doble estándar? —Pobmek remarcó “doble estándar” con cuidado, midiendo el tono.

—¡Más que doble! ¡Diez veces peor! —exclamó Sodchuen, gesticulando con enojo y golpeando suavemente la mesa, como para dejar claro su punto.

—Ay, qué alegría... están hablando de mí.

La voz apareció de la nada. Era suave, pero helada, como el tintinear de vidrio en una sala vacía.

Pobmek, Jee y Sodchuen se giraron hacia la puerta al mismo tiempo. Allí estaba Paeng, representante de la administración central, de pie, observando.

Llenaba el marco de la puerta con su presencia. Vestía un traje femenino de *quiet luxury*, aunque sus accesorios gritaban “soy muy rica”: metales y joyas brillaban en sus dedos y orejas. Su sonrisa era elegante, cargada de autoridad.

—Señora Paeng... —la voz de Sodchuen salió casi en un susurro. El impacto le trabó las palabras en la garganta.

—Cuánto tiempo, directora Sodchuen... es decir... directora interina Sodchuen — Paeng enfatizó “interina” con claridad. Su voz era dulce, pero venenosa, como azúcar cubriendo una picadura.

Paeng sonrió. Sodchuen, en cambio, palideció. Su rostro parecía papel mojado, tan blanco que se marcaban las venas. El miedo le oprimió el corazón, como garras cerrándose.

El tiempo avanzó lentamente, como arena espesa deslizándose en un reloj de arena.

Solar, que acababa de terminar una clase, pasó frente a la oficina de la directora. Caminaba con ligereza y parecía de buen ánimo. Entonces vio a Pobmek y Jee pegados a la pared, espiando algo.

Ambos se veían extraños, tensos, como perros de caza observando a su presa. Solar se acercó y preguntó, curioso:

—¿Qué están haciendo ahí, escondidos?

—Es Paeng... apareció en la escuela sin avisar —susurró Pobmek, con los ojos llenos de preocupación.

—¿¡Qué!/? ¿Esa representante de la administración?

Pobmek le tapó la boca de inmediato para que no hiciera ruido. El gesto firme hizo que Solar callara al instante. Luego se unió a ellos para “ver” lo que estaba pasando. Tres cabezas juntas, una sobre otra, como un racimo de uvas.

Vieron que, dentro de la oficina, Sodchuen le estaba sirviendo té a Paeng. Un vapor suave se elevaba desde la taza. El ambiente estaba al límite. El silencio caía como una cortina de terciopelo negro, cubriéndolo todo.

—No necesita preocuparse, señora Paeng. Mientras estoy a cargo como interina, envío correos de actualización al director Maximov todo el tiempo —dijo Sodchuen, intentando sonar firme, aunque la inquietud se le escapaba.

—Lo sé. Pero hoy vine porque hay un punto... interesante... que quiero observar de cerca —respondió Paeng con una sonrisa fría. Sus palabras eran tranquilas, pero ejercían presión.

Sodchuen frunció el ceño, confundida. Paeng abrió una imagen en su celular. La luz azulada de la pantalla iluminó el rostro de Sodchuen: era un video de la presentación, donde aparecía Sun.

—Este profesor es el profesor Solar, ¿verdad? —Paeng levantó un poco el teléfono, observando la reacción de Sodchuen.

Sodchuen se quedó rígida, como una estatua.

—S-sí... ¿por qué? —su voz tembló sin poder evitarlo.

—Algunos padres se pusieron en contacto. Dijeron que ese profesor se comporta como un niño, que lo justifica diciendo que es “interpretación”, y que además habla de forma inapropiada con los alumnos... Me parece un punto muy interesante.

Las palabras de Paeng estaban cargadas de juicio, como un veredicto sin derecho a defensa.

Al oír eso, Solar, Pobmek y Jee se escondieron de inmediato. Fue rápido y perfectamente sincronizado, como tres animales encogiéndose entre la maleza.

—¿Y dónde se encuentra ahora el profesor Solar? Me gustaría hablar con él —su voz sonó cordial, pero era imposible negarse.

Las piernas de Sodchuen comenzaron a temblar ligeramente.

—Ah... hoy por la tarde él tiene un horario libre. Pidió autorización para resolver un asunto personal...

Sodchuen habló más rápido; el sudor apareció en su sien.

—Entiendo... entonces está bien. Aunque no lo vea hoy, el día de la inspección anual sin duda me encontraré con él —sonrió Paeng, satisfecha, como alguien que ya está segura de lo que va a descubrir.

Paeng salió del despacho. El sonido de sus tacones golpeando el suelo resonó por el pasillo, marcando cada paso con firmeza.

Sodchuen fue hasta la puerta, miró hacia afuera y soltó un suspiro pesado, profundo, como una piedra cayendo al fondo de un pozo.

Entonces se sobresaltó al ver a los tres profesores encogidos en un rincón, con las cabezas pegadas unas a otras.

—¡Ay! ¡Qué susto!

Se llevó la mano al pecho. Los tres se separaron de inmediato y se acercaron a ella. Sus rostros estaban tensos; la preocupación casi se podía tocar en el aire.

—Sodchuen... ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Jee, angustiado, al borde del pánico.

—Profesor Jee, avise a todo el personal de la escuela: todo tiene que estar listo en todo momento. Porque Paeng va a adelantar la inspección anual, puede apostar a eso —dijo Sodchuen con una voz firme y urgente.

—¡Sí, señora! —respondió Jee de inmediato, comprendiendo la gravedad. Salió rápido, casi corriendo.

Sodchuen se giró hacia Pobmek.

—Pobmek.

—Sí.

—Te aviso desde ya: esto no es una orden. Es un pedido... por favor, empezá a practicar el violón lo antes posible. Te lo pido. Así Solar puede ser Solar todo el tiempo, al menos por un tiempo.

Su voz se volvió más suave, pero cargada de insistencia y cuidado, como una pequeña luz guiando en la oscuridad.

—Está bien... —respondió Pobmek en voz baja. El peso de la preocupación se notaba claramente en su rostro.

Sodchuen se fue caminando rápido, decidida. Pobmek se quedó allí, inmóvil, como si los pies se le hubieran quedado pegados al suelo. Solar lo miró con preocupación, con ese afecto silencioso de quien quiere estar presente cuando todo se vuelve difícil.

Llegó la hora del recreo del almuerzo.

Pobmek intentó practicar solo. Estaba sentado en un banco de piedra, calentado por el sol del mediodía. El violón de madera parecía grande y torpe sobre su regazo, como una carga pesada. Sus dedos presionaban las cuerdas con dificultad, tratando de formar los acordes.

Mientras armaba el acorde y rasgueaba, el sonido salía áspero, desafinado. Entonces, una voz surgió en su cabeza, clara y helada, como hielo rompiéndose contra el suelo.

“Pobmek, ¿para qué vas a tocar? ¡Yo no te mandé a estudiar para eso!”

En el instante en que esa voz apareció, la culpa y la vergüenza lo atravesaron como una lanza en la espalda. Sus manos empezaron a temblar sin control, como hojas sacudidas por el viento. Soltó el violón. Los dedos se relajaron y toda la presión cayó de golpe. Se detuvo de inmediato.

Pero entonces, un calor suave lo envolvió por detrás. La sensación se extendió por su espalda fría, como una manta gruesa en una noche de nieve. Cuando se giró, vio a Solar.

—¿Y? ¿Cómo vas? Tocá un poco para que te escuche —los ojos de Solar brillaban de expectativa, como los de un niño esperando un regalo.

Pobmek se tensó apenas escuchó eso. Apretó los labios; su expresión se oscureció como un cielo cargado de lluvia. Solar lo notó. Su sonrisa se fue apagando y su mirada se volvió más suave, más comprensiva.

—Perdón... me entusiasmé. No quise presionarte...

—Está bien... —respondió Pobmek de forma corta, seca, con cansancio escondido detrás.

—Bueno... cuando puedas, tocás. Sin apuro —Solar apoyó la mano en el hombro de Pobmek con un gesto leve, transmitiendo apoyo en silencio.

—Ajá...

La campana que marcaba el final del almuerzo sonó fuerte y aguda, como el anuncio oficial del cierre de una escena.

Solar llamó a Pobmek.

—Ey, se terminó el almuerzo. Vamos a prepararnos para dar clase.

La sonrisa de Solar era clara, como un girasol buscando la luz.

—No puedo levantarme... ¿qué hago...? —dijo Pobmek con voz floja, haciendo un poco de drama, fingiendo no tener fuerzas.

El profesor más bajo se rió y negó con la cabeza, divertido por la actitud del más alto. Lo ayudó a ponerse de pie con un movimiento suave pero firme. Pero el más alto fingió no tener energía y dejó caer su peso sobre él, acercándose, apoyándose, hasta quedar demasiado cerca.

Quedaron tan próximos que podían sentir la respiración del otro.

Ahora, el rostro de Pobmek y el de Solar estaban separados apenas por un hilo.

—Dejame recargar mis células solares —provocó Pobmek.

—Ay, qué descarado... aquí afuera, al aire libre, no —respondió Solar, fingiendo un regaño, aunque tenía el rostro completamente rojo.

Pobmek sacó un papelito del bolsillo de su camisa: un cupón que decía “vale por un beso”, con firma incluida.

Solar se quedó inmóvil, con los ojos bien abiertos, atrapado entre la sorpresa y la alegría.

—¿Eh? ¿Lo vas a usar ahora mismo?

Pobmek rompió el cupón en el acto. El papel se partió con un sonido seco y breve, decidido. Él alzó una ceja, lleno de seguridad. Solar estalló en una risa relajada, y los dos comenzaron a acercarse despacio, como en una escena en cámara lenta. Estaban a un instante de besarse.

—¡Ajá! ¿Los profes están acá escondidos grabando una serie BL o qué? —provocó de repente el grupito de “Four King”, que andaba por ahí. La frase cayó como una interrupción brusca en medio del silencio.

Los dos profesores se sobresaltaron y se separaron de un salto, como si los hubieran empujado. El rostro les ardía de vergüenza, rojos hasta las orejas.

—Dejen de molestar. ¿Y ustedes? ¿Cómo es que se escaparon de clase y vinieron a esconderse acá? —Pobmek cambió de expresión al instante, activando su modo de “profesor estricto”.

—Yo traje a Four para faltar a clase porque me dio pena. Estudia, pero no entiende nada. Y las clases son aburridísimas —dijo King, con cara inocente y una sinceridad sin filtro.

—Lo entiendo... cuando yo era niño también pasaba por eso —respondió Pobmek, con un tono comprensivo.

—¿Vio, profe? ¡Matemática es aburridísima! —Four estuvo de acuerdo con entusiasmo, con los ojos llenos de hastío.

—Sí... espera... ¡pero esa es mi materia! —la cara de Pobmek pasó al shock en un segundo, como si acabara de recibir un golpe inesperado.

Solar se rió. El grupito también. Pobmek carraspeó, intentando recuperar la seriedad. Entonces sacó el cuadernito de notas que siempre llevaba —el regalo de cumpleaños— y lo levantó como si fuera un arma.

Las caras de los chicos palidecieron al instante.

—¡No diga que va a anotar los nombres de los que se portan mal, profesor! ¡No, por favor! —gritó King, desesperado.

En ese momento, los cuatro salieron corriendo. Huyeron en una carrera desordenada, como un grupo de pájaros asustados. Pobmek negó con la cabeza, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. Solar los observó sonriendo, con ternura —tanto por los chicos como por Pobmek—, con una mirada llena de cariño, como quien ve el mundo entero en esas pequeñas confusiones adorables.

Afuera, la noche quedaba bloqueada por el vidrio oscuro del auto. Las luces de la calle se convertían en franjas anaranjadas que pasaban rápido. Dentro del vehículo, el silencio era espeso, como en una habitación insonorizada.

Paeng estaba sentada en el asiento trasero. Frente a ella, una tablet abierta mostraba información. La luz azulada y fría de la pantalla iluminaba su rostro, y sus ojos brillaban

con concentración. Sostenía el celular junto al oído, hablando con un responsable, en un tono educado:

—Sí, señora... gracias por enviar la información. Voy a verificar esto lo antes posible.

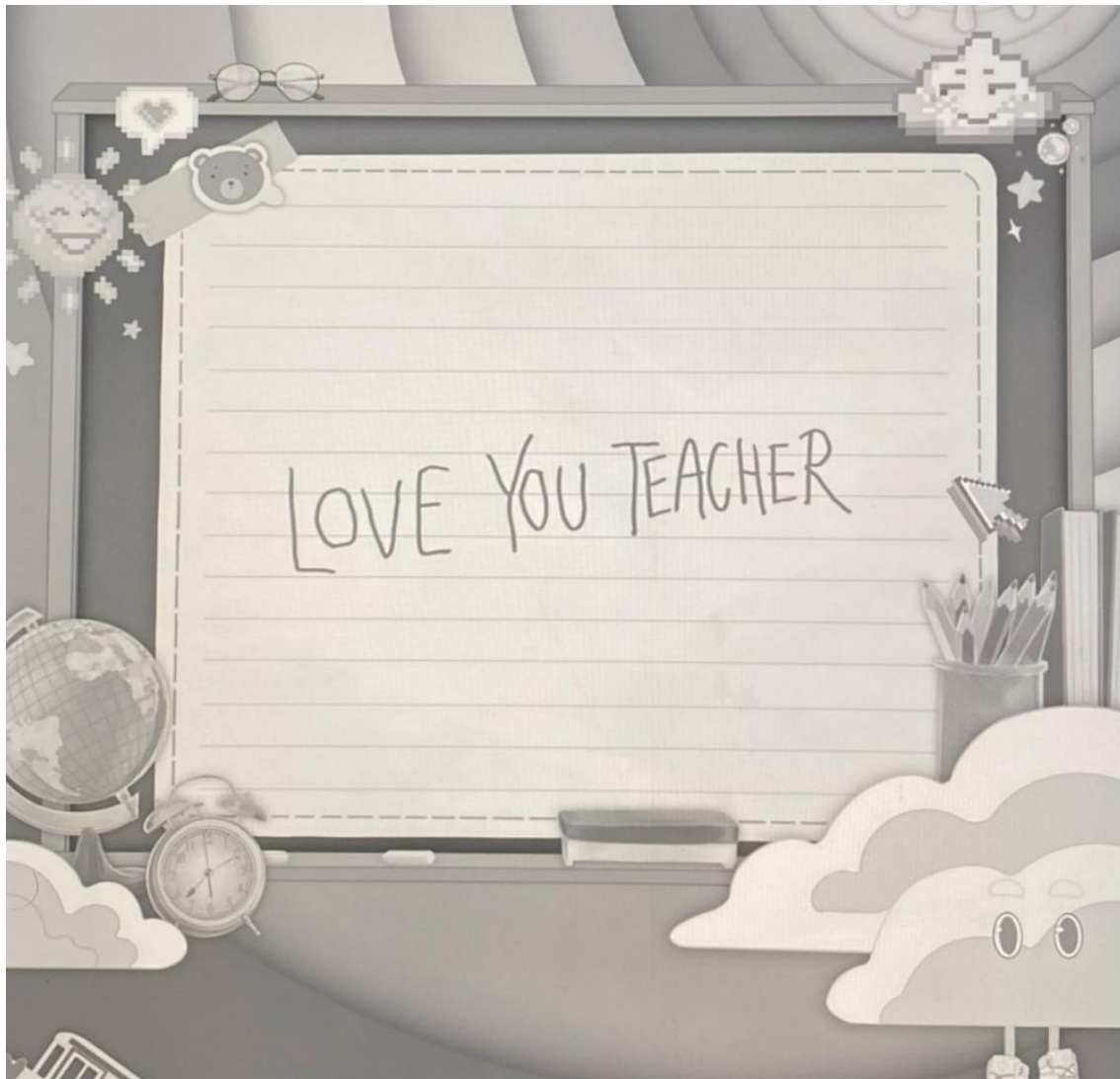
Paeng cortó la llamada. El leve sonido del cierre marcó el final, y el silencio volvió a instalarse. Tocó la pantalla de la tablet y comenzó a deslizar los documentos de la escuela con movimientos precisos. Revisaba el registro y el historial de Solar. Su foto, sonriendo con el uniforme de profesor, parecía mirarla desde la pantalla. Su expresión seguía siendo neutra, estrictamente profesional.

Pero entonces sus dedos se detuvieron de golpe, como si algo la hubiera frenado en seco. Había llegado a una foto del día de la obra: el profesor Solar aparecía junto a dos alumnas disfrazadas de Blancanieves. Paeng se sorprendió; su ceja se movió levemente, reflejando extrañeza. Comenzó a observar el fondo de la imagen, donde se veía el tablero de horarios.

Con cuidado y lentitud, amplió la foto usando los dedos. El tablero, antes borroso, fue volviéndose claro, como si una neblina se disipara poco a poco. Y entonces lo vio: el nombre “Sun” alternándose con “Solar” en días distintos.

La anomalía entró en su mente como una descarga eléctrica. Las ideas sueltas comenzaron a encajar. Paeng entrecerró los ojos, como un halcón fijando a su presa desde lo alto.

Lo que sentía ahora era hambre de respuestas, el deseo intenso de completar un rompecabezas... con una curiosidad voraz.



## Capítulo 18

Llegó un nuevo día.

Sodchuen entró al patio de la escuela. El calor del sol del mediodía envolvía su cuerpo, pero aun así caminaba con una elegancia serena, como un barco deslizándose sobre un mar en calma. Miró a su alrededor y vio a varios profesores recogiendo basura y acomodando la limpieza. Muchos estaban sudados y apurados; todo parecía una limpieza hecha a contrarreloj, como si intentaran ocultar pruebas antes de que llegara la policía.

En un rincón del patio, el grupito de las “princesas” jugaba con escobas junto a Sun, riendo a carcajadas. Sun sostenía un enorme saco de basura negro con total naturalidad. Todos ayudaban a juntar los residuos con expresiones divertidas, como si se tratara de una búsqueda del tesoro.

La sonrisa de Sodchuen se suavizó: era un alivio mezclado con esperanza.

Pobmek se acercó a ella, con el rostro animado.

—Menos mal que supiste antes que Paeng iba a venir mañana. Y qué suerte que mañana sea el día de Solar.

—¡Excelente! —respondió Sodchuen con una sola palabra, breve y firme.

—Es mi primer año viviendo un día de evaluación escolar. Estoy bastante nervioso...  
—dijo Pobmek rápido, con los ojos temblando de emoción.

—No eres el único. Yo también estoy nerviosa. Pero creo que hay alguien más nervioso que nosotros —bajó la voz Sodchuen y fijó la mirada en un punto.

Pobmek frunció el ceño y siguió su mirada. Jee venía corriendo hacia ellos, como si el mundo se estuviera acabando.

Llegó jadeando, torpe, con el corazón acelerado. Tenía el rostro rojo, como un tomate maduro.

—Jee... ¿seguro que eres profesor de educación física? Corres dos pasos y ya estás al borde del colapso —bromeó Pobmek, con una sonrisa ladeada.

—Deja de molestar... porque ahora... el problema es grande —respondió Jee entrecortado, cada frase interrumpida por una bocanada de aire.

Los rostros de Pobmek y Sodchuen se llenaron de confusión al instante. La emoción de antes se transformó en desconfianza. Sus cejas se fruncieron al mismo tiempo.

Un furgón negro se detuvo frente a la escuela.

El vehículo ingresó en silencio, pero con una presencia pesada, como un depredador entrando en territorio protegido. Sodchuen y Pobmek salieron corriendo, con Jee detrás, todavía arrastrándose por el cansancio. Se detuvieron justo frente a Paeng, que acababa de bajar del furgón.

Paeng descendió con total calma. Su aura era fría, como la de una princesa de hielo.

Sodchuen tragó saliva y trató de mantener la cortesía.

—Señora Paeng... ¿a qué se debe su visita hoy? Así... tan de repente...

—He venido a realizar hoy mismo la evaluación de la escuela, en lugar de la fecha prevista —respondió Paeng, simple y contundente, como una sentencia.

Sodchuen se quedó paralizada por un segundo, pero forzó una sonrisa.

—B-bueno... sea bienvenida. Nuestra escuela siempre está preparada... y más aún porque acabamos de terminar una limpieza general...

Su sonrisa se torció apenas, delatada por los nervios.

Paeng sonrió. Era una sonrisa hermosa y helada.

—Ah, con razón sentí el olor.

Pobmek soltó una pequeña risa, aliviado.

—¿Olor a limpieza, verdad?

Paeng lo miró y respondió, con una dulzura venenosa:

—Me refería al olor a cilantro cubriendo el plato.

El rostro de Pobmek se quedó pálido al instante, como si la sangre se le hubiera ido del cuerpo.

Sodchuen se apresuró a corregir la situación.

—En realidad, realizamos esta limpieza de manera conjunta todas las semanas...

—¿Ah, sí? Las coincidencias existen, ¿no? —dijo Paeng, sin el menor rastro de credulidad, como clavando una aguja.

Sodchuen volvió a tragar saliva.

—Bien... entonces, por favor, pasen. Todos los profesores están listos para recibirlos—

—¿Y no va a recibir también a los responsables? —Paeng extendió la mano hacia atrás, en un gesto de triunfo.

Sodchuen se dio la vuelta... y el patio pareció llenarse de golpe.

Padres y madres abarrotaban la entrada. Una marea de gente avanzaba hablando en voz alta, zumbando como un enjambre. Los ojos de Sodchuen se abrieron de par en par, en estado de shock.

—Y-yo... ¿por qué han venido? ¿Ha ocurrido algo?

Una de las responsables respondió, sorprendida por la pregunta:

Jee cayó al suelo como un muñeco al que le hubieran cortado los hilos. El golpe seco resonó en el patio; el sonido de la cabeza contra el piso fue contundente, brutal, imposible de ignorar.

Por un segundo, el mundo pareció detenerse.

Sun se quedó rígido en los brazos de Pobmek, respirando agitado. Sus ojos se abrieron de par en par, llenos de sorpresa y miedo. No había querido hacer daño... pero ya era tarde.

Un murmullo inquieto se alzó alrededor, creciendo como una ola desordenada. Voces superpuestas, exclamaciones ahogadas, pasos apresurados. Algunos responsables se giraron alarmados; otros se acercaron sin entender qué había pasado.

—¡Jee! —exclamó Pobmek, con la voz quebrada.

Sodchuen sintió que la sangre se le iba del rostro. Se llevó una mano al pecho, como si así pudiera frenar el desastre que se desataba frente a sus ojos.

—Lleven a Jee adentro... ahora —ordenó, con un hilo de voz que apenas logró sostenerse firme.

Dos profesores se apresuraron a ayudar, levantando a Jee con cuidado. Él gimió levemente, un sonido bajo y dolorido que hizo que el nudo en el estómago de Sodchuen se cerrara aún más.

Paeng había observado todo sin moverse.

Ni un paso.

Ni una exclamación.

Ni una pizca de sorpresa.

Solo una leve inclinación de cabeza, como quien confirma una sospecha largamente cultivada.

—Interesante —dijo al fin, con calma absoluta—. El profesor Solar genera reacciones... intensas.

Sodchuen sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable.

Sun, todavía en brazos de Pobmek, comenzó a temblar. Sus labios se apretaron con fuerza y los ojos se le llenaron de lágrimas que no llegaron a caer. Buscó con la mirada, desorientado, como un niño atrapado en una situación que no entiende.

Paeng dio un paso adelante. Sus tacones resonaron con un sonido firme, medido, marcando cada segundo como un reloj de cuenta regresiva.

—Ya no hace falta que lo llame —continuó—. Ya lo vi.  
Hizo una breve pausa, lo suficiente para que cada palabra siguiente pesara más.  
—Y ahora... quiero hablar con él. Aquí. Ahora.

El silencio que siguió fue denso, casi asfixiante.

—Eh... vinimos porque dijeron que hoy hay reunión de responsables.

Sodchuen se quedó paralizada.

—¿Eh? La escuela no programó nada. Si se hubiera programado, yo lo sabría...

La confusión se transformó en pánico. Una madre sacó el celular y mostró el grupo. En la pantalla aparecía, claramente, una convocatoria para “reunión hoy”, resaltada como algo oficial.

Sodchuen se quedó sin aire.

—Debe de haber sido un malentendido... porque yo no recibí ese mensaje...

Otra persona respondió, sin compasión:

—¿Cómo lo ibas a recibir? Ese grupo lo creó Paeng. Tú ni siquiera estás en él.

Sodchuen se giró hacia Paeng.

Paeng le sonreía, una sonrisa altiva, la expresión de un depredador observando cómo su presa caía sola.

Sodchuen le devolvió una sonrisa débil, a punto de quebrarse.

—De acuerdo... por favor, entren... pasen todos...

Paeng se dio la vuelta y, como una general, condujo a los responsables hacia el interior de la escuela. Caminaba con paso firme, con la calma absoluta de quien manda en ese lugar.

Sodchuen sintió que estaba perdiendo el control. Tiró de Pobmek, desesperada.

—Solar... —el nombre se le escapó, cargado de puro terror.

—Yo soy Pobmek... —respondió él, confundido.

—¡No! Te estoy ordenando que vayas a buscar a Solar y lo lleves a su casa. ¡Ahora! ¡AHORA MISMO! —su voz salió aguda, al límite, como una alarma antes de un naufragio.

Paeng avanzaba con los responsables, tranquila, victoriosa.

Sodchuen corrió detrás de ellos, con el aliento fallando, como un pez fuera del agua.

Paeng se detuvo y dejó que los responsables avanzaran solos. La conversación quedó únicamente entre las dos. El murmullo del grupo se volvió un fondo desagradable, denso.

Sodchuen intentó sacar cualquier tema, como una cortina de humo.

—Encendemos los aspersores todas las mañanas para regar el jardín, para reducir—

—Directora interina Sodchuen... —Paeng la interrumpió, con una voz fría como una cuchilla—. No tengo el menor interés en saber a qué hora se riega este jardín.

Y entonces clavó la mirada, sin desviar un segundo:

—Lo que me interesa es el profesor Solar. Quiero información sobre él.

La garganta de Sodchuen se cerró. Escogió cada palabra como si estuviera desactivando una bomba.

—Él... se graduó en pedagogía... es... más joven que yo, de mi misma facultad... da clases desde—

—Iré directo al punto —Paeng levantó la mano y la interrumpió—. ¿Quién es “Sun”?

La pregunta golpeó a Sodchuen como una bala en el pecho.

—Sun... ah... debe de ser un apodo... entre profesores y alumnos... nada importante...

El corazón le latía fuera de control y la lengua se le sentía rígida.

Paeng dio un paso mínimo hacia ella, pero la presión aumentó.

—Si no es nada, entonces llame al profesor Solar ahora mismo. Quiero hablar con él.

Sodchuen tragó saliva. El sonido del trago le pareció el de una piedra cayendo en un pozo profundo.

Y entonces, sin querer, lo vio en el patio.

Sun jugaba con las “princesas”, con una corona de flores moradas sobre la cabeza. Reía, distraído, brillando bajo el sol del mediodía, como un objetivo encendido.

Sodchuen sintió un choque, como si le hubieran arrojado agua hirviendo sobre la piel. Para que Paeng no lo notara, se movió de inmediato y trató de bloquearle la vista.

—¿Qué le parece si vamos primero a la sala de reuniones? Los responsables ya deben de estar esperando—

—No están esperando por nosotras —respondió Paeng, firme—. Están esperando al profesor Solar. ¿Quiere intentar llamarlo?

Sodchuen improvisó el peor tipo de mentira: una que sale blanda, sin convicción.

—Lo siento... pero hoy él... pidió permiso. No va a poder venir...

Paeng soltó un suspiro largo, controlado, lleno de tedio.

En ese momento, Pobmek y Jee se acercaron. Ambos estaban en modo de urgencia total.

Sodchuen les lanzó una mirada de orden silenciosa: *“Saquen a Sun de aquí.”*

Pobmek y Jee se acercaron a Sun e intentaron convencerlo de que fuera a jugar a otro lugar. Pero Sun se negó. Abrazó la escoba con fuerza e hizo un gesto de disgusto, molesto.

Paeng, con una voz cada vez más pesada, comenzó a reprender a Sodchuen.

—Voy a ser muy directa: hasta ahora no he visto ninguna acción concreta. En estas condiciones, no puedo sentirme tranquila.

Las palabras se volvieron más duras. La presión crecía, espesa, como una nube negra formándose antes de una tormenta.

Pobmek no tuvo elección.

En un movimiento rápido, levantó a Sun en brazos. Sun se debatió de inmediato, listo para gritar. Jee reaccionó por instinto y le cubrió la boca con la mano.

La situación se volvió fea en cuestión de segundos.

Sun no aguantó más.

Giró la cabeza con violencia y lanzó una cabezada directa al rostro de Jee. El golpe resonó seco y contundente, como un estallido breve en el aire.

Jee cayó al suelo de inmediato, desplomándose como un muñeco al que le hubieran cortado los hilos.

El silencio que siguió fue brutal.

Pobmek entró en pánico y salió corriendo con Sun, alejándose lo más rápido que pudo, procurando que Paeng no lo viera.

Paeng escuchó el ruido de la caída y giró el rostro. Su mirada pasó del hielo a un interés afilado. Caminó hacia Jee con paso firme.

Sodchuen fue detrás de ella, casi sin fuerzas en las piernas, intentando cubrir el desastre.

Pobmek logró doblar una esquina y esconderse con Sun. Apretó al niño contra su pecho, como un pájaro que se lleva a su cría lejos de la tormenta. Su respiración era corta, agitada. Sun todavía se retorció entre sus brazos.

—¿Qué pasa, tío?! ¿Por qué me agarraste? —protestó Sun, alterado.

—Sun. Quédate quieto. Tengo un secreto ultra secreto que contarte —susurró Pobmek con seriedad, los ojos en máxima alerta.

—¿Eh? ¿Secreto ultra secreto? ¿Qué secreto?

La curiosidad reemplazó a la rabia. Sun se inclinó, pegando el oído al de él.

Pobmek señaló a lo lejos, hacia Paeng, que observaba a Jee tendido en el suelo, con Sodchuen a su lado.

—Esa mujer... en realidad... es una bruja. De día finge que es una persona normal... para robar el corazón de los niños.

Los ojos de Sun se abrieron de par en par.

—¿QUÉ?! ¿En serio?!

—En serio. Así que, para que no corramos peligro, tenemos que escondernos de ella. No puede verte. ¿Entendiste?

Sun asintió con la cabeza, emocionado y asustado al mismo tiempo, creyéndose cada palabra.

Mientras tanto, en el patio, Sodchuen intentaba despertar a Jee, empujándole el brazo con cuidado, como si estuviera manipulando una bomba a punto de estallar.

Paeng miró a Sodchuen, fría, desconfiada.

—¿Qué fue ese altercado tan violento?

Las “princesas” estuvieron a punto de abrir la boca para contar todo, pero Sodchuen se adelantó, demasiado rápida, demasiado pulida:

—Es que el profesor Jee... ama la naturaleza. Todos los días, después de clases, le gusta... acostarse en el suelo para tomar el sol así.

Su voz salió extrañamente plana. Un sudor frío apareció en sus manos.

Paeng no le creyó. Alzó una ceja, con una media sonrisa irónica, y luego se giró hacia las niñas.

—Niñas... ustedes conocen al profesor Solar, ¿verdad?

Ellas asintieron al unísono, inocentes, sin percibir el peligro que se cerraba lentamente a su alrededor.

—¿Y cómo es él? —preguntó Paeng.

Las princesas se miraron entre sí. Sus ojos brillaban; estaban listas para hablar de su profesor favorito. La emoción les subía por el pecho, impaciente.

Sodchuen, con el rostro tenso y suplicante, hizo un gesto mínimo con la mano: *cuidado*. Sus dedos temblaban.

—El profesor Solar es amable... enseña bien... somos felices —recitaron todas juntas, en perfecta sincronía.

Las palabras salieron limpias, correctas... y completamente vacías.

Paeng sonrió.

En ese mismo instante lo entendió: estaba ensayado.

Entonces tomó su bolso de maquillaje.

El sol golpeó el cuero rojo oscuro, con textura de cocodrilo. Al abrirlo, el brillo de los labiales y las paletas reflejó la luz. Los ojos de las niñas se agrandaron, hipnotizados, como si estuvieran frente a un tesoro legendario.

—¿Quieren decir algo más? —preguntó Paeng, con voz suave—. Si dicen lo que sienten de verdad... pueden ganar todo esto.

Su tono era dulce como miel. Su intención, afilada como una cuchilla.

Las princesas cayeron en la trampa.

El deseo les nubló el juicio. Elsa tragó saliva; casi babeó. El corazón le latía rápido.

Sodchuen negó con la cabeza, una y otra vez, desesperada. *No. No. No.* Fue ignorada.

—La verdad... hay algo... —Elsa habló de golpe, con ansiedad—. El profesor Solar cambia mucho... a veces parece un niño, a veces parece un adulto.

Aurora sintió el pánico subirle por la espalda e intentó arreglarlo.

—Es porque entra en personaje, ¿te acuerdas?

Pero Elsa ya no podía detenerse. La duda se le había salido de la boca.

—Me acuerdo... pero a veces me parece raro. Como si tuviera algo... no sé... no normal.

Un silencio incómodo se expandió.

—Sí... no normal —agregó Tinker Bell, empeorándolo todo sin querer.

Paeng escuchó y su sonrisa se abrió lentamente. No era alegría: era satisfacción. Saboreaba una pequeña victoria.

Algunos responsables que pasaban cerca escucharon la expresión *no normal* y se detuvieron en seco, atraídos como insectos por el azúcar.

—¿Cómo que “no normal”, profesora? —exclamó una madre, alarmada.

Más personas se acercaron. El murmullo creció. La tensión se volvió espesa.

—¿Qué significa eso, señora Paeng?

Paeng aprovechó el momento. Su postura se enderezó; su voz tomó autoridad.

—Es justamente ese profesor del que sospecho que tiene un problema.

Y entonces preguntó, con una dulzura calculada:

—Niñas... ¿el profesor Solar ya se fue?

—No... hace un rato estaba jugando con nosotras —respondió Elsa, sin mala intención.

Paeng sonrió y le entregó el maquillaje a Elsa con un gesto casi maternal. Elsa lo recibió radiante, orgullosa.

Paeng miró a Sodchuen.

Sus ojos decían claramente: *gané*.

Sodchuen perdió todo el color del rostro. El estómago se le hundió.

—Responsables... ¿qué tal si ayudamos a buscar al profesor Solar? —propuso Paeng—. Seguro sigue en la escuela.

—¡Vamos! —respondieron varios a la vez.

El grupo se dispersó por el patio, desordenado, como aves saliendo de un nido alarmado.

Paeng pasó junto a Sodchuen, sonriendo, y se unió a la búsqueda.

Sodchuen se llevó las manos a las sienes. Un dolor punzante le atravesó la cabeza, como golpes repetidos.

Sacó el celular y le escribió a Pobmek de inmediato.

El teléfono vibró con fuerza en el bolsillo de él. Pobmek lo sacó y vio una sola palabra, en mayúsculas:

**“¡CORRE!”**

El corazón le dio un salto.

Pobmek apretó la mano de Sun.

—Estamos en problemas, Sun. Tenemos que ir al auto y salir ahora mismo. Y tenemos que escondernos de los responsables.

Sun parpadeó, confundido, con la respiración tranquila.

—¿Eh? ¿Por qué?

Pobmek improvisó con toda la desesperación que tenía.

—Porque ahora... los responsables se convirtieron en zombis.

Sun abrió los ojos, fascinado. El miedo se mezcló con emoción pura.

—¿¡Qué!? ¿¡Zombis!? ¡Pero hace rato había una bruja!

—Ahora hay bruja y zombis.

—¡Guau! ¡Hoy es el mejor día!

Pobmek tiró de la mano de Sun y giró por un lado... y se encontró de frente con un responsable.

El pánico le subió al pecho.

Giró bruscamente hacia el otro... y otro responsable venía en dirección contraria.

Desvió otra vez. A cada esquina aparecía alguien más, buscando, llamando, preguntando.

La respiración se le trababa. El pecho le pesaba como si tuviera una piedra adentro.

—No... no... ¿qué hago...? —pensó, al borde del colapso.

Intentó una última ruta.

Avanzó... y se detuvo en seco, con todo el cuerpo tenso.

Frente a él, caminando con calma absoluta, venía Paeng.

Despacio. Segura.

Como una cazadora que ya tiene a su presa a la vista.

Pobmek empujó a Sun hacia atrás, escondiéndolo detrás de un muro.

Sun tropezó un poco, pero entendió de inmediato y se quedó quieto, conteniendo la respiración, con los ojos bien abiertos y el cuerpo tenso por el miedo.

Paeng vio a Pobmek y lo saludó.

—Ah... es el profesor al que vi hace un rato.

Su sonrisa parecía amable y educada, pero en Pobmek se encendió una alarma interna. Un escalofrío le recorrió la espalda, y el estómago se le cerró por completo.

—Sí... soy yo... —respondió, esforzándose por mantener la voz estable.

—Perfecto. Necesito su ayuda.

—Claro... ¿con qué?

—¿Podría ayudarme a encontrar al profesor Solar?

Paeng miraba más allá de Pobmek, como si intentara atravesarlo con la mirada, buscando algo oculto detrás de él. Esa atención silenciosa lo puso todavía más nervioso.

—Puedo... solo un segundo... quédese aquí, por favor —dijo Pobmek, girándose rápido.

Se acercó a Sun, temblando por dentro. El corazón le latía con fuerza, descontrolado, y sentía la presión del miedo apretándole el pecho.

En ese momento apareció el grupo de Four y King, tranquilos, como si nada grave estuviera pasando.

Pobmek vio una oportunidad desesperada.

—¡Four, King! ¡Ayuden al profesor!

—¿Eh? —preguntó King—. ¿Ayudar con qué?

—Llévense a Sun a esconderse. Rápido.

King levantó una ceja, calculador, con una sonrisa ladeada.

—¿Y yo qué gano?

La impaciencia le subió como fuego a Pobmek. Sentía la sangre hervirle.

—Siempre pensando en lo mismo...

—Profe, con un dulce alcanza y lo hacemos —dijo Four, con total calma.

—¡No tengo nada ahora!

El pánico creció. Paeng podía aparecer en cualquier segundo.

Entonces Pobmek sacó el cuadernillo de anotaciones del bolsillo.

En el acto, los dos chicos se quedaron inmóviles. Sus expresiones cambiaron a puro miedo, como si acabaran de ver algo prohibido.

Sin decir una palabra más, agarraron a Sun y se lo llevaron rápidamente.

Paeng volvió y encontró a Pobmek solo, agachado.

—Profesor... ¿por qué está escondido aquí?

Pobmek improvisó la excusa más torpe que se le ocurrió, intentando parecer normal.

—Se me desató el cordón.

Se inclinó y fingió atarse el zapato. Las manos le temblaban mientras hacía el nudo, y le costaba controlar la respiración.

Paeng lo observaba en silencio, con una expresión desconfiada, analizando cada uno de sus movimientos.

Mientras tanto, Four y King llevaron a Sun al depósito del gimnasio. El lugar olía a madera vieja y a productos de limpieza. Una luz débil entraba por una rejilla alta. Se quedaron tan quietos que apenas se animaban a respirar.

Afuera, Pobmek sostuvo la mentira.

—El profesor Solar ya se fue. Durante la limpieza ni siquiera lo vi.

Paeng entrecerró los ojos.

—¿Ah, sí...? —respondió, sin sonar convencida—. Entonces volveré otro día. Gracias, profesor...

—Pobmek.

—Gracias, profesor Pobmek —corrigió ella, con una sonrisa fina y peligrosa.

Se dio la vuelta para marcharse.

El cuerpo de Pobmek se relajó de golpe. Soltó el aire que había estado conteniendo, agotado, como si recién ahora pudiera respirar.

Pero entonces Paeng se detuvo.

Y regresó.

Avanzó despacio. Cada paso aumentaba la tensión, como si el tiempo se estirara.

—Profesor Pobmek... ¿por qué no reconozco ese nombre?

Su voz era baja y fría.

—Siendo que yo lo sé todo... sobre esta escuela.

Pobmek se quedó completamente rígido. El miedo lo paralizó, y la sangre pareció helársele en las venas.

—Si no es molestia... ¿podría hablar con usted un momento?

La sonrisa de Paeng era afilada, peligrosa.

Pobmek estaba pálido, casi sin color.

En el patio, las princesas estaban reunidas alrededor de Jee y le habían hecho una verdadera obra en el rostro. Sombra azul oscuro rodeaba sus ojos como si fueran grandes moretones.

De pronto, Jee despertó sobresaltado, confundido.

Las princesas gritaron y salieron corriendo en todas direcciones. Jee se puso de pie y gritó con todas sus fuerzas, todavía maquillado:

—¡Sun!

Sodchuen lo miró sin moverse, con una expresión de cansancio absoluto, como si ya no le quedara energía para reaccionar.

—¿Y Sun y Pobmek? —preguntó Jee, desconcertado—. ¿A dónde se fueron?

—No sé. Deben haberse ido a casa —respondió Sodchuen, seca.

Jee soltó un suspiro de alivio.

—Menos mal... de esta zafamos.

En ese instante, el celular de Sodchuen vibró.

Ella leyó el mensaje.

Y su rostro se desmoronó.

Jee lo notó enseguida.

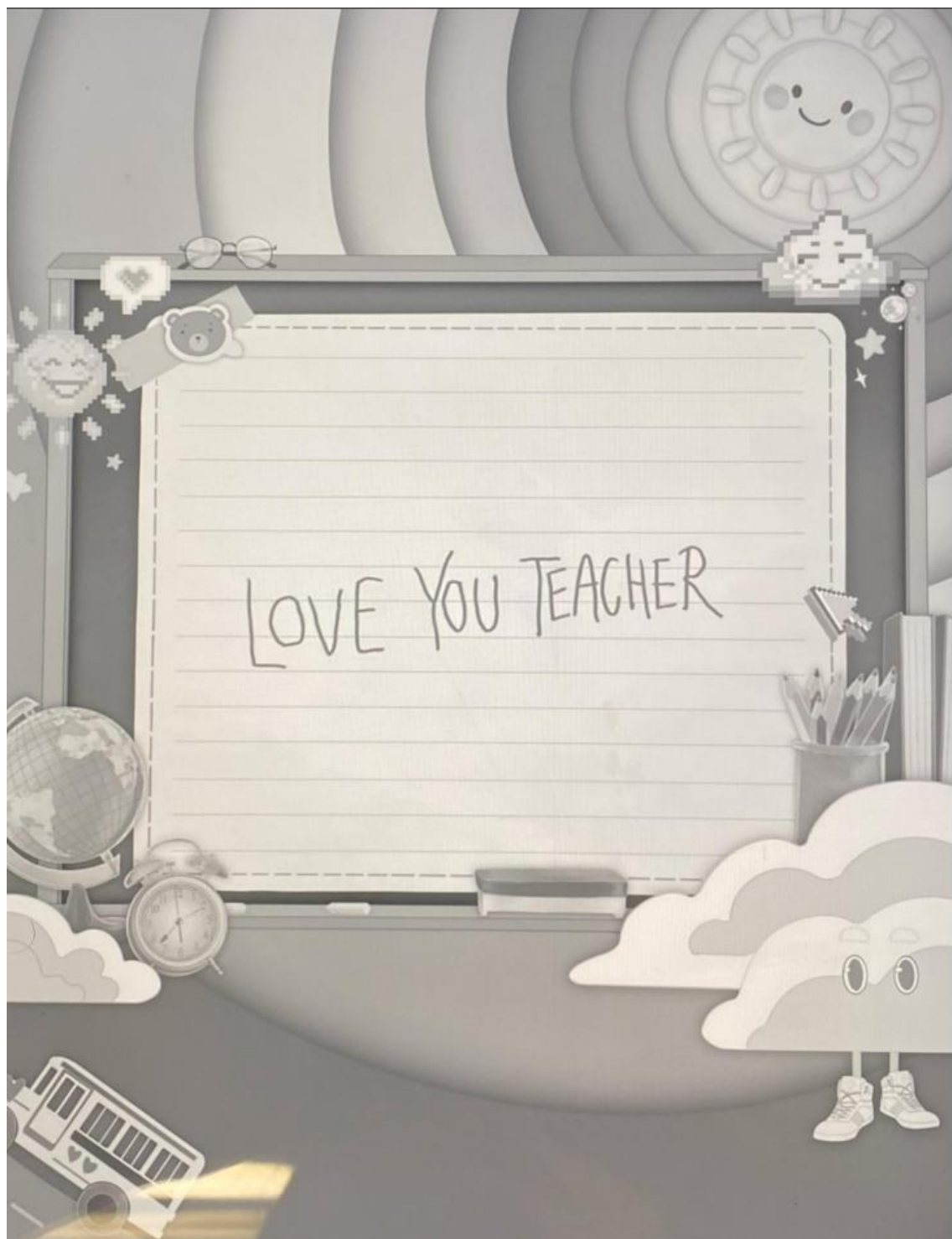
—Sodchuen... ¿pasó algo?

Ella le mostró la pantalla. El mensaje era corto, directo y pesado.

**“Paeng me atrapó.”**

รักคุณ  
เท่าโลกเลย  
LOVE YOU TEACHER





## Capítulo 19

La temperatura de la sala de profesores parecía descender de manera perceptible, aunque en realidad el calor de la tarde hacía que el ambiente estuviera cargado y sofocante.

Pobmek estaba sentado, completamente rígido, frente a Pang, que lo interrogaba con absoluta seriedad. Su cuerpo se sentía duro y frío, como si se hubiera convertido en una estatua maldita, mientras el sudor comenzaba a brotar lentamente de las palmas de sus manos, producto del miedo y la presión.

Pang estaba sentada con los brazos cruzados, manteniendo una postura que dejaba en claro que tenía el control total de la situación. Su mirada era afilada y distante, analítica, como si estuviera buscando errores invisibles.

—Señor Pobmek... ¿en qué área se formó usted? —preguntó Pang con una voz calmada, pero firme y autoritaria.

—Contabilidad... —respondió él, intentando disimular el temblor que le recorría la voz por los nervios.

—Entonces imagino que no pensaba ser profesor desde el inicio, ya que no estudió pedagogía. En ese caso, ¿realmente cree que tiene la preparación suficiente? —la pregunta fue directa y agresiva, apuntando de lleno a su inseguridad.

—Sí, la tengo. Tengo experiencia, conocimientos y técnicas de—

—Pero las habilidades para transmitir conocimiento y para tratar con niños de educación primaria son competencias específicas, distintas a su formación —lo interrumpió Pang con frialdad, sin dejarle espacio para defenderse.

Pobmek se quedó sin reacción. Su mente quedó completamente en blanco, bloqueada por la ansiedad, incapaz de organizar una respuesta.

—Y respecto a la licencia profesional de docente, ¿usted la tiene? —la pregunta cayó con una presión asfixiante.

No pudo responder. La lengua le pesaba, entumecida, mientras el nerviosismo se expandía por todo su cuerpo.

—No me diga que no la tiene.

—Estoy... a punto de obtenerla... —respondió con dificultad, aferrándose a cualquier posibilidad de ganar tiempo.

—¿“A punto”? ¿Qué significa eso exactamente?

—Está en trámite, ya inicié la documentación... —explicó, con la voz cada vez más débil.

—¿Y aun así pretende dar clases? ¿Qué plan de enseñanza tiene para estos niños? —el tono de Pang ya no ocultaba la irritación.

El rostro de Pobmek perdió todo color, como si la sangre hubiera desaparecido de golpe.

En ese momento, Jee y Sodchuen irrumpieron en la sala, decididos a defenderlo. Abrieron la puerta con fuerza y entraron rápidamente, impulsados por la urgencia y la preocupación.

—El profesor Pobmek tiene planes de clase bien estructurados. Todo lo que hace es pensando en el bienestar de los niños —dijo Jee, colocando un grueso archivador sobre el escritorio de Pang.

El impacto del objeto sobre la mesa resonó con fuerza, como un intento desesperado de protección.

Pang frunció el ceño al notar el rostro de Jee, todavía cubierto de maquillaje colorido, completamente fuera de lugar en aquel ambiente tenso.

—Disculpe... ¿qué le ocurrió en el rostro? —preguntó, con evidente desconcierto.

—¿Mi rostro? —Jee aún no se había dado cuenta.

—Dejemos eso de lado. Pero debo ser clara: sin licencia profesional, este asunto está terminado. Y usted, profesor Jee, sí tiene licencia, ¿correcto?

—Sí, la tengo.

—Aun así, debe saber que tener licencia no le da inmunidad. Defender al señor Pobmek de esta manera también pone en duda su ética profesional.

Las palabras de Pang cayeron con una dureza brutal.

Pobmek miró a Jee, que ahora también estaba pálido, con los ojos llenos de shock y dolor. Sodchuen intentó intervenir de inmediato.

—Espere un momento, señora Pang—

—Al principio pensé que el problema era solo el profesor Solar —interrumpió Pang, con una frialdad implacable.

—Pero en realidad, nadie aquí está cumpliendo correctamente su función. Especialmente tú, Sodchuen. No olvides que estás actuando como directora interina.

Sodchuen se quedó sin palabras. Sintió el aire atrapado en la garganta, con una sensación de ahogo y angustia.

Pang se puso de pie, imponiendo su presencia, y habló con extrema seriedad:

—No me obliguen a llevar este asunto a instancias superiores. Su última opción es despedir al profesor Solar y al señor Pobmek.

La expresión “última opción” quedó flotando en la sala, cargada de amenaza y gravedad.

—Espere... ¿no es esto una exageración? —la voz de Sodchuen salió temblorosa, marcada por la desesperación.

—Si no sigue mi recomendación, las consecuencias serán mucho peores —respondió Pang, lanzándole una mirada fría y definitiva.

Pang salió de la sala.

El silencio que dejó atrás fue pesado y opresivo, y los tres profesores permanecieron allí, sintiendo que cargaban un peso inmenso sobre los hombros, sin saber cómo escapar de esa situación.

Del lado de afuera, se reveló que Sun y FourKing estaban escuchando a escondidas. Los niños soltaron un suspiro de alivio, pero el miedo aún estaba estampado en sus rostros. Sun se tapó los oídos, incómodo. Las voces duras todavía resonaban en su cabeza, trayendo recuerdos del pasado: discusiones intensas entre sus padres, gritos confusos, mientras él se encogía en un rincón de la antigua sala de madera, tapándose los oídos. FourKing percibió el miedo y le tomó la mano.

— Está todo bien, Sun. La bruja ya se fue.

El contacto fue suave, pero firme, como sujetar una cuerda en medio de olas fuertes.

Pobmek salió de la sala de profesores con el rostro tenso y se encontró con Sun y FourKing. La tensión en su expresión era evidente, como grietas en un suelo reseco. Al verlo, Sun intentó parecer fuerte, reuniendo todo el coraje que tenía.

— ¡Viva! ¡Lo logramos! ¡Estamos a salvo de la bruja y de los zombis! — dijo, forzando entusiasmo, aunque sus ojos todavía temblaban.

— Sí... ahora todo está tranquilo... vámonos a casa — respondió Pobmek, con una sonrisa torcida y dolorida, como un espejo agrietado que aún refleja la imagen.

Sun se dio cuenta de que él estaba fingiendo, así que le devolvió una sonrisa pura, intentando mantener el ambiente normal — como una pequeña llama tratando de resistir la tormenta.

A la mañana siguiente, la luz del sol se extendía por el pasillo de la escuela. Pobmek se detuvo frente a la oficina de la directora Sodchuen, con el rostro pálido y exhausto,

como alguien que no había dormido por días. Sus hombros estaban levemente encorvados, cargando el peso del día anterior.

Dentro de la oficina, Sodchuen caminaba de un lado a otro, inquieta, como un animal atrapado en una jaula. Llevaba la misma ropa del día anterior, arrugada, con claras señales de que no había descansado.

Pobmek se quedó paralizado por un instante antes de abrir la puerta y entrar, lleno de preocupación.

— P’Sodchuen... ¿no me diga que estuvo caminando aquí toda la noche? — la voz de Pobmek salió ronca, cargada de preocupación.

— Sí... yo fui el origen de toda aquella confusión de ayer. ¿Cómo cree que podría simplemente relajarme? — ella dejó de caminar de repente. Sus ojos estaban rojos, como los de alguien que había llorado intensamente.

Al oír eso, Pobmek se sintió profundamente incómodo. La culpa atravesó su pecho como una corriente de hielo. Terminó diciendo lo que había estado pensando.

— P’Sodchuen... pensé toda la noche... y ya decidí. Voy a presentar mi renuncia.

La palabra “renuncia” salió con dificultad, como si se estuviera atagantando con una piedra atascada en la garganta.

Sodchuen se quedó paralizada al oírlo. Su rostro se congeló. Entonces Pobmek sacó un sobre blanco y se lo extendió. El sobre simple simbolizaba rendición.

Sodchuen lo tomó. El papel estaba frío en sus manos. Luego, tomó otro sobre blanco — el de ella — y se lo extendió a Pobmek. El segundo sobre surgió como un reflejo perturbador.

Pobmek quedó en shock.

— ¡Oye! ¡No puedes! ¡Tú no puedes renunciar! — retrocedió rápidamente, dominado por el pánico.

— Entonces tú tampoco puedes — respondió ella con firmeza absoluta, como si estuviera decretando una regla sin excepciones.

Eso solo hizo que Pobmek se sintiera aún más culpable. Un nudo pesado se formó en su garganta. Sus ojos comenzaron a arder, llenándose de lágrimas, y terminó derrumbándose.

— P’Sodchuen... ¿por qué quiere ayudarme tanto así? Yo soy un mal profesor... los niños no me quieren... no quieren estudiar conmigo... ni siquiera sé si puedo ser un buen profesor...

Su voz temblaba. El dolor se desbordaba como agua rompiendo una represa. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, de manera descuidada.

Sodchuen habló con sinceridad:

— Nada de eso es verdad.

La voz de ella era suave, pero firme, como algo capaz de calmar una tormenta. Pobmek parpadeó varias veces, confundido, intentando apartar las lágrimas y comprender.

— Además de lograr ser un buen profesor... también hiciste que otra persona se convirtiera en profesor.

Esa frase fue como una llave que destrabó algo profundo. Pobmek quedó inmóvil, asimilando el significado.

*Durante las vacaciones de verano de la época universitaria, el calor sofocante dominaba la habitación, como una olla a punto de hervir. Solar estaba boca abajo en el suelo, tomando apuntes mientras estudiaba. Pobmek leía en voz alta, explicándole el contenido.*

*Pobmek estaba acostado boca arriba, usando una camiseta sin mangas. El sudor corría por su cuello, brillando como rocío sobre mármol. Los músculos de sus brazos se contraían y se relajaban con la respiración.*

*Solar no le quitaba los ojos de encima, como una abeja atraída por el polen.*

— Entonces: Hay cuatro etapas del desarrollo del pensamiento: sensorio motriz, preoperatoria, operatoria concreta y operatoria formal... ¿entendiste hasta acá, mi amor? — dijo Pobmek, con voz grave y constante.

*Solar no respondió. Su mirada estaba fija en los labios de Pobmek. Cada movimiento aumentaba la tensión, como presión acumulada antes de una tormenta.*

— Solar, ¿me estás escuchando? — Pobmek giró un poco el cuerpo.

*Solar soltó la lapicera, que cayó al suelo, y avanzó sin contenerse, besándolo con intensidad. El beso fue rápido y ardiente, como fuego encontrando combustible. Los dos se besaron profundamente en el suelo, con las lenguas entrelazándose con deseo.*

*Antes de que pasara del límite, Pobmek sostuvo a Solar por los hombros.*

— ¿Qué te pasa? Estoy acá estudiando contigo algo que ni siquiera es de mi área. Para con eso — dijo, jadeando, con el rostro enrojecido.

— ¿No te das cuenta? Cuando enseñas... eres absurdamente sexy — respondió Solar, con la voz ronca.

— ¿Estás loco? ¡Levántate! ¡Ahora! — Pobmek rió, agotado.

— Ya no doy más, leí toda la noche, ya estoy viendo letras hasta en sueños.

— Entonces espera ahí.

*Pobmek sonrió y se levantó. Solar se quedó sentado, confundido.*

*Pobmek comenzó a preparar la habitación con cuidado: ordenó todo, armó la cafetera, colocó una máscara térmica para los ojos sobre la cama y puso música lo-fi suave. El ambiente cambió por completo. Solar observaba todo, profundamente conmovido.*

*— Preparé todo esto para ti... desde que supe que ibas a rendir el examen de la licencia profesional.*

*— ¿De quién es este novio tan adorable? — Solar sonrió.*

*— Todavía no terminé.*

*Pobmek le entregó una pequeña tarjeta escrita a mano: “Vale-beso”.*

*— Para darte fuerzas. Cuando estés exhausto, puedes romperlo y usarlo conmigo.*

*Solar sonrió, rompió la tarjeta en ese mismo momento y se la extendió. Pobmek se sorprendió, pero no se negó. Los dos se miraron y se besaron otra vez, esta vez con una ternura profunda.*

*Pobmek se apartó antes de que continuara.*

*— Pero solo puedes usar uno por hora. Y después tienes que volver a estudiar, ¿entendido?*

*— ¡Está bien!*

*Solar volvió a estudiar con energía renovada e incluso puso un cronómetro.*

*— ¿Ves? Hasta cronometró el estudio.*

*— No. Es para contar cuánto falta para el próximo beso.*

*Pobmek negó con la cabeza, sonriendo con cariño. Fue ese apoyo lo que hizo que Solar se convirtiera en profesor hasta el día de hoy.*

De regreso al presente, la luz suave del día entraba en la sala. Sodchuen miraba a Pobmek con firmeza.

— Para Solar y para mí... ser profesor es ayudar a los alumnos a encontrar su propio camino. Y vimos que tú puedes hacer eso.

Las palabras inundaron el corazón de Pobmek. Tomó el sobre blanco, lo apretó hasta arrugarlo y lo rompió en pedazos, esparciéndolos por el suelo como nieve de un nuevo comienzo.

— ¡P’ Sodchuen, voy a aprobar el concurso!

— ¡Y yo también voy a luchar por mis alumnos!

Ambos estaban llenos de determinación.

— Voy a llorar... — la voz de Jee apareció desde la puerta.

— ¿De emoción?

— No. ¡Por los papeles tirados! ¡Mi TOC está gritando!

Jee empezó a juntar todo de inmediato. Pobmek rió, aliviado. Solar entró sonriendo.

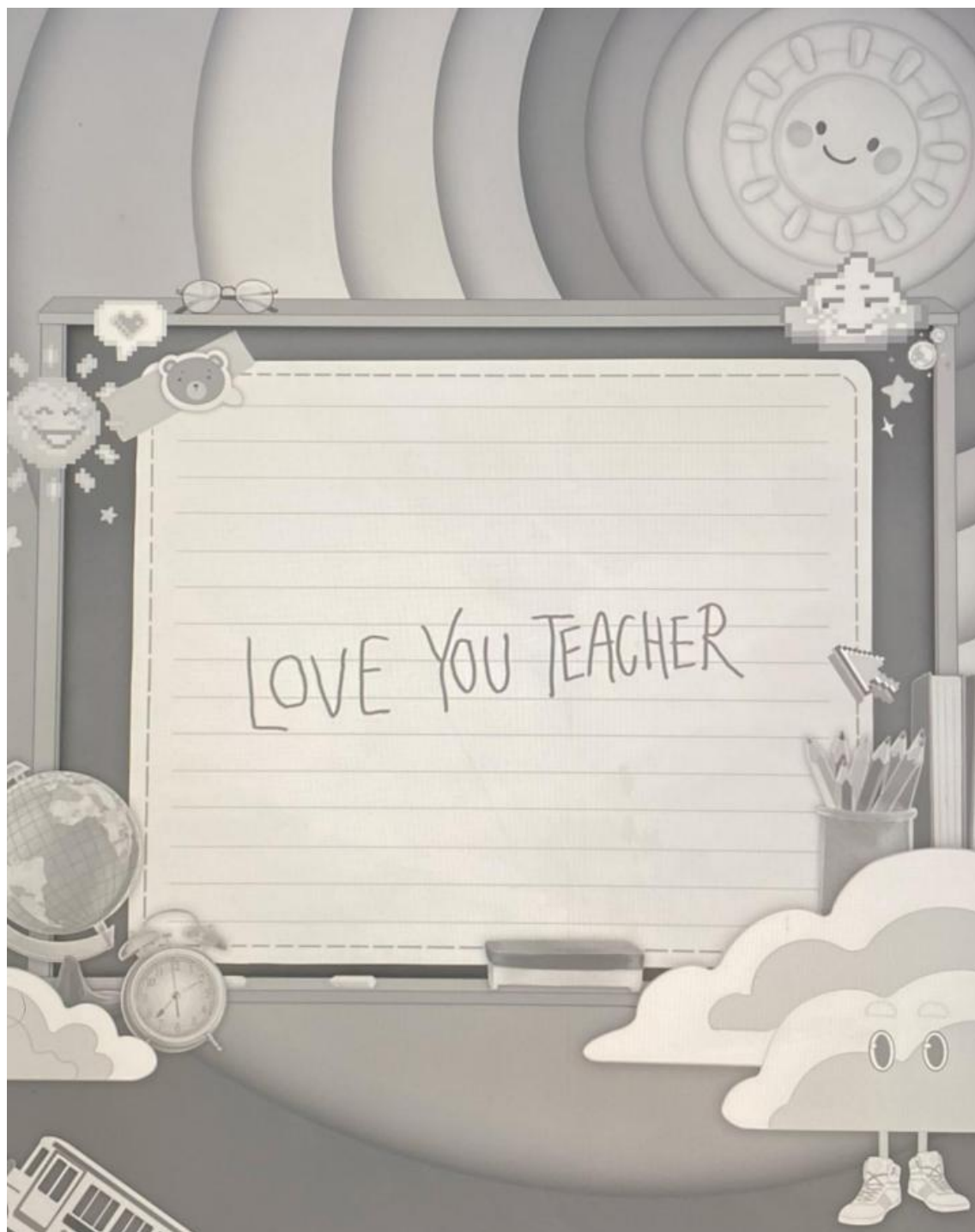
— Me alegra que no vayas a rendirte... y que luches hasta el final.

— Y me alegra aún más que tú también luches por los niños.

— Estoy lista... solo que todavía no sé cómo resolver todo esto...

— No te preocupes. Creo que tengo un plan.

Sodchuen miró a Solar con esperanza, como quien ve una luz al final del túnel.



## Capítulo 20

Pasaron algunos días rápidamente.

El ambiente en el auditorio estaba pesado, lleno de padres sentados lado a lado. El sonido de susurros se esparcía por el lugar, como un enjambre de abejas agitado. Paeng también estaba allí, sentada con las manos entrelazadas en el regazo de manera elegante, pero con los ojos brillando de expectativa, escuchando atentamente los murmullos a su alrededor.

— La directora Fresh convocó esta reunión de urgencia así... ¿será sobre qué?

— Solo puede ser una cosa, ¿no? Sobre el profesor Solar.

Entonces Fresh entró y se detuvo frente a todos, con el micrófono frente a ella. El traje discreto que llevaba hacía que pareciera firme y confiable. Paeng observaba con atención, lista para detectar cualquier error, con los labios curvados en una leve sonrisa de satisfacción anticipada.

— Buenas tardes a todos los responsables. La dirección convocó esta reunión de forma emergente porque quisiera confirmar algo — dijo Fresh, con voz segura. — Los rumores de que existe un profesor “no normal” en esta escuela... son ciertos.

Sus palabras, directas y contundentes, sumieron al auditorio en un silencio repentino. Luego, los padres comenzaron a inquietarse, y el murmullo volvió a crecer al mismo tiempo, como una ola rompiendo en la playa.

Paeng sonrió, satisfecha de que Fresh finalmente lo admitiera. Su sonrisa se ensanchó, como la de alguien que ya se siente victoriosa.

— El profesor con comportamiento considerado “anormal”, del que todos han hablado, es el profesor Solar. Sufrió un accidente al ser atropellado por un coche, golpeó la cabeza contra el suelo y tuvo un traumatismo craneal. Por eso, comenzó a presentar un cuadro particular: su cerebro alterna entre ser el profesor Solar, adulto, por un día, y ser Sun, él mismo en su infancia, por un día.

La voz de Fresh era clara y controlada, como si solo estuviera relatando hechos.

Al terminar, asintió hacia Jee, que esperaba en un rincón. Jee respondió con un pulgar arriba y activó el video en el proyector para que todos lo vieran. En la pantalla apareció el rostro del profesor Solar, en primer plano.

— Hola, me llamo profesor Solar. Soy el profesor titular de la clase de segundo año, aula 1. Trabajo en esta escuela desde hace tres años. El video que estoy grabando ahora es de mí en mi estado actual, como profesor Solar. Pero, el día de esta reunión de padres, mientras todos ustedes ven este video, me habré transformado en Sun.

Luego, Sun apareció frente a todos, acompañado por el grupo de las Princesses. Su forma de caminar era torpe e insegura, mostrando nerviosismo, como un pajarito que acaba de aprender a volar. Los padres murmuraron al ver la escena, surgieron susurros por todo el auditorio.

Cuando llegaron al micrófono, Sun se quedó rígido, con los brazos pegados al cuerpo y las manos cerradas. Las Princesses tuvieron que ayudarlo a ganar confianza.

— Puedes hablar, Sun. Estamos aquí contigo, no tienes que tener miedo — dijo Elsa, sujetándole el brazo con cuidado, para alentarlo.

Los padres se miraron entre sí, la desconfianza dibujándose en forma de líneas en sus rostros. Sun entonces se presentó a los responsables frente al micrófono.

— Hola... mi nombre es Sun. Tengo 7 años y estoy en la clase de segundo año, aula 1...

La voz de Sun salió baja, levemente temblorosa. Fresh complementó la explicación, con expresión serena y firme.

— Los días en que Solar está adulto, trabaja normalmente, con total dedicación, enseña con eficacia y es querido tanto por los niños como por sus colegas profesores. Los días en que se convierte en Sun, asiste a la escuela como alumno, conviviendo como amigo de los otros niños.

— Eso es cierto, lo confirmamos — dijo Aurora, extendiendo la mano con seguridad.

En ese momento, varios profesores se acercaron y se posicionaron detrás de Fresh. Se alinearon, formando casi una barrera humana de apoyo.

— En cuanto a las clases que deja de impartir en esos días, otros profesores se organizan para asumir temporalmente — continuó Fresh. — Esto ya es algo común aquí. Cuando algún profesor se enferma, otros asumen su clase. No podemos impedir las diferencias, pero sí podemos ayudarnos mutuamente.

Las palabras de Fresh impactaron a los padres. Comenzaron a murmurar entre ellos, pero ahora el tono parecía más calmado, como si la tormenta empezara a ceder.

Paeng, que había estado escuchando todo el tiempo, perdió la paciencia. Se levantó de repente, con tanta fuerza que la silla se movió hacia atrás.

— En realidad, no solo me preocupa el profesor Solar — dijo, con tono cortante. — También está el caso del profesor Pobmek... o mejor dicho, llamarlo “profesor” tal vez ni siquiera sea correcto, porque el señor Pobmek...

— ...ni siquiera posee la licencia profesional de profesor — la voz de Paeng era estridente y cortante, como una cuchilla lanzada directo al blanco.

Los padres reaccionaron de inmediato ante el nuevo tema. Un murmullo recorrió el auditorio, y toda la atención se desvió de Sun hacia Pobmek.

Entonces Pobmek apareció frente a todos. Caminó con calma, el rostro mostrando una determinación silenciosa.

— Sí, soy yo. El profesor Pobmek del que usted habla... — dijo. — Debo admitirlo y pedir disculpas a todos los padres. De hecho, aún no poseo la licencia profesional de docente.

Su voz era firme y serena, asumiendo la verdad sin titubear.

— Gracias por tener el valor de admitirlo — respondió Paeng, con una sonrisa irónica.  
— Pero sería aún mejor si asumiera la responsabilidad renunciando. ¿Alguien que no respeta las reglas puede realmente ser un buen profesor?

La sonrisa de burla se ensanchó en su rostro.

Al ver a Pobmek siendo atacado de esa manera, Sun reaccionó inmediatamente. Se enojó tanto que infló las mejillas, como un pez globo a punto de explotar.

— ¡La señora bruja no necesita hablar así del profesor Pobmek!

— ¿Bruja...? ¿¡Me llamaste bruja!? — el rostro de Paeng se puso rojo como un tomate maduro.

— Licencia, papeles, tenerlos o no... ¡no importa! — disparó Sun, con la sinceridad típica de un niño. — ¡El profesor Pobmek es amable, enseña con verdadero entusiasmo y se preocupa mucho por nosotros! Si no lo cree, ¡entonces mire esto!

Sun caminó hasta Pobmek y metió la mano en el bolsillo, sacando un cuadernito para mostrárselo a todos. El pequeño cuaderno se levantó en sus manos.

Paeng quedó completamente confundida, porque desde allí no podía ver qué era.

— Hum... disculpa, ¿y quién exactamente podrá ver lo que estás sosteniendo ahí? — dijo Paeng, con un tono frío y provocador.

— Uy, pensé que por tener ya cierta edad sería miope, no hipermetrope — respondió Sun, con una inocencia que sonó como una bomba cómica.

Los padres se echaron a reír. Las carcajadas resonaron por todo el auditorio. Paeng comenzó a perder la compostura, visiblemente irritada; la vena en su sien latía sin parar.

Fue entonces que Four y King entraron para reforzar.

— Es exactamente como dijo Sun. El profesor Pobmek se esfuerza de verdad y se preocupa mucho por nosotros — afirmó Four, con firmeza.

Retrocediendo un poco, en el momento en que Pobmek le pidió a Four y King que ayudaran a esconder a Sun, su mirada era seria, como la de un general trazando una estrategia. Four y King estaban frente a él, los hombros tensos por los nervios.

Pobmek sacó un pequeño cuaderno del bolsillo del pantalón. El sonido seco de la tapa — “*crack*” — hizo que los dos chicos entraran en pánico. Sus ojos se movían de un lado a otro, como cervatillos ante un depredador.

— ¡Ey! ¿El profesor va a anotar mi nombre para contárselo a mis padres? ¡No puede ser! — King levantó las manos a la defensiva.

— No es para contárselo a los padres. Es para anotar el nombre para dar la calificación — respondió Pobmek, con una ligera sonrisa de lado.

— ¿¡En serio!? ¡Yeeeah!! — Four saltó de alegría de inmediato, la felicidad estallando como fuegos artificiales. — ¡El profesor va a poner nota fácil!

— No es nota fácil — corrigió Pobmek. — Es refuerzo intensivo especial.

Four y King escucharon eso y se quedaron confundidos. Inclinaron la cabeza al mismo tiempo, con la duda marcada en el rostro.

Unos días después, Pobmek estaba dando refuerzo a Four y King en una mesa. La luz del sol entraba por la ventana e iluminaba la superficie de madera. Pobmek se sentaba erguido, explicando problemas de matemáticas más complejos usando los objetos sobre la mesa para facilitar la comprensión. Bolígrafo, lápiz y goma de borrar se convertían en representaciones de las ecuaciones. Su mano apuntaba con calma a cada objeto, mientras Four y King bajaban la cabeza para hacer las cuentas con toda la concentración, la lengua ligeramente afuera por el esfuerzo.

Cuando finalmente llegaron a la respuesta correcta, los ojos de ambos se abrieron al mismo tiempo, sorprendidos. Una enorme sonrisa surgió en sus rostros, como si acabaran de descubrir un tesoro.

Celebraron, chocando las manos entre sí y con Pobmek. El sonido del “*plá!*” marcó el momento de la victoria. Solar observaba todo apoyado en el marco de la puerta de la sala de profesores. La comisura de sus labios se levantó ligeramente, y en sus ojos había un orgullo silencioso.

— Cuando prestamos verdadera atención a lo que enseña el profesor Pobmek, las matemáticas se vuelven súper fáciles. Él aún sabe exactamente lo que no entendemos y nos explica cuantas veces haga falta hasta que realmente entendamos — dijo Four.

En el auditorio, el ambiente seguía cargado de tensión. Sun continuó explicando a todos, el rostro aún levemente sonrojado por la determinación.

— Tanto el profesor Pobmek como todos los demás profesores de esta escuela son maestros que realmente se dedican...

— Realmente nos enseñan de verdad. Por eso estamos muy felices aquí. Dan ganas de venir a esta escuela todos los días — la voz de Sun sonó clara por el micrófono.

— Sun, querido... tú eres solo un niño entre más de cien alumnos. ¿Cómo puede la escuela escuchar solo tu opinión? — dijo Pang, con tono despectivo, los labios curvados levemente hacia abajo.

— En realidad, sí puede — la voz de una responsable sonó de repente, sorprendiendo a todos.

Pang se volvió hacia ella, visiblemente desconcertada por haber sido contrariada. Sus ojos se abrieron, llenos de irritación.

— Porque, al final de cuentas, el corazón de la educación siempre tiene que ser el niño.  
— Estoy de acuerdo. Aunque sea la voz de un grupo pequeño de alumnos, sigue siendo una voz que debe ser escuchada — agregó otro responsable, con tono calmado y reflexivo.

Otros padres comenzaron a asentir. Un coro bajo de “eso mismo” se esparció por el auditorio, como un murmullo colectivo. Pang perdió aún más la compostura; la irritación dominó su rostro.

Fresh entonces habló, apoyando ambas manos en el atril, con voz firme:

— Yo, como directora interina, admito que hasta ahora siempre he sido alguien que cedía a todos...

— ...pero, esta vez... quiero ser un poco egoísta. Solo esta vez.

Su voz estaba cargada de emoción, como si estuviera quitándose un enorme peso del pecho.

— Afirmando con toda certeza: no voy a despedir al profesor Solar ni al profesor Pobmek.

Los responsables escucharon atentos. Algunos asentían con la cabeza, otros murmuraban entre sí. La decisión de la directora comenzó a despertar empatía en el ambiente.

— Sé que esto puede incomodar a muchos padres...

— Pero creo que esta es la mejor decisión posible. Si les quitamos la oportunidad a estos dos profesores ahora, podríamos perder profesionales realmente buenos — dijo ella.

— Estoy de acuerdo — una responsable levantó la mano con firmeza.

Cuando una persona se manifestó, otras siguieron. Muchos padres levantaron la mano, decenas de ellas alzándose por encima de las cabezas, como una ola que se formaba. Pang sintió que debía reaccionar. Su irritación hervía por dentro, como aceite arrojado directamente al fuego.

— Disculpen, pero estoy aquí como representante de la administración. No puedo simplemente dejar pasar este asunto tan fácilmente — dijo Pang, apretando los dientes.

Fresh escuchó eso sin saber cómo responder. El alivio que había aparecido en su rostro desapareció al instante.

— En ese caso... aceptaré la decisión de la directora interina, Fresh — dijo Pang.

Fresh quedó un poco atónita al escuchar eso, sorprendida de que Pang cediera. Dudó por un instante.

— Ah... gracias, señora...

— No celebre todavía — interrumpió Pang, con voz fría y firme. Sus ojos eran afilados como cuchillas. — Solo permitiré esto por este año. Solo por este año.

Pang entonces volvió la mirada hacia Pobmek y Sun.

— Espero que los profesores “problemáticos” sepan arreglárselas — dijo, con desprecio contenido.

Pobmek asintió en silencio, con firmeza. Su rostro mostraba absoluta determinación por probar su valor.

Luego, Pang salió del auditorio. El sonido de sus tacones golpeando el suelo — *toc, toc* — resonó en ritmo seco. Los profesores se miraron y sonrieron, aliviados, dándose cuenta de que, al menos por ahora, todo había pasado. Sorrisos de alivio surgieron en los rostros de todos.

Jee y...

Fresh caminó hasta Pobmek y tocó suavemente su hombro. Su expresión ahora era de alivio, y el calor firme de ese gesto transmitía seguridad.

Sun observaba todo en silencio. Frunció ligeramente el ceño, como si estuviera pensando en algo. Sus ojos brillaban con una comprensión profunda, más allá de su edad.

La noche cayó.

El ambiente del apartamento estaba silencioso, interrumpido solo por el suave sonido del aire acondicionado funcionando.

Pobmek había leído solo un cuarto del libro *“Revisión Intensiva para el Examen de Licencia de Profesor”*. Lo cerró con un estallido más fuerte de lo necesario, como si quisiera declarar independencia de esas páginas llenas de letras. Se estiró, su columna crujió suavemente, bostezó largamente y sus ojos se llenaron de lágrimas de cansancio.

Poco después, se dio cuenta de que Sun se levantaba en silencio para tomar la canasta de ropa. El niño se movía con cuidado, como una sombra que no quería molestar a nadie.

— ¿Qué...? ¿De repente decidiste levantarte para qué? — preguntó Pobmek.

— Lavar la ropa, duh. ¿No lo ves? — respondió Sun con tono simple, pero con intención en cada gesto.

— Qué extraño... ¿pasó algo? — la voz de Pobmek mezclaba curiosidad y cariño.

— Es que hoy parecías cansado. Hubo un montón de gente molestando, no parecía nada divertido... así que no quise agotarte aún más conmigo.

Las palabras de Sun hicieron que Pobmek sintiera como si agua tibia resbalara por sus hombros tensos y cansados.

— Mira... parece que alguien está volviéndose bastante adulto, ¿eh? — Pobmek rió bajito.

El riso salió levemente tembloroso, cargado de cariño.

— Claro que sí. Ya crecí, duh. No necesitas enseñarme tantas cosas. Yo puedo hacerlo solo.

Sun replicó, frunciendo el ceño. Su rostro mostraba molestia por ser tratado como un niño.

Al escuchar eso, Pobmek sonrió. La sonrisa era tan suave que parecía casi derretirse. Después de hablar, Sun apoyó la canasta en el suelo y caminó hasta un rincón de la habitación, donde tomó la guitarra acústica marrón y brillante. El gesto era decidido, lleno de significado.

— Tú también tienes cosas que hacer. Yo lavo la ropa solo, no necesitas cuidarme. Usa ese tiempo para practicar guitarra.

Pobmek se quedó sin reacción por un instante. Su corazón se apretó, como si una ola de afecto lo golpeará de sorpresa. La emoción se transformó en ternura de inmediato, y sonrió, algo emocionado.

— Ven acá, cabezón. Déjame abrazarte bien fuerte.

Pobmek acercó a Sun rápidamente y lo envolvió con fuerza entre sus brazos, como si quisiera absorber toda la fuerza de aquel pequeño cuerpo. Sun se quedó confundido por un segundo, pero correspondió el abrazo. Se quedaron así, juntos. Un calor reconfortante se esparció por el cuerpo de Pobmek. El aroma a jabón y ropa limpia de Sun lo hizo relajarse.

Pobmek murmuró para sí mismo:

— Qué bien... parece que gané el doble de fuerza.

Miró al espejo y sonrió levemente. El reflejo estaba un poco borroso, y su imaginación tomó control: se vio siendo abrazado al mismo tiempo por Sun y Solar.

Solar apareció detrás de él, el contacto transmitiendo una sensación fresca pero profundamente acogedora.

Entonces Pobmek aflojó el abrazo, alejándose lentamente, con cierta renuencia.

— Ve, pon la ropa en la lavadora y después date un baño también.

— Lo sé, duh. Ya te dije que no necesitas enseñarme — respondió Sun, tomando la canasta de ropa y saliendo. El sonido de sus pasos se fue apagando por el pasillo.

Pobmek se quedó mirando, sonriendo levemente. Luego sacó del bolsillo de la camisa el cupón del “*vale-beso*”, ahora algo arrugado. Miró el papel y sonrió; la sonrisa se abrió de repente, como un fuego artificial encendido por sorpresa.

En su mente, otra escena se formó: Solar se acercaba y le daba un besito en la mejilla antes de desaparecer.

El toque en la mejilla parecía un ligero choque eléctrico, breve y suave. Pobmek sintió la energía regresar de inmediato. Todo su cuerpo pareció despertar, como si acabara de llenar el tanque al máximo.

Tomó el celular y llamó a Jee. Jee contestó casi de inmediato.

— ¿Qué pasa, amigo?

Pobmek miró la guitarra que Sun le había traído, ahora con esperanza en los ojos. La luz de la habitación reflejaba en su mirada, y la determinación recién recuperada hacía parecer que, finalmente, tenía un arma en sus manos para luchar.

— Jee... necesito tu ayuda con algo, viejo.

Continúa en el Volumen 2...